

CAMBIOS SOCIALES Y CULTURALES EN EL CARIBE COLOMBIANO: PERSPECTIVAS CRÍTICAS DE LAS RESISTENCIAS

Colección 20 años del Instituto de Estudios Caribeños
y de la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia.

Yusmidia Solano Suárez
Editora



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

Catalogación en la publicación Universidad Nacional de Colombia

Solano Suárez, Yusmidia, 1959-
Cambios sociales y culturales en el Caribe colombiano : perspectivas críticas de las resistencias /
Yusmidia Solano Suárez, editora. -- Primera edición. -- Universidad Nacional de Colombia (Sede Caribe).
Instituto de Estudios Caribeños, 2016.
272 páginas. -- [Colección 20 años del Instituto de Estudios Caribeños y de la Sede Caribe de la
Universidad Nacional de Colombia]

Incluye referencias bibliográficas al final de cada capítulo
ISBN 978-958-775-782-8 [rústica]. -- ISBN 978-958-775-783-5 [e-book]

1. Cambio social 2. Cambio cultural 3. Estados raciales 4. Movimientos sociales 5. Afrodescendientes
6. Música sanandresana – Colombia 7. Literatura --8. Feminismo 9. Autonomía 10. Isla de San Andrés --
Caribe Colombiano – Aspectos Sociales 11 Isla de San Andrés -- Caribe Colombiano – Aspectos Culturales
I. Título II. Serie

CDD-21 303.498618 / 2016

**Cambios sociales y culturales en el Caribe colombiano:
perspectivas críticas de las resistencias**

Colección 20 años del Instituto de Estudios Caribeños
y de la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia.

© 2016 Universidad Nacional de Colombia – Sede Caribe
© Yusmidia Solano Suarez, editora

Instituto de Estudios Caribeños
San Luis Free Town # 52 44
San Andrés isla, Colombia
Teléfonos: (57)(8)5133310 – 513331 – 5133311 – 5133390

Primera edición, 2016
ISBN: 978-958-775-782-8, ISBN-e 978-958-775-783-5

Editora

Yusmidia Solano Suárez

Asistente de edición

Silvia Elena Torres

Revisión de estilo

Luis de la Rosa Rodríguez
Carmen Simancas

Imagen de carátula y contracarátula

Fotografía del mural Nuestra imagen histórica de Naguasá a North End, de Áurea Oliveira

Diseño Portada y páginas interiores:

Julián Hernández - Taller de Diseño

Impresión:

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.
Teléfono: (57)(1)6020808
Bogotá, D.C., Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular
de los derechos patrimoniales.

Universidad Nacional de Colombia – Sede Caribe
Colección Conmemoración de los 20 años del Instituto de Estudios Caribeños y de la Sede
Caribe de la Universidad Nacional de Colombia
Instituto de Estudios Caribeños

Rector

José Ignacio Mantilla Prada

Vicerrector general

Jorge Iván Bula Escobar

Vicerrectora de investigación

Dolly Montoya Castaño

Vicerrector académico

Juan manuel Tejeiro Sarmiento

Director Sede Caribe

Raúl Román Romero

Comité académico administrativo

Jorge Iván Bula Escobar- Presidente

Alexandra Yates Munar- Secretaria de Sede

Raúl Román Romero- Director Sede Caribe

Johannie James Cruz- Representante profesores

Nelson Martínez Ospino – Representante de los gremios

Guillermo Mendivil Ciodaro – Representante de egresados

Profesoras y profesores

Adriana Santos Martínez

Arturo Acero Pizarro

Jairo Medina Calderón

Johannie Lucía James Cruz

Néstor Campos Campos

Raquel Sanmiguel Ardila

Raúl Román Romero

Silvia Mantilla Valbuena

Sven Zea Sjoberg

Yusmidia Solano Suárez

Contenido

INTRODUCCIÓN	9
Yusmidia Solano Suárez	
SOBRE LA CUBIERTA	
Nuestra imagen histórica de Naguasá a North end Oriki para la diáspora africana	19
Luis de la Rosa	
Cimarrón, nación y diáspora. Contrapunteo de estados raciales y movimientos afrodescendientes en Colombia y Cuba.	21
Agustín Laó-Montes	
Dinámicas de las movilizaciones y movimientos en San Andrés isla: entre la acción pasiva y la regulación nacional (1910-2010)	43
Francisco Avella, Fady Ortiz, Sally Ann García-Taylor y Osmani Castellanos	
Mares, fronteras y violencia: multiculturalismo y seguridad fronteriza en el archipiélago de San Andrés y Providencia	97
Inge Helena Valencia P.	
Entre lo viejo y lo nuevo: tradición, reivindicación y turismo en la música contemporánea sanandresana	129
Dario Ranocchiari	
Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia	179
Mónica María del Valle Idárraga	

Reflexionando desde adentro: periodización de la acción, organización y protagonismos del movimiento de mujeres y los feminismos en el Caribe colombiano (siglos XX Y XXI)	209
Yusmidia Solano Suárez	
La autonomía del Caribe colombiano: pasado, presente y perspectivas	251
Aroldo Guardiola Ibarra	

INTRODUCCIÓN

Con este primer libro iniciamos la colección “20 años del Instituto de Estudios Caribeños y de la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia” que comprenderá varios tomos publicados a lo largo de los años 2016 y 2017.

Esta colección quiere celebrar con entusiasmo y alegría nuestra presencia en las islas y para ello nada mejor que presentar una muestra de la producción académica que la Universidad Nacional ha garantizado para contribuir a la construcción de comunidad académica caribeña. Como muchas personas recordarán, comenzamos a funcionar inicialmente con el Instituto de Estudios Caribeños (IEC) que fue creado formalmente mediante el Acuerdo 013 del Consejo Superior Universitario (CSU) del 15 de marzo de 1995. A partir de ese momento el rector de la época, Guillermo Páramo, comenzó las negociaciones para garantizar las condiciones que aseguraran una presencia adecuada de la Universidad en el archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina. Esto se logró cuando se creó la Sede San Andrés mediante el Acuerdo 006 del 30 de enero de 1997 del CSU, como parte del desarrollo del componente de descentralización de la Universidad Nacional. En el nuevo proceso se designó como director al profesor Santiago Moreno, se inició la construcción del edificio del IEC y se vincularon los primeros docentes por concurso internacional de méritos.

Durante muchos años la Sede San Andrés funcionó a través del Instituto como su única Unidad Académica Básica que tenía como propósito estratégico la proyección de la Universidad y del país hacia el Caribe entendido en tres escalas: Gran Caribe¹, Caribe continental y Caribe insular colombiano.

Las funciones del IEC definidas en su primer momento fueron:

1. Promover, orientar, coordinar y dirigir estudios en las diversas áreas relacionadas con la región Caribe.
2. Colaborar con las diferentes unidades académicas en la incorporación de los estudios caribeños en sus diversas áreas científica, social, cultural, política y económica.

1 El Gran Caribe es un concepto político-cultural que ha sido propuesto por académicos caribeñistas y que incluye, además de islas y territorios dentro o alrededor del mar Caribe, islas y territorios que comparten la cultura Caribe como las Guyanas y las islas Bahamas (en el océano Atlántico). Abarca el Caribe como tal, el Golfo de México, la costa del océano Atlántico hasta Carolina incluyendo las Bahamas y la desembocadura del río Orinoco.

3. Prestar servicios investigativos docentes y de extensión a las unidades académicas que lo requieran.
4. Promover proyectos académicos de carácter interdisciplinario, interinstitucional y/o multinacional de la región Caribe.
5. Desarrollar los estudios que se consideren necesarios para la defensa del patrimonio y la identidad culturales de la región. [Acuerdo 13 del CSU de 1995].

Las mencionadas funciones debían traducirse en una incorporación de la “dimensión caribe en el proceso de consolidar la nación colombiana a partir de sus regiones y espacios periféricos y sobre la base de una nueva institucionalidad y concepción del Estado” [Acuerdo 13 del CSU de 1995].

Las áreas de actuación definidas a partir de esa misión asignada fueron:

1. Salud y medio ambiente
2. Economía y geopolítica del Caribe
3. Cultura y educación
4. Estudios afrocaribeños
5. Gestión pública
6. Ciencia y tecnología apropiada
7. Ciencias del mar
8. Producción de alimentos
9. Asentamientos humanos

Con esta orientación se estableció un programa de investigaciones acorde a la capacidad del reducido cuerpo docente frente al cual cada profesor y profesora desplegó sus capacidades de acuerdo a su experiencia. Así se abrieron básicamente dos áreas, la de investigación en Ciencias Biológicas y Ambientales y la de investigación en Ciencias Sociales y Humanas. En razón de la formación académica de la mayoría de los docentes, en principio la parte ambiental y biológica adelantó la mayor parte de las investigaciones.

En el año 1999 se creó la Maestría en Estudios del Caribe, que también fue adscrita al IEC, e inició su primera cohorte en el año 2000. En el año 2003 con el fortalecimiento del área de ciencias sociales a cargo de dos profesoras y un profesor se empezaron a desarrollar investigaciones en Estudios del Caribe propiamente dichas. Como resultado, además de las investigaciones a cargo del profesorado se han alcanzado a producir más de 35 tesis de la maestría entre el año 2000 y el 2015.

Como una forma de reafirmar el carácter regional de la Sede, integrar las dimensiones continental e insular del Caribe colombiano y ampliar la proyección de Colombia hacia el Gran Caribe, en el Acuerdo No. 026 del 2005 del Consejo Superior Universitario se hace el cambio oficial de nombre pasando de Sede San Andrés a Sede Caribe, si bien al mismo tiempo se remplazaron los Consejos de las Sedes de frontera, por los Comités Académicos Administrativos de las mismas, que de ahí en adelante pasaron a llamarse Sedes de Presencia Nacional. Esto en el fondo significaba someterlas al tutelaje permanente del nivel central a través de la Vicerrectoría General de la Universidad, que pasó a presidir este organismo en cabeza del funcionario/a de turno en ese cargo.

A partir de esta reforma la **Sede** se convirtió en la figura institucional principal y el Instituto de Estudios Caribeños se orientó a desarrollar el currículo de la Maestría de Estudios del Caribe, a editar la Revista Cuadernos del Caribe y a sostener formalmente los dos grupos de investigación que desde 1998 se formaron: Estudios Ambientales del Caribe y Estado y Sociedad del Caribe, a los cuales se agregaría en el año 2005 el grupo Nación, Región y Relaciones Internacionales en el Caribe y América Latina. La producción de estos grupos está expresada en cerca de 40 textos que se han editado en la Sede Caribe, la edición y publicación de 20 números de la Revista Cuadernos del Caribe y un alto número de artículos en revistas nacionales e internacionales. A partir de 2008 se adscribió a la Sede Caribe el Centro (ahora Instituto) de Estudios en Ciencias del Mar, CECIMAR, que funciona en Santa Marta y en el Acuerdo 180 del 24 de febrero de 2015 que definió la nueva estructura interna académico-administrativa de la Sede, se reconoció como otra unidad académica básica el Jardín Botánico que se creó y viene funcionando desde 1998.

Actualmente el IEC adelanta un proceso de re-institucionalización que en alguna medida depende de la nueva reglamentación. El proyecto actual del Instituto busca darle un estatus propio dedicado fundamentalmente al desarrollo de las ciencias sociales y ambientales, dentro del marco de los Estudios del Caribe desplegados a través de investigaciones, proyección social y docencia.

A partir de considerar estas nuevas condiciones, hemos definido que debemos trabajar para que “hacia el año 2032 el Instituto de Estudios Caribeños (IEC) se haya consolidado como una Unidad Académica Básica con proyección e incidencia local, regional, nacional e internacional, líder en Estudios del Caribe”. Para alcanzar esta meta nos proponemos “promover el trabajo en redes y la transdisciplinariedad en el desarrollo de programas de investigación, formación y extensión propia de las líneas de trabajo como una manera de difundir conocimientos que contribuyan a la comprensión y transformación de la realidad caribeña” [extracto de la visión del Instituto, 2013].

Consecuente con este enfoque, la misión entonces establece lograr que funcione como “un centro de pensamiento que sea referente a escala internacional en investigaciones, proyección social y posgrados en el campo de los Estudios del Caribe, para lo cual trabaja en problemáticas estratégicas de esta macroregión” (extracto de la misión del Instituto, 2013), para de esta manera contribuir a que la Sede Caribe y en su conjunto la Universidad Nacional de Colombia haga parte de proyectos socio-ambientales que procuran sociedades más justas y equitativas en el Caribe.

En la práctica, actualmente hacen parte del Instituto de Estudios Caribeños, además de los tres grupos de investigación antes mencionados, la Revista Cuadernos del Caribe, el Observatorio de Procesos Sociales que funciona con tres salas situacionales de observación (mujeres y géneros, procesos juveniles y procesos étnicos) y el Observatorio del Mercado del Trabajo ORMET-Archipiélago, que funciona a partir de un Acuerdo de Voluntades suscrito con el SENA, el INFOTEP, la gobernación del departamento, el ministerio del trabajo, la cámara de comercio, el Departamento para la Prosperidad Social –DPS– y el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo-PNUD.

La Sede Caribe, por su parte, ha realizado importantes aportes a la sociedad isleña en los campos de la investigación, la extensión y la docencia, a través de todas las labores que realizan el Jardín Botánico, el programa especial de admisión y movilidad, PEA-MA, y las inmersiones en inglés que se han desarrollado a lo largo de varios años, por mencionar solo las más visibles y sin entrar en detalle de estas y muchas más como las adelantadas por el CECIMAR, localizado en Santa Marta, pero cuyo radio de acción también se extiende al resto del Caribe.

Como recuento se puede concluir entonces que la presencia del Instituto y de la Sede Caribe de la Universidad Nacional durante 20 años ha garantizado la formación de la masa crítica necesaria para la existencia de comunidad académica en las islas y en el Caribe colombiano en general. La instalación de estas instituciones en la isla de San Andrés, aunque en principio obedeció a la visión centralista en boga en esa época, de garantizar soberanía allende los mares, en la práctica permitió que un grupo no muy numeroso de profesoras y profesores nos dedicáramos a escudriñar y resaltar los aportes que desde siempre las gentes de estos territorios hemos hecho a la construcción de nuestras propias territorialidades y culturas y de paso a la construcción de Nación. No hemos sido funcionales a las pretensiones de seguir ejerciendo la colonialidad en las islas sino que hemos contribuido a la formación de investigadoras e investigadores críticos que tienen la capacidad de hacer profundas reflexiones sobre su entorno inmediato, pero también situándolos en perspectiva respecto al resto del Caribe y del mundo. Como

muestra de ello nos enorgullecemos de presentar como autores de los artículos de este libro a varias/os egresadas/os de la Maestría en Estudios del Caribe, a académicas/os que han desarrollada estadías académicas en la Sede o han participado en los eventos que hemos organizado a lo largo de estos 20 años de continuo trasegar en las islas.

Este primer libro es una especie de balance sobre lo que ocurre con varios aspectos nodales de los estudios del Caribe como son las movilizaciones sociales, las políticas de gobernanza, el devenir de la música como un reflejo de ciertos reacomodos sociales, las perspectivas de la literatura y el accionar del movimiento de mujeres y los feminismos así como la reflexión sobre las autonomías territoriales. De ahí su título **Cambios sociales y culturales en el Caribe colombiano: perspectivas críticas de las resistencias** que pretende abrir debates, posicionar temas y, en algunos casos, sentar precedentes para construir genealogías de los estados del arte de la producción académica de la región. Al mismo tiempo quisimos que abarcara las tres escalas en las que acostumbramos trabajar y que ya mencionamos antes (Gran Caribe, Caribe insular y Caribe continental colombiano).

En orden de aparición en el texto, tenemos en primer lugar el artículo que consideramos referido al Gran Caribe, porque trata de dos países de esta macro-región, escrito por el intelectual caribeño Agustín Laó-Montes, **Cimarrón, nación y diáspora. Contrapunteo de estados raciales y movimientos afrodescendientes en Colombia y Cuba**, el cual documenta con argumentos de fondo la relación existente entre esclavitud, cimarronaje y abolición. El autor muestra cómo la institución de la esclavitud es un hito central en la constitución y desarrollo de la modernidad capitalista y cómo los legados de la esclavitud transatlántica viven no solo en la memoria colectiva sino también en los componentes culturales y en las condiciones desiguales del tejido social a través del sistema Atlántico y más allá. Caracteriza la esclavitud como un régimen brutal de explotación del trabajo y deshumanización que además instaló mentalidades racistas y prácticas discriminatorias junto con formas de servidumbre que persisten hasta hoy día. Describe el abolicionismo como un movimiento antisistémico complejo compuesto por múltiples aristas desde las resistencias de las esclavizadas, el cimarronaje, y las acciones colectivas de negros libres y mulatos, hasta corrientes anti-esclavistas en la intelligentsia liberal europea. Sustenta cómo el abolicionismo fue pilar para la gestación de formas democráticas, las luchas de clase, la emergencia de los movimientos por la emancipación femenina, el combate del colonialismo y el racismo en el siglo XIX, todo lo cual nos sirve de contextualización histórica y conceptual de los demás artículos que conforman este libro.

En un aparte del texto Laó-Montes hace una distinción muy útil entre el *cimarronaje como hecho histórico* entendido como fuga individual de los esclavizados/as y el *cimarronaje como práctica decolonial* de carácter tanto político como epistémico, de la cual señala, existe una larga tradición crítica afrocaribeña desde Aimé Césaire y Edouard Glissant, hasta Ángel Quintero Rivera, José Luciano Franco y Ana Cairo. Después de la fundamentación conceptual el artículo ofrece, como el propio autor lo señala, “una lectura contrapuntal de políticas raciales en Colombia y Cuba, a través de un diálogo pasado y presente entre el siglo XIX y el momento actual, enfocado en lo político”.

Sobre el Caribe insular colombiano presentamos cuatro artículos. El primero de ellos, **Dinámicas de las movilizaciones y movimientos en San Andrés isla: entre la acción pasiva y la regulación nacional (1910-2010)**, de Francisco Avella, Fady Ortiz, Sally Ann García-Taylor y Osmani Castellanos, trata del proceso de movilización en el archipiélago, uno de los lugares más alejados del territorio continental de Colombia, pero también uno de los más activos en la reivindicación de sus derechos desde el siglo XIX. Estudia su trayectoria y la reacción del Estado frente a estos procesos durante el siglo XX por medio de una periodización en función de los movimientos sociales y termina analizando la desmovilización generalizada en pleno siglo XXI, frente al control territorial que las “bandas criminales emergentes” ejercieron por medio de intimidaciones, panfletos y asesinatos ante la mirada impávida de sus dirigentes y la mirada atónita de sus ciudadanos.

Las autoras y autores describen con detalle la transición de una paz largamente disfrutada en una pequeña isla de solo 27 km², mientras el resto de la Colombia continental se debatía en la guerra, y muestran cómo las islas eran la contraparte de la “paradoja colombiana, que supone la permanencia en el tiempo de una importante macro estabilidad económica y política, combinada con elementos de violencia persistente. Violencia en el nivel de la guerra, la delincuencia y la protesta social”. Solo que esto fue así hasta el año 2009, cuando siguió el mismo destino de la Colombia continental, pues estas “bandas” empezaron a manejar las rutas de exportación de drogas. Así, la paradoja empieza a cumplirse, ya que la estabilidad política continúa en medio de la violencia que atemperó, con una de las movilizaciones más importantes del país, la del Movimiento Raizal “en su lucha por la autonomía y la autodeterminación”, sin que el Estado tuviera que intervenir para contrarrestar la protesta, “que atentaba contra la soberanía nacional”.

El artículo, **Mares, fronteras y violencia: multiculturalismo y seguridad fronteriza en el Archipiélago de San Andrés y Providencia**, de Inge Helena Valencia, analiza desde otra perspectiva, pero con temáticas comunes con el primero, los efectos de las

políticas impuestas desde el centro andino, sede del gobierno nacional, y la violencia reciente; además explora las tensiones existentes entre las políticas multiculturalistas, y las políticas antinarcoóticos implementadas en el archipiélago habitado en su gran mayoría por población afrodescendiente. Razona la autora que mientras el multiculturalismo puede ser entendido como una modalidad de gobierno en razón de la diferencia étnica-cultural, las políticas antinarcoóticos *securitizan* las sociedades donde se implementan y muestra cómo estas situaciones reflejan la necesidad de analizar las contradicciones que emergen entre diferentes formas de gobernanza aplicadas en Colombia: aquellas propias de la multiculturalidad que potencializan formas de autonomía y aquellas propias de la seguridad que contribuyen a *securitizar* y estigmatizar estas poblaciones.

Por su parte, el texto **Entre lo viejo y lo nuevo: tradición, reivindicación y turismo en la música contemporánea sanandresana**, de Dario Ranocchiari, es una versión editada para este libro de uno de los capítulos de la tesis doctoral del autor. El tema de la tesis es el papel de los diferentes ámbitos músicas practicados en la isla en los procesos activos de negociación de la etnicidad (Ranocchiari, 2013) y aborda la música coral religiosa, la música urbana y la música “típica”. En este artículo se presenta este último ámbito musical sanandresano siguiendo el rastro de tres agrupaciones musicales: el histórico conjunto *Bahía Sonora*; el *Creole Group*, el más importante grupo activo durante el período del trabajo de campo; y la agrupación juvenil Red Crab.

Como cuarto artículo referido al archipiélago presentamos **Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés Isla / Colombia**, de Mónica María del Valle Idárraga. Es una contribución a la cartografía de la producción escrita, con intención literaria, en San Andrés Isla, sobre ella o desde ella. Desde supuestos de la crítica caribeñista, la autora defiende la idea de que tales escritos han de ser leídos desde perspectivas más cercanas a la problemática de la isla, y no desde preceptos generales y tradicionales de la crítica literaria, que no solo los ignoraría sino que podría desactivar sus reclamos en la tensión con Colombia. Se hace un recorrido por escritores, escritoras y textos de crítica hasta el momento.

Sobre el Caribe continental hemos seleccionado dos artículos. El primero de ellos **Reflexionando desde adentro: periodización de la acción, organización y protagonismos del movimiento de mujeres y los feminismos en el Caribe colombiano (siglos XX y XXI)**, es de mi autoría y en él hago una periodización del quehacer del movimiento de mujeres y de los feminismos en el Caribe colombiano en su búsqueda de reconocimiento y del ejercicio de los derechos de las mujeres en su diversidad y en resistencia a las políticas neoliberales y a las consecuencias del conflicto armado colombiano.

En este recuento histórico menciono de paso las elaboraciones documentales y políticas que han aportado las feministas de distintos grupos e instituciones, dirigidas casi siempre a ofrecer soportes teóricos para respaldar las acciones del movimiento.

El artículo **La autonomía del Caribe colombiano: pasado, presente y perspectivas**, de Aroldo Guardiola Ibarra, es una reflexión sobre la búsqueda de la autonomía de la región Caribe en las cuatro décadas anteriores y sus perspectivas de concreción en el presente, a partir de tomar en consideración la diversidad regional y étnica que caracteriza a la nación colombiana y el reconocimiento que de esta realidad sociocultural hace la actual Constitución Política. Así mismo, se asume la existencia inobjetable de la Costa Caribe como una región cultural, con subregiones en su interior. Se presenta además un análisis referido a tres periodos constitucionales anteriores que, en gran medida, están relacionados con el tema planteado: el periodo de la Confederación Granadina; el periodo de los Estados Unidos de Colombia y el periodo de La Regeneración.

En su artículo, Guardiola analiza el proceso de regionalización emprendido por diversos actores en las décadas de los años ochenta y noventa de la pasada centuria junto con la dimensión y los alcances de la autonomía regional en el actual ordenamiento constitucional y legal (Ley orgánica de ordenamiento territorial). Se precisa que no se trata hoy de levantar la bandera de la autonomía para propiciar el ensimismamiento y la endogamia cultural, como tampoco se trata de allanar el camino al separatismo de las diversas regiones del país. Lo que se argumenta con énfasis es que el reconocimiento de la diversidad étnica y regional, como realidad multicultural, es fundamental para diseñar políticas, programas y estrategias interculturales para la unidad y la cohesión de la Nación.

Estos son pues los artículos que hacen parte de este primer tomo de nuestra colección por los 20 años del IEC y la Sede Caribe. Con el contenido de cada uno y del conjunto del libro esperamos haber introducido el debate sobre algunos de los cambios sociales y culturales acaecidos en el Caribe colombiano durante el siglo XX y lo que va del XXI, sobre los sentidos que han tenido, hacia dónde nos conducen, qué lecciones podemos extraer, en cuáles podemos y debemos seguir incidiendo y cuáles transformaciones nos hace falta documentar y promover.

Por la documentación rigurosa de casos que presentamos en las siguientes páginas, podemos confirmar que siempre han existido y se han expresado diversas formas de resistencia por parte de las poblaciones sometidas, explotadas y racializadas por las dinámicas del colonialismo y la colonialidad. Estas resistencias se manifiestan ya sea mediante la creación musical, como argumenta Dario Ranochiari en su artículo, la producción literaria, como sustenta Mónica del Valle en el suyo, mediante el accionar

colectivo o la conformación de movimientos por las autonomías territoriales que describen Francisco Avella et al. para el caso del archipiélago y Aroldo Guardiola para el Caribe continental.

Las estrategias de resistencia utilizadas por las mujeres son muchas y muy variadas: manejaron la contracultura, la migración, el desafío legal, el sistema de justicia a su favor, se apoyaron en redes de solidaridad familiar y en las relaciones de patronazgo y parentesco durante el período colonial y las luchas de independencia. Más recientemente despliegan la autogestión, buscan formarse, realizan alianzas, crean cooperativas, gestionan movilizaciones e integración comunitaria, fundan barrios, negocian con las autoridades, gestionan escuelas comunitarias y conforman organizaciones y redes de mujeres por su emancipación que parten de reconocer los saberes diversos y la necesidad de articular una praxis colectiva como se describe en mi artículo. La resistencia también se expresa con la existencia del *cimarronaje como práctica decolonial* en el Caribe, como propone Laó-Montes en el suyo.

Todas estas movilizaciones colectivas han logrado conquistar importantes reconocimientos de derechos para los afrodescendientes, indígenas, mujeres, personas LGTBI, trabajadores y trabajadoras del campo y las ciudades. Incluso se ha logrado alguna representación en organismos del Estado, aunque la redistribución de los recursos básicamente ha avanzado poco y la colonialidad del poder, del saber y del ser está vigente en nuestra región. Sigue siendo así porque, entre otras cosas, a muchas de las manifestaciones de resistencia que se reseñan en los artículos se ha respondido por partes de las élites económicas y políticas, desde el proceso de independencia hasta nuestros días, con políticas estatales y privadas de contención, algunas veces con reformas institucionales, muchas veces con represión, prohibiciones y desestabilización y casi siempre utilizando la violencia como se muestra en los artículo de Laó-Montes, Avella et al., Solano y Guardiola. En los últimos tiempos la gran excusa para la militarización de la vida civil es la aplicación de las políticas antinarcóticos que impulsan, financian y aplican los gobiernos de los Estados Unidos con la anuencia de los nuestros, que como lo documenta Inge Valencia en su artículo, “*securitizan* y estigmatizan a las poblaciones donde se aplican”.

Con tales evidencias tenemos que reconocer que es mucho el camino que nos falta recorrer para lograr transformaciones sustanciales en nuestras sociedades, pero por lo expresado en los siguientes escritos, los legados culturales y políticos para hacerlo están a la mano. Ahora: la consolidación y cualificación de los movimientos sociales para enfrentar la magnitud de estas tareas son nuestro desafío.

Animamos a nuestras lectoras y lectores a participar en estos o en otros debates de su interés. Sus artículos, argumentaciones y aportes pueden ser recogidos en los siguientes libros.

Yusmidia Solano Suárez

Editora del tomo I

*Colección “20 años del Instituto de Estudios Caribeños
y de la Sede Caribe de la Universidad Nacional de Colombia”*

San Andrés, 31 de Marzo de 2016



Foto de mural Nuestra imagen histórica de Naguasá a North end–2014

Autora: Áurea Oliveira

Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia¹

Mónica María del Valle Idárraga²

La isla, un objeto incierto
*La imaginación de un posible futuro debe construirse
y hacerse posible por el análisis del presente*³

La caracterización de lo regional en Colombia ha pasado por diversas fases de reparto territorial desde la época colonial. Su versión reciente se ha dado por sentada en razón de la cartografía geofísica enseñada y respaldada oficialmente⁴ y que la campaña *Colombia, país de regiones* quizá terminó de encasillar. Académicamente, sin embargo, desde hace décadas se ha venido cuestionando la naturalidad de una correspondencia directa e inmediata entre lo geográfico y lo cultural. El concepto de *región* ha sido problematizado por efecto de hechos sociales: por ejemplo, la turbulencia bipartidista desde los años 40, el enfrentamiento armado, el narcotráfico, los desplazamientos forzados, por mencionar algunos, crean agrupamientos territoriales

1 Este texto es resultado de la investigación *Desde la otra orilla: identidades (trans) nacionales y en conflicto en la literatura de San Andrés (1984-2010)*, realizada entre junio de 2010 y junio de 2011, en el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Una aproximación inicial se presentó a modo de ponencia en el I Congreso Internacional de Estudios Caribeños, organizado por la Universidad Nacional, sede Caribe, y realizado en San Andrés isla del 4 al 9 de octubre de 2010.

2 Ph. D. en estudios culturales e hispánicos, Magíster en literaturas hispánicas, ambos en Michigan State University; profesional en idiomas inglés-francés-español (Universidad de Antioquia). Es profesora asociada de la Facultad de Ciencias de la Educación y de su doctorado en Educación y Sociedad, en la Universidad de la Salle, Bogotá. Como caribeñista, se ha ocupado de temas cubanos y de temas martiniqueños, del campo literario de San Andrés isla, y de la relación vudú-literatura haitiana. Entre sus últimas publicaciones están *La poética política de José Lezama Lima. Imagen y vacío en sus críticas de arte* (Editorial Universidad de Antioquia, 2010), *Estudios culturales, trabajo académico y acción política. Entrevista a Víctor Vich (Tabula Rasa, No. 20, enero-junio 2014)*, *Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla* (revista *Sombralarga*, abril 2014, No. 1. En línea: <http://www.sombralarga.com/articulos/primero/casas-desoladas.html>) y *El jardín de Jamaica: una voz entre paréntesis* (*Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. No. 18, julio-diciembre 2013). Correos electrónicos: mmdvalle@unisalle.edu.co y monicatraductora@gmail.com

3 Lawrence Grossberg, *El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad* (13-48). En *Tábula rasa*, Bogotá, (ene/jun 2009). p.47.

4 cfr. Instituto Agustín Codazzi.

Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia¹

Mónica María del Valle Idárraga²

La isla, un objeto incierto
*La imaginación de un posible futuro debe construirse
y hacerse posible por el análisis del presente*³

La caracterización de lo regional en Colombia ha pasado por diversas fases de reparto territorial desde la época colonial. Su versión reciente se ha dado por sentada en razón de la cartografía geofísica enseñada y respaldada oficialmente⁴ y que la campaña *Colombia, país de regiones* quizá terminó de encasillar. Académicamente, sin embargo, desde hace décadas se ha venido cuestionando la naturalidad de una correspondencia directa e inmediata entre lo geográfico y lo cultural. El concepto de *región* ha sido problematizado por efecto de hechos sociales: por ejemplo, la turbulencia bipartidista desde los años 40, el enfrentamiento armado, el narcotráfico, los desplazamientos forzados, por mencionar algunos, crean agrupamientos territoriales

1 Este texto es resultado de la investigación *Desde la otra orilla: identidades (trans) nacionales y en conflicto en la literatura de San Andrés (1984-2010)*, realizada entre junio de 2010 y junio de 2011, en el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Una aproximación inicial se presentó a modo de ponencia en el I Congreso Internacional de Estudios Caribeños, organizado por la Universidad Nacional, sede Caribe, y realizado en San Andrés isla del 4 al 9 de octubre de 2010.

2 Ph. D. en estudios culturales e hispánicos, Magíster en literaturas hispánicas, ambos en Michigan State University; profesional en idiomas inglés-francés-español (Universidad de Antioquia). Es profesora asociada de la Facultad de Ciencias de la Educación y de su doctorado en Educación y Sociedad, en la Universidad de la Salle, Bogotá. Como caribeñista, se ha ocupado de temas cubanos y de temas martiniqueños, del campo literario de San Andrés isla, y de la relación vudú-literatura haitiana. Entre sus últimas publicaciones están *La poética política de José Lezama Lima. Imagen y vacío en sus críticas de arte* (Editorial Universidad de Antioquia, 2010), *Estudios culturales, trabajo académico y acción política. Entrevista a Víctor Vich* (*Tabula Rasa*, No. 20, enero-junio 2014), *Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla* (revista *Sombralarga*, abril 2014, No. 1. En línea: <http://www.sombralarga.com/articulos/primero/casas-desoladas.html>) y *El jardín de Jamaica: una voz entre paréntesis* (*Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. No. 18, julio-diciembre 2013). Correos electrónicos: mmdvalle@unisalle.edu.co y monicatraductora@gmail.com

3 Lawrence Grossberg, *El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad* (13-48). En *Tabula rasa*, Bogotá, (ene/jun 2009). p.47.

4 cfr. Instituto Agustín Codazzi.

Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia¹

Mónica María del Valle Idárraga²

La isla, un objeto incierto
*La imaginación de un posible futuro debe construirse
y hacerse posible por el análisis del presente*³

La caracterización de lo regional en Colombia ha pasado por diversas fases de reparto territorial desde la época colonial. Su versión reciente se ha dado por sentada en razón de la cartografía geofísica enseñada y respaldada oficialmente⁴ y que la campaña *Colombia, país de regiones* quizá terminó de encasillar. Académicamente, sin embargo, desde hace décadas se ha venido cuestionando la naturalidad de una correspondencia directa e inmediata entre lo geográfico y lo cultural. El concepto de *región* ha sido problematizado por efecto de hechos sociales: por ejemplo, la turbulencia bipartidista desde los años 40, el enfrentamiento armado, el narcotráfico, los desplazamientos forzados, por mencionar algunos, crean agrupamientos territoriales

1 Este texto es resultado de la investigación *Desde la otra orilla: identidades (trans) nacionales y en conflicto en la literatura de San Andrés (1984-2010)*, realizada entre junio de 2010 y junio de 2011, en el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Una aproximación inicial se presentó a modo de ponencia en el I Congreso Internacional de Estudios Caribeños, organizado por la Universidad Nacional, sede Caribe, y realizado en San Andrés isla del 4 al 9 de octubre de 2010.

2 Ph. D. en estudios culturales e hispánicos, Magíster en literaturas hispánicas, ambos en Michigan State University; profesional en idiomas inglés-francés-español (Universidad de Antioquia). Es profesora asociada de la Facultad de Ciencias de la Educación y de su doctorado en Educación y Sociedad, en la Universidad de la Salle, Bogotá. Como caribeñista, se ha ocupado de temas cubanos y de temas martiniqueños, del campo literario de San Andrés isla, y de la relación vudú-literatura haitiana. Entre sus últimas publicaciones están *La poética política de José Lezama Lima. Imagen y vacío en sus críticas de arte* (Editorial Universidad de Antioquia, 2010), *Estudios culturales, trabajo académico y acción política. Entrevista a Víctor Vich (Tabula Rasa, No. 20, enero-junio 2014)*, *Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla* (revista *Sombralarga*, abril 2014, No. 1. En línea: <http://www.sombralarga.com/articulos/primero/casas-desoladas.html>) y *El jardín de Jamaica: una voz entre paréntesis* (*Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. No. 18, julio-diciembre 2013). Correos electrónicos: mmdvalle@unisalle.edu.co y monicatraductora@gmail.com

3 Lawrence Grossberg, *El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad* (13-48). En *Tabula rasa*, Bogotá, (ene/jun 2009). p.47.

4 cfr. Instituto Agustín Codazzi.

Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia¹

Mónica María del Valle Idárraga²

La isla, un objeto incierto
*La imaginación de un posible futuro debe construirse
y hacerse posible por el análisis del presente*³

La caracterización de lo regional en Colombia ha pasado por diversas fases de reparto territorial desde la época colonial. Su versión reciente se ha dado por sentada en razón de la cartografía geofísica enseñada y respaldada oficialmente⁴ y que la campaña *Colombia, país de regiones* quizá terminó de encasillar. Académicamente, sin embargo, desde hace décadas se ha venido cuestionando la naturalidad de una correspondencia directa e inmediata entre lo geográfico y lo cultural. El concepto de *región* ha sido problematizado por efecto de hechos sociales: por ejemplo, la turbulencia bipartidista desde los años 40, el enfrentamiento armado, el narcotráfico, los desplazamientos forzados, por mencionar algunos, crean agrupamientos territoriales

1 Este texto es resultado de la investigación *Desde la otra orilla: identidades (trans) nacionales y en conflicto en la literatura de San Andrés (1984-2010)*, realizada entre junio de 2010 y junio de 2011, en el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Una aproximación inicial se presentó a modo de ponencia en el I Congreso Internacional de Estudios Caribeños, organizado por la Universidad Nacional, sede Caribe, y realizado en San Andrés isla del 4 al 9 de octubre de 2010.

2 Ph. D. en estudios culturales e hispánicos, Magíster en literaturas hispánicas, ambos en Michigan State University; profesional en idiomas inglés-francés-español (Universidad de Antioquia). Es profesora asociada de la Facultad de Ciencias de la Educación y de su doctorado en Educación y Sociedad, en la Universidad de la Salle, Bogotá. Como caribeñista, se ha ocupado de temas cubanos y de temas martiniqueños, del campo literario de San Andrés isla, y de la relación vudú-literatura haitiana. Entre sus últimas publicaciones están *La poética política de José Lezama Lima. Imagen y vacío en sus críticas de arte* (Editorial Universidad de Antioquia, 2010), *Estudios culturales, trabajo académico y acción política. Entrevista a Víctor Vich (Tabula Rasa, No. 20, enero-junio 2014)*, *Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla* (revista *Sombralarga*, abril 2014, No. 1. En línea: <http://www.sombralarga.com/articulos/primero/casas-desoladas.html>) y *El jardín de Jamaica: una voz entre paréntesis* (*Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. No. 18, julio-diciembre 2013). Correos electrónicos: mmdvalle@unisalle.edu.co y monicatraductora@gmail.com

3 Lawrence Grossberg, *El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad* (13-48). En *Tabula rasa*, Bogotá, (ene/jun 2009). p.47.

4 cfr. Instituto Agustín Codazzi.

y de imaginarios que desbordan las *fronteras* regionales. Han concurrido en la revisión del concepto trabajos desde el ámbito teórico que desdican la homogeneidad y equidad del proyecto nacional (la colombianidad) y, por el contrario, muestran los cismas y las desigualdades a raíz de diseños en los que tienen preponderancia algunos focos capitalinos. En esta línea, y en pugna con una visión multiculturalista simple, numerosos estudios en Colombia —entre ellos *Historia doble de la costa* (Fals Borda, 2002), *Nación y diferencia* (Arias Vanegas, 2005), *Genealogías de la colombianidad...* (Castro-Gómez y Restrepo, 2008), *Etnización de la negritud...* (Restrepo, 2013)— se han unido a pesquisas similares en otras partes del continente (Briones, 2005). Como resultado, se han ido delineando otras escalas que ayudan a fracturar la continuidad de las correspondencias geográfico-político-culturales, con lo que paulatina y crecientemente se desdibujan los nítidos bordes del mapa regional.

En el caso de la historiografía de la literatura, varios grupos de trabajo e investigación (principalmente “Historia y Literatura” de la Universidad Nacional sede Bogotá; “Colombia, tradiciones de la palabra”, de la Universidad de Antioquia; “Centro de estudio e investigación literaria del Caribe —Ceilika— y el “Grupo de Investigación literaria del Caribe —Gilkarí—”, ambos de la Universidad del Atlántico) han venido construyendo otros referentes para la discusión de la literatura en Colombia. También en esta área la tendencia coincide con la de otros países del continente: se reconocen los fundamentos excluyentes del proyecto de país respaldado sobre una idea unificadora y sesgada de la lengua, la historia y la literatura nacionales (Guzmán, 2009); se ve la necesidad de trabajar otros frentes excluidos de esa triada letrada, y se empieza a pensar, por ejemplo, el papel de sucesos como la migración forzada o voluntaria de intelectuales y escritores a otros países, al pulso de las dictaduras⁵, entre otros factores. Otro elemento concomitante en estos reajustes de visión ha sido la muy reñida expansión de los temas pertinentes para el campo de los estudios literarios en Latinoamérica⁶, desde géneros como el testimonio y la producción oral hasta la relevancia de imaginar las

5 Con su característica lucidez lo planteó Rafael Gutiérrez Girardot al cierre de su ensayo *Literatura y política* en *Insistencias* (1998): “¿Y la literatura de los exiliados políticos hispanoamericanos? Quienes se exiliaron en países hispanoamericanos ¿fueron exiliados realmente? [...] Muchos de los exiliados latinoamericanos en Latinoamérica fueron ‘peregrinos en sus patrias’: descubrieron por experiencia propia la pluralidad de Hispanoamérica. Como en la fábula del burro al que le sonó la flauta por casualidad, *los dictadores militares hispanoamericanos lograron, con el exilio de quienes les incomodaban intelectualmente, una desprovincialización, una depotenciación del nacionalismo*. Pero es muy temprano para juzgar adecuadamente ese fenómeno” (283, énfasis añadido). El tema de la producción de la diáspora colombiana es un frente de trabajo todavía muy novedoso en el país, desde donde lo veo.

6 cfr. Adorno (1998), Fernández Retamar (1995), Rincón (1978), Pacheco (1995), Pizarro (2009b).

fronteras culturales⁷ de un modo más flexible y congruente histórica y culturalmente, por ejemplo con la sugerente noción de *zona cultural*⁸.

En el Gran Caribe, estos debates han tenido también un gran momento durante las últimas décadas, como parte de un proyecto por deshacer el mapa tremendamente fragmentado (en general y en casos extremos aún dentro del cuerpo de una misma isla: Saint Martin/Sint Martin, Haití/República Dominicana) heredado de un pasado colonial. En este plano, la conocida frase de Florencia Bonfiglio (2010) “la unión es submarina” —compartida de una u otra manera y tematizada de un modo u otro por escritores como Jamaica Kincaid (1999), José Lezama Lima (1953), Maryse Condé (1993), Derek Walcott (1998), Kamau Brathwaite (1971/81), Antonio Benítez Rojo (1989), Jean Bernabé, Raphaël Confiant y Patrick Chamoiseau (1989) o Édouard Glissant (1997)— sugiere dinámicas supranacionales, móviles, históricas, densas y contradictorias.

Con estas aclaraciones en mente, se comprende que la inserción del archipiélago de San Andrés, Providencia, Santa Catalina y los cayos Quitasueño, Roncador, Bolívar, Serrana y Serranilla en una idea de región es también una pugna donde intervienen múltiples intereses. En la medida en que “la ‘realidad’ es absolutamente social y las clasificaciones más ‘naturales’ se apoyan siempre en rasgos que no tienen nada de natural y que en parte son producto de una imposición arbitraria, es decir, de un estado anterior a la relación de fuerzas en el campo de las luchas para la delimitación legítima” (Bourdieu, 1985), el archipiélago entra y sale de mapas “regionales” diversos. En el Museo del Caribe⁹, y en otros proyectos intelectuales recientes en la costa norte colombiana como la Oraloteca¹⁰ y el Observatorio del Caribe¹¹ por ejemplo, hace parte de la llamada (no sin controversias) región Caribe colombiana; naturalmente, esta no es una posición unificada y hay quienes discrepan: el desencuentro entre

7 Una historización contrastada de los sentidos de la palabra “región” en la historiografía literaria, más allá del referente geográfico, quizás nos mostraría algunos desencuentros y especificidades de sentido. Es lógico que lo que un crítico entiende por región (en relación con una configuración histórica concreta que pauta sentidos sociales amarrados a lo geográfico) en un lugar latinoamericano (Rama, por ejemplo, desde Uruguay), difiera de lo que entiende, y siempre implícitamente, con la misma palabra otro crítico en otro lugar (Cándido, para poner como punto de comparación dos países tan distintos en todo respecto).

8 Pizarro la caracteriza, en su estudio particular sobre el Amazonas, como un área transnacional, con referentes geográfico-culturales comunes, donde los componentes “despliegan una común relación de intensidad con la naturaleza y el medioambiente, [y] participan de una comunidad del imaginario que sólo cambia las denominaciones” (Pizarro, 2009a, 15). Una noción que conviene explorar a fondo en contraste con los planteamientos de Glissant y Benítez Rojo en relación con el Caribe.

9 Ver en: http://www.culturacaribe.org/museo_del_caribe.html

10 Ver en: <http://oraloteca.unimagdalena.edu.co/>

11 Ver en: www.ocaribe.org

dos economistas locales¹² sobre el tema de la integración regional es un buen indicio al respecto. En el sumamente vigente trabajo de Parsons (1956) e incluso en el de Wilson (1973), el archipiélago y, más en concreto, las dos islas grandes, San Andrés y Providencia, se muestran como un compuesto dispar en lo geológico, lo político y lo social, que pese a su pertenencia política “después de casi dos siglos” a Colombia, tienen un lazo (también complejo y ambiguo) con otras latitudes caribeñas: “[aunque la posición de las islas de San Andrés y Providencia] indica que debieran pertenecer más bien a Nicaragua; sus afinidades culturales han sido históricamente con las Indias Occidentales inglesas y con Norteamérica” (Parsons, 1956). Este es también el sentir de numerosos habitantes del archipiélago.

En este trabajo, y consciente de las provisiones anteriores y de la consecuente arbitrariedad de este mapa que yo misma utilizaré, en lo que toca a la historiografía literaria considero la isla de San Andrés como un lugar con una formación social con pugnas por lo menos de cuatro frentes en lo intelectual; aprovecho la delimitación de lo insular como un cerco para separarla de Providencia y también de Colombia, así como del resto del Caribe, pero en concordancia con los planteamientos caribeñistas, reconozco a la vez como algo de grandes consecuencias para la isla vínculos pretéritos y presentes, incluso imaginados (aunque no serán mi foco de trabajo) con territorios aledaños. Así, la veo distinta aunque inserta en ese Gran Caribe, con lo que ella misma tiene mayor movilidad dentro de esa cartografía más amplia.

Aunque en este gesto de delimitación aprovecho la física función del mar y reconozco que la isla está, como bellamente escribió Parsons (1956), “aislada en la inmensidad del mar Caribe”, también reconozco que es preciso a la vez señalar, como dice Gombaud (2007) en su extenso estudio sobre las ideas de isla, insularidad e islidad, que “la isla [es] un objeto incierto”, en cuya delimitación nosotros mismos podemos actuar sobre la base de privilegiar la tierra (si hablamos de islidad) o privilegiar el mar (si hablamos de insularidad) (Gombaud, 2007). En el plano simbólico y literario gran Caribeño hay escritores en uno y otro lado y muy a menudo en vaivén entre uno y otro. Chamoiseau (McCusker, 2011), Virgilio Piñera (1998), Ramabai Espinet (1991), Dulce María Loynaz (1958), entre muchos otros, han abordado el significado de la isla. Podemos tomar las palabras del escritor haitiano contemporáneo Lyonel Trouillot (entreveradas con las del prólogo a su *Éloge de la contemplation*) como un croquis de ese espectro sentimental literario asociado a los dos polos y hablar del “equilibrio inestable entre deseo de evasión y el apego a una tierra y a quienes la habitan. En un inquietante juego de espejo una voz

12 Jairo de Jesús Parada Corrales y Adolfo Meisel Roca (agradezco a Clinton Ramírez haberme señalado este contraste).

parece denunciar el encierro insular ‘los barrotes son una frontera’; y más adelante, a modo de respuesta: ‘mis veintisiete kilómetros cuadrados me bastan’” (Trouillot, 2009).

Siendo la delimitación territorial un efecto de representación (Bourdieu, 1985), los textos y los discursos hacen parte importante de negociaciones y confrontaciones en la apropiación del territorio, trabajan vigorosamente en pro del posicionamiento de otro tipo de imaginarios. En coyunturas como la que vive actualmente el archipiélago tras el fallo de La Haya, discusiones como la que me ocupa aquí redoblan su pertinencia.

Aparejada a la complejidad de la delimitación de *lo regional* viene —lo sabemos— la dificultad de delimitar *lo literario* sanandresano. En este texto consideraré la isla simplemente como abstracción geopolítica (como departamento), sin ahondar sus relaciones literarias con la zona cultural en que la veo inscrita (en gran parte porque esta inscripción precisa un trabajo pendiente, mancomunado y atento a otros focos —Nicaragua, Panamá, Jamaica...). Me centraré por ahora sólo en su confrontación con Colombia; más adelante habría que agregar otros enlaces menos sesgados y unidireccionales como —intuyo— la curiosa relación de varios escritores caleños o barranquilleros con la isla y de escritores sanandresanos con otros centros del país.

En esta dirección que he privilegiado, aunque cada escritor, isleño o no, responde a impulsos distintos, podemos sostener sin errar que la necesidad de afirmar el suelo y situar a la vez la isla en comunicación con la tierra firme tiene que ver con el imperativo de mapear y fijar, estratégicamente en las relaciones de fuerza, una tierra que se escapa o sobre la que no se tiene ya propiedad, como resultas de la paulatina alienación que, de acuerdo con estos discursos, comienza en 1953 con el nombramiento de la isla como Puerto Libre. Sus textos se la apropian en recorridos imaginarios, mientras combaten en lo político para no perderla legalmente.

Los dos apartes siguientes van por rutas que se comportan como ejes reflejos y puntos simétricos de tensión políticos y escriturales: para empezar, un levantamiento sobre el estado de la producción escrita pensada como literaria en la isla, y luego, más brevemente, algunas anotaciones sobre la historiografía y la figura del puerto.

Pensar la literatura: algunas premisas de trabajo

Durante los años 60 y 70 se produjeron en Latinoamérica transformaciones sociales vertiginosas e imprevistas, y a menudo violentas, que no sólo alteraron la faz de estas sociedades en lo político y lo económico, sino también en lo cultural y —como en los años 20 y 30, cuando el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1928) perfiló algunos caminos que una historia de la literatura latinoamericana tendría que seguir para servir

plenamente a su contexto— estimularon una nueva ola de pensamiento crítico que reflexionando seriamente sobre su papel en el medio replanteó una vez más los marcos teóricos de comprensión del mundo a su alrededor. En el plano de la crítica literaria, este giro suscita preguntas como ¿qué funciones cumple la literatura en este medio y, así mismo, qué tipo de crítica y de historia literaria conviene a las producciones literarias alumbradas en el turbión social de esos años. Entre 1972 y 1975, Roberto Fernández Retamar resumía los acopios valiosos del trabajo crítico latinoamericano de cincuenta años, pero llamaba vivamente a circunscribir y corregir los fundamentos del mismo al ritmo de reflexiones acordes con la condición en principio colonial de estos territorios. Así, sostenía que si “toda teoría es una hipótesis de trabajo, sugerida por el interés en los hechos mismos” (Fernández Retamar, 1995, p.81), entonces “*una teoría de la literatura es la teoría de una literatura.*” (p.82) [Cursivas en el original], y en consecuencia “las teorías de la literatura hispanoamericana [...] no podrían forjarse trasladándose e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación [...] con las literaturas metropolitanas” (p.81). Estos planteamientos habían sido apuntalados ya por el trabajo de escritores como Lezama Lima (1953b), y a partir de los años 80 y 90 reciben más sedimentos desde el Gran Caribe también, gracias a obras como las de Antonio Benítez Rojo, Édouard Glissant, Wilson Harris (1999) o Sylvia Wynter (2012) en los años 60 y 70. Desde estas proposiciones, una aproximación teórico-crítica que se adapte a las peculiaridades de la producción literaria de esta geopolítica implica sin excepción no definir lo literario de modo inmanente e inmutable, sino como un hecho dinámico y en función de necesidades sociales, de tal manera que “lo que es un ‘hecho literario’ para una época, será un fenómeno lingüístico perteneciente a la vida social para otra, e inversamente” (Tinianov, citado por Fernández Retamar, 1995, p.107). Esto no desecha los usos simbólicos del lenguaje con fines sensibles en esas producciones; más bien les reconoce adicionalmente la dimensión social en que el escritor está inmerso, y la admite como una dimensión determinante tanto en la producción como en la recepción del texto.

La noción de Latinoamérica (Hispanoamérica en ese autor) subyacente a las afirmaciones de Fernández Retamar no es esa noción vaga y polivalente que a menudo circula en los proyectos de políticas de la identidad de esos años. Muy concretamente, alude al territorio en tanto identificado por un factor común, de orden neocolonial; es decir, heredero de nociones, supuestos, comportamientos implantados durante la colonia y perpetuados por los dirigentes siguientes. Alejandro Losada, teórico literario contemporáneo de Fernández Retamar, lo enuncia en el marco de un proyecto de investigación de la historia social de la literatura en este lado del mundo. Buscando un acercamiento que explique los fenómenos literarios diacrónicos comunes al

continente y también la manifestación de fenómenos muy distintos entre sí aunque sincrónicos (como el indigenismo y el vanguardismo), subraya que es indispensable considerar en el caso de estas literaturas el tipo de relación que sostienen con el resto de los países del mundo, después de su independencia. Losada explica que “la perspectiva que controla la producción literaria latinoamericana no depende de la extracción de clase del sujeto social productor, sino del *proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura, frente a los requerimientos de la cultura de los países industrializados, frente a las demandas de la sociedad regional o nacional (Estado, clase, posibilidad de evolución histórica, dependencia económica) y frente al mercado popular de la cultura*” (Losada, 1976, pp.207-208). A este “modo de comportamiento de un grupo minoritario frente a los estímulos y demandas de un proceso social complejo” (p.208), Losada lo llama “praxis de un grupo social”; dicho en otras palabras: es “un modo de comportamiento, que establece *relaciones reales con su sociedad en el hecho mismo de su producción literaria*” (p.208)¹³.

Las directrices epistemológicas enunciadas por Fernández Retamar se vuelven lineamiento concreto de investigación en este modelo sumamente versátil que resuelve los típicos obstáculos organizativos y analíticos de época, generación y nacionalidad. Ambos marcos son propicios para situar mi objetivo de reflexionar sobre la literatura en la isla de San Andrés y el tipo de crítica que, bajo esta luz, exige.

Desde la isla (no así desde el continente) es una perogrullada decir que San Andrés tiene con Colombia una relación de amor-odio, por lo demás justificadísima. En el imaginario raizal, 1953, año en que San Andrés se convierte en Puerto Libre, es el momento del derrumbe del paraíso¹⁴. Así lo describe, verbigracia, Walwin Petersen (2007):

13 Énfasis añadido. Esta particular división me parece un aporte de Losada que permite seccionar con cierta delicadeza en el plano literario las relaciones de fuerza dentro de una formación social, cuando no se trata de tensiones dentro de un mismo discurso, como en el caso de las literaturas heterogéneas, y cuando la discusión se centra sobre obras y escritores concretos y no en grandes marcos, como sería el caso de anotaciones de Glissant en torno a la Historia y la literatura en el Caribe, de todo punto pertinentes para otros debates.

14 Esto no es una simple frase retórica, sino que se puede rastrear como tropo o locus tanto en textos históricos (como *The Province of Providence*, de Walwin Petersen), como literarios (abundan las imágenes de la isla como paraíso intocado en los poemas de *Naked Skin*, de Juan Ramírez Dawkins, e incluso, aunque sin asidero cronológico puntual, en algunos de los cuentos de Lenito Robinson. Es muy evidente en *No give up, Maan!*). Y ese paraíso que figura allí tiene un sustrato o un sentido bíblico: la religión precede la vida social, no existe la degradación que describen hoy en día los periódicos y que fustigan algunos autores como Eviston Forbes Bernard y Jimmy Gordon Bull. Esta semblanza del paraíso se opone fuertemente al paraíso como locusturístico que prima hoy en los catálogos de viaje a la isla y que sería el responsable de esa especie de contrapartida infernal que sería la vida del sanandresano nativo o de antaño hoy allí, como sostiene Petersen en el fragmento citado. Este tema ocupa varios trabajos para el Gran Caribe, entre ellos: Sun, Sex and Gold: Tourism and Sex Work in the Caribbean editado por Kemala Kempadoo. Un giro bien interesante de esta discusión recién sale en la canción “El fallo”, cantada a dúo por Jiggy Drama y Creole New Generation (cfr. http://www.elcolombiano.com/jiggy_drama_protesta_con_su_cancion_el_fallo_contra_el_gobierno_y_la_haya-AAEC_270617), y aquí el

Luego, grandes almacenes de San Luis e incluso del North End empezaron a desaparecer, obligados por la nueva competencia del comercio informal por parte de los nuevos inmigrantes [colombianos continentales]. Sumado al caos, los isleños empezaron a construir usando ladrillos de arena y de cemento, absolutamente sin ningún control, usando el trabajo barato de inmigrantes atraídos por el “nuevo paraíso de Colombia” –un “paraíso colombiano” que gradualmente estaba siendo convertido en un infierno para la mayoría de los isleños nativos. [p.257]¹⁵.

Se aplica aquí la popular expresión anglocaribeña que un poeta como Kamau Brathwaite (1973) usa precisamente para cuestionar la desigualdad mantenida por el turismo: “*some people doing well, while others are catching hell*”. Efectivamente, a raíz de ese estatuto de Puerto Libre, el poblamiento de la isla se saldrá de control con los enormes conflictos que acarrea en todos los planos, desde la imposibilidad para el autoabastecimiento hasta los daños ecológicos causados por el exceso de desechos y detritus, pasando por las rupturas en el tejido de la vida cotidiana (desde el silenciamiento del creol hasta el desequilibrio poblacional y laboral o los problemas como el narcotráfico y su ética del dinero fácil) (Petersen, 2002, pp.257 y siguientes). Por otro lado, esa apropiación económica y política del archipiélago por parte del país es responsable también de situaciones conflictivas de hoy en día como la incomunicación de la isla (y del archipiélago) con otros territorios que históricamente han sido más cercanos a la cultura y la historia suya que el continente (como las costas de Panamá, Costa Rica o Nicaragua e incluso Estados Unidos). Todo esto explica la desconfianza de los isleños hacia los “pañas” y da sentido al hecho de que los isleños reivindiquen sus derechos territoriales, lingüísticos y culturales raizales, incluso mediante posiciones abiertamente políticas, como las del partido AMEN-SD¹⁶.

Nada avala que este contexto se ignore al momento de pensar la literatura de la isla. Todo lo más: desde la perspectiva de este escrito, es preciso tener presentes las dinámicas neo(o intra) coloniales de Colombia hacia San Andrés, en el plano de la crítica literaria y, al tiempo, las reacciones de los grupos letrados en la isla respecto a esas dinámicas, si queremos entender el porqué de los temas y las formas de la producción de la isla, y las estrategias políticas (en sentido amplio) que las estructuran.

video: (<http://www.youtube.com/watch?v=hdwCcnVSWAM>). Creo que la iniciativa de estos músicos es significativa si pensamos en otras dinámicas de vocear cultura (es curioso, en este sentido, por ejemplo, que en la isla el cantante Shungo haya puesto en circulación en las papelerías cuadernos escolares cuya cubierta tenía a su grupo musical).

15 Énfasis añadido. Todas las versiones al español de textos en inglés son mías.

16 Sigla de Archipelago Movement for Ethnic Native Self-Determination for the Archipelago of San Andrés, Providence and Kethlena.

La isla se ha vuelto omnipresente en los ojos de los continentales (y de extranjeros de otras partes del mundo)¹⁷ a raíz de campañas publicitarias como “Colombia es pasión”¹⁸, más recientemente “Colombia es realismo mágico”¹⁹ y a paquetes turísticos donde figura con precios competitivos al lado de destinos populares como Cartagena. En cuanto a investigaciones, hasta ahora habían sido primordialmente hechas por parte de antropólogos (Pedraza, 1986, 1988, 1992), historiadores o politólogos (Rivera, 2004). Esto es apenas el principio, pues ahora San Andrés y Providencia han entrado al canon literario colombiano con la marca de lo afrocolombiano. Dos de los dieciocho tomos de la Biblioteca de literatura afrocolombiana, recién publicada por el Ministerio de Cultura (2010), corresponden a escritores del archipiélago (el 14 a Hazel Robinson, el 7 a Lenito Robinson). Así mismo, en el tomo 16, *Antología de mujeres poetas afrocolombianas*, se incluyen cinco poetas de las islas, con la novedad de algunos poemas en creol.

Cuando, a principios del 2010, formulé un proyecto de investigación sobre la literatura de la isla, mis objetivos eran absurdamente ambiciosos: quería explorar la literatura de los últimos cien años en San Andrés; iba también tras posibles nexos desde lo literario entre los chinos de la isla y los chinos de islas como Trinidad o como Cuba. Igualmente, quería mirar cómo aparecía el turismo en las producciones literarias de San Andrés y, como si eso fuera poco, me proponía rastrear el —para mí— ineludible problema de la relación isla/Colombia/Gran Caribe. Los tres primeros objetivos demostraron ser resultado de los a priori de quien estudiara la isla partiendo de temas y problemáticas más o menos comunes al Gran Caribe en general. Más importante aún, por peligroso, esos objetivos me parecen ahora fiel reflejo de la misma tendencia exotizante con que se acercan a la isla el turista y el “paña”: San Andrés era una especie de “paraíso literario”, sin especificidad suya propia²⁰. Conversé con varias personas de la isla,

17 Por ejemplo, en la revista *Temporada, High Season. La revista de San Andrés y Providencia* (una revista dedicada exclusivamente a la promoción turística de las islas), en el número de diciembre a junio de 2010, ed 44, p.6, se da cuenta de una especie de convenio mediante el cual empiezan a llegar turistas checos y canadienses al archipiélago, por primera vez, luego de 9 años en que no llegaban en grupos continuos turistas europeos allí.

18 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=ri0kovbKot4>

19 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=BTcZB5q-9S4>

20 Esta actitud es algo generalizada entre la crítica: si bien los dos textos críticos existentes (hasta el momento en que empecé la pesquisa) sobre la obra de Hazel Robinson, escritos ambos por críticos de la costa colombiana, se dedican muy juiciosamente a la obra en sí, arrojando líneas de lectura sugerentes para el estudio futuro de la obra, ambos contemplan el texto (y la isla que lo produce) desde esa distancia que la hace parecer un terreno uniforme que ha producido en cuanto a literatura solo estas dos obras. Es un sesgo de la práctica crítica en general, que contrasta vivamente con los enfoques muy localizados y en consecuencia especificadores de los trabajos antropológicos o de ciencias políticas que le restituyen al archipiélago su dimensión caleidoscópica.

y con investigadores de otras disciplinas que le habían dedicado algún tiempo y estuve en la isla por unas semanas²¹. El resultado de ese viaje fue un choque que, felizmente, desestabilizó todos (menos uno de) mis supuestos de investigación.

Para empezar, el panorama literario de la isla es más variado de lo que desde el continente o de cualquier foco externo y abstracto se puede creer. Una caracterización rápida de la producción de San Andrés²² daría este croquis. Un primer grupo de escritores isleños conocidos fuera de la isla. En este grupo, Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson Bent van ganando acelerado reconocimiento. Hazel Robinson Abrahams, con sus tres novelas escritas y publicadas en los últimos años (2002 [reimpreso en 2010]; 2004, 2009), y el segundo, Lenito, con esta reedición en la Biblioteca afrocolombiana de los cuentos que publicara en 1984 (pero escribiera tan temprano como en los años 70).

Un segundo grupo reuniría a escritores isleños y no isleños menos visibles por ahora, que viven (o vivieron) en la isla. Entre estos: Claudia Aguilera (1991, 2005), Nadim Marmolejo (s.f.), Lina Chow Wong (2008, 2014), Claudine Bancelin (2004), Mariamtilde Rodríguez (2007), Jorge Muñoz (1974), Franco Grittani (2004). Fanny Buitrago (1976, 1979, 2010) ocupa un lugar aparte, en la medida en que su trayectoria es más amplia y su difusión no está amarrada solamente a lo relativo al tema sanandresano. Libros como los de estos autores circulan por caminos inusuales (Se venden en un café, en una papelería o lo tiene alguien relacionado con la escritora o el escritor...).

Un tercer grupo estaría, desde mi perspectiva, conformado por intelectuales raizales en la isla, que despliegan proyectos con miras similares. Juan Ramírez Dawkins ha publicado los libros *The Soldier dem de come/Ahí vienen los soldados* y *The Mango Tree/El palo de mango* y el libro de poemas *Naked Skin/Piel desnuda* (ambos de 1996). Ramírez Dawkins, luego parte del movimiento independentista AMEN-SD, fue estimulado a

21 Aprovecho para manifestarle mis agradecimientos a Camila Rivera, que tocó a las puertas por mí, y a Javier Archbold, quien por muchos medios me facilitó enormemente el arribo. Sin la compañía de Dany Advíncula habría visto un panorama muy distinto y sin el beneficio de las conversaciones con Teresa Cadavid y con la familia Schonnewolf estas reflexiones estarían a medias. A Raquel Sanmiguel, su disposición ininterrumpida a conversar sobre este tema conmigo; a Mirta Díaz, en la Biblioteca del Banco de la República por una apertura sin ambages. Igualmente, mi gratitud para con Jimmy Archbold, músico de la isla, y Adriana Santos, profesora de la Universidad Nacional sede San Andrés.

22 El hecho de que a veces incluya a Lenito Robinson-Bento en las menciones de la literatura de San Andrés se debe a que en el centro de documentación del Banco de la República allí se encuentra algún material suyo y a que no hay por lo general en el imaginario de los letrados del archipiélago una diferencia tajante entre los escritores de las dos islas. Aunque conviene precisar que con los desarrollos del teatro en Providencia, entre otros, esto empieza a matizarse. Me centro exclusivamente aquí en San Andrés porque en vista de las diferencias culturales el sistema literario funciona ligeramente distinto en Providencia donde por ejemplo, a diferencia de San Andrés, ha habido talleres de Renata, con una publicación que la Cámara de Comercio de San Andrés distribuye gratuitamente. Es decir, también su modo de circulación y quizás la elección de la lengua es atípica para lo que describo a continuación sobre San Andrés.

escribir y publicar estos textos por dos intelectuales reconocidos de la isla y activamente involucrados en las reivindicaciones raizales por el lado lingüístico: Marcia Dittmann, quien tradujo los relatos de *The Soldier* para esa versión bilingüe y ha publicado en conjunción con Lolia Pomare-Myles o sola varios trabajos tendientes a recuperación de memoria histórica²³, y Oakley Forbes. Lolia Pomare-Myles, por su parte, muy reconocida en la isla, ha desarrollado un trabajo versátil (desde la escritura en periódicos hasta la realización de programas de televisión y un trabajo de memoria con la comunidad) (Patiño, 2011)²⁴. Ampliando el marco de visión de lo literario, habríamos de incluir a Marilyn Bizcaino Miller, creadora del Festival Internacional de Teatro Ethnic Roots, en 1999 (Moyano, 2007), quien con obras performáticas como *Combak* (Silva, 2013b, pp.121-139) está pensando la isla en su dimensión sociopolítica. En este grupo incluiría, por esta cercanía, las poetas que publicaron en algún momento en el periódico *Horizontes*, ahora incluidas en el tomo de la biblioteca afrocolombiana también. Estas poetas son Ofeilia Margarita Benet Robinson, Briceña Corpus Stephens, Emiliana Bernard Stephenson, Herminia Macariz Michell y Marqueta McKeller [que recién publicó por cuenta propia una compilación de sus poemas. Cfr. *Memorias*, 2012]. A este grupo pertenecen también escritores y escritoras muy jóvenes como Keisha Howard (*San Andrés: A Herstory*, 2014), Alciano Williams (2011) y Adel Christopher (2011). Tanto la escritura de Juan Ramírez, como la narración de Lolia Pomare-Myles, las performances de Marilyn Bizcaino, la novela de Howard y poemas de Williams y de Christopher hacen eco de lazos con el Gran Caribe (a veces por la vía de imaginar el lazo con África), desde imágenes de la isla como paraíso hasta las historias de Anancy, desde la recuperación de tradiciones isleñas hasta la visita a imágenes simbólicas de lo isleño como el cangrejo, o la producción en creol.

Un cuarto grupo que vendría a sumar una faceta más de lo isleño a este sistema estaría conformado por los que no publican o publican textos híbridos (desde una perspectiva tradicional, por decirlo muy vagamente), y son reconocidos como “literarios” por población y medios locales, por ejemplo, varios poetas que publicaron en algún momento en periódicos de la isla como *Horizontes* (1999-2000) o incluso los que participan en algunos recitales organizados por la Casa de la Cultura y cuyos poemas quedan luego guardados en este lugar, en hojas sueltas.²⁵ De hecho, este es uno de los renglo-

23 Un ejemplo de este trabajo es Dittmann (2008), *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia [Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez]*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia.

24 Ana Mercedes Patiño da cuenta de su trayectoria y ámbito de movimiento con lujo de detalles.

25 En el número de *Horizontes* correspondiente a abril-mayo de 1999 hay por ejemplo poemas de Herminia Macariz Mitchell, Cecilia Francis, Rosa Victoria Brown y Marqueta McKeller Hudgson. También se mencionan como poetas o escritores (y de algunos hay uno o dos muestras en hojas sueltas en el Centro de

nes más intrigantes, pues gente diversa desde bibliotecarios hasta profesores universitarios y de colegio afirma sin ambages que estas personas u otras anónimas *hacen literatura*. Pero los textos no están agrupados ni circulan para el público en general. Pasan de manos del escritor o escritora a manos de sus amigos, y de ahí a manos de los conocidos de los amigos en una cadena que se puede alargar. Los que circulan como “literatura sanandresana” en las papelerías populares accesibles también a los turistas son los de dos autores que viven y trabajan en la isla, y que entre sí son bien distintos: *Las plagas humanas bestializadas* (s.f.) y *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas* (2011) y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos* (2012), entre otros, de Eviston Forbes Bernard, conocido como “Papalee”; y *A oscuras pero encendido* (2001), *Legado de piratas* (2006) y, en menor medida, *Meridiano 82, la ruta de la langosta* (2010), de Jimmy Gordon Bull.

El tema “literatura sanandresana” plantea entonces varios problemas. Algunos de ellos son parientes de los obstáculos consuetudinarios a la historiografía y la crítica de territorios que fueron colonia e implicarían preguntarse ¿desde qué punto en la historia hablaríamos de la existencia de esta literatura? y en relación con lo nacional y el canon, ¿a la escrita por quiénes llamaríamos tal? Para San Andrés, estas preguntas entrañarían un doble nivel en el plano cronológico y territorial (“nacional”). Por un lado, una historia previa que haría lícito pensar en la posibilidad de que existan textos escritos por habitantes de la isla (nacidos en ella o no) durante su período inglés, y que podrían estar dispersos en lugares como Puerto Limón, Colón o algún lugar de Inglaterra o Estados Unidos. Y por otro lado, su inflexión netamente colonial bajo égida colombiana. Y es lógico que así sea, si no perdemos de vista la gran movilidad que caracteriza, circum-atlánticamente, al Gran Caribe.

Las respuestas a interrogantes de ese corte suponen que el material de estudio existe. Pero también suponen que es homogéneo y correspondiente a formas previstas, más o menos fijas, como la novela, la poesía escrita, el cuento (escrito también), y el ensayo. Por el croquis que acabo de esbozar, me parece lícito sugerir que las preguntas guía de una crítica literaria sobre la literatura sanandresana tendrían que ser otras. Para empezar, ¿qué implicaciones tiene que ese material “literario” no adquiera las formas genéricas esperadas (poesía, novela, cuento)? O más aún, ¿que no esté publicado?, y por último, ¿que la expresión literaria sea algo subterránea, o tenga rasgos muy específicos debidos a la idiosincrasia cultural y política de San Andrés en relación con Colombia y con otros países que hacen parte de su historia?

documentación de la Casa de la Cultura) a Adel Christopher Livingstone, Ofelia Margarita Bent Robinson (animada por Oakley Forbes a escribir), Briceña Corpus Stephens, que luego serán parte de la Biblioteca Afrocolombiana, como ya he mencionado.

Detengámonos un poquito en las tres últimas preguntas, con el ánimo de brindarle algún espesor a ese panorama. Es posible sostener que:

Los isleños son (y se autodefinen como) poetas, hay muchos que escriben pero que no tienen visibilidad como la tendrán Lolía Pomare, Juan Ramírez, Hazel Robinson y Benito R. Escriben en español la mayoría, otros tímidamente en inglés, otros en Creole o en lengua mezclada. Los más jóvenes se van por la música, componen cantos de protesta en ritmos que llegan a la juventud... Los de mayor tradición usan el inglés y encuentran en ese inglés 'victoriano' que manejaban y en sonetos de la Biblia victoriana inspiración: estos últimos son como poetas... *pero como te digo, la mayoría no publica*. Incluso hay quienes han escrito cosas sobre la isla y *las tienen guardadas*, y a veces, por aquello de la confianza que se va construyendo, va uno teniendo acceso a algunos extractos. [...].²⁶

Este panorama tan heterogéneo —de escritores locales visibles en el continente, escritores locales o extranjeros con visibilidad en la isla pero no en el continente, intelectuales comprometidos con raíces y tradiciones, y escritores con textos híbridos— cobra cierto aire natural si, a la luz de los enunciados de Losada, se lo entiende como “producto de una actividad consciente de un sujeto social que, de alguna manera, tiene dominio de sus fines, escoge medios y estrategias para cumplirlos y que, precisamente en el cumplimiento de esa actividad, se constituye en un nuevo sujeto social, *sólo posible en esa forma de cultura*” (Losada, 1976, p.211). Así, estos rasgos harían parte de cierta especificidad del sistema literario en la isla: tanto la visibilidad de algunos escritores como la invisibilidad de otros, tanto la escritura en creol como la escritura en español, y la elección de uno u otro tipo discursivo, se aclaran en razón de esta doble articulación de San Andrés como isla con su vida propia y San Andrés como departamento de ultramar colombiano. Unos y otros se afilian a modos de prestigio contrapuestos, sustentados en pugnas políticas, pero materializados en la praxis literaria. Quien escribe en creol o en español o quienes rescatan relatos orales y los transmiten por escrito o en performances²⁷, evidentemente le asignan “una naturaleza, una función y unas tareas” anticolonialistas a su trabajo cultural; quien de otro lado busca

26 Raquel Sanmiguel, Comunicación personal, junio 17 de 2010. Énfasis añadido. Es claro que aquí Sanmiguel pone a contraluz la riqueza no escrita de este mundo cultural y, gracias a sus preocupaciones por la etnoeducación, da pistas por los caminos en los cuales se encontrarían algunas manifestaciones para un estudio sobre el tema que nos ocupa en la isla.

27 Pienso en Lolía Pomare-Myles, o en proyectos como el de Patricia Enciso (2004).

algún lugar de acuerdo o cuyas obras se prestan para una lectura ambigua de la isla, está igualmente respondiendo a una interpelación²⁸.

Desde mi perspectiva, el cuarto grupo (y en alguna medida el tercero), parafraseando de nuevo a Losada, “se constituye en un nuevo sujeto social [...] mediante el dominio de sus fines y la escogencia de medios y estrategias para cumplirlos” (Losada, 1976). El propósito de esa minoría es tan ambiguo (y tan socialmente interesado como el de las dos minorías anteriores: quieren, mínimamente, ser referentes culturales y literarios) en la isla. La diferencia es que estos escapan al control institucional literario y, así, en sus textos podemos rastrear y ubicar con mayor certeza la dinámica de resistencia (desde luego no exenta de contradicción) respecto a Colombia. En este diagrama se ve esa articulación en el hecho literario (pensado como hecho social) como un fenómeno donde se articulan “de manera inmediata los conjuntos literarios con la praxis social de los sujetos productores y, mediatemente, con la situación de la estructura social” (Losada, 1976). No es coincidencia que tanto Forbes Bernard como Gordon Bull estén involucrados de uno u otro modo en la política de la isla ni que Howard tenga tras de sí una tradición de intelectuales bautistas y que su novela sea resultado de un proyecto avalado por AMEN-SD.

Para 2010, en una carpeta del Centro de documentación de la biblioteca Luis Ángel Arango en San Andrés se reunían los personajes insignes del archipiélago. Era una lista variopinta: había portadas de libros (como los de Hazel Robinson), y notas de periódico sobre uno u otro deportista. Había también notas necrológicas, sobre políticos o personajes de la cultura de la isla. Esta carpeta se repetía en el Centro de documentación de la Casa de la Cultura. Ambas eran compilaciones hechas por la gente que trabajaba en cada lugar, su contenido y organización no estaban determinados por un ente gubernamental o un ente oficial común²⁹. Leo Umbasía, entonces directora del Centro de documentación de la Casa de la Cultura, en el momento en que realicé el trabajo de campo, por ejemplo, dijo llevar algunos años intentando a título personal un libro sobre escritores de la isla, que incluiría pinturas de los autores, hechas por un pintor local. Ahora bien, a la pregunta por *quién escribe literatura*, la reacción informal de gente de diferentes círculos en la isla asombra por la coincidencia. Personas de trasfondos muy

28 *No Give up, Maan*, por ejemplo, presenta la imagen de la isla como referente de identidad isleña, pero ya que el formato que usa es más tradicional (novela) la crítica nacional se la apropia con gran rapidez (no en vano, la mayoría de los trabajos de tesis en proceso de que tengo noticia están centrados en su obra) y la va reificando como exponente del exotismo de la exótica isla.

29 Esto ha cambiado radicalmente, y parte de los proyectos del Banco de la República en la isla, en la actualidad, son tremendamente concientes de la diferencia cultural, del formato marginal de las producciones en la isla, y de las necesidades particulares que plantea. Los proyectos de recopilación de memoria oral, y la dinámica de charlas y simposios que tiene actualmente la sede en la isla dan fe de estos cambios y prometen mucha intensidad y riqueza en el futuro cercano.

distintos (estudiantes, artistas, trabajadores oficiales) coincidían en identificar un solo nombre, Eviston Forbes Bernard, como *alguien que escribe literatura*. Los encuestados casuales decían que este escritor (y sus escritos) les gustaba porque “dice la verdad” (queriendo significar con esto que denunciaba el estado de cosas producido por la relación entre Colombia y San Andrés). Aunque aquí no habría que soslayar el hecho de que esta respuesta la estaban dando a una persona del continente, y por tanto, mis interlocutores podían estar situándose y situándome en lugares concretos de ese espectro político que la isla convoca.

Las plagas humanas bestializadas, de Forbes Bernard, un libro sin editorial ni fecha, publicado de propio bolsillo, no es un libro fácil de leer para un letrado: su ortografía no es ortodoxa, no parece tener un orden lógico previsto; aunque el tema es uno (las plagas de la colonización), está desarrollado en ramificaciones; el libro tampoco parece corresponder a ningún género único: su tono es de discurso político con invectivas contra Colombia y las “pestes” inoculadas por el país en la isla; tiene algo de apología personal (consecuente con la candidatura del autor en algún momento a un puesto público en la isla), y además hay poemas (alguno de los cuales ya había sido publicado en hoja suelta o periódico). Este formato es consistente en otros libros de Forbes Bernard en esta línea: *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas*, y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo. Todo para ellos; todo para ellos*³⁰.

Por su parte, los temas de *A oscuras, pero encendido*, de Gordon Bull, recorren el mismo espectro: catilinaria, discurso moral... Esta compilación de crónicas bilingües publicadas originalmente por Gordon Bull en los periódicos *La noticia*, y el *Archipiélago Post* es pagada por el escritor, y se vende en las papelerías de la isla. En este libro encontramos pequeños relatos que ilustran el deterioro del tejido social en la isla, con un tono sutilmente distinto del de Forbes Bernard pero apuntando a los mismos ejes escriturales y argumentativos.

Pero si bien ambos autores tienen claras agendas políticas y personales, el proyecto no es sólo individual, sino que da voz a un sector intelectual de la isla. El hecho de que sean publicados autónomamente (no por mediación de una editorial o una institución oficial) me parece clave para comprender lo que dicen y la relación de la gente con esos textos que tratan temas que se escriben así como se conversan y que en su tono enérgico y de corte casi forense evocan mucho el sermón (no hay que olvidar el peso fuerte del protestantismo en la isla, y el hecho de que entre los intelectuales que

30 El libro más reciente de Forbes es una historia de San Andrés, donde este formato disperso, ajeno a las expectativas de una “historia escrita” se repite, y donde caben alabanzas al presidente de turno, fotos del autor con personajes de la isla, y relaciones de hechos sobre la isla, transmitidos oralmente o por escrito.

lideran reflexiones sobre la historia y la situación en la isla se encuentran líderes de estas iglesias. Es decir que estos textos pueden beber de tradiciones subterráneas o al menos no las más evidentes para los críticos del continente). También me parece fundamental ese detalle de la publicación sin mediación de pares y todo el proceso editorial que implica ciertos controles lingüísticos y textuales, para debatir otro elemento de interpretación: ¿qué hace la crítica con un libro “mal escrito”? En este punto el libro de Forbes Bernard amerita un comentario. Es casi un lugar común entre quienes leen y discuten sobre la literatura del archipiélago decir que lo oral en ella es ineludible. En esta afirmación se entiende lo oral como lo relacionado con el creol y los cuentos y otras tradiciones asociadas a él, no necesariamente plasmados en textos impresos. Sin embargo, el texto de Forbes pone en escena otra cara de esa oralidad, relacionada por vía refleja con la colonización, como si fuera el negativo del creol: ¿por qué no pensar que la “mala ortografía” de este libro de Forbes Bernard surge del mismo lugar de donde surge el silenciamiento del creol como política de gobernabilidad? Creo que es una explicación plausible decir que ese español se plasma ahí con las dificultades todas de lo que es una segunda lengua, aprendida de oídas, y segunda lengua al fin. Durante todos estos años se ha producido, sin duda, un amarre cultural, que hace que sea pertinente pensar lo oral aquí a partir de otros indicios, como esta hibridez ortográfica, sintáctica y genérica, manifestación de fractura en sí, en la que se ve la lucha de los dos mundos. Esto es, repito, lo que veo en estos tres libros de Forbes Bernard y en el de Gordon Bull: su vacilar entre géneros, las curvaturas de su escritura, la particular combinación de formas que usan con dispar dominio, los códigos de prestigio que emplean (ambos autores incluyen fotos suyas en estas obras: Gordon Bull como el pirata en la portada de su libro *Legado...*, Forbes Bernard en eventos políticos en el suyo). Este camino de ver lo oral creol en otros indicadores me ha interesado más que el camino derecho de la transcripción de lo oral. De ahí el sesgo particular de esta investigación.

Veo rasgos que coinciden con esta tendencia y que entiendo como signos de “un proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura” (siguiendo de nuevo a Losada [1976]) en uno de los libros de historiografía de la isla, como más adelante se verá.

Quizás se necesite aclarar que mi detenimiento en estos autores no apunta a su canonización (aunque sí me resulten más interesantes, como proyecto crítico personal, unos que otros), sino a señalar líneas de lectura que permitan cuestionar los moldes y modelos desde los elementos funcionales del contexto.

Las peculiaridades que he ido reuniendo aquí (el borde poroso entre géneros, el tipo especial de textos que resultan, los modos de autorización de la propia voz por

parte de los escritores) en el marco de una pregunta por la especificidad de lo literario en la isla, obligarían a un estudio detenido del periodismo (su historia, y principalmente su función) para los distintos grupos de esta formación social. Al ser un espacio de formación de conciencia, con cribas menos rígidas que las del impreso literario, sospecho que ha dado voz y presencia a temas y formas que todavía no hemos registrado. Por ejemplo, empezando en diciembre de 1998 se publicaron varios números de *Horizontes*, un periódico donde la agenda de recuperación de memoria cultural era muy clara por parte de los escritores regulares que allí publicaban, entre los cuales se incluían Ramírez Dawkins, el historiador Walwin Petersen, Lolia Pomare Myles, y el pintor Elario Fiquaire. Entre 1962-1963 y 1965 existió el semanario *San Andrés bilingüe*. Y una de las calles de San Andrés rinde homenaje al fundador del primer periódico de la isla *The Searchlight* (1912)³¹. Hoy en día la revista *Welcome*, dirigida por Eduardo Lunazzi, combina la línea dura del turismo, con relatos necesarios sobre la vida íntima de la isla (en el número 69 de junio de 2010, por ejemplo, hay un reportaje sobre uno de los cantantes de hip-hop más curiosos de la isla: Shungu). Ese estudio tendría que pensar en el periodismo como un sitio de circulación de proyectos intelectuales, como el espacio donde se pueden encontrar y manifestar géneros disímiles a los que la crítica literaria espera y que serían algún reflejo de las necesidades, la idiosincrasia y los modos propios de un sector de la isla.

La crítica

*Tú ves un fallo y algunos cayos
nosotros vemos un futuro amenazado*³²

Cronológicamente, la primera mención de historiografía literaria concerniente a la “literatura sanandresana” de que tengo noticia se registra en el libro *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* de Antonio Benítez Rojo (1989). Es el capítulo seis, “*Los pañamanes o la memoria de la piel*”, dedicado a esa novela de Fanny Buitrago, publicada en 1979, y que transcurre en la isla.

Benítez Rojo intentaba mapear una cartografía disgregada donde “se repiten” algunos fenómenos macro, con diferencias según la vida de cada isla. Su mapa es en verdad, para el momento en que está escribiendo, bastante amplio, aunque naturalmente

31 Que he visto citado, a propósito de los casos de juicios contra afrocaribeños por prácticas de obeah, en el interesante trabajo de Lara Putnam (2012).

32 Jiggy Drama y Creole N.G., *El fallo*.

inabarcable. Puede, por tanto, afirmar: “en la actualidad, puede decirse que el lector dispone de un conjunto de obras que representan los fragmentos de mayor tamaño del vasto rompecabezas del Caribe. No obstante, aún hay vacíos importantes que llenar. [...] todavía faltan por encajar algunas islas, ciertas ciudades y puertos, tramos costeros, penínsulas y golfos cuya ausencia configura huecos de bordes irregulares en la superficie azul turquesa del Caribe” (Benítez Rojo, 1989, p.221). Tras este anuncio, Benítez Rojo introduce *Los pañamanes*, que viene a ubicar allí “una rara pieza del rompecabezas caribeño”, en forma de “un minúsculo archipiélago situado a unas cien millas al oriente de Nicaragua, y conocido con el nombre de San Andrés y Providencia” (Benítez Rojo, 1989, p.221).

El tema de este capítulo (curiosamente, es la única obra de autoría femenina incluida en *La isla que se repite*, al lado de autores como Wilson Harris, Alejo Carpentier, Edgardo Rodríguez Juliá o Nicolás Guillén...), es el encuentro entre tres temas: la tensión racial, la mitologización de la historia traumática y la exposición y conjuro de la violencia que está en la raíz de la colonización. Con estos tres elementos, sumados a la oralidad manifiesta en los cuentos de Anancy, Benítez Rojo sitúa entonces el archipiélago en la historia caribeña que ha venido rastreando.

En el 2007, José Luis Garcés González, en *Literatura en el Caribe colombiano. Señales de un proceso* incluye la novela de Hazel Robinson Abrahams *No give up, maan* (así como *Los cuentos de la ausencia* de Lenito Robinson Bent). Se trata de una reseña detallada de la obra, en su desarrollo y en sus valores. De este modo, Garcés González hace su parte del trabajo al incorporar estos textos, buscando contrarrestar la idea de que “somos una tierra plana y por ello de fácil comunicación física y cultural” mediante el “conocimiento de la literatura caribeña colombiana” (contraportada del libro). También, a propósito de la obra de Hazel Robinson, tenemos el prólogo a *No give up, maan* reimpresso como cuarto tomo de la Biblioteca de autores afrocolombianas por el Ministerio de Cultura de Colombia. En este prólogo, Ariel Castillo Mier, quien propuso la obra para la colección, redimensiona las crónicas de Robinson, como una especie de implícito antecedente de sus novelas. Luego, analiza el pasado escritural de Robinson Abrahams como prólogo a su obra narrativa.

Una continuación muy interesante de este trabajo de Castillo Mier la presentó Eduardo Silva en forma de ponencia en la conferencia de la Caribbean Studies Association (2013a), quien también publicó recientemente un trabajo sobre la obra teatral de Marilyn Bizcaino Miller (2013b). Respecto al proyecto total de Hazel Robinson, y por otro lado, a la problemática de la migración desde la isla y la de los capitanes de go-fast desaparecidos en alta mar hay artículos de Del Valle, 2011, 2014a y 2014b, respectivamente.

Marcia Dittmann participó en el XI encuentro de saberes, en Mompox y como resultado de esa participación está su revisión de la producción oral y escrita de las dos islas (2010). Como antes señalé, Ana Mercedes Patiño le dedicó al trabajo de Lolía Pomare Myles un artículo que la sitúa como intelectual en la confluencia de muchas ramificaciones; tiene también un texto sobre las novelas de Robinson Abrahams (Patiño, 2014, pp.40-47). El cubano Samuel Furé Davis (2013), recoge algunos apuntes de textos previos al suyo y agrega su percepción sobre la literatura de la isla, pero de este sólo tengo referencia. Estos son los trabajos publicados sobre la literatura de la isla, de que tengo noticia; actualmente hay varios trabajos de maestría en curso, en especial sobre la obra de Hazel Robinson Abrahams y la de las obras de tema isleño de Fanny Buitrago.

Me gustaría en este último apartado maniobrar entre tres imágenes de puerto, que se yuxtaponen, se complementan como mapas de la isla, en la historiografía, la historiografía literaria y las obras literarias en sí. Estos tres puertos son: el puerto antiguo y efervescente, el puerto en decadencia y ruina y el puerto imaginado y elusivo.

Puerto antiguo y efervescente

Parsons (1956) dibuja un portulano muy activo entre los siglos XVII y XIX, con eje en la isla: “La posición de San Andrés en el tráfico del Caribe occidental fue por un tiempo única. No era sólo el puerto donde se concedían licencias para el comercio costanero con Colombia, sino que proveía un cargamento de regreso y a la vez sus prósperos habitantes ofrecían un modesto mercado propio” (p.95). Durante los siglos XVII, XVIII y XIX, San Andrés cumplió distintas funciones: sirvió de base de operaciones: “en el siglo XVII, [...] la Compañía de Providencia tenía sus agencias establecidas a lo largo de la Bahía de Honduras y en Cabo Gracias a Dios. Más tarde, las islas sirvieron como base de tránsito para los aventureros ingleses, especialmente los de Jamaica, quienes por entonces se establecían a lo largo de la Costa de Miskitos y al sur hacia Panamá” (pp.114-115). Naturalmente, la fuerza económica subyacente a estos intercambios involucra no sólo la ida y venida de mercancías muy diversas, sino el intercambio humano con poblaciones distintas: “El primer viaje empezaba en *Nueva York* hacia San Andrés, en marzo o abril; era costumbre sacar licencia para efectuar el trueque de mercancía, *alhajas, licores, carne salada y harina* en puertos tales como *Corn Island, Pearl Lagoon, Bluefields, San Juan (Greytown), Salt Creek (Limón), Bocas del Toro, Chagres y Portobello*. Para el viaje de regreso abundaba en la costa *concha de carey, zarzaparrilla, cacao, goma copal, fustic, coco, mahogany y pieles*, y en las islas, *concha de carey, algodón y madera de cedro*. [...] Las embarcaciones atracaban en San Andrés tanto en su viaje

rumbo al sur como hacia el norte” (p.88)³³. Desde luego, en este ir y venir, también se ponen en circulación saberes concretos que hacen parte de la idiosincrasia lugareña: “Durante el siglo XIX los isleños continuaron comerciando especialmente con las costas de Centroamérica [...]. Eran expertos navegantes íntimamente familiarizados con la navegación en esta zona y muy solicitados como pilotos de las naves extranjeras” (p.117). En razón de estos contactos de larga data, no es de extrañar que haya asentamientos permanentes por parte de gente de las islas en otros lugares: “Las Islas Corn, por ejemplo, habían sido conquistadas por gentes de San Andrés antes de 1810. Algunos años más tarde otro grupo de San Andrés se estableció en Pearl Lagoon, al norte de Bluefields, y se dedicó al cultivo de algodón, café y caña de azúcar” (pp.114-115). Es lícito que los isleños sostengan entonces que “Las relaciones con los países del Caribe no fueron solamente comerciales, también fueron culturales, debido a [sus] raíces étnicas, [sus] experiencias históricas comunes y los lazos de parentesco” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.32). Tampoco ha de sorprender que ante el declive de su importancia económica, los isleños siguieran moviéndose: “Los proyectos de construcción de los ferrocarriles de Panamá y Costa Rica y años más tarde del fracasado canal iniciado por los franceses, aparecen como motivo de emigración de algunos isleños sin trabajo al continente [...] la construcción del Canal de Panamá [...] fue la obra que más empleó trabajadores de San Andrés y Providencia, así como de otras islas del Caribe, en escala sin precedentes”. Esto, naturalmente, incluye a las mujeres, que “han encontrado siempre trabajo como domésticas en Panamá” (Parsons, 1956, p.118). En voz de los habitantes de la isla: “Hacíamos cabotaje no sólo a las islas Mangle y a Centroamérica sino también a Jamaica, a las Islas Caimán y a Estados Unidos. Muchos hombres isleños han pasado buena parte de su vida navegando en los mares del mundo. Muchos han sido capitanes de grandes barcos de otros países” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.21).

Con este panorama, hay que estar de acuerdo con Parsons cuando sostiene que: “La geografía e historia de estas islas de San Andrés y Providencia tiene una importancia que no corresponde a su población y extensión” (Parsons, 1956, p.121). Esta fama pretérita es recreada en varias de las obras producidas en la isla, sobresalientemente, las tres de Hazel Robinson, situadas precisamente en ese largo período de gran movimiento, y más recientemente, en *Meridiano 82, la ruta de la langosta*, de Jimmy Gordon Bull, y en pasajes de las narrativas autobiográficas de Riva Fidel Robinson (2010, 2011).

33 Énfasis añadido

Puerto en decadencia y ruina

Alguien que se familiarice con las voces sanandresanas encontrará que en los textos de la más diversa índole se repite, palabras más, palabras menos, esta queja: “El cambio de nuestras costumbres comenzó a partir del año 1953 cuando la isla de San Andrés fue declarada puerto libre” (Ruiz y O’Flin, p.32). Así lo dicen, verbigracia, los habitantes en *San Andrés y Providencia: una historia oral de las Islas y su gente*, uno de los dos trabajos historiográficos, bilingües, con foco isleño. “San Andres, a “Free Port”- the Great Experiment of the Century and Its Aftermath”, es el capítulo correspondiente a este período en el segundo de esos trabajos, el ambicioso y peculiar libro de Walwin Petersen, historiador miembro de la Academia de Historia de Colombia, *The Province of Providence*. Las comillas que ponen en duda el “libre”/ “free” adquieren sentido en ese capítulo, donde se describe y comenta la distancia cultural entre los continentales colombianos y los isleños en San Andrés. Petersen no sólo describe los efectos del puerto libre sobre la vida de la isla: el desastre urbanístico, el desastre ecológico, el desastre cultural. Igualmente (aunque reconociendo que en todo esto tuvieron su parte algunos isleños, como es de esperarse en toda formación social), evidencia, primero, la incomunicación entre unos y otros porque en los primeros contactos legales, los isleños no entendían la lengua en la que estaban firmando los contratos con los continentales, y segundo, la distancia cultural, o casi podríamos decir, el desprecio de los continentales comerciantes o gobernantes por la opinión de los isleños. Ese escenario en su conjunto —los daños irreversibles al medio (el relleno de manglares, la rectificación de costas), la borradura de la cultura local (la imposición del español y del catolicismo), el cambio de las dinámicas económicas, la toma de decisiones incongruentes con el medio inmediato en tanto surgen del foco capitalino— coincide con el panorama colonial en otros lugares del Gran Caribe. De ahí la tremenda resonancia que un concepto como el de Puerto de Plantación tiene para describir el Puerto Libre. Benítez Rojo (1989) entiende por Puerto de Plantación “ciudades como Kingston, Bridgetown, Georgetown, Cayena, Fort-de-France, Paramaribo” (p.43) que “respondían a los requerimientos de sociedades donde, como promedio, nueve de cada diez habitantes habían sido alguna vez esclavos, y esto hacía superfluo el adoptar medidas que contribuirían a elevar, más allá de lo estrictamente necesario, los niveles de urbanización, de institucionalización, de educación, de servicios públicos y de recreo” (p.43). Guardando las debidas proporciones, y teniendo presente que la plantación es, a la larga, un modelo de sociedad, el Puerto Libre ocasiona en San Andrés lo que en el Caribe anglófono se produjo en el siglo XIX (en vista del colonialismo subyacente no es de extrañar que las consecuencias sean las mismas): “un menor grado de diversificación económica,

un menos número de campesinos y artesanos, un mercado interno más restringido, un sistema de comunicaciones y transporte más pobre, una clase media más reducida, una vida institucional más débil, una educación más deficiente, un conflicto mayor con la lengua de la metrópoli y un surgimiento tardío de las artes y las letras” (p.42).

Es curioso que de las obras literarias que mencioné, pocas se ocupan de este hecho concreto. Quizás sea natural esquivar el hecho traumático y volver al momento anterior a él. Solamente se zambullen en este tema los dos libros de Forbes Bernard y *A oscuras pero encendido*, de Gordon Bull, precisamente los dos que no encajan en las expectativas de lo literario tradicional. Habría que anotar, a modo de glosa, sin embargo, en aras de seguir complejizando ese croquis de la producción literaria en la isla, que *The Province of Providence*, es un recuento histórico bastante peculiar, si lo pensamos desde las prácticas y los moldes de las historiografías avaladas por los centros académicos. Para citar un ejemplo: el libro no cuenta con bibliografía, ni menciones de archivo, si bien en este caso quizás valga señalar que el centro de gobierno (la casona intendencial) se quemó, junto con otros edificios aledaños, el 19 de enero de 1965 (lo que no obsta para que Parsons, aún no superado, use y cite documentación de archivo disponible en el continente). Esto llama más la atención cuando se lo pone lado a lado con una anotación del libro de Gordon Bull, quien figura como “miembro fundador de la academia de historia de San Andrés” en las páginas de créditos de su libro. Estos datos delimitan otras formas de autorización del saber en la isla. En este sentido, como decía al comienzo de este texto, veo en los textos historiográficos y en algunos textos literarios en la isla un mecanismo de reflejo que puede ser interesante estudiar más a fondo.

Puerto imaginado y elusivo

“Las historias de tesoros enterrados aún persisten y de vez en cuando se han descubierto pequeñas guacas. [...] Las visitas de buscadores de oro, norteamericanos e ingleses, fueron tan frecuentes en un tiempo, que se dictó un decreto en 1877 que prohibía a los nativos colaborar con las expediciones extranjeras que arribaban en busca de tesoros” (Parsons, 1959, p.99). Quizás la medida fuera efectiva contra esos buscadores de tesoros. Para los escritores, por el contrario, esos tesoros escondidos han sido un acicate constante. Precisamente esta es la lectura que escoge Benítez Rojo, en ese primer texto crítico sobre la literatura con foco en la isla, para hablar de *Los pañamanes*. Ese puerto se caracteriza por su peso mítico, por la recreación cartográfica en clave alegórica, y, siguiendo al cubano, por una pulsión de exorcizar la violencia fundacional colonial. El puerto fantasma —a veces con sus barcos fantasmas y sus habitantes

también fantasmales [San Andrés del pasado irrecuperable, San Andrés de historias perdidas, San Andrés destrozada entre la tradición y la modernidad...] — es el protagonista de varios textos literarios: *Legado de piratas*, de Gordon Bull; *Bahía Sonora*, de Fanny Buitrago; *Sail Ahoy*, de Hazel Robinson; en *Hijos del paisaje* de Mariamatilde Rodríguez. En ese recurso al fantasma, esos textos están construyendo territorialidades alternativas, a las que se les puede objetar que no tienen ya función, puesto que no se puede revertir el tiempo. Sin embargo, como apunté en un comienzo, en el juego de las representaciones, los textos (y para lo que nos compete, los textos literarios) construyen y adelantan visiones poderosas, cuyo fin no siempre podemos calcular ni predecir. *Los hijos del paisaje* es uno de esos textos invaluable en este renglón.

Me he preguntado mucho si un trabajo de investigación bibliográfica desde la biblioteca me habría permitido apreciar los matices que hoy veo en la producción de la isla. Mi conclusión es que difícilmente el trabajo crítico hecho desde los escritorios nos ayudaría a salir de los supuestos aprioristas, especialmente si el objeto es tan cercano, y lo tenemos tan introyectado como nuestro: creemos que conocemos a San Andrés porque hace parte de la comunidad imaginada colombiana. Pero si “sólo la concreta encarnación histórica, y no el abordaje apriorístico, puede revelarnos las verdaderas características y funciones de un hecho literario” (Fernández Retamar, 1995, p.114) es tan importante estar inmerso en esa encarnación histórica como lo es estar dispuesto a pensar lo literario como algo más que textos bellos. El caso de lo literario en San Andrés, tal como lo veo, es uno de esos ejemplos para repensar los criterios críticos que nos rigen y empezar a explorar modos *sui generis* en que la historia y la política de estas islas jóvenes y coloniales se plasman en formas que reclaman nuevos lentes, a riesgo de pasarnos inadvertidas y cumplen funciones incalculables.

En este sentido, creo que la crítica también tendría que ser llamada a una rendición de cuentas en relación con San Andrés, similar a la que exige Petersen: “el gobierno nacional debe [...] hacer una evaluación objetiva y consciente de todo su proceso de intervención en estas islas, incluyendo un análisis de los resultados finales obtenidos. Se debe establecer con claridad cómo los objetivos y los procedimientos del gobierno han afectado a fondo a los isleños” (Petersen, 2002, p.260). ¿Qué hemos estado contribuyendo con el trabajo que hacemos o no hacemos en lo relacionado con la isla y territorios colombianos en similares circunstancias?, es la pregunta que en esta dirección considero ineludible.

En el urgente contexto de las disputas actuales de la Haya y de la postura irresponsable con la que el gobierno colombiano ha procedido respecto a un territorio en el mar donde viven y del que viven cientos de personas, no hay que olvidar la advertencia de Wilson (2004) de que “mucho del peso de [la] identidad [de la cultura Caribe] estará en

la posesión de la tierra [y] cualquier alienación a la tierra del Caribe de la gente del Caribe, debe ser mirada como fundamental destructiva. [por ello] Parecería ser un imperativo político que los derechos de la gente del Caribe pertenezcan a su tierra, y que sean asegurados por la garantía de que su tierra les pertenece.” (p.225). En el caso de las islas, naturalmente, esa tierra no puede ser separada de su constitutivo entorno acuático.

En las obras que he rastreado, la isla amasa sus tesoros, los expone y los vuelve a ocultar, se imagina y se reimagina de múltiples maneras, rica y caleidoscópicamente. Esa es una forma de apropiación. Y tendría algún poder en la esfera política, en bien de los isleños, si la crítica la hiciera reverberar.

Obras citadas

- Adorno, Rolena. [1998]. Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 28, 11-28
- Aguilera Neira, Claudia. [1991]. *Espejismo de arena*. Bogotá: Publicaciones Saint-Amour
- Aguilera Neira, Claudia. [2005]. *Trapezio al vacío*. Bogotá: Apidama Ediciones
- Arias Vanegas, Julio. [2005]. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Ediciones Uniandes/Ceso
- Bancelin, Claudine. [2004]. *Entre ráfagas de viento*. Barranquilla: Maremagnum
- Benítez Rojo, Antonio. 1989. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte
- Bernabé, Jean; Confiant, Raphaël y Patrick Chamoiseau. [1989] 2010. *Elogio de la creatividad*. Mónica del Valle y Gertrude Martin Laprade (trad.). Bogotá: Editorial Javeriana
- Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). [2010]. *La unidad es submarina*. Buenos Aires: Katatay ediciones
- Bourdieu, Pierre. [1985]. La fuerza de la representación (87-95). En *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal
- Brathwaite, Kamau. [1971/1981] 2010. *La unidad es submarina*. Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). Buenos Aires: Katatay ediciones
- Brathwaite, Kamau. [1973]. *Calypso. The Arrivants. A New World Trilogy*. Oxford: Oxford University Press
- Briones, Claudia. [2005]. [Comp.] *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Buitrago, Fanny. [1976]. *Bahía Sonora. Relatos de la Isla*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura
- Buitrago, Fanny. [1979]. *Los pañamanes*. Bogotá: Plaza y Janés

- Buitrago, Fanny. [2010]. *Canciones profanas*. Bogotá: Panamericana Editorial
- Castillo Mier, Ariel. [2010]. No Give Up, Maan!, una novela fundacional. *Biblioteca de literatura afrocolombianas* (11-31). Bogotá: Ministerio de Cultura
- Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo. [2008]. *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar.
- Chow Wong, Lina. [2008]. *¿Adónde ha ido lo que no volverá?* Cali: Editora Feriva
- Chow Wong, Lina. [2014]. *¡Déjame que te cuente!* Cali: Editora Feriva.
- Condé, Maryse. [1993/1995]. *La colonia del Nuevo Mundo*. Porta I Arnau, Mireia (trad.). Barcelona: Editorial Juventud
- Christopher Livingston, Adel. [2011]. *Idiomas de mi tierra*. S.l.: Publicidad total.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [ene/jun 2011]. Escenario edénico y naturaleza prístina en *Sail Ahoy!!! ¡Vela a la vista!*, y *The Spirit of Persistence*, de Hazel Robinson Abrahams: dos formas de recuperar una isla colonizada. *Estudios de Literatura Colombiana*. 28, pp. 17-38.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014a]. Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla. En *Sombralarga*, Revista de Literatura Colombiana. (1). En línea: http://www.sombralarga.com/articulos/primerocasas_desoladas.html
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014b]. Desaparecidos de la espuma. En *La Revista del Vigía*. Año 23, pp.32-33. Matanzas-Cuba.
- Dittmann, Marcia. [2008]. *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia (Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez)*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia
- Dittmann, Marcia. [2010]. Tradición oral y cultura letrada en la literatura de la comunidad raizal de San Andrés y Providencia Islas, Colombia. En *Memorias del XI Encuentro para la Promoción y difusión de la cultura, del patrimonio inmaterial de países iberoamericanos*, pp.230-259. s.c., s.e.
- Enciso Patiño, Patricia con narradores raizales. [2004]. *Los hilos que amarran nuestra historia. The Threads that tie our History*. Nafasd – GTZ. Bogotá: Impresol editores.
- Espinet, Ramabai. [1991]. Barred. Trinidad 1980. En Esteves, Carmen C. y Paravisini-Gebert, Elizabeth (eds.). *Green Cane and Juicy Flotsam. Short Stories by Caribbean Women*, pp.80-85. Newark: Rutgers The State University
- Fals Borda, Orlando. [2002]. *Historia doble de la Costa*. Maestros de la sede, 3. Universidad Nacional de Colombia. Banco de la República. Bogotá: El Áncora. ISBN 9583600873 – Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/1401/#sthash.icRw-wfMX.dpuf>

- Fernández Retamar, Roberto. (1995). Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana. En: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Instituto Caro y Cuervo, pp.89-134. Bogotá. (Originalmente publicado en 1975)
- Forbes Bernard, Eviston. (s.f.). *Las plagas humanas bestializadas*. s.e.
- Forbes Bernard, Eviston. (2011). *Meditamos en el abismo de nuestras tinieblas*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional sede Medellín
- Forbes Bernard, Eviston. (2012). *Con cara ganan los tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Furé Davis, Samuel. (mayo-2013). Entre la espada y la pared: un pasaje lingüístico-literario al Caribe insular colombiano. Ponencia presentada en el Coloquio internacional Diversidad cultural, Casa de las Américas, La Habana.
- Garcés González, José Luis. (2007). *Literatura del Caribe colombiano. Señales de un proceso*. vol. 1, Montería: Universidad de Córdoba. ("Hazel Robinson Abrahams", tomo 1, pp.434-437; "Lenito Robinson-Bent" tomo 2, pp.760-762)
- Glissant, Édouard. (1997) 2005. *El discurso antillano*. Caracas: Monteávil
- Gombaud, Stéphane. (2007). *Îles, insularité et îlité. Le relativisme dans l'étude des espaces archipélagiques*. Tesis de doctorado en Geografía, de Université de la Réunion
- Gordon Bull, Jimmy. (2001). *A oscuras pero encendido*. Bogotá: Tipográficas Ltda
- Gordon Bull, Jimmy. (2006). *Legado de piratas*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Gordon Bull, Jimmy. (2010). *Meridiano 82. La ruta de la langosta*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Grittani, Franco. (2004). *Immagini di San Andrés/Imágenes de San Andrés*. Nápoles: Accademia Partenopea.
- Grossberg, Lawrence. (ene/jun 2009). El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad, pp.13-48. En *Tábula rasa*, Bogotá
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1998). Literatura y política. En *Insistencias*, pp.69-283. Santa Fe de Bogotá: Editorial Ariel
- Guzmán, Diana Paola. (jul/dic 2009). Los dueños de la palabra: antologías poéticas en el siglo XIX. En *Estudios de Literatura Colombiana* No. 25, pp.91-106.
- Harris, Wilson. (1999). *The Unfinished Genesis of the Imagination. Selected Essays of Wilson Harris*. Bundy, Andrew (ed.). Nueva York: Routledge
- Henríquez Ureña, Pedro. (1928). Caminos de nuestra historia literaria. En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Editorial Babel. Disponible en Biblioteca digital de pensamiento dominicano, www.cielonaranja.com. Recuperado 16 de julio de 2010

- Howard Livingston, Keshia. (2014). San Andres: A Herstory. San Andrés: Casa Editorial Welcome.
- Instituto Agustín Codazzi. Mapa de regiones en Colombia. Recuperado el 1 octubre de 2013 de: http://geoportal.igac.gov.co/mapas_de_colombia/IGAC/Tematicos2012/RegionesGeograficas.pdf
- Kincaid, Jamaica. (1999). *My Garden (Book)*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Coloquio con Juan Ramón Jiménez. En *Analecta del reloj*, pp.31-46. La Habana: Letras cubanas.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Julián del Casal. En *Analecta del reloj*, pp.47-73. La Habana: Letras cubanas.
- Losada, Alejandro. (1976). Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina. En *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en América Latina y el Perú*, pp.179-213. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Loynaz, Dulce María. (1994). *Un verano en Tenerife*. La Habana: Letras cubanas.
- Marmolejo Sevilla, Nadim. (s.f.) *Todos los días no son iguales*. Bogotá: Ediciones Ántropos Ltda.
- McCusker, Maeve. (dic 2011). Escribiendo contra la marea. El imaginario de la isla y la tierra en Patrick Chamoiseau. En: *Cuadernos de literatura* vol. 15 No. 30, pp.279-298. Bogotá.
- McKeller Hudgson, Marqueta. (2012). *Memorias*. San Andrés: Acaribe Libros.
- Moyano, Juan Carlos. (nov 2007-ene 2008). Marilyn Biscaíno: la Big Mamma del archipiélago. En *Teatros* 7, pp.4-9.
- Muñoz, Jorge. (1974). *Guitarra de viento*. Medellín: s.e.
- Pacheco, Carlos. (1995). Sobre la construcción de lo rural y lo oral en la literatura hispanoamericana. En: *Revista de crítica literaria*. Año 21, No. 42, 2 semestre de 1995, pp.57-71.
- Parsons, James J. (1956/1985). *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe*. Bogotá: El Áncora editores.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. (2011). Lolía Pomare Myles. Puente entre la palabra antigua y la nueva. En Jaramillo, María Mercedes y Ortiz, Lucía (eds). *Hijas del Muntu. Biografías críticas de mujeres afrodescendientes en América Latina*, pp.121-133. Bogotá: Panamericana Editorial.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. [jul/dic 2014]. Las novelas de la Sanandresana Hazel Robinson Abrahams. En *Revista de estudios colombianos. Asociación de colombianistas*, pp.40-47. University of San Diego.

- Pedraza, Zandra. [1986]. Para una investigación sobre la nacionalización del archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Seminario Internacional Sobre la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas- (Jardín De Sueños)*, pp.131-141. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Colcultura.
- Pedraza, Zandra. [1988]. Soberanía y deterioro cultural en el Archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Colombia Sotavento. vol.1 fasc.2*, pp.8-23.
- Pedraza, Zandra. [1992]. San Andrés y Providencia: nuevos contactos, nueva identidad. En *La Diversidad es Riqueza—Ensayos Sobre la Realidad Colombiana*, pp.180-182. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura-Consejería Presidencial para los Derechos Humanos.
- Percival Newton, Arthur. [1985]. *Providencia. Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses*. Bogotá: Banco de la República.
- Petersen, Walwin G. [2002]. *The Province of Providence*. San Andrés: The Christian University of San Andrés, Providence and Catalina.
- Piñera, Virgilio. [1998]. *La isla en peso*. Arrufat, Antón (comp.). La Habana: Ediciones Unión.
- Pizarro, Ana. [2009]. *Amazonas. El río tiene voces. Imaginario y modernización*. Santiago de Chile: Fondo de cultura económica.
- Pizarro, Ana. [jul/sept 2009]. Al margen de la historia. *Casa de las Américas* 256, pp.94-103.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2000]. *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano. Birth, Life and Death of a Sanandresan*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2002]. *Vendaval de ilusiones*. Barranquilla: Ed. Antillas
- Putnam, Lara. [2012]. Rites of Power and Rumors of Race: The Circulation of Supernatural Knowledge in the Greater Caribbean [243-267]. En: *Obeah and Other Powers. The Politics of Caribbean Religion and Healing*, pp.243-267. Paton and Forde (eds.). Carolina del Norte: Duke University Press
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *The Soldiers dem de come, and the Mango Tree/ Ahí vienen los soldados, y el palo de mango*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *Naked Skin/ Piel desnuda*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Restrepo, Eduardo. [2013]. *Etnización de la negritud: la invención de las 'comunidades negras' como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rincón, Carlos. [1978]. El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica. En *El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, pp.13-45. Bogotá: Biblioteca colombiana de cultura.

- Rivera, Camila. (2004). Nuevas encrucijadas, nuevos retos para la construcción de la nación pluriétnica: el caso de Providencia y Santa Catalina. En *Conflictos e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, pp.301-329. Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (eds.). Universidad del Cauca
- Robinson Abrahams, Hazel. (2002). *No Give Up, Maan!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés
- Robinson Abrahams, Hazel. (2010). *No give up, Maan! / ¡No te rindas!* Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *Sail Ahoy! / ¡Vela a la vista!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *The Spirit of Persistence. Las goletas en la isla de San Andrés, Providencia & Santa Catalina*. San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés / Gobernación de San Andrés, Santa Catalina y Providencia.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2009). *El príncipe de St. Katherine*. San Andrés isla. Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Bent, Lenito. (2010). *Sobre nupcias y ausencias, y otros cuentos*. Bogotá: Ministerio de Cultura
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Island Anecdotes*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Anécdotas isleñas*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2011). *My Journey*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2013). *She shall be praised*. Estados Unidos: s.e.
- Rodríguez, Mariamatilde. (2007). *Los hijos del paisaje*. Bogotá: Luna con parasol
- Ruiz, María Margarita y O'Flin de Chaves, Carol. (1992). *San Andres y Providencia: una historia oral de las islas y su gente*. Bogotá: Banco de la República.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (jun 2013a). La isla que se descubre. Imágenes del Puerto Libre en el Meridiano 81. Ponencia en *la Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe*. Granada.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (2013b). *Combak, Combak: La memoria insular del teatro de mujeres en San Andrés*. Borrador de trabajo.
- Trouillot, Lyonel. (2009). *Éloge de la contemplation*. París: Riveneuve. Recuperado de: http://jacbayle.perso.neuf.fr/livres/Haiti/Trouillot_8.html [actualizado el 26 de diciembre de 2013]
- Walcott, Derek. (1998/2000). *La voz del crepúsculo*. Martínez Muñoz, Catalina (trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Williams Jessie, Alciano. (2011). *Dhe Smilin wavs fa Sound Bay* (The Smiling waves from Sound Bay/ Las olas sonrientes de Sound Bay). Santa Marta: Oraloteca.

Wilson, Peter J. (1973/2004). *Las travesuras del cangrejo. Un estudio de caso Caribe del conflicto entre reputación y respetabilidad*. Bogotá: Universidad Nacional, sede San Andrés

Wynter, Sylvia. (1969/2012). *We must learn to sit down together and talk a little culture: Decolonizing Essays 1967-1984*. Inglaterra: Peepal Tree.

Otras obras consultadas

Cabrera Ortiz, Wenceslao. (s.f.). *San Andrés y Providencia. Historia*. Bogotá: Editorial Cosmos.

Caicedo Licona, Carlos Arturo. (2002). *Complotados, ladrones y criminales*. Medellín: Lealón.

Gaviria Liévano, Enrique. (1984). *Nuestro archipiélago de San Andrés y la Mosquitia colombiana*. Volumen IX Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Academia colombiana de Historia. Bogotá: Plaza y Janés.

Turnage, Loren C. (1975). *Island Heritage. A Baptist View of the History of San Andrés and Providencia*. Cali: The historical Commission of the Colombia Baptist Mission.



Celebración del día internacional de eliminación de la violencia contra las mujeres. Aparecen de derecha a izquierda las conferencistas Ángela Rodríguez y Silvia Elena Torres. Evento promovido por la Corporación de mujeres Miss Nancy Land. San Andrés isla, 25 de noviembre de 2015

Autora: Shirley Cotrell Madarriaga

y de imaginarios que desbordan las *fronteras* regionales. Han concurrido en la revisión del concepto trabajos desde el ámbito teórico que desdican la homogeneidad y equidad del proyecto nacional (la colombianidad) y, por el contrario, muestran los cismas y las desigualdades a raíz de diseños en los que tienen preponderancia algunos focos capitalinos. En esta línea, y en pugna con una visión multiculturalista simple, numerosos estudios en Colombia —entre ellos *Historia doble de la costa* (Fals Borda, 2002), *Nación y diferencia* (Arias Vanegas, 2005), *Genealogías de la colombianidad...* (Castro-Gómez y Restrepo, 2008), *Etnización de la negritud...* (Restrepo, 2013)— se han unido a pesquisas similares en otras partes del continente (Briones, 2005). Como resultado, se han ido delineando otras escalas que ayudan a fracturar la continuidad de las correspondencias geográfico-político-culturales, con lo que paulatina y crecientemente se desdibujan los nítidos bordes del mapa regional.

En el caso de la historiografía de la literatura, varios grupos de trabajo e investigación (principalmente “Historia y Literatura” de la Universidad Nacional sede Bogotá; “Colombia, tradiciones de la palabra”, de la Universidad de Antioquia; “Centro de estudio e investigación literaria del Caribe —Ceilika— y el “Grupo de Investigación literaria del Caribe —Gilkarí—”, ambos de la Universidad del Atlántico) han venido construyendo otros referentes para la discusión de la literatura en Colombia. También en esta área la tendencia coincide con la de otros países del continente: se reconocen los fundamentos excluyentes del proyecto de país respaldado sobre una idea unificadora y sesgada de la lengua, la historia y la literatura nacionales (Guzmán, 2009); se ve la necesidad de trabajar otros frentes excluidos de esa triada letrada, y se empieza a pensar, por ejemplo, el papel de sucesos como la migración forzada o voluntaria de intelectuales y escritores a otros países, al pulso de las dictaduras⁵, entre otros factores. Otro elemento concomitante en estos reajustes de visión ha sido la muy reñida expansión de los temas pertinentes para el campo de los estudios literarios en Latinoamérica⁶, desde géneros como el testimonio y la producción oral hasta la relevancia de imaginar las

5 Con su característica lucidez lo planteó Rafael Gutiérrez Girardot al cierre de su ensayo *Literatura y política* en *Insistencias* (1998): “¿Y la literatura de los exiliados políticos hispanoamericanos? Quienes se exiliaron en países hispanoamericanos ¿fueron exiliados realmente? [...] Muchos de los exiliados latinoamericanos en Latinoamérica fueron ‘peregrinos en sus patrias’: descubrieron por experiencia propia la pluralidad de Hispanoamérica. Como en la fábula del burro al que le sonó la flauta por casualidad, *los dictadores militares hispanoamericanos lograron, con el exilio de quienes les incomodaban intelectualmente, una desprovincialización, una depotenciación del nacionalismo*. Pero es muy temprano para juzgar adecuadamente ese fenómeno” (283, énfasis añadido). El tema de la producción de la diáspora colombiana es un frente de trabajo todavía muy novedoso en el país, desde donde lo veo.

6 cfr. Adorno (1998), Fernández Retamar (1995), Rincón (1978), Pacheco (1995), Pizarro (2009b).

fronteras culturales⁷ de un modo más flexible y congruente histórica y culturalmente, por ejemplo con la sugerente noción de *zona cultural*⁸.

En el Gran Caribe, estos debates han tenido también un gran momento durante las últimas décadas, como parte de un proyecto por deshacer el mapa tremendamente fragmentado (en general y en casos extremos aún dentro del cuerpo de una misma isla: Saint Martin/Sint Martin, Haití/República Dominicana) heredado de un pasado colonial. En este plano, la conocida frase de Florencia Bonfiglio (2010) “la unión es submarina” —compartida de una u otra manera y tematizada de un modo u otro por escritores como Jamaica Kincaid (1999), José Lezama Lima (1953), Maryse Condé (1993), Derek Walcott (1998), Kamau Brathwaite (1971/81), Antonio Benítez Rojo (1989), Jean Bernabé, Raphaël Confiant y Patrick Chamoiseau (1989) o Édouard Glissant (1997)— sugiere dinámicas supranacionales, móviles, históricas, densas y contradictorias.

Con estas aclaraciones en mente, se comprende que la inserción del archipiélago de San Andrés, Providencia, Santa Catalina y los cayos Quitasueño, Roncador, Bolívar, Serrana y Serranilla en una idea de región es también una pugna donde intervienen múltiples intereses. En la medida en que “la ‘realidad’ es absolutamente social y las clasificaciones más ‘naturales’ se apoyan siempre en rasgos que no tienen nada de natural y que en parte son producto de una imposición arbitraria, es decir, de un estado anterior a la relación de fuerzas en el campo de las luchas para la delimitación legítima” (Bourdieu, 1985), el archipiélago entra y sale de mapas “regionales” diversos. En el Museo del Caribe⁹, y en otros proyectos intelectuales recientes en la costa norte colombiana como la Oraloteca¹⁰ y el Observatorio del Caribe¹¹ por ejemplo, hace parte de la llamada (no sin controversias) región Caribe colombiana; naturalmente, esta no es una posición unificada y hay quienes discrepan: el desencuentro entre

7 Una historización contrastada de los sentidos de la palabra “región” en la historiografía literaria, más allá del referente geográfico, quizás nos mostraría algunos desencuentros y especificidades de sentido. Es lógico que lo que un crítico entiende por región (en relación con una configuración histórica concreta que pauta sentidos sociales amarrados a lo geográfico) en un lugar latinoamericano (Rama, por ejemplo, desde Uruguay), difiera de lo que entiende, y siempre implícitamente, con la misma palabra otro crítico en otro lugar (Cándido, para poner como punto de comparación dos países tan distintos en todo respecto).

8 Pizarro la caracteriza, en su estudio particular sobre el Amazonas, como un área transnacional, con referentes geográfico-culturales comunes, donde los componentes “despliegan una común relación de intensidad con la naturaleza y el medioambiente, [y] participan de una comunidad del imaginario que sólo cambia las denominaciones” (Pizarro, 2009a, 15). Una noción que conviene explorar a fondo en contraste con los planteamientos de Glissant y Benítez Rojo en relación con el Caribe.

9 Ver en: http://www.culturacaribe.org/museo_del_caribe.html

10 Ver en: <http://oraloteca.unimagdalena.edu.co/>

11 Ver en: www.ocaribe.org

dos economistas locales¹² sobre el tema de la integración regional es un buen indicio al respecto. En el sumamente vigente trabajo de Parsons (1956) e incluso en el de Wilson (1973), el archipiélago y, más en concreto, las dos islas grandes, San Andrés y Providencia, se muestran como un compuesto dispar en lo geológico, lo político y lo social, que pese a su pertenencia política “después de casi dos siglos” a Colombia, tienen un lazo (también complejo y ambiguo) con otras latitudes caribeñas: “[aunque la posición de las islas de San Andrés y Providencia] indica que debieran pertenecer más bien a Nicaragua; sus afinidades culturales han sido históricamente con las Indias Occidentales inglesas y con Norteamérica” (Parsons, 1956). Este es también el sentir de numerosos habitantes del archipiélago.

En este trabajo, y consciente de las provisiones anteriores y de la consecuente arbitrariedad de este mapa que yo misma utilizaré, en lo que toca a la historiografía literaria considero la isla de San Andrés como un lugar con una formación social con pugnas por lo menos de cuatro frentes en lo intelectual; aprovecho la delimitación de lo insular como un cerco para separarla de Providencia y también de Colombia, así como del resto del Caribe, pero en concordancia con los planteamientos caribeñistas, reconozco a la vez como algo de grandes consecuencias para la isla vínculos pretéritos y presentes, incluso imaginados (aunque no serán mi foco de trabajo) con territorios aledaños. Así, la veo distinta aunque inserta en ese Gran Caribe, con lo que ella misma tiene mayor movilidad dentro de esa cartografía más amplia.

Aunque en este gesto de delimitación aprovecho la física función del mar y reconozco que la isla está, como bellamente escribió Parsons (1956), “aislada en la inmensidad del mar Caribe”, también reconozco que es preciso a la vez señalar, como dice Gombaudo (2007) en su extenso estudio sobre las ideas de isla, insularidad e islidad, que “la isla [es] un objeto incierto”, en cuya delimitación nosotros mismos podemos actuar sobre la base de privilegiar la tierra (si hablamos de islidad) o privilegiar el mar (si hablamos de insularidad) (Gombaudo, 2007). En el plano simbólico y literario gran Caribeño hay escritores en uno y otro lado y muy a menudo en vaivén entre uno y otro. Chamoiseau (McCusker, 2011), Virgilio Piñera (1998), Ramabai Espinet (1991), Dulce María Loynaz (1958), entre muchos otros, han abordado el significado de la isla. Podemos tomar las palabras del escritor haitiano contemporáneo Lyonel Trouillot (entreveradas con las del prólogo a su *Éloge de la contemplation*) como un croquis de ese espectro sentimental literario asociado a los dos polos y hablar del “equilibrio inestable entre deseo de evasión y el apego a una tierra y a quienes la habitan. En un inquietante juego de espejo una voz

12 Jairo de Jesús Parada Corrales y Adolfo Meisel Roca (agradezco a Clinton Ramírez haberme señalado este contraste).

parece denunciar el encierro insular ‘los barrotes son una frontera’; y más adelante, a modo de respuesta: ‘mis veintisiete kilómetros cuadrados me bastan’” (Trouillot, 2009).

Siendo la delimitación territorial un efecto de representación (Bourdieu, 1985), los textos y los discursos hacen parte importante de negociaciones y confrontaciones en la apropiación del territorio, trabajan vigorosamente en pro del posicionamiento de otro tipo de imaginarios. En coyunturas como la que vive actualmente el archipiélago tras el fallo de La Haya, discusiones como la que me ocupa aquí redoblan su pertinencia.

Aparejada a la complejidad de la delimitación de *lo regional* viene —lo sabemos— la dificultad de delimitar *lo literario* sanandresano. En este texto consideraré la isla simplemente como abstracción geopolítica (como departamento), sin ahondar sus relaciones literarias con la zona cultural en que la veo inscrita (en gran parte porque esta inscripción precisa un trabajo pendiente, mancomunado y atento a otros focos —Nicaragua, Panamá, Jamaica...). Me centraré por ahora sólo en su confrontación con Colombia; más adelante habría que agregar otros enlaces menos sesgados y unidireccionales como —intuyo— la curiosa relación de varios escritores caleños o barranquilleros con la isla y de escritores sanandresanos con otros centros del país.

En esta dirección que he privilegiado, aunque cada escritor, isleño o no, responde a impulsos distintos, podemos sostener sin errar que la necesidad de afirmar el suelo y situar a la vez la isla en comunicación con la tierra firme tiene que ver con el imperativo de mapear y fijar, estratégicamente en las relaciones de fuerza, una tierra que se escapa o sobre la que no se tiene ya propiedad, como resultas de la paulatina alienación que, de acuerdo con estos discursos, comienza en 1953 con el nombramiento de la isla como Puerto Libre. Sus textos se la apropian en recorridos imaginarios, mientras combaten en lo político para no perderla legalmente.

Los dos apartes siguientes van por rutas que se comportan como ejes reflejos y puntos simétricos de tensión políticos y escriturales: para empezar, un levantamiento sobre el estado de la producción escrita pensada como literaria en la isla, y luego, más brevemente, algunas anotaciones sobre la historiografía y la figura del puerto.

Pensar la literatura: algunas premisas de trabajo

Durante los años 60 y 70 se produjeron en Latinoamérica transformaciones sociales vertiginosas e imprevistas, y a menudo violentas, que no sólo alteraron la faz de estas sociedades en lo político y lo económico, sino también en lo cultural y —como en los años 20 y 30, cuando el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1928) perfiló algunos caminos que una historia de la literatura latinoamericana tendría que seguir para servir

plenamente a su contexto— estimularon una nueva ola de pensamiento crítico que reflexionando seriamente sobre su papel en el medio replanteó una vez más los marcos teóricos de comprensión del mundo a su alrededor. En el plano de la crítica literaria, este giro suscita preguntas como ¿qué funciones cumple la literatura en este medio y, así mismo, qué tipo de crítica y de historia literaria conviene a las producciones literarias alumbradas en el turbión social de esos años. Entre 1972 y 1975, Roberto Fernández Retamar resumía los acopios valiosos del trabajo crítico latinoamericano de cincuenta años, pero llamaba vivamente a circunscribir y corregir los fundamentos del mismo al ritmo de reflexiones acordes con la condición en principio colonial de estos territorios. Así, sostenía que si “toda teoría es una hipótesis de trabajo, sugerida por el interés en los hechos mismos” (Fernández Retamar, 1995, p.81), entonces “*una teoría de la literatura es la teoría de una literatura.*” (p.82) [Cursivas en el original], y en consecuencia “las teorías de la literatura hispanoamericana [...] no podrían forjarse trasladándose e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación [...] con las literaturas metropolitanas” (p.81). Estos planteamientos habían sido apuntalados ya por el trabajo de escritores como Lezama Lima (1953b), y a partir de los años 80 y 90 reciben más sedimentos desde el Gran Caribe también, gracias a obras como las de Antonio Benítez Rojo, Édouard Glissant, Wilson Harris (1999) o Sylvia Wynter (2012) en los años 60 y 70. Desde estas proposiciones, una aproximación teórico-crítica que se adapte a las peculiaridades de la producción literaria de esta geopolítica implica sin excepción no definir lo literario de modo inmanente e inmutable, sino como un hecho dinámico y en función de necesidades sociales, de tal manera que “lo que es un ‘hecho literario’ para una época, será un fenómeno lingüístico perteneciente a la vida social para otra, e inversamente” (Tinianov, citado por Fernández Retamar, 1995, p.107). Esto no desecha los usos simbólicos del lenguaje con fines sensibles en esas producciones; más bien les reconoce adicionalmente la dimensión social en que el escritor está inmerso, y la admite como una dimensión determinante tanto en la producción como en la recepción del texto.

La noción de Latinoamérica (Hispanoamérica en ese autor) subyacente a las afirmaciones de Fernández Retamar no es esa noción vaga y polivalente que a menudo circula en los proyectos de políticas de la identidad de esos años. Muy concretamente, alude al territorio en tanto identificado por un factor común, de orden neocolonial; es decir, heredero de nociones, supuestos, comportamientos implantados durante la colonia y perpetuados por los dirigentes siguientes. Alejandro Losada, teórico literario contemporáneo de Fernández Retamar, lo enuncia en el marco de un proyecto de investigación de la historia social de la literatura en este lado del mundo. Buscando un acercamiento que explique los fenómenos literarios diacrónicos comunes al

continente y también la manifestación de fenómenos muy distintos entre sí aunque sincrónicos (como el indigenismo y el vanguardismo), subraya que es indispensable considerar en el caso de estas literaturas el tipo de relación que sostienen con el resto de los países del mundo, después de su independencia. Losada explica que “la perspectiva que controla la producción literaria latinoamericana no depende de la extracción de clase del sujeto social productor, sino del *proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura, frente a los requerimientos de la cultura de los países industrializados, frente a las demandas de la sociedad regional o nacional (Estado, clase, posibilidad de evolución histórica, dependencia económica) y frente al mercado popular de la cultura*” (Losada, 1976, pp.207-208). A este “modo de comportamiento de un grupo minoritario frente a los estímulos y demandas de un proceso social complejo” (p.208), Losada lo llama “praxis de un grupo social”; dicho en otras palabras: es “un modo de comportamiento, que establece *relaciones reales con su sociedad en el hecho mismo de su producción literaria*” (p.208)¹³.

Las directrices epistemológicas enunciadas por Fernández Retamar se vuelven lineamiento concreto de investigación en este modelo sumamente versátil que resuelve los típicos obstáculos organizativos y analíticos de época, generación y nacionalidad. Ambos marcos son propicios para situar mi objetivo de reflexionar sobre la literatura en la isla de San Andrés y el tipo de crítica que, bajo esta luz, exige.

Desde la isla (no así desde el continente) es una perogrullada decir que San Andrés tiene con Colombia una relación de amor-odio, por lo demás justificadísima. En el imaginario raizal, 1953, año en que San Andrés se convierte en Puerto Libre, es el momento del derrumbe del paraíso¹⁴. Así lo describe, verbigracia, Walwin Petersen (2007):

13 Énfasis añadido. Esta particular división me parece un aporte de Losada que permite seccionar con cierta delicadeza en el plano literario las relaciones de fuerza dentro de una formación social, cuando no se trata de tensiones dentro de un mismo discurso, como en el caso de las literaturas heterogéneas, y cuando la discusión se centra sobre obras y escritores concretos y no en grandes marcos, como sería el caso de anotaciones de Glissant en torno a la Historia y la literatura en el Caribe, de todo punto pertinentes para otros debates.

14 Esto no es una simple frase retórica, sino que se puede rastrear como tropo o locus tanto en textos históricos (como *The Province of Providence*, de Walwin Petersen), como literarios (abundan las imágenes de la isla como paraíso intocado en los poemas de *Naked Skin*, de Juan Ramírez Dawkins, e incluso, aunque sin asidero cronológico puntual, en algunos de los cuentos de Lenito Robinson. Es muy evidente en *No give up, Maan!*). Y ese paraíso que figura allí tiene un sustrato o un sentido bíblico: la religión precede la vida social, no existe la degradación que describen hoy en día los periódicos y que fustigan algunos autores como Eviston Forbes Bernard y Jimmy Gordon Bull. Esta semblanza del paraíso se opone fuertemente al paraíso como locusturístico que prima hoy en los catálogos de viaje a la isla y que sería el responsable de esa especie de contrapartida infernal que sería la vida del sanandresano nativo o de antaño hoy allí, como sostiene Petersen en el fragmento citado. Este tema ocupa varios trabajos para el Gran Caribe, entre ellos: Sun, Sex and Gold: Tourism and Sex Work in the Caribbean editado por Kemala Kempadoo. Un giro bien interesante de esta discusión recién sale en la canción “El fallo”, cantada a dúo por Jiggy Drama y Creole New Generation (cfr. http://www.elcolombiano.com/jiggy_drama_protesta_con_su_cancion_el_fallo_contra_el_gobierno_y_la_haya-AAEC_270617), y aquí el

Luego, grandes almacenes de San Luis e incluso del North End empezaron a desaparecer, obligados por la nueva competencia del comercio informal por parte de los nuevos inmigrantes [colombianos continentales]. Sumado al caos, los isleños empezaron a construir usando ladrillos de arena y de cemento, absolutamente sin ningún control, usando el trabajo barato de inmigrantes atraídos por el “nuevo paraíso de Colombia” –un “paraíso colombiano” que gradualmente estaba siendo convertido en un infierno para la mayoría de los isleños nativos. [p.257]¹⁵.

Se aplica aquí la popular expresión anglocaribeña que un poeta como Kamau Brathwaite (1973) usa precisamente para cuestionar la desigualdad mantenida por el turismo: “*some people doing well, while others are catching hell*”. Efectivamente, a raíz de ese estatuto de Puerto Libre, el poblamiento de la isla se saldrá de control con los enormes conflictos que acarrea en todos los planos, desde la imposibilidad para el autoabastecimiento hasta los daños ecológicos causados por el exceso de desechos y detritus, pasando por las rupturas en el tejido de la vida cotidiana (desde el silenciamiento del creol hasta el desequilibrio poblacional y laboral o los problemas como el narcotráfico y su ética del dinero fácil) (Petersen, 2002, pp.257 y siguientes). Por otro lado, esa apropiación económica y política del archipiélago por parte del país es responsable también de situaciones conflictivas de hoy en día como la incomunicación de la isla (y del archipiélago) con otros territorios que históricamente han sido más cercanos a la cultura y la historia suya que el continente (como las costas de Panamá, Costa Rica o Nicaragua e incluso Estados Unidos). Todo esto explica la desconfianza de los isleños hacia los “pañas” y da sentido al hecho de que los isleños reivindiquen sus derechos territoriales, lingüísticos y culturales raizales, incluso mediante posiciones abiertamente políticas, como las del partido AMEN-SD¹⁶.

Nada avala que este contexto se ignore al momento de pensar la literatura de la isla. Todo lo más: desde la perspectiva de este escrito, es preciso tener presentes las dinámicas neo(o intra) coloniales de Colombia hacia San Andrés, en el plano de la crítica literaria y, al tiempo, las reacciones de los grupos letrados en la isla respecto a esas dinámicas, si queremos entender el porqué de los temas y las formas de la producción de la isla, y las estrategias políticas (en sentido amplio) que las estructuran.

video: (<http://www.youtube.com/watch?v=hdwCcnVSWAM>). Creo que la iniciativa de estos músicos es significativa si pensamos en otras dinámicas de vocear cultura (es curioso, en este sentido, por ejemplo, que en la isla el cantante Shungo haya puesto en circulación en las papelerías cuadernos escolares cuya cubierta tenía a su grupo musical).

15 Énfasis añadido. Todas las versiones al español de textos en inglés son mías.

16 Sigla de Archipelago Movement for Ethnic Native Self-Determination for the Archipelago of San Andrés, Providence and Kethlena.

La isla se ha vuelto omnipresente en los ojos de los continentales (y de extranjeros de otras partes del mundo)¹⁷ a raíz de campañas publicitarias como “Colombia es pasión”¹⁸, más recientemente “Colombia es realismo mágico”¹⁹ y a paquetes turísticos donde figura con precios competitivos al lado de destinos populares como Cartagena. En cuanto a investigaciones, hasta ahora habían sido primordialmente hechas por parte de antropólogos (Pedraza, 1986, 1988, 1992), historiadores o politólogos (Rivera, 2004). Esto es apenas el principio, pues ahora San Andrés y Providencia han entrado al canon literario colombiano con la marca de lo afrocolombiano. Dos de los dieciocho tomos de la Biblioteca de literatura afrocolombiana, recién publicada por el Ministerio de Cultura (2010), corresponden a escritores del archipiélago (el 14 a Hazel Robinson, el 7 a Lenito Robinson). Así mismo, en el tomo 16, *Antología de mujeres poetas afrocolombianas*, se incluyen cinco poetas de las islas, con la novedad de algunos poemas en creol.

Cuando, a principios del 2010, formulé un proyecto de investigación sobre la literatura de la isla, mis objetivos eran absurdamente ambiciosos: quería explorar la literatura de los últimos cien años en San Andrés; iba también tras posibles nexos desde lo literario entre los chinos de la isla y los chinos de islas como Trinidad o como Cuba. Igualmente, quería mirar cómo aparecía el turismo en las producciones literarias de San Andrés y, como si eso fuera poco, me proponía rastrear el —para mí— ineludible problema de la relación isla/Colombia/Gran Caribe. Los tres primeros objetivos demostraron ser resultado de los a priori de quien estudiara la isla partiendo de temas y problemáticas más o menos comunes al Gran Caribe en general. Más importante aún, por peligroso, esos objetivos me parecen ahora fiel reflejo de la misma tendencia exotizante con que se acercan a la isla el turista y el “paña”: San Andrés era una especie de “paraíso literario”, sin especificidad suya propia²⁰. Conversé con varias personas de la isla,

17 Por ejemplo, en la revista *Temporada, High Season. La revista de San Andrés y Providencia* (una revista dedicada exclusivamente a la promoción turística de las islas), en el número de diciembre a junio de 2010, ed 44, p.6, se da cuenta de una especie de convenio mediante el cual empiezan a llegar turistas checos y canadienses al archipiélago, por primera vez, luego de 9 años en que no llegaban en grupos continuos turistas europeos allí.

18 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=ri0kovbKot4>

19 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=BTcZB5q-9S4>

20 Esta actitud es algo generalizada entre la crítica: si bien los dos textos críticos existentes (hasta el momento en que empecé la pesquisa) sobre la obra de Hazel Robinson, escritos ambos por críticos de la costa colombiana, se dedican muy juiciosamente a la obra en sí, arrojando líneas de lectura sugerentes para el estudio futuro de la obra, ambos contemplan el texto (y la isla que lo produce) desde esa distancia que la hace parecer un terreno uniforme que ha producido en cuanto a literatura solo estas dos obras. Es un sesgo de la práctica crítica en general, que contrasta vivamente con los enfoques muy localizados y en consecuencia especificadores de los trabajos antropológicos o de ciencias políticas que le restituyen al archipiélago su dimensión caleidoscópica.

y con investigadores de otras disciplinas que le habían dedicado algún tiempo y estuve en la isla por unas semanas²¹. El resultado de ese viaje fue un choque que, felizmente, desestabilizó todos (menos uno de) mis supuestos de investigación.

Para empezar, el panorama literario de la isla es más variado de lo que desde el continente o de cualquier foco externo y abstracto se puede creer. Una caracterización rápida de la producción de San Andrés²² daría este croquis. Un primer grupo de escritores isleños conocidos fuera de la isla. En este grupo, Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson Bent van ganando acelerado reconocimiento. Hazel Robinson Abrahams, con sus tres novelas escritas y publicadas en los últimos años (2002 [reimpreso en 2010]; 2004, 2009), y el segundo, Lenito, con esta reedición en la Biblioteca afrocolombiana de los cuentos que publicara en 1984 (pero escribiera tan temprano como en los años 70).

Un segundo grupo reuniría a escritores isleños y no isleños menos visibles por ahora, que viven (o vivieron) en la isla. Entre estos: Claudia Aguilera (1991, 2005), Nadim Marmolejo (s.f.), Lina Chow Wong (2008, 2014), Claudine Bancelin (2004), Mariamtilde Rodríguez (2007), Jorge Muñoz (1974), Franco Grittani (2004). Fanny Buitrago (1976, 1979, 2010) ocupa un lugar aparte, en la medida en que su trayectoria es más amplia y su difusión no está amarrada solamente a lo relativo al tema sanandresano. Libros como los de estos autores circulan por caminos inusuales (Se venden en un café, en una papelería o lo tiene alguien relacionado con la escritora o el escritor...).

Un tercer grupo estaría, desde mi perspectiva, conformado por intelectuales raizales en la isla, que despliegan proyectos con miras similares. Juan Ramírez Dawkins ha publicado los libros *The Soldier dem de come/Ahí vienen los soldados* y *The Mango Tree/El palo de mango* y el libro de poemas *Naked Skin/Piel desnuda* (ambos de 1996). Ramírez Dawkins, luego parte del movimiento independentista AMEN-SD, fue estimulado a

21 Aprovecho para manifestarle mis agradecimientos a Camila Rivera, que tocó a las puertas por mí, y a Javier Archbold, quien por muchos medios me facilitó enormemente el arribo. Sin la compañía de Dany Advíncula habría visto un panorama muy distinto y sin el beneficio de las conversaciones con Teresa Cadavid y con la familia Schonnewolf estas reflexiones estarían a medias. A Raquel Sanmiguel, su disposición ininterrumpida a conversar sobre este tema conmigo; a Mirta Díaz, en la Biblioteca del Banco de la República por una apertura sin ambages. Igualmente, mi gratitud para con Jimmy Archbold, músico de la isla, y Adriana Santos, profesora de la Universidad Nacional sede San Andrés.

22 El hecho de que a veces incluya a Lenito Robinson-Bento en las menciones de la literatura de San Andrés se debe a que en el centro de documentación del Banco de la República allí se encuentra algún material suyo y a que no hay por lo general en el imaginario de los letrados del archipiélago una diferencia tajante entre los escritores de las dos islas. Aunque conviene precisar que con los desarrollos del teatro en Providencia, entre otros, esto empieza a matizarse. Me centro exclusivamente aquí en San Andrés porque en vista de las diferencias culturales el sistema literario funciona ligeramente distinto en Providencia donde por ejemplo, a diferencia de San Andrés, ha habido talleres de Renata, con una publicación que la Cámara de Comercio de San Andrés distribuye gratuitamente. Es decir, también su modo de circulación y quizás la elección de la lengua es atípica para lo que describo a continuación sobre San Andrés.

escribir y publicar estos textos por dos intelectuales reconocidos de la isla y activamente involucrados en las reivindicaciones raizales por el lado lingüístico: Marcia Dittmann, quien tradujo los relatos de *The Soldier* para esa versión bilingüe y ha publicado en conjunción con Lolia Pomare-Myles o sola varios trabajos tendientes a recuperación de memoria histórica²³, y Oakley Forbes. Lolia Pomare-Myles, por su parte, muy reconocida en la isla, ha desarrollado un trabajo versátil (desde la escritura en periódicos hasta la realización de programas de televisión y un trabajo de memoria con la comunidad) (Patiño, 2011)²⁴. Ampliando el marco de visión de lo literario, habríamos de incluir a Marilyn Bizcaino Miller, creadora del Festival Internacional de Teatro Ethnic Roots, en 1999 (Moyano, 2007), quien con obras performáticas como *Combak* (Silva, 2013b, pp.121-139) está pensando la isla en su dimensión sociopolítica. En este grupo incluiría, por esta cercanía, las poetas que publicaron en algún momento en el periódico *Horizontes*, ahora incluidas en el tomo de la biblioteca afrocolombiana también. Estas poetas son Ofeilia Margarita Benet Robinson, Briceña Corpus Stephens, Emiliana Bernard Stephenson, Herminia Macariz Michell y Marqueta McKeller [que recién publicó por cuenta propia una compilación de sus poemas. Cfr. *Memorias*, 2012]. A este grupo pertenecen también escritores y escritoras muy jóvenes como Keisha Howard (*San Andrés: A Herstory*, 2014), Alciano Williams (2011) y Adel Christopher (2011). Tanto la escritura de Juan Ramírez, como la narración de Lolia Pomare-Myles, las performances de Marilyn Bizcaino, la novela de Howard y poemas de Williams y de Christopher hacen eco de lazos con el Gran Caribe (a veces por la vía de imaginar el lazo con África), desde imágenes de la isla como paraíso hasta las historias de Anancy, desde la recuperación de tradiciones isleñas hasta la visita a imágenes simbólicas de lo isleño como el cangrejo, o la producción en creol.

Un cuarto grupo que vendría a sumar una faceta más de lo isleño a este sistema estaría conformado por los que no publican o publican textos híbridos (desde una perspectiva tradicional, por decirlo muy vagamente), y son reconocidos como “literarios” por población y medios locales, por ejemplo, varios poetas que publicaron en algún momento en periódicos de la isla como *Horizontes* (1999-2000) o incluso los que participan en algunos recitales organizados por la Casa de la Cultura y cuyos poemas quedan luego guardados en este lugar, en hojas sueltas.²⁵ De hecho, este es uno de los renglo-

23 Un ejemplo de este trabajo es Dittmann (2008), *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia [Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez]*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia.

24 Ana Mercedes Patiño da cuenta de su trayectoria y ámbito de movimiento con lujo de detalles.

25 En el número de *Horizontes* correspondiente a abril-mayo de 1999 hay por ejemplo poemas de Herminia Macariz Mitchell, Cecilia Francis, Rosa Victoria Brown y Marqueta McKeller Hudgson. También se mencionan como poetas o escritores (y de algunos hay uno o dos muestras en hojas sueltas en el Centro de

nes más intrigantes, pues gente diversa desde bibliotecarios hasta profesores universitarios y de colegio afirma sin ambages que estas personas u otras anónimas *hacen literatura*. Pero los textos no están agrupados ni circulan para el público en general. Pasan de manos del escritor o escritora a manos de sus amigos, y de ahí a manos de los conocidos de los amigos en una cadena que se puede alargar. Los que circulan como “literatura sanandresana” en las papelerías populares accesibles también a los turistas son los de dos autores que viven y trabajan en la isla, y que entre sí son bien distintos: *Las plagas humanas bestializadas* (s.f.) y *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas* (2011) y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos* (2012), entre otros, de Eviston Forbes Bernard, conocido como “Papalee”; y *A oscuras pero encendido* (2001), *Legado de piratas* (2006) y, en menor medida, *Meridiano 82, la ruta de la langosta* (2010), de Jimmy Gordon Bull.

El tema “literatura sanandresana” plantea entonces varios problemas. Algunos de ellos son parientes de los obstáculos consuetudinarios a la historiografía y la crítica de territorios que fueron colonia e implicarían preguntarse ¿desde qué punto en la historia hablaríamos de la existencia de esta literatura? y en relación con lo nacional y el canon, ¿a la escrita por quiénes llamaríamos tal? Para San Andrés, estas preguntas entrañarían un doble nivel en el plano cronológico y territorial (“nacional”). Por un lado, una historia previa que haría lícito pensar en la posibilidad de que existan textos escritos por habitantes de la isla (nacidos en ella o no) durante su período inglés, y que podrían estar dispersos en lugares como Puerto Limón, Colón o algún lugar de Inglaterra o Estados Unidos. Y por otro lado, su inflexión netamente colonial bajo égida colombiana. Y es lógico que así sea, si no perdemos de vista la gran movilidad que caracteriza, circum-atlánticamente, al Gran Caribe.

Las respuestas a interrogantes de ese corte suponen que el material de estudio existe. Pero también suponen que es homogéneo y correspondiente a formas previstas, más o menos fijas, como la novela, la poesía escrita, el cuento (escrito también), y el ensayo. Por el croquis que acabo de esbozar, me parece lícito sugerir que las preguntas guía de una crítica literaria sobre la literatura sanandresana tendrían que ser otras. Para empezar, ¿qué implicaciones tiene que ese material “literario” no adquiera las formas genéricas esperadas (poesía, novela, cuento)? O más aún, ¿que no esté publicado?, y por último, ¿que la expresión literaria sea algo subterránea, o tenga rasgos muy específicos debidos a la idiosincrasia cultural y política de San Andrés en relación con Colombia y con otros países que hacen parte de su historia?

documentación de la Casa de la Cultura) a Adel Christopher Livingstone, Ofelia Margarita Bent Robinson (animada por Oakley Forbes a escribir), Briceña Corpus Stephens, que luego serán parte de la Biblioteca Afrocolombiana, como ya he mencionado.

Detengámonos un poquito en las tres últimas preguntas, con el ánimo de brindarle algún espesor a ese panorama. Es posible sostener que:

Los isleños son (y se autodefinen como) poetas, hay muchos que escriben pero que no tienen visibilidad como la tendrán Lolía Pomare, Juan Ramírez, Hazel Robinson y Benito R. Escriben en español la mayoría, otros tímidamente en inglés, otros en Creole o en lengua mezclada. Los más jóvenes se van por la música, componen cantos de protesta en ritmos que llegan a la juventud... Los de mayor tradición usan el inglés y encuentran en ese inglés 'victoriano' que manejaban y en sonetos de la Biblia victoriana inspiración: estos últimos son como poetas... *pero como te digo, la mayoría no publica*. Incluso hay quienes han escrito cosas sobre la isla y *las tienen guardadas*, y a veces, por aquello de la confianza que se va construyendo, va uno teniendo acceso a algunos extractos. [...].²⁶

Este panorama tan heterogéneo —de escritores locales visibles en el continente, escritores locales o extranjeros con visibilidad en la isla pero no en el continente, intelectuales comprometidos con raíces y tradiciones, y escritores con textos híbridos— cobra cierto aire natural si, a la luz de los enunciados de Losada, se lo entiende como “producto de una actividad consciente de un sujeto social que, de alguna manera, tiene dominio de sus fines, escoge medios y estrategias para cumplirlos y que, precisamente en el cumplimiento de esa actividad, se constituye en un nuevo sujeto social, *sólo posible en esa forma de cultura*” (Losada, 1976, p.211). Así, estos rasgos harían parte de cierta especificidad del sistema literario en la isla: tanto la visibilidad de algunos escritores como la invisibilidad de otros, tanto la escritura en creol como la escritura en español, y la elección de uno u otro tipo discursivo, se aclaran en razón de esta doble articulación de San Andrés como isla con su vida propia y San Andrés como departamento de ultramar colombiano. Unos y otros se afilian a modos de prestigio contrapuestos, sustentados en pugnas políticas, pero materializados en la praxis literaria. Quien escribe en creol o en español o quienes rescatan relatos orales y los transmiten por escrito o en performances²⁷, evidentemente le asignan “una naturaleza, una función y unas tareas” anticolonialistas a su trabajo cultural; quien de otro lado busca

26 Raquel Sanmiguel, Comunicación personal, junio 17 de 2010. Énfasis añadido. Es claro que aquí Sanmiguel pone a contraluz la riqueza no escrita de este mundo cultural y, gracias a sus preocupaciones por la etnoeducación, da pistas por los caminos en los cuales se encontrarían algunas manifestaciones para un estudio sobre el tema que nos ocupa en la isla.

27 Pienso en Lolía Pomare-Myles, o en proyectos como el de Patricia Enciso (2004).

algún lugar de acuerdo o cuyas obras se prestan para una lectura ambigua de la isla, está igualmente respondiendo a una interpelación²⁸.

Desde mi perspectiva, el cuarto grupo (y en alguna medida el tercero), parafraseando de nuevo a Losada, “se constituye en un nuevo sujeto social [...] mediante el dominio de sus fines y la escogencia de medios y estrategias para cumplirlos” (Losada, 1976). El propósito de esa minoría es tan ambiguo (y tan socialmente interesado como el de las dos minorías anteriores: quieren, mínimamente, ser referentes culturales y literarios) en la isla. La diferencia es que estos escapan al control institucional literario y, así, en sus textos podemos rastrear y ubicar con mayor certeza la dinámica de resistencia (desde luego no exenta de contradicción) respecto a Colombia. En este diagrama se ve esa articulación en el hecho literario (pensado como hecho social) como un fenómeno donde se articulan “de manera inmediata los conjuntos literarios con la praxis social de los sujetos productores y, mediatemente, con la situación de la estructura social” (Losada, 1976). No es coincidencia que tanto Forbes Bernard como Gordon Bull estén involucrados de uno u otro modo en la política de la isla ni que Howard tenga tras de sí una tradición de intelectuales bautistas y que su novela sea resultado de un proyecto avalado por AMEN-SD.

Para 2010, en una carpeta del Centro de documentación de la biblioteca Luis Ángel Arango en San Andrés se reunían los personajes insignes del archipiélago. Era una lista variopinta: había portadas de libros (como los de Hazel Robinson), y notas de periódico sobre uno u otro deportista. Había también notas necrológicas, sobre políticos o personajes de la cultura de la isla. Esta carpeta se repetía en el Centro de documentación de la Casa de la Cultura. Ambas eran compilaciones hechas por la gente que trabajaba en cada lugar, su contenido y organización no estaban determinados por un ente gubernamental o un ente oficial común²⁹. Leo Umbasía, entonces directora del Centro de documentación de la Casa de la Cultura, en el momento en que realicé el trabajo de campo, por ejemplo, dijo llevar algunos años intentando a título personal un libro sobre escritores de la isla, que incluiría pinturas de los autores, hechas por un pintor local. Ahora bien, a la pregunta por *quién escribe literatura*, la reacción informal de gente de diferentes círculos en la isla asombra por la coincidencia. Personas de trasfondos muy

28 *No Give up, Maan*, por ejemplo, presenta la imagen de la isla como referente de identidad isleña, pero ya que el formato que usa es más tradicional (novela) la crítica nacional se la apropia con gran rapidez (no en vano, la mayoría de los trabajos de tesis en proceso de que tengo noticia están centrados en su obra) y la va reificando como exponente del exotismo de la exótica isla.

29 Esto ha cambiado radicalmente, y parte de los proyectos del Banco de la República en la isla, en la actualidad, son tremendamente concientes de la diferencia cultural, del formato marginal de las producciones en la isla, y de las necesidades particulares que plantea. Los proyectos de recopilación de memoria oral, y la dinámica de charlas y simposios que tiene actualmente la sede en la isla dan fe de estos cambios y prometen mucha intensidad y riqueza en el futuro cercano.

distintos (estudiantes, artistas, trabajadores oficiales) coincidían en identificar un solo nombre, Eviston Forbes Bernard, como *alguien que escribe literatura*. Los encuestados casuales decían que este escritor (y sus escritos) les gustaba porque “dice la verdad” (queriendo significar con esto que denunciaba el estado de cosas producido por la relación entre Colombia y San Andrés). Aunque aquí no habría que soslayar el hecho de que esta respuesta la estaban dando a una persona del continente, y por tanto, mis interlocutores podían estar situándose y situándome en lugares concretos de ese espectro político que la isla convoca.

Las plagas humanas bestializadas, de Forbes Bernard, un libro sin editorial ni fecha, publicado de propio bolsillo, no es un libro fácil de leer para un letrado: su ortografía no es ortodoxa, no parece tener un orden lógico previsto; aunque el tema es uno (las plagas de la colonización), está desarrollado en ramificaciones; el libro tampoco parece corresponder a ningún género único: su tono es de discurso político con invectivas contra Colombia y las “pestes” inoculadas por el país en la isla; tiene algo de apología personal (consecuente con la candidatura del autor en algún momento a un puesto público en la isla), y además hay poemas (alguno de los cuales ya había sido publicado en hoja suelta o periódico). Este formato es consistente en otros libros de Forbes Bernard en esta línea: *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas*, y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo. Todo para ellos; todo para ellos*³⁰.

Por su parte, los temas de *A oscuras, pero encendido*, de Gordon Bull, recorren el mismo espectro: catilinaria, discurso moral... Esta compilación de crónicas bilingües publicadas originalmente por Gordon Bull en los periódicos *La noticia*, y el *Archipiélago Post* es pagada por el escritor, y se vende en las papelerías de la isla. En este libro encontramos pequeños relatos que ilustran el deterioro del tejido social en la isla, con un tono sutilmente distinto del de Forbes Bernard pero apuntando a los mismos ejes escriturales y argumentativos.

Pero si bien ambos autores tienen claras agendas políticas y personales, el proyecto no es sólo individual, sino que da voz a un sector intelectual de la isla. El hecho de que sean publicados autónomamente (no por mediación de una editorial o una institución oficial) me parece clave para comprender lo que dicen y la relación de la gente con esos textos que tratan temas que se escriben así como se conversan y que en su tono enérgico y de corte casi forense evocan mucho el sermón (no hay que olvidar el peso fuerte del protestantismo en la isla, y el hecho de que entre los intelectuales que

30 El libro más reciente de Forbes es una historia de San Andrés, donde este formato disperso, ajeno a las expectativas de una “historia escrita” se repite, y donde caben alabanzas al presidente de turno, fotos del autor con personajes de la isla, y relaciones de hechos sobre la isla, transmitidos oralmente o por escrito.

lideran reflexiones sobre la historia y la situación en la isla se encuentran líderes de estas iglesias. Es decir que estos textos pueden beber de tradiciones subterráneas o al menos no las más evidentes para los críticos del continente]. También me parece fundamental ese detalle de la publicación sin mediación de pares y todo el proceso editorial que implica ciertos controles lingüísticos y textuales, para debatir otro elemento de interpretación: ¿qué hace la crítica con un libro “mal escrito”? En este punto el libro de Forbes Bernard amerita un comentario. Es casi un lugar común entre quienes leen y discuten sobre la literatura del archipiélago decir que lo oral en ella es ineludible. En esta afirmación se entiende lo oral como lo relacionado con el creol y los cuentos y otras tradiciones asociadas a él, no necesariamente plasmados en textos impresos. Sin embargo, el texto de Forbes pone en escena otra cara de esa oralidad, relacionada por vía refleja con la colonización, como si fuera el negativo del creol: ¿por qué no pensar que la “mala ortografía” de este libro de Forbes Bernard surge del mismo lugar de donde surge el silenciamiento del creol como política de gobernabilidad? Creo que es una explicación plausible decir que ese español se plasma ahí con las dificultades todas de lo que es una segunda lengua, aprendida de oídas, y segunda lengua al fin. Durante todos estos años se ha producido, sin duda, un amarre cultural, que hace que sea pertinente pensar lo oral aquí a partir de otros indicios, como esta hibridez ortográfica, sintáctica y genérica, manifestación de fractura en sí, en la que se ve la lucha de los dos mundos. Esto es, repito, lo que veo en estos tres libros de Forbes Bernard y en el de Gordon Bull: su vacilar entre géneros, las curvaturas de su escritura, la particular combinación de formas que usan con dispar dominio, los códigos de prestigio que emplean (ambos autores incluyen fotos suyas en estas obras: Gordon Bull como el pirata en la portada de su libro *Legado...*, Forbes Bernard en eventos políticos en el suyo). Este camino de ver lo oral creol en otros indicadores me ha interesado más que el camino derecho de la transcripción de lo oral. De ahí el sesgo particular de esta investigación.

Veo rasgos que coinciden con esta tendencia y que entiendo como signos de “un proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura” (siguiendo de nuevo a Losada [1976]) en uno de los libros de historiografía de la isla, como más adelante se verá.

Quizás se necesite aclarar que mi detenimiento en estos autores no apunta a su canonización (aunque sí me resulten más interesantes, como proyecto crítico personal, unos que otros), sino a señalar líneas de lectura que permitan cuestionar los moldes y modelos desde los elementos funcionales del contexto.

Las peculiaridades que he ido reuniendo aquí (el borde poroso entre géneros, el tipo especial de textos que resultan, los modos de autorización de la propia voz por

parte de los escritores) en el marco de una pregunta por la especificidad de lo literario en la isla, obligarían a un estudio detenido del periodismo (su historia, y principalmente su función) para los distintos grupos de esta formación social. Al ser un espacio de formación de conciencia, con cribas menos rígidas que las del impreso literario, sospecho que ha dado voz y presencia a temas y formas que todavía no hemos registrado. Por ejemplo, empezando en diciembre de 1998 se publicaron varios números de *Horizontes*, un periódico donde la agenda de recuperación de memoria cultural era muy clara por parte de los escritores regulares que allí publicaban, entre los cuales se incluían Ramírez Dawkins, el historiador Walwin Petersen, Lolia Pomare Myles, y el pintor Elario Fiquaire. Entre 1962-1963 y 1965 existió el semanario *San Andrés bilingüe*. Y una de las calles de San Andrés rinde homenaje al fundador del primer periódico de la isla *The Searchlight* (1912)³¹. Hoy en día la revista *Welcome*, dirigida por Eduardo Lunazzi, combina la línea dura del turismo, con relatos necesarios sobre la vida íntima de la isla (en el número 69 de junio de 2010, por ejemplo, hay un reportaje sobre uno de los cantantes de hip-hop más curiosos de la isla: Shungu). Ese estudio tendría que pensar en el periodismo como un sitio de circulación de proyectos intelectuales, como el espacio donde se pueden encontrar y manifestar géneros disímiles a los que la crítica literaria espera y que serían algún reflejo de las necesidades, la idiosincrasia y los modos propios de un sector de la isla.

La crítica

*Tú ves un fallo y algunos cayos
nosotros vemos un futuro amenazado*³²

Cronológicamente, la primera mención de historiografía literaria concerniente a la “literatura sanandresana” de que tengo noticia se registra en el libro *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* de Antonio Benítez Rojo (1989). Es el capítulo seis, “*Los pañamanes* o la memoria de la piel”, dedicado a esa novela de Fanny Buitrago, publicada en 1979, y que transcurre en la isla.

Benítez Rojo intentaba mapear una cartografía disgregada donde “se repiten” algunos fenómenos macro, con diferencias según la vida de cada isla. Su mapa es en verdad, para el momento en que está escribiendo, bastante amplio, aunque naturalmente

31 Que he visto citado, a propósito de los casos de juicios contra afrocaribeños por prácticas de obeah, en el interesante trabajo de Lara Putnam (2012).

32 Jiggy Drama y Creole N.G., *El fallo*.

inabarcable. Puede, por tanto, afirmar: “en la actualidad, puede decirse que el lector dispone de un conjunto de obras que representan los fragmentos de mayor tamaño del vasto rompecabezas del Caribe. No obstante, aún hay vacíos importantes que llenar. [...] todavía faltan por encajar algunas islas, ciertas ciudades y puertos, tramos costeros, penínsulas y golfos cuya ausencia configura huecos de bordes irregulares en la superficie azul turquesa del Caribe” (Benítez Rojo, 1989, p.221). Tras este anuncio, Benítez Rojo introduce *Los pañamanes*, que viene a ubicar allí “una rara pieza del rompecabezas caribeño”, en forma de “un minúsculo archipiélago situado a unas cien millas al oriente de Nicaragua, y conocido con el nombre de San Andrés y Providencia” (Benítez Rojo, 1989, p.221).

El tema de este capítulo (curiosamente, es la única obra de autoría femenina incluida en *La isla que se repite*, al lado de autores como Wilson Harris, Alejo Carpentier, Edgardo Rodríguez Juliá o Nicolás Guillén...), es el encuentro entre tres temas: la tensión racial, la mitologización de la historia traumática y la exposición y conjuro de la violencia que está en la raíz de la colonización. Con estos tres elementos, sumados a la oralidad manifiesta en los cuentos de Anancy, Benítez Rojo sitúa entonces el archipiélago en la historia caribeña que ha venido rastreando.

En el 2007, José Luis Garcés González, en *Literatura en el Caribe colombiano. Señales de un proceso* incluye la novela de Hazel Robinson Abrahams *No give up, maan* (así como *Los cuentos de la ausencia* de Lenito Robinson Bent). Se trata de una reseña detallada de la obra, en su desarrollo y en sus valores. De este modo, Garcés González hace su parte del trabajo al incorporar estos textos, buscando contrarrestar la idea de que “somos una tierra plana y por ello de fácil comunicación física y cultural” mediante el “conocimiento de la literatura caribeña colombiana” (contraportada del libro). También, a propósito de la obra de Hazel Robinson, tenemos el prólogo a *No give up, maan* reimpresso como cuarto tomo de la Biblioteca de autores afrocolombianos por el Ministerio de Cultura de Colombia. En este prólogo, Ariel Castillo Mier, quien propuso la obra para la colección, redimensiona las crónicas de Robinson, como una especie de implícito antecedente de sus novelas. Luego, analiza el pasado escritural de Robinson Abrahams como prólogo a su obra narrativa.

Una continuación muy interesante de este trabajo de Castillo Mier la presentó Eduardo Silva en forma de ponencia en la conferencia de la Caribbean Studies Association (2013a), quien también publicó recientemente un trabajo sobre la obra teatral de Marilyn Bizcaino Miller (2013b). Respecto al proyecto total de Hazel Robinson, y por otro lado, a la problemática de la migración desde la isla y la de los capitanes de go-fast desaparecidos en alta mar hay artículos de Del Valle, 2011, 2014a y 2014b, respectivamente.

Marcia Dittmann participó en el XI encuentro de saberes, en Mompox y como resultado de esa participación está su revisión de la producción oral y escrita de las dos islas (2010). Como antes señalé, Ana Mercedes Patiño le dedicó al trabajo de Lolía Pomare Myles un artículo que la sitúa como intelectual en la confluencia de muchas ramificaciones; tiene también un texto sobre las novelas de Robinson Abrahams (Patiño, 2014, pp.40-47). El cubano Samuel Furé Davis (2013), recoge algunos apuntes de textos previos al suyo y agrega su percepción sobre la literatura de la isla, pero de este sólo tengo referencia. Estos son los trabajos publicados sobre la literatura de la isla, de que tengo noticia; actualmente hay varios trabajos de maestría en curso, en especial sobre la obra de Hazel Robinson Abrahams y la de las obras de tema isleño de Fanny Buitrago.

Me gustaría en este último apartado maniobrar entre tres imágenes de puerto, que se yuxtaponen, se complementan como mapas de la isla, en la historiografía, la historiografía literaria y las obras literarias en sí. Estos tres puertos son: el puerto antiguo y efervescente, el puerto en decadencia y ruina y el puerto imaginado y elusivo.

Puerto antiguo y efervescente

Parsons (1956) dibuja un portulano muy activo entre los siglos XVII y XIX, con eje en la isla: “La posición de San Andrés en el tráfico del Caribe occidental fue por un tiempo única. No era sólo el puerto donde se concedían licencias para el comercio costanero con Colombia, sino que proveía un cargamento de regreso y a la vez sus prósperos habitantes ofrecían un modesto mercado propio” (p.95). Durante los siglos XVII, XVIII y XIX, San Andrés cumplió distintas funciones: sirvió de base de operaciones: “en el siglo XVII, [...] la Compañía de Providencia tenía sus agencias establecidas a lo largo de la Bahía de Honduras y en Cabo Gracias a Dios. Más tarde, las islas sirvieron como base de tránsito para los aventureros ingleses, especialmente los de Jamaica, quienes por entonces se establecían a lo largo de la Costa de Miskitos y al sur hacia Panamá” (pp.114-115). Naturalmente, la fuerza económica subyacente a estos intercambios involucra no sólo la ida y venida de mercancías muy diversas, sino el intercambio humano con poblaciones distintas: “El primer viaje empezaba en *Nueva York* hacia San Andrés, en marzo o abril; era costumbre sacar licencia para efectuar el trueque de mercancía, *alhajas, licores, carne salada y harina* en puertos tales como *Corn Island, Pearl Lagoon, Bluefields, San Juan (Greytown), Salt Creek (Limón), Bocas del Toro, Chagres y Portobello*. Para el viaje de regreso abundaba en la costa *concha de carey, zarzaparrilla, cacao, goma copal, fustic, coco, mahogany y pieles*, y en las islas, *concha de carey, algodón y madera de cedro*. [...] Las embarcaciones atracaban en San Andrés tanto en su viaje

rumbo al sur como hacia el norte” (p.88)³³. Desde luego, en este ir y venir, también se ponen en circulación saberes concretos que hacen parte de la idiosincrasia lugareña: “Durante el siglo XIX los isleños continuaron comerciando especialmente con las costas de Centroamérica [...]. Eran expertos navegantes íntimamente familiarizados con la navegación en esta zona y muy solicitados como pilotos de las naves extranjeras” (p.117). En razón de estos contactos de larga data, no es de extrañar que haya asentamientos permanentes por parte de gente de las islas en otros lugares: “Las Islas Corn, por ejemplo, habían sido conquistadas por gentes de San Andrés antes de 1810. Algunos años más tarde otro grupo de San Andrés se estableció en Pearl Lagoon, al norte de Bluefields, y se dedicó al cultivo de algodón, café y caña de azúcar” (pp.114-115). Es lícito que los isleños sostengan entonces que “Las relaciones con los países del Caribe no fueron solamente comerciales, también fueron culturales, debido a [sus] raíces étnicas, [sus] experiencias históricas comunes y los lazos de parentesco” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.32). Tampoco ha de sorprender que ante el declive de su importancia económica, los isleños siguieran moviéndose: “Los proyectos de construcción de los ferrocarriles de Panamá y Costa Rica y años más tarde del fracasado canal iniciado por los franceses, aparecen como motivo de emigración de algunos isleños sin trabajo al continente [...] la construcción del Canal de Panamá [...] fue la obra que más empleó trabajadores de San Andrés y Providencia, así como de otras islas del Caribe, en escala sin precedentes”. Esto, naturalmente, incluye a las mujeres, que “han encontrado siempre trabajo como domésticas en Panamá” (Parsons, 1956, p.118). En voz de los habitantes de la isla: “Hacíamos cabotaje no sólo a las islas Mangle y a Centroamérica sino también a Jamaica, a las Islas Caimán y a Estados Unidos. Muchos hombres isleños han pasado buena parte de su vida navegando en los mares del mundo. Muchos han sido capitanes de grandes barcos de otros países” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.21).

Con este panorama, hay que estar de acuerdo con Parsons cuando sostiene que: “La geografía e historia de estas islas de San Andrés y Providencia tiene una importancia que no corresponde a su población y extensión” (Parsons, 1956, p.121). Esta fama pretérita es recreada en varias de las obras producidas en la isla, sobresalientemente, las tres de Hazel Robinson, situadas precisamente en ese largo período de gran movimiento, y más recientemente, en *Meridiano 82, la ruta de la langosta*, de Jimmy Gordon Bull, y en pasajes de las narrativas autobiográficas de Riva Fidel Robinson (2010, 2011).

33 Énfasis añadido

Puerto en decadencia y ruina

Alguien que se familiarice con las voces sanandresanas encontrará que en los textos de la más diversa índole se repite, palabras más, palabras menos, esta queja: “El cambio de nuestras costumbres comenzó a partir del año 1953 cuando la isla de San Andrés fue declarada puerto libre” (Ruiz y O’Flin, p.32). Así lo dicen, verbigracia, los habitantes en *San Andrés y Providencia: una historia oral de las Islas y su gente*, uno de los dos trabajos historiográficos, bilingües, con foco isleño. “San Andres, a “Free Port”- the Great Experiment of the Century and Its Aftermath”, es el capítulo correspondiente a este período en el segundo de esos trabajos, el ambicioso y peculiar libro de Walwin Petersen, historiador miembro de la Academia de Historia de Colombia, *The Province of Providence*. Las comillas que ponen en duda el “libre”/ “free” adquieren sentido en ese capítulo, donde se describe y comenta la distancia cultural entre los continentales colombianos y los isleños en San Andrés. Petersen no sólo describe los efectos del puerto libre sobre la vida de la isla: el desastre urbanístico, el desastre ecológico, el desastre cultural. Igualmente (aunque reconociendo que en todo esto tuvieron su parte algunos isleños, como es de esperarse en toda formación social), evidencia, primero, la incomunicación entre unos y otros porque en los primeros contactos legales, los isleños no entendían la lengua en la que estaban firmando los contratos con los continentales, y segundo, la distancia cultural, o casi podríamos decir, el desprecio de los continentales comerciantes o gobernantes por la opinión de los isleños. Ese escenario en su conjunto —los daños irreversibles al medio (el relleno de manglares, la rectificación de costas), la borradura de la cultura local (la imposición del español y del catolicismo), el cambio de las dinámicas económicas, la toma de decisiones incongruentes con el medio inmediato en tanto surgen del foco capitalino— coincide con el panorama colonial en otros lugares del Gran Caribe. De ahí la tremenda resonancia que un concepto como el de Puerto de Plantación tiene para describir el Puerto Libre. Benítez Rojo (1989) entiende por Puerto de Plantación “ciudades como Kingston, Bridgetown, Georgetown, Cayena, Fort-de-France, Paramaribo” (p.43) que “respondían a los requerimientos de sociedades donde, como promedio, nueve de cada diez habitantes habían sido alguna vez esclavos, y esto hacía superfluo el adoptar medidas que contribuirían a elevar, más allá de lo estrictamente necesario, los niveles de urbanización, de institucionalización, de educación, de servicios públicos y de recreo” (p.43). Guardando las debidas proporciones, y teniendo presente que la plantación es, a la larga, un modelo de sociedad, el Puerto Libre ocasiona en San Andrés lo que en el Caribe anglófono se produjo en el siglo XIX (en vista del colonialismo subyacente no es de extrañar que las consecuencias sean las mismas): “un menor grado de diversificación económica,

un menos número de campesinos y artesanos, un mercado interno más restringido, un sistema de comunicaciones y transporte más pobre, una clase media más reducida, una vida institucional más débil, una educación más deficiente, un conflicto mayor con la lengua de la metrópoli y un surgimiento tardío de las artes y las letras” (p.42).

Es curioso que de las obras literarias que mencioné, pocas se ocupan de este hecho concreto. Quizás sea natural esquivar el hecho traumático y volver al momento anterior a él. Solamente se zambullen en este tema los dos libros de Forbes Bernard y *A oscuras pero encendido*, de Gordon Bull, precisamente los dos que no encajan en las expectativas de lo literario tradicional. Habría que anotar, a modo de glosa, sin embargo, en aras de seguir complejizando ese croquis de la producción literaria en la isla, que *The Province of Providence*, es un recuento histórico bastante peculiar, si lo pensamos desde las prácticas y los moldes de las historiografías avaladas por los centros académicos. Para citar un ejemplo: el libro no cuenta con bibliografía, ni menciones de archivo, si bien en este caso quizás valga señalar que el centro de gobierno (la casona intendencial) se quemó, junto con otros edificios aledaños, el 19 de enero de 1965 (lo que no obsta para que Parsons, aún no superado, use y cite documentación de archivo disponible en el continente). Esto llama más la atención cuando se lo pone lado a lado con una anotación del libro de Gordon Bull, quien figura como “miembro fundador de la academia de historia de San Andrés” en las páginas de créditos de su libro. Estos datos delimitan otras formas de autorización del saber en la isla. En este sentido, como decía al comienzo de este texto, veo en los textos historiográficos y en algunos textos literarios en la isla un mecanismo de reflejo que puede ser interesante estudiar más a fondo.

Puerto imaginado y elusivo

“Las historias de tesoros enterrados aún persisten y de vez en cuando se han descubierto pequeñas guacas. [...] Las visitas de buscadores de oro, norteamericanos e ingleses, fueron tan frecuentes en un tiempo, que se dictó un decreto en 1877 que prohibía a los nativos colaborar con las expediciones extranjeras que arribaban en busca de tesoros” (Parsons, 1959, p.99). Quizás la medida fuera efectiva contra esos buscadores de tesoros. Para los escritores, por el contrario, esos tesoros escondidos han sido un acicate constante. Precisamente esta es la lectura que escoge Benítez Rojo, en ese primer texto crítico sobre la literatura con foco en la isla, para hablar de *Los pañamanes*. Ese puerto se caracteriza por su peso mítico, por la recreación cartográfica en clave alegórica, y, siguiendo al cubano, por una pulsión de exorcizar la violencia fundacional colonial. El puerto fantasma —a veces con sus barcos fantasmas y sus habitantes

también fantasmales [San Andrés del pasado irrecuperable, San Andrés de historias perdidas, San Andrés destrozada entre la tradición y la modernidad...] — es el protagonista de varios textos literarios: *Legado de piratas*, de Gordon Bull; *Bahía Sonora*, de Fanny Buitrago; *Sail Ahoy*, de Hazel Robinson; en *Hijos del paisaje* de Mariamatilde Rodríguez. En ese recurso al fantasma, esos textos están construyendo territorialidades alternativas, a las que se les puede objetar que no tienen ya función, puesto que no se puede revertir el tiempo. Sin embargo, como apunté en un comienzo, en el juego de las representaciones, los textos (y para lo que nos compete, los textos literarios) construyen y adelantan visiones poderosas, cuyo fin no siempre podemos calcular ni predecir. *Los hijos del paisaje* es uno de esos textos invaluable en este renglón.

Me he preguntado mucho si un trabajo de investigación bibliográfica desde la biblioteca me habría permitido apreciar los matices que hoy veo en la producción de la isla. Mi conclusión es que difícilmente el trabajo crítico hecho desde los escritorios nos ayudaría a salir de los supuestos aprioristas, especialmente si el objeto es tan cercano, y lo tenemos tan introyectado como nuestro: creemos que conocemos a San Andrés porque hace parte de la comunidad imaginada colombiana. Pero si “sólo la concreta encarnación histórica, y no el abordaje apriorístico, puede revelarnos las verdaderas características y funciones de un hecho literario” (Fernández Retamar, 1995, p.114) es tan importante estar inmerso en esa encarnación histórica como lo es estar dispuesto a pensar lo literario como algo más que textos bellos. El caso de lo literario en San Andrés, tal como lo veo, es uno de esos ejemplos para repensar los criterios críticos que nos rigen y empezar a explorar modos *sui generis* en que la historia y la política de estas islas jóvenes y coloniales se plasman en formas que reclaman nuevos lentes, a riesgo de pasarnos inadvertidas y cumplen funciones incalculables.

En este sentido, creo que la crítica también tendría que ser llamada a una rendición de cuentas en relación con San Andrés, similar a la que exige Petersen: “el gobierno nacional debe [...] hacer una evaluación objetiva y consciente de todo su proceso de intervención en estas islas, incluyendo un análisis de los resultados finales obtenidos. Se debe establecer con claridad cómo los objetivos y los procedimientos del gobierno han afectado a fondo a los isleños” (Petersen, 2002, p.260). ¿Qué hemos estado contribuyendo con el trabajo que hacemos o no hacemos en lo relacionado con la isla y territorios colombianos en similares circunstancias?, es la pregunta que en esta dirección considero ineludible.

En el urgente contexto de las disputas actuales de la Haya y de la postura irresponsable con la que el gobierno colombiano ha procedido respecto a un territorio en el mar donde viven y del que viven cientos de personas, no hay que olvidar la advertencia de Wilson (2004) de que “*mucho del peso de [la] identidad [de la cultura Caribe] estará en*

la posesión de la tierra [y] cualquier alienación a la tierra del Caribe de la gente del Caribe, debe ser mirada como fundamental destructiva. [por ello] Parecería ser un imperativo político que los derechos de la gente del Caribe pertenezcan a su tierra, y que sean asegurados por la garantía de que su tierra les pertenece.” (p.225). En el caso de las islas, naturalmente, esa tierra no puede ser separada de su constitutivo entorno acuático.

En las obras que he rastreado, la isla amasa sus tesoros, los expone y los vuelve a ocultar, se imagina y se reimagina de múltiples maneras, rica y caleidoscópicamente. Esa es una forma de apropiación. Y tendría algún poder en la esfera política, en bien de los isleños, si la crítica la hiciera reverberar.

Obras citadas

- Adorno, Rolena. [1998]. Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 28, 11-28
- Aguilera Neira, Claudia. [1991]. *Espejismo de arena*. Bogotá: Publicaciones Saint-Amour
- Aguilera Neira, Claudia. [2005]. *Trapezio al vacío*. Bogotá: Apidama Ediciones
- Arias Vanegas, Julio. [2005]. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Ediciones Uniandes/Ceso
- Bancelin, Claudine. [2004]. *Entre ráfagas de viento*. Barranquilla: Maremagnum
- Benítez Rojo, Antonio. 1989. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte
- Bernabé, Jean; Confiant, Raphaël y Patrick Chamoiseau. [1989] 2010. *Elogio de la creatividad*. Mónica del Valle y Gertrude Martin Laprade (trad.). Bogotá: Editorial Javeriana
- Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). [2010]. *La unidad es submarina*. Buenos Aires: Katatay ediciones
- Bourdieu, Pierre. [1985]. La fuerza de la representación (87-95). En *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal
- Brathwaite, Kamau. [1971/1981] 2010. *La unidad es submarina*. Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). Buenos Aires: Katatay ediciones
- Brathwaite, Kamau. [1973]. *Calypso. The Arrivants. A New World Trilogy*. Oxford: Oxford University Press
- Briones, Claudia. [2005]. [Comp.] *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Buitrago, Fanny. [1976]. *Bahía Sonora. Relatos de la Isla*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura
- Buitrago, Fanny. [1979]. *Los pañamanes*. Bogotá: Plaza y Janés

- Buitrago, Fanny. [2010]. *Canciones profanas*. Bogotá: Panamericana Editorial
- Castillo Mier, Ariel. [2010]. No Give Up, Maan!, una novela fundacional. *Biblioteca de literatura afrocolombianas* (11-31). Bogotá: Ministerio de Cultura
- Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo. [2008]. *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar.
- Chow Wong, Lina. [2008]. *¿Adónde ha ido lo que no volverá?* Cali: Editora Feriva
- Chow Wong, Lina. [2014]. *¡Déjame que te cuente!* Cali: Editora Feriva.
- Condé, Maryse. [1993/1995]. *La colonia del Nuevo Mundo*. Porta I Arnau, Mireia (trad.). Barcelona: Editorial Juventud
- Christopher Livingston, Adel. [2011]. *Idiomas de mi tierra*. S.l.: Publicidad total.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [ene/jun 2011]. Escenario edénico y naturaleza prístina en *Sail Ahoy!!! ¡Vela a la vista!*, y *The Spirit of Persistence*, de Hazel Robinson Abrahams: dos formas de recuperar una isla colonizada. *Estudios de Literatura Colombiana*. 28, pp. 17-38.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014a]. Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla. En *Sombralarga*, Revista de Literatura Colombiana. (1). En línea: http://www.sombralarga.com/articulos/primerocasas_desoladas.html
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014b]. Desaparecidos de la espuma. En *La Revista del Vigía*. Año 23, pp.32-33. Matanzas-Cuba.
- Dittmann, Marcia. [2008]. *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia (Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez)*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia
- Dittmann, Marcia. [2010]. Tradición oral y cultura letrada en la literatura de la comunidad raizal de San Andrés y Providencia Islas, Colombia. En *Memorias del XI Encuentro para la Promoción y difusión de la cultura, del patrimonio inmaterial de países iberoamericanos*, pp.230-259. s.c., s.e.
- Enciso Patiño, Patricia con narradores raizales. [2004]. *Los hilos que amarran nuestra historia. The Threads that tie our History*. Nafasd – GTZ. Bogotá: Impresol editores.
- Espinet, Ramabai. [1991]. Barred. Trinidad 1980. En Esteves, Carmen C. y Paravisini-Gebert, Lizabeth (eds.). *Green Cane and Juicy Flotsam. Short Stories by Caribbean Women*, pp.80-85. Newark: Rutgers The State University
- Fals Borda, Orlando. [2002]. *Historia doble de la Costa*. Maestros de la sede, 3. Universidad Nacional de Colombia. Banco de la República. Bogotá: El Áncora. ISBN 9583600873 – Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/1401/#sthash.icRw-wfMX.dpuf>

- Fernández Retamar, Roberto. (1995). Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana. En: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Instituto Caro y Cuervo, pp.89-134. Bogotá. (Originalmente publicado en 1975)
- Forbes Bernard, Eviston. (s.f.). *Las plagas humanas bestializadas*. s.e.
- Forbes Bernard, Eviston. (2011). *Meditamos en el abismo de nuestras tinieblas*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional sede Medellín
- Forbes Bernard, Eviston. (2012). *Con cara ganan los tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Furé Davis, Samuel. (mayo-2013). Entre la espada y la pared: un pasaje lingüístico-literario al Caribe insular colombiano. Ponencia presentada en el Coloquio internacional Diversidad cultural, Casa de las Américas, La Habana.
- Garcés González, José Luis. (2007). *Literatura del Caribe colombiano. Señales de un proceso*. vol. 1, Montería: Universidad de Córdoba. ("Hazel Robinson Abrahams", tomo 1, pp.434-437; "Lenito Robinson-Bent" tomo 2, pp.760-762)
- Glissant, Édouard. (1997) 2005. *El discurso antillano*. Caracas: Monteávil
- Gombaud, Stéphane. (2007). *Îles, insularité et îlité. Le relativisme dans l'étude des espaces archipélagiques*. Tesis de doctorado en Geografía, de Université de la Réunion
- Gordon Bull, Jimmy. (2001). *A oscuras pero encendido*. Bogotá: Tipográficas Ltda
- Gordon Bull, Jimmy. (2006). *Legado de piratas*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Gordon Bull, Jimmy. (2010). *Meridiano 82. La ruta de la langosta*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Grittani, Franco. (2004). *Immagini di San Andrés/Imágenes de San Andrés*. Nápoles: Accademia Partenopea.
- Grossberg, Lawrence. (ene/jun 2009). El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad, pp.13-48. En *Tábula rasa*, Bogotá
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1998). Literatura y política. En *Insistencias*, pp.69-283. Santa Fe de Bogotá: Editorial Ariel
- Guzmán, Diana Paola. (jul/dic 2009). Los dueños de la palabra: antologías poéticas en el siglo XIX. En *Estudios de Literatura Colombiana* No. 25, pp.91-106.
- Harris, Wilson. (1999). *The Unfinished Genesis of the Imagination. Selected Essays of Wilson Harris*. Bundy, Andrew (ed.). Nueva York: Routledge
- Henríquez Ureña, Pedro. (1928). Caminos de nuestra historia literaria. En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Editorial Babel. Disponible en Biblioteca digital de pensamiento dominicano, www.cielonaranja.com. Recuperado 16 de julio de 2010

- Howard Livingston, Keshia. (2014). *San Andres: A Herstory*. San Andrés: Casa Editorial Welcome.
- Instituto Agustín Codazzi. Mapa de regiones en Colombia. Recuperado el 1 octubre de 2013 de: http://geoportal.igac.gov.co/mapas_de_colombia/IGAC/Tematicos2012/RegionesGeograficas.pdf
- Kincaid, Jamaica. (1999). *My Garden (Book)*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Coloquio con Juan Ramón Jiménez. En *Analecta del reloj*, pp.31-46. La Habana: Letras cubanas.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Julián del Casal. En *Analecta del reloj*, pp.47-73. La Habana: Letras cubanas.
- Losada, Alejandro. (1976). Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina. En *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en América Latina y el Perú*, pp.179-213. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Loynaz, Dulce María. (1994). *Un verano en Tenerife*. La Habana: Letras cubanas.
- Marmolejo Sevilla, Nadim. (s.f.) *Todos los días no son iguales*. Bogotá: Ediciones Ántropos Ltda.
- McCusker, Maeve. (dic 2011). Escribiendo contra la marea. El imaginario de la isla y la tierra en Patrick Chamoiseau. En: *Cuadernos de literatura* vol. 15 No. 30, pp.279-298. Bogotá.
- McKeller Hudgson, Marqueta. (2012). *Memorias*. San Andrés: Acaribe Libros.
- Moyano, Juan Carlos. (nov 2007-ene 2008). Marilyn Biscaíno: la Big Mamma del archipiélago. En *Teatros* 7, pp.4-9.
- Muñoz, Jorge. (1974). *Guitarra de viento*. Medellín: s.e.
- Pacheco, Carlos. (1995). Sobre la construcción de lo rural y lo oral en la literatura hispanoamericana. En: *Revista de crítica literaria*. Año 21, No. 42, 2 semestre de 1995, pp.57-71.
- Parsons, James J. (1956/1985). *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe*. Bogotá: El Áncora editores.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. (2011). Lolia Pomare Myles. Puente entre la palabra antigua y la nueva. En Jaramillo, María Mercedes y Ortiz, Lucía (eds). *Hijas del Muntu. Biografías críticas de mujeres afrodescendientes en América Latina*, pp.121-133. Bogotá: Panamericana Editorial.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. [jul/dic 2014]. Las novelas de la Sanandresana Hazel Robinson Abrahams. En *Revista de estudios colombianos. Asociación de colombianistas*, pp.40-47. University of San Diego.

- Pedraza, Zandra. [1986]. Para una investigación sobre la nacionalización del archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Seminario Internacional Sobre la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas- (Jardín De Sueños)*, pp.131-141. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Colcultura.
- Pedraza, Zandra. [1988]. Soberanía y deterioro cultural en el Archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Colombia Sotavento. vol.1 fasc.2*, pp.8-23.
- Pedraza, Zandra. [1992]. San Andrés y Providencia: nuevos contactos, nueva identidad. En *La Diversidad es Riqueza—Ensayos Sobre la Realidad Colombiana*, pp.180-182. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura-Consejería Presidencial para los Derechos Humanos.
- Percival Newton, Arthur. [1985]. *Providencia. Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses*. Bogotá: Banco de la República.
- Petersen, Walwin G. [2002]. *The Province of Providence*. San Andrés: The Christian University of San Andrés, Providence and Catalina.
- Piñera, Virgilio. [1998]. *La isla en peso*. Arrufat, Antón (comp.). La Habana: Ediciones Unión.
- Pizarro, Ana. [2009]. *Amazonas. El río tiene voces. Imaginario y modernización*. Santiago de Chile: Fondo de cultura económica.
- Pizarro, Ana. [jul/sept 2009]. Al margen de la historia. *Casa de las Américas* 256, pp.94-103.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2000]. *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano. Birth, Life and Death of a Sanandresan*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2002]. *Vendaval de ilusiones*. Barranquilla: Ed. Antillas
- Putnam, Lara. [2012]. Rites of Power and Rumors of Race: The Circulation of Supernatural Knowledge in the Greater Caribbean [243-267]. En: *Obeah and Other Powers. The Politics of Caribbean Religion and Healing*, pp.243-267. Paton and Forde (eds.). Carolina del Norte: Duke University Press
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *The Soldiers dem de come, and the Mango Tree/ Ahí vienen los soldados, y el palo de mango*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *Naked Skin/ Piel desnuda*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Restrepo, Eduardo. [2013]. *Etnización de la negritud: la invención de las 'comunidades negras' como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rincón, Carlos. [1978]. El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica. En *El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, pp.13-45. Bogotá: Biblioteca colombiana de cultura.

- Rivera, Camila. (2004). Nuevas encrucijadas, nuevos retos para la construcción de la nación pluriétnica: el caso de Providencia y Santa Catalina. En *Conflictos e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, pp.301-329. Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (eds.). Universidad del Cauca
- Robinson Abrahams, Hazel. (2002). *No Give Up, Maan!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés
- Robinson Abrahams, Hazel. (2010). *No give up, Maan! / ¡No te rindas!* Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *Sail Ahoy! / ¡Vela a la vista!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *The Spirit of Persistence. Las goletas en la isla de San Andrés, Providencia & Santa Catalina*. San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés / Gobernación de San Andrés, Santa Catalina y Providencia.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2009). *El príncipe de St. Katherine*. San Andrés isla. Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Bent, Lenito. (2010). *Sobre nupcias y ausencias, y otros cuentos*. Bogotá: Ministerio de Cultura
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Island Anecdotes*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Anécdotas isleñas*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2011). *My Journey*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2013). *She shall be praised*. Estados Unidos: s.e.
- Rodríguez, Mariamatilde. (2007). *Los hijos del paisaje*. Bogotá: Luna con parasol
- Ruiz, María Margarita y O'Flin de Chaves, Carol. (1992). *San Andres y Providencia: una historia oral de las islas y su gente*. Bogotá: Banco de la República.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (jun 2013a). La isla que se descubre. Imágenes del Puerto Libre en el Meridiano 81. Ponencia en *la Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe*. Granada.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (2013b). *Combak, Combak: La memoria insular del teatro de mujeres en San Andrés*. Borrador de trabajo.
- Trouillot, Lyonel. (2009). *Éloge de la contemplation*. París: Riveneuve. Recuperado de: http://jacbayle.perso.neuf.fr/livres/Haiti/Trouillot_8.html [actualizado el 26 de diciembre de 2013]
- Walcott, Derek. (1998/2000). *La voz del crepúsculo*. Martínez Muñoz, Catalina (trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Williams Jessie, Alciano. (2011). *Dhe Smilin wavs fa Sound Bay* (The Smiling waves from Sound Bay/ Las olas sonrientes de Sound Bay). Santa Marta: Oraloteca.

Wilson, Peter J. (1973/2004). *Las travesuras del cangrejo. Un estudio de caso Caribe del conflicto entre reputación y respetabilidad*. Bogotá: Universidad Nacional, sede San Andrés

Wynter, Sylvia. (1969/2012). *We must learn to sit down together and talk a little culture: Decolonizing Essays 1967-1984*. Inglaterra: Peepal Tree.

Otras obras consultadas

Cabrera Ortiz, Wenceslao. (s.f.). *San Andrés y Providencia. Historia*. Bogotá: Editorial Cosmos.

Caicedo Licona, Carlos Arturo. (2002). *Complotados, ladrones y criminales*. Medellín: Lealón.

Gaviria Liévano, Enrique. (1984). *Nuestro archipiélago de San Andrés y la Mosquitia colombiana*. Volumen IX Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Academia colombiana de Historia. Bogotá: Plaza y Janés.

Turnage, Loren C. (1975). *Island Heritage. A Baptist View of the History of San Andrés and Providencia*. Cali: The historical Commission of the Colombia Baptist Mission.



Celebración del día internacional de eliminación de la violencia contra las mujeres. Aparecen de derecha a izquierda las conferencistas Ángela Rodríguez y Silvia Elena Torres. Evento promovido por la Corporación de mujeres Miss Nancy Land. San Andrés isla, 25 de noviembre de 2015

Autora: Shirley Cotrell Madarriaga

Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia¹

Mónica María del Valle Idárraga²

La isla, un objeto incierto
*La imaginación de un posible futuro debe construirse
y hacerse posible por el análisis del presente*³

La caracterización de lo regional en Colombia ha pasado por diversas fases de reparto territorial desde la época colonial. Su versión reciente se ha dado por sentada en razón de la cartografía geofísica enseñada y respaldada oficialmente⁴ y que la campaña *Colombia, país de regiones* quizá terminó de encasillar. Académicamente, sin embargo, desde hace décadas se ha venido cuestionando la naturalidad de una correspondencia directa e inmediata entre lo geográfico y lo cultural. El concepto de *región* ha sido problematizado por efecto de hechos sociales: por ejemplo, la turbulencia bipartidista desde los años 40, el enfrentamiento armado, el narcotráfico, los desplazamientos forzados, por mencionar algunos, crean agrupamientos territoriales

1 Este texto es resultado de la investigación *Desde la otra orilla: identidades (trans) nacionales y en conflicto en la literatura de San Andrés (1984-2010)*, realizada entre junio de 2010 y junio de 2011, en el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Una aproximación inicial se presentó a modo de ponencia en el I Congreso Internacional de Estudios Caribeños, organizado por la Universidad Nacional, sede Caribe, y realizado en San Andrés isla del 4 al 9 de octubre de 2010.

2 Ph. D. en estudios culturales e hispánicos, Magíster en literaturas hispánicas, ambos en Michigan State University; profesional en idiomas inglés-francés-español (Universidad de Antioquia). Es profesora asociada de la Facultad de Ciencias de la Educación y de su doctorado en Educación y Sociedad, en la Universidad de la Salle, Bogotá. Como caribeñista, se ha ocupado de temas cubanos y de temas martiniqueños, del campo literario de San Andrés isla, y de la relación vudú-literatura haitiana. Entre sus últimas publicaciones están *La poética política de José Lezama Lima. Imagen y vacío en sus críticas de arte* (Editorial Universidad de Antioquia, 2010), *Estudios culturales, trabajo académico y acción política. Entrevista a Víctor Vich* (*Tabula Rasa*, No. 20, enero-junio 2014), *Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla* (revista *Sombralarga*, abril 2014, No. 1. En línea: <http://www.sombralarga.com/articulos/primero/casas-desoladas.html>) y *El jardín de Jamaica: una voz entre paréntesis* (*Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. No. 18, julio-diciembre 2013). Correos electrónicos: mmdvalle@unisalle.edu.co y monicatraductora@gmail.com

3 Lawrence Grossberg, *El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad* (13-48). En *Tabula rasa*, Bogotá, (ene/jun 2009). p.47.

4 cfr. Instituto Agustín Codazzi.

y de imaginarios que desbordan las *fronteras* regionales. Han concurrido en la revisión del concepto trabajos desde el ámbito teórico que desdican la homogeneidad y equidad del proyecto nacional (la colombianidad) y, por el contrario, muestran los cismas y las desigualdades a raíz de diseños en los que tienen preponderancia algunos focos capitalinos. En esta línea, y en pugna con una visión multiculturalista simple, numerosos estudios en Colombia —entre ellos *Historia doble de la costa* (Fals Borda, 2002), *Nación y diferencia* (Arias Vanegas, 2005), *Genealogías de la colombianidad...* (Castro-Gómez y Restrepo, 2008), *Etnización de la negritud...* (Restrepo, 2013)— se han unido a pesquisas similares en otras partes del continente (Briones, 2005). Como resultado, se han ido delineando otras escalas que ayudan a fracturar la continuidad de las correspondencias geográfico-político-culturales, con lo que paulatina y crecientemente se desdibujan los nítidos bordes del mapa regional.

En el caso de la historiografía de la literatura, varios grupos de trabajo e investigación (principalmente “Historia y Literatura” de la Universidad Nacional sede Bogotá; “Colombia, tradiciones de la palabra”, de la Universidad de Antioquia; “Centro de estudio e investigación literaria del Caribe —Ceilika— y el “Grupo de Investigación literaria del Caribe —Gilkarí—”, ambos de la Universidad del Atlántico) han venido construyendo otros referentes para la discusión de la literatura en Colombia. También en esta área la tendencia coincide con la de otros países del continente: se reconocen los fundamentos excluyentes del proyecto de país respaldado sobre una idea unificadora y sesgada de la lengua, la historia y la literatura nacionales (Guzmán, 2009); se ve la necesidad de trabajar otros frentes excluidos de esa triada letrada, y se empieza a pensar, por ejemplo, el papel de sucesos como la migración forzada o voluntaria de intelectuales y escritores a otros países, al pulso de las dictaduras⁵, entre otros factores. Otro elemento concomitante en estos reajustes de visión ha sido la muy reñida expansión de los temas pertinentes para el campo de los estudios literarios en Latinoamérica⁶, desde géneros como el testimonio y la producción oral hasta la relevancia de imaginar las

5 Con su característica lucidez lo planteó Rafael Gutiérrez Girardot al cierre de su ensayo *Literatura y política* en *Insistencias* (1998): “¿Y la literatura de los exiliados políticos hispanoamericanos? Quienes se exiliaron en países hispanoamericanos ¿fueron exiliados realmente? [...] Muchos de los exiliados latinoamericanos en Latinoamérica fueron ‘peregrinos en sus patrias’: descubrieron por experiencia propia la pluralidad de Hispanoamérica. Como en la fábula del burro al que le sonó la flauta por casualidad, *los dictadores militares hispanoamericanos lograron, con el exilio de quienes les incomodaban intelectualmente, una desprovincialización, una depotenciación del nacionalismo*. Pero es muy temprano para juzgar adecuadamente ese fenómeno” (283, énfasis añadido). El tema de la producción de la diáspora colombiana es un frente de trabajo todavía muy novedoso en el país, desde donde lo veo.

6 cfr. Adorno (1998), Fernández Retamar (1995), Rincón (1978), Pacheco (1995), Pizarro (2009b).

fronteras culturales⁷ de un modo más flexible y congruente histórica y culturalmente, por ejemplo con la sugerente noción de *zona cultural*⁸.

En el Gran Caribe, estos debates han tenido también un gran momento durante las últimas décadas, como parte de un proyecto por deshacer el mapa tremendamente fragmentado (en general y en casos extremos aún dentro del cuerpo de una misma isla: Saint Martin/Sint Martin, Haití/República Dominicana) heredado de un pasado colonial. En este plano, la conocida frase de Florencia Bonfiglio (2010) “la unión es submarina” —compartida de una u otra manera y tematizada de un modo u otro por escritores como Jamaica Kincaid (1999), José Lezama Lima (1953), Maryse Condé (1993), Derek Walcott (1998), Kamau Brathwaite (1971/81), Antonio Benítez Rojo (1989), Jean Bernabé, Raphaël Confiant y Patrick Chamoiseau (1989) o Édouard Glissant (1997)— sugiere dinámicas supranacionales, móviles, históricas, densas y contradictorias.

Con estas aclaraciones en mente, se comprende que la inserción del archipiélago de San Andrés, Providencia, Santa Catalina y los cayos Quitasueño, Roncador, Bolívar, Serrana y Serranilla en una idea de región es también una pugna donde intervienen múltiples intereses. En la medida en que “la ‘realidad’ es absolutamente social y las clasificaciones más ‘naturales’ se apoyan siempre en rasgos que no tienen nada de natural y que en parte son producto de una imposición arbitraria, es decir, de un estado anterior a la relación de fuerzas en el campo de las luchas para la delimitación legítima” (Bourdieu, 1985), el archipiélago entra y sale de mapas “regionales” diversos. En el Museo del Caribe⁹, y en otros proyectos intelectuales recientes en la costa norte colombiana como la Oraloteca¹⁰ y el Observatorio del Caribe¹¹ por ejemplo, hace parte de la llamada (no sin controversias) región Caribe colombiana; naturalmente, esta no es una posición unificada y hay quienes discrepan: el desencuentro entre

7 Una historización contrastada de los sentidos de la palabra “región” en la historiografía literaria, más allá del referente geográfico, quizás nos mostraría algunos desencuentros y especificidades de sentido. Es lógico que lo que un crítico entiende por región (en relación con una configuración histórica concreta que pautó sentidos sociales amarrados a lo geográfico) en un lugar latinoamericano (Rama, por ejemplo, desde Uruguay), difiera de lo que entiende, y siempre implícitamente, con la misma palabra otro crítico en otro lugar (Cándido, para poner como punto de comparación dos países tan distintos en todo respecto).

8 Pizarro la caracteriza, en su estudio particular sobre el Amazonas, como un área transnacional, con referentes geográfico-culturales comunes, donde los componentes “despliegan una común relación de intensidad con la naturaleza y el medioambiente, [y] participan de una comunidad del imaginario que sólo cambia las denominaciones” (Pizarro, 2009a, 15). Una noción que conviene explorar a fondo en contraste con los planteamientos de Glissant y Benítez Rojo en relación con el Caribe.

9 Ver en: http://www.culturacaribe.org/museo_del_caribe.html

10 Ver en: <http://oraloteca.unimagdalena.edu.co/>

11 Ver en: www.ocaribe.org

dos economistas locales¹² sobre el tema de la integración regional es un buen indicio al respecto. En el sumamente vigente trabajo de Parsons (1956) e incluso en el de Wilson (1973), el archipiélago y, más en concreto, las dos islas grandes, San Andrés y Providencia, se muestran como un compuesto dispar en lo geológico, lo político y lo social, que pese a su pertenencia política “después de casi dos siglos” a Colombia, tienen un lazo (también complejo y ambiguo) con otras latitudes caribeñas: “[aunque la posición de las islas de San Andrés y Providencia] indica que debieran pertenecer más bien a Nicaragua; sus afinidades culturales han sido históricamente con las Indias Occidentales inglesas y con Norteamérica” (Parsons, 1956). Este es también el sentir de numerosos habitantes del archipiélago.

En este trabajo, y consciente de las provisiones anteriores y de la consecuente arbitrariedad de este mapa que yo misma utilizaré, en lo que toca a la historiografía literaria considero la isla de San Andrés como un lugar con una formación social con pugnas por lo menos de cuatro frentes en lo intelectual; aprovecho la delimitación de lo insular como un cerco para separarla de Providencia y también de Colombia, así como del resto del Caribe, pero en concordancia con los planteamientos caribeñistas, reconozco a la vez como algo de grandes consecuencias para la isla vínculos pretéritos y presentes, incluso imaginados (aunque no serán mi foco de trabajo) con territorios aledaños. Así, la veo distinta aunque inserta en ese Gran Caribe, con lo que ella misma tiene mayor movilidad dentro de esa cartografía más amplia.

Aunque en este gesto de delimitación aprovecho la física función del mar y reconozco que la isla está, como bellamente escribió Parsons (1956), “aislada en la inmensidad del mar Caribe”, también reconozco que es preciso a la vez señalar, como dice Gombaud (2007) en su extenso estudio sobre las ideas de isla, insularidad e islidad, que “la isla [es] un objeto incierto”, en cuya delimitación nosotros mismos podemos actuar sobre la base de privilegiar la tierra (si hablamos de islidad) o privilegiar el mar (si hablamos de insularidad) (Gombaud, 2007). En el plano simbólico y literario gran Caribeño hay escritores en uno y otro lado y muy a menudo en vaivén entre uno y otro. Chamoiseau (McCusker, 2011), Virgilio Piñera (1998), Ramabai Espinet (1991), Dulce María Loynaz (1958), entre muchos otros, han abordado el significado de la isla. Podemos tomar las palabras del escritor haitiano contemporáneo Lyonel Trouillot (entreveradas con las del prólogo a su *Éloge de la contemplation*) como un croquis de ese espectro sentimental literario asociado a los dos polos y hablar del “equilibrio inestable entre deseo de evasión y el apego a una tierra y a quienes la habitan. En un inquietante juego de espejo una voz

12 Jairo de Jesús Parada Corrales y Adolfo Meisel Roca (agradezco a Clinton Ramírez haberme señalado este contraste).

parece denunciar el encierro insular ‘los barrotes son una frontera’; y más adelante, a modo de respuesta: ‘mis veintisiete kilómetros cuadrados me bastan’” (Trouillot, 2009).

Siendo la delimitación territorial un efecto de representación (Bourdieu, 1985), los textos y los discursos hacen parte importante de negociaciones y confrontaciones en la apropiación del territorio, trabajan vigorosamente en pro del posicionamiento de otro tipo de imaginarios. En coyunturas como la que vive actualmente el archipiélago tras el fallo de La Haya, discusiones como la que me ocupa aquí redoblan su pertinencia.

Aparejada a la complejidad de la delimitación de *lo regional* viene —lo sabemos— la dificultad de delimitar *lo literario* sanandresano. En este texto consideraré la isla simplemente como abstracción geopolítica (como departamento), sin ahondar sus relaciones literarias con la zona cultural en que la veo inscrita (en gran parte porque esta inscripción precisa un trabajo pendiente, mancomunado y atento a otros focos —Nicaragua, Panamá, Jamaica...). Me centraré por ahora sólo en su confrontación con Colombia; más adelante habría que agregar otros enlaces menos sesgados y unidireccionales como —intuyo— la curiosa relación de varios escritores caleños o barranquilleros con la isla y de escritores sanandresanos con otros centros del país.

En esta dirección que he privilegiado, aunque cada escritor, isleño o no, responde a impulsos distintos, podemos sostener sin errar que la necesidad de afirmar el suelo y situar a la vez la isla en comunicación con la tierra firme tiene que ver con el imperativo de mapear y fijar, estratégicamente en las relaciones de fuerza, una tierra que se escapa o sobre la que no se tiene ya propiedad, como resultas de la paulatina alienación que, de acuerdo con estos discursos, comienza en 1953 con el nombramiento de la isla como Puerto Libre. Sus textos se la apropian en recorridos imaginarios, mientras combaten en lo político para no perderla legalmente.

Los dos apartes siguientes van por rutas que se comportan como ejes reflejos y puntos simétricos de tensión políticos y escriturales: para empezar, un levantamiento sobre el estado de la producción escrita pensada como literaria en la isla, y luego, más brevemente, algunas anotaciones sobre la historiografía y la figura del puerto.

Pensar la literatura: algunas premisas de trabajo

Durante los años 60 y 70 se produjeron en Latinoamérica transformaciones sociales vertiginosas e imprevistas, y a menudo violentas, que no sólo alteraron la faz de estas sociedades en lo político y lo económico, sino también en lo cultural y —como en los años 20 y 30, cuando el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1928) perfiló algunos caminos que una historia de la literatura latinoamericana tendría que seguir para servir

plenamente a su contexto— estimularon una nueva ola de pensamiento crítico que reflexionando seriamente sobre su papel en el medio replanteó una vez más los marcos teóricos de comprensión del mundo a su alrededor. En el plano de la crítica literaria, este giro suscita preguntas como ¿qué funciones cumple la literatura en este medio y, así mismo, qué tipo de crítica y de historia literaria conviene a las producciones literarias alumbradas en el turbión social de esos años. Entre 1972 y 1975, Roberto Fernández Retamar resumía los acopios valiosos del trabajo crítico latinoamericano de cincuenta años, pero llamaba vivamente a circunscribir y corregir los fundamentos del mismo al ritmo de reflexiones acordes con la condición en principio colonial de estos territorios. Así, sostenía que si “toda teoría es una hipótesis de trabajo, sugerida por el interés en los hechos mismos” (Fernández Retamar, 1995, p.81), entonces “*una teoría de la literatura es la teoría de una literatura.*” (p.82) [Cursivas en el original], y en consecuencia “las teorías de la literatura hispanoamericana [...] no podrían forjarse trasladándose e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación [...] con las literaturas metropolitanas” (p.81). Estos planteamientos habían sido apuntalados ya por el trabajo de escritores como Lezama Lima (1953b), y a partir de los años 80 y 90 reciben más sedimentos desde el Gran Caribe también, gracias a obras como las de Antonio Benítez Rojo, Édouard Glissant, Wilson Harris (1999) o Sylvia Wynter (2012) en los años 60 y 70. Desde estas proposiciones, una aproximación teórico-crítica que se adapte a las peculiaridades de la producción literaria de esta geopolítica implica sin excepción no definir lo literario de modo inmanente e inmutable, sino como un hecho dinámico y en función de necesidades sociales, de tal manera que “lo que es un ‘hecho literario’ para una época, será un fenómeno lingüístico perteneciente a la vida social para otra, e inversamente” (Tinianov, citado por Fernández Retamar, 1995, p.107). Esto no desecha los usos simbólicos del lenguaje con fines sensibles en esas producciones; más bien les reconoce adicionalmente la dimensión social en que el escritor está inmerso, y la admite como una dimensión determinante tanto en la producción como en la recepción del texto.

La noción de Latinoamérica (Hispanoamérica en ese autor) subyacente a las afirmaciones de Fernández Retamar no es esa noción vaga y polivalente que a menudo circula en los proyectos de políticas de la identidad de esos años. Muy concretamente, alude al territorio en tanto identificado por un factor común, de orden neocolonial; es decir, heredero de nociones, supuestos, comportamientos implantados durante la colonia y perpetuados por los dirigentes siguientes. Alejandro Losada, teórico literario contemporáneo de Fernández Retamar, lo enuncia en el marco de un proyecto de investigación de la historia social de la literatura en este lado del mundo. Buscando un acercamiento que explique los fenómenos literarios diacrónicos comunes al

continente y también la manifestación de fenómenos muy distintos entre sí aunque sincrónicos (como el indigenismo y el vanguardismo), subraya que es indispensable considerar en el caso de estas literaturas el tipo de relación que sostienen con el resto de los países del mundo, después de su independencia. Losada explica que “la perspectiva que controla la producción literaria latinoamericana no depende de la extracción de clase del sujeto social productor, sino del *proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura, frente a los requerimientos de la cultura de los países industrializados, frente a las demandas de la sociedad regional o nacional (Estado, clase, posibilidad de evolución histórica, dependencia económica) y frente al mercado popular de la cultura*” (Losada, 1976, pp.207-208). A este “modo de comportamiento de un grupo minoritario frente a los estímulos y demandas de un proceso social complejo” (p.208), Losada lo llama “praxis de un grupo social”; dicho en otras palabras: es “un modo de comportamiento, que establece *relaciones reales con su sociedad en el hecho mismo de su producción literaria*” (p.208)¹³.

Las directrices epistemológicas enunciadas por Fernández Retamar se vuelven lineamiento concreto de investigación en este modelo sumamente versátil que resuelve los típicos obstáculos organizativos y analíticos de época, generación y nacionalidad. Ambos marcos son propicios para situar mi objetivo de reflexionar sobre la literatura en la isla de San Andrés y el tipo de crítica que, bajo esta luz, exige.

Desde la isla (no así desde el continente) es una perogrullada decir que San Andrés tiene con Colombia una relación de amor-odio, por lo demás justificadísima. En el imaginario raizal, 1953, año en que San Andrés se convierte en Puerto Libre, es el momento del derrumbe del paraíso¹⁴. Así lo describe, verbigracia, Walwin Petersen (2007):

13 Énfasis añadido. Esta particular división me parece un aporte de Losada que permite seccionar con cierta delicadeza en el plano literario las relaciones de fuerza dentro de una formación social, cuando no se trata de tensiones dentro de un mismo discurso, como en el caso de las literaturas heterogéneas, y cuando la discusión se centra sobre obras y escritores concretos y no en grandes marcos, como sería el caso de anotaciones de Glissant en torno a la Historia y la literatura en el Caribe, de todo punto pertinentes para otros debates.

14 Esto no es una simple frase retórica, sino que se puede rastrear como tropo o locus tanto en textos históricos (como *The Province of Providence*, de Walwin Petersen), como literarios (abundan las imágenes de la isla como paraíso intocado en los poemas de *Naked Skin*, de Juan Ramírez Dawkins, e incluso, aunque sin asidero cronológico puntual, en algunos de los cuentos de Lenito Robinson. Es muy evidente en *No give up, Maan!*). Y ese paraíso que figura allí tiene un sustrato o un sentido bíblico: la religión precede la vida social, no existe la degradación que describen hoy en día los periódicos y que fustigan algunos autores como Eviston Forbes Bernard y Jimmy Gordon Bull. Esta semblanza del paraíso se opone fuertemente al paraíso como locusturístico que prima hoy en los catálogos de viaje a la isla y que sería el responsable de esa especie de contrapartida infernal que sería la vida del sanandresano nativo o de antaño hoy allí, como sostiene Petersen en el fragmento citado. Este tema ocupa varios trabajos para el Gran Caribe, entre ellos: Sun, Sex and Gold: Tourism and Sex Work in the Caribbean editado por Kemala Kempadoo. Un giro bien interesante de esta discusión recién sale en la canción “El fallo”, cantada a dúo por Jiggy Drama y Creole New Generation (cfr. http://www.elcolombiano.com/jiggy_drama_protesta_con_su_cancion_el_fallo_contra_el_gobierno_y_la_haya-AAEC_270617), y aquí el

Luego, grandes almacenes de San Luis e incluso del North End empezaron a desaparecer, obligados por la nueva competencia del comercio informal por parte de los nuevos inmigrantes [colombianos continentales]. Sumado al caos, los isleños empezaron a construir usando ladrillos de arena y de cemento, absolutamente sin ningún control, usando el trabajo barato de inmigrantes atraídos por el “nuevo paraíso de Colombia” –un “paraíso colombiano” que gradualmente estaba siendo convertido en un infierno para la mayoría de los isleños nativos. [p.257]¹⁵.

Se aplica aquí la popular expresión anglocaribeña que un poeta como Kamau Brathwaite (1973) usa precisamente para cuestionar la desigualdad mantenida por el turismo: “*some people doing well, while others are catching hell*”. Efectivamente, a raíz de ese estatuto de Puerto Libre, el poblamiento de la isla se saldrá de control con los enormes conflictos que acarrea en todos los planos, desde la imposibilidad para el autoabastecimiento hasta los daños ecológicos causados por el exceso de desechos y detritus, pasando por las rupturas en el tejido de la vida cotidiana (desde el silenciamiento del creol hasta el desequilibrio poblacional y laboral o los problemas como el narcotráfico y su ética del dinero fácil) (Petersen, 2002, pp.257 y siguientes). Por otro lado, esa apropiación económica y política del archipiélago por parte del país es responsable también de situaciones conflictivas de hoy en día como la incomunicación de la isla (y del archipiélago) con otros territorios que históricamente han sido más cercanos a la cultura y la historia suya que el continente (como las costas de Panamá, Costa Rica o Nicaragua e incluso Estados Unidos). Todo esto explica la desconfianza de los isleños hacia los “pañas” y da sentido al hecho de que los isleños reivindiquen sus derechos territoriales, lingüísticos y culturales raizales, incluso mediante posiciones abiertamente políticas, como las del partido AMEN-SD¹⁶.

Nada avala que este contexto se ignore al momento de pensar la literatura de la isla. Todo lo más: desde la perspectiva de este escrito, es preciso tener presentes las dinámicas neo(o intra) coloniales de Colombia hacia San Andrés, en el plano de la crítica literaria y, al tiempo, las reacciones de los grupos letrados en la isla respecto a esas dinámicas, si queremos entender el porqué de los temas y las formas de la producción de la isla, y las estrategias políticas (en sentido amplio) que las estructuran.

video: (<http://www.youtube.com/watch?v=hdwCcnVSWAM>). Creo que la iniciativa de estos músicos es significativa si pensamos en otras dinámicas de vocear cultura (es curioso, en este sentido, por ejemplo, que en la isla el cantante Shungo haya puesto en circulación en las papelerías cuadernos escolares cuya cubierta tenía a su grupo musical).

15 Énfasis añadido. Todas las versiones al español de textos en inglés son mías.

16 Sigla de Archipelago Movement for Ethnic Native Self-Determination for the Archipelago of San Andrés, Providence and Kethlena.

La isla se ha vuelto omnipresente en los ojos de los continentales (y de extranjeros de otras partes del mundo)¹⁷ a raíz de campañas publicitarias como “Colombia es pasión”¹⁸, más recientemente “Colombia es realismo mágico”¹⁹ y a paquetes turísticos donde figura con precios competitivos al lado de destinos populares como Cartagena. En cuanto a investigaciones, hasta ahora habían sido primordialmente hechas por parte de antropólogos (Pedraza, 1986, 1988, 1992), historiadores o politólogos (Rivera, 2004). Esto es apenas el principio, pues ahora San Andrés y Providencia han entrado al canon literario colombiano con la marca de lo afrocolombiano. Dos de los dieciocho tomos de la Biblioteca de literatura afrocolombiana, recién publicada por el Ministerio de Cultura (2010), corresponden a escritores del archipiélago (el 14 a Hazel Robinson, el 7 a Lenito Robinson). Así mismo, en el tomo 16, *Antología de mujeres poetas afrocolombianas*, se incluyen cinco poetas de las islas, con la novedad de algunos poemas en creol.

Cuando, a principios del 2010, formulé un proyecto de investigación sobre la literatura de la isla, mis objetivos eran absurdamente ambiciosos: quería explorar la literatura de los últimos cien años en San Andrés; iba también tras posibles nexos desde lo literario entre los chinos de la isla y los chinos de islas como Trinidad o como Cuba. Igualmente, quería mirar cómo aparecía el turismo en las producciones literarias de San Andrés y, como si eso fuera poco, me proponía rastrear el —para mí— ineludible problema de la relación isla/Colombia/Gran Caribe. Los tres primeros objetivos demostraron ser resultado de los a priori de quien estudiara la isla partiendo de temas y problemáticas más o menos comunes al Gran Caribe en general. Más importante aún, por peligroso, esos objetivos me parecen ahora fiel reflejo de la misma tendencia exotizante con que se acercan a la isla el turista y el “paña”: San Andrés era una especie de “paraíso literario”, sin especificidad suya propia²⁰. Conversé con varias personas de la isla,

17 Por ejemplo, en la revista *Temporada, High Season. La revista de San Andrés y Providencia* (una revista dedicada exclusivamente a la promoción turística de las islas), en el número de diciembre a junio de 2010, ed 44, p.6, se da cuenta de una especie de convenio mediante el cual empiezan a llegar turistas checos y canadienses al archipiélago, por primera vez, luego de 9 años en que no llegaban en grupos continuos turistas europeos allí.

18 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=ri0kovbKot4>

19 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=BTcZB5q-9S4>

20 Esta actitud es algo generalizada entre la crítica: si bien los dos textos críticos existentes (hasta el momento en que empecé la pesquisa) sobre la obra de Hazel Robinson, escritos ambos por críticos de la costa colombiana, se dedican muy juiciosamente a la obra en sí, arrojando líneas de lectura sugerentes para el estudio futuro de la obra, ambos contemplan el texto (y la isla que lo produce) desde esa distancia que la hace parecer un terreno uniforme que ha producido en cuanto a literatura solo estas dos obras. Es un sesgo de la práctica crítica en general, que contrasta vivamente con los enfoques muy localizados y en consecuencia especificadores de los trabajos antropológicos o de ciencias políticas que le restituyen al archipiélago su dimensión caleidoscópica.

y con investigadores de otras disciplinas que le habían dedicado algún tiempo y estuve en la isla por unas semanas²¹. El resultado de ese viaje fue un choque que, felizmente, desestabilizó todos (menos uno de) mis supuestos de investigación.

Para empezar, el panorama literario de la isla es más variado de lo que desde el continente o de cualquier foco externo y abstracto se puede creer. Una caracterización rápida de la producción de San Andrés²² daría este croquis. Un primer grupo de escritores isleños conocidos fuera de la isla. En este grupo, Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson Bent van ganando acelerado reconocimiento. Hazel Robinson Abrahams, con sus tres novelas escritas y publicadas en los últimos años (2002 [reimpreso en 2010]; 2004, 2009), y el segundo, Lenito, con esta reedición en la Biblioteca afrocolombiana de los cuentos que publicara en 1984 (pero escribiera tan temprano como en los años 70).

Un segundo grupo reuniría a escritores isleños y no isleños menos visibles por ahora, que viven (o vivieron) en la isla. Entre estos: Claudia Aguilera (1991, 2005), Nadim Marmolejo (s.f.), Lina Chow Wong (2008, 2014), Claudine Bancelin (2004), Mariamtilde Rodríguez (2007), Jorge Muñoz (1974), Franco Grittani (2004). Fanny Buitrago (1976, 1979, 2010) ocupa un lugar aparte, en la medida en que su trayectoria es más amplia y su difusión no está amarrada solamente a lo relativo al tema sanandresano. Libros como los de estos autores circulan por caminos inusuales (Se venden en un café, en una papelería o lo tiene alguien relacionado con la escritora o el escritor...).

Un tercer grupo estaría, desde mi perspectiva, conformado por intelectuales raizales en la isla, que despliegan proyectos con miras similares. Juan Ramírez Dawkins ha publicado los libros *The Soldier dem de come/Ahí vienen los soldados* y *The Mango Tree/El palo de mango* y el libro de poemas *Naked Skin/Piel desnuda* (ambos de 1996). Ramírez Dawkins, luego parte del movimiento independentista AMEN-SD, fue estimulado a

21 Aprovecho para manifestarle mis agradecimientos a Camila Rivera, que tocó a las puertas por mí, y a Javier Archbold, quien por muchos medios me facilitó enormemente el arribo. Sin la compañía de Dany Advíncula habría visto un panorama muy distinto y sin el beneficio de las conversaciones con Teresa Cadavid y con la familia Schonnewolf estas reflexiones estarían a medias. A Raquel Sanmiguel, su disposición ininterrumpida a conversar sobre este tema conmigo; a Mirta Díaz, en la Biblioteca del Banco de la República por una apertura sin ambages. Igualmente, mi gratitud para con Jimmy Archbold, músico de la isla, y Adriana Santos, profesora de la Universidad Nacional sede San Andrés.

22 El hecho de que a veces incluya a Lenito Robinson-Bento en las menciones de la literatura de San Andrés se debe a que en el centro de documentación del Banco de la República allí se encuentra algún material suyo y a que no hay por lo general en el imaginario de los letrados del archipiélago una diferencia tajante entre los escritores de las dos islas. Aunque conviene precisar que con los desarrollos del teatro en Providencia, entre otros, esto empieza a matizarse. Me centro exclusivamente aquí en San Andrés porque en vista de las diferencias culturales el sistema literario funciona ligeramente distinto en Providencia donde por ejemplo, a diferencia de San Andrés, ha habido talleres de Renata, con una publicación que la Cámara de Comercio de San Andrés distribuye gratuitamente. Es decir, también su modo de circulación y quizás la elección de la lengua es atípica para lo que describo a continuación sobre San Andrés.

escribir y publicar estos textos por dos intelectuales reconocidos de la isla y activamente involucrados en las reivindicaciones raizales por el lado lingüístico: Marcia Dittmann, quien tradujo los relatos de *The Soldier* para esa versión bilingüe y ha publicado en conjunción con Lolia Pomare-Myles o sola varios trabajos tendientes a recuperación de memoria histórica²³, y Oakley Forbes. Lolia Pomare-Myles, por su parte, muy reconocida en la isla, ha desarrollado un trabajo versátil (desde la escritura en periódicos hasta la realización de programas de televisión y un trabajo de memoria con la comunidad) (Patiño, 2011)²⁴. Ampliando el marco de visión de lo literario, habríamos de incluir a Marilyn Bizcaino Miller, creadora del Festival Internacional de Teatro Ethnic Roots, en 1999 (Moyano, 2007), quien con obras performáticas como *Combak* (Silva, 2013b, pp.121-139) está pensando la isla en su dimensión sociopolítica. En este grupo incluiría, por esta cercanía, las poetas que publicaron en algún momento en el periódico *Horizontes*, ahora incluidas en el tomo de la biblioteca afrocolombiana también. Estas poetas son Ofeilia Margarita Benet Robinson, Briceña Corpus Stephens, Emiliana Bernard Stephenson, Herminia Macariz Michell y Marqueta McKeller [que recién publicó por cuenta propia una compilación de sus poemas. Cfr. *Memorias*, 2012]. A este grupo pertenecen también escritores y escritoras muy jóvenes como Keisha Howard (*San Andrés: A Herstory*, 2014), Alciano Williams (2011) y Adel Christopher (2011). Tanto la escritura de Juan Ramírez, como la narración de Lolia Pomare-Myles, las performances de Marilyn Bizcaino, la novela de Howard y poemas de Williams y de Christopher hacen eco de lazos con el Gran Caribe (a veces por la vía de imaginar el lazo con África), desde imágenes de la isla como paraíso hasta las historias de Anancy, desde la recuperación de tradiciones isleñas hasta la visita a imágenes simbólicas de lo isleño como el cangrejo, o la producción en creol.

Un cuarto grupo que vendría a sumar una faceta más de lo isleño a este sistema estaría conformado por los que no publican o publican textos híbridos (desde una perspectiva tradicional, por decirlo muy vagamente), y son reconocidos como “literarios” por población y medios locales, por ejemplo, varios poetas que publicaron en algún momento en periódicos de la isla como *Horizontes* (1999-2000) o incluso los que participan en algunos recitales organizados por la Casa de la Cultura y cuyos poemas quedan luego guardados en este lugar, en hojas sueltas.²⁵ De hecho, este es uno de los renglo-

23 Un ejemplo de este trabajo es Dittmann (2008), *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia [Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez]*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia.

24 Ana Mercedes Patiño da cuenta de su trayectoria y ámbito de movimiento con lujo de detalles.

25 En el número de *Horizontes* correspondiente a abril-mayo de 1999 hay por ejemplo poemas de Herminia Macariz Mitchell, Cecilia Francis, Rosa Victoria Brown y Marqueta McKeller Hudgson. También se mencionan como poetas o escritores (y de algunos hay uno o dos muestras en hojas sueltas en el Centro de

nes más intrigantes, pues gente diversa desde bibliotecarios hasta profesores universitarios y de colegio afirma sin ambages que estas personas u otras anónimas *hacen literatura*. Pero los textos no están agrupados ni circulan para el público en general. Pasan de manos del escritor o escritora a manos de sus amigos, y de ahí a manos de los conocidos de los amigos en una cadena que se puede alargar. Los que circulan como “literatura sanandresana” en las papelerías populares accesibles también a los turistas son los de dos autores que viven y trabajan en la isla, y que entre sí son bien distintos: *Las plagas humanas bestializadas* (s.f.) y *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas* (2011) y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos* (2012), entre otros, de Eviston Forbes Bernard, conocido como “Papalee”; y *A oscuras pero encendido* (2001), *Legado de piratas* (2006) y, en menor medida, *Meridiano 82, la ruta de la langosta* (2010), de Jimmy Gordon Bull.

El tema “literatura sanandresana” plantea entonces varios problemas. Algunos de ellos son parientes de los obstáculos consuetudinarios a la historiografía y la crítica de territorios que fueron colonia e implicarían preguntarse ¿desde qué punto en la historia hablaríamos de la existencia de esta literatura? y en relación con lo nacional y el canon, ¿a la escrita por quiénes llamaríamos tal? Para San Andrés, estas preguntas entrañarían un doble nivel en el plano cronológico y territorial (“nacional”). Por un lado, una historia previa que haría lícito pensar en la posibilidad de que existan textos escritos por habitantes de la isla (nacidos en ella o no) durante su período inglés, y que podrían estar dispersos en lugares como Puerto Limón, Colón o algún lugar de Inglaterra o Estados Unidos. Y por otro lado, su inflexión netamente colonial bajo égida colombiana. Y es lógico que así sea, si no perdemos de vista la gran movilidad que caracteriza, circum-atlánticamente, al Gran Caribe.

Las respuestas a interrogantes de ese corte suponen que el material de estudio existe. Pero también suponen que es homogéneo y correspondiente a formas previstas, más o menos fijas, como la novela, la poesía escrita, el cuento (escrito también), y el ensayo. Por el croquis que acabo de esbozar, me parece lícito sugerir que las preguntas guía de una crítica literaria sobre la literatura sanandresana tendrían que ser otras. Para empezar, ¿qué implicaciones tiene que ese material “literario” no adquiera las formas genéricas esperadas (poesía, novela, cuento)? O más aún, ¿que no esté publicado?, y por último, ¿que la expresión literaria sea algo subterránea, o tenga rasgos muy específicos debidos a la idiosincrasia cultural y política de San Andrés en relación con Colombia y con otros países que hacen parte de su historia?

documentación de la Casa de la Cultura) a Adel Christopher Livingstone, Ofelia Margarita Bent Robinson (animada por Oakley Forbes a escribir), Briceña Corpus Stephens, que luego serán parte de la Biblioteca Afrocolombiana, como ya he mencionado.

Detengámonos un poquito en las tres últimas preguntas, con el ánimo de brindarle algún espesor a ese panorama. Es posible sostener que:

Los isleños son (y se autodefinen como) poetas, hay muchos que escriben pero que no tienen visibilidad como la tendrán Lolía Pomare, Juan Ramírez, Hazel Robinson y Benito R. Escriben en español la mayoría, otros tímidamente en inglés, otros en Creole o en lengua mezclada. Los más jóvenes se van por la música, componen cantos de protesta en ritmos que llegan a la juventud... Los de mayor tradición usan el inglés y encuentran en ese inglés 'victoriano' que manejaban y en sonetos de la Biblia victoriana inspiración: estos últimos son como poetas... *pero como te digo, la mayoría no publica*. Incluso hay quienes han escrito cosas sobre la isla y *las tienen guardadas*, y a veces, por aquello de la confianza que se va construyendo, va uno teniendo acceso a algunos extractos. [...].²⁶

Este panorama tan heterogéneo —de escritores locales visibles en el continente, escritores locales o extranjeros con visibilidad en la isla pero no en el continente, intelectuales comprometidos con raíces y tradiciones, y escritores con textos híbridos— cobra cierto aire natural si, a la luz de los enunciados de Losada, se lo entiende como “producto de una actividad consciente de un sujeto social que, de alguna manera, tiene dominio de sus fines, escoge medios y estrategias para cumplirlos y que, precisamente en el cumplimiento de esa actividad, se constituye en un nuevo sujeto social, *sólo posible en esa forma de cultura*” (Losada, 1976, p.211). Así, estos rasgos harían parte de cierta especificidad del sistema literario en la isla: tanto la visibilidad de algunos escritores como la invisibilidad de otros, tanto la escritura en creol como la escritura en español, y la elección de uno u otro tipo discursivo, se aclaran en razón de esta doble articulación de San Andrés como isla con su vida propia y San Andrés como departamento de ultramar colombiano. Unos y otros se afilian a modos de prestigio contrapuestos, sustentados en pugnas políticas, pero materializados en la praxis literaria. Quien escribe en creol o en español o quienes rescatan relatos orales y los transmiten por escrito o en performances²⁷, evidentemente le asignan “una naturaleza, una función y unas tareas” anticolonialistas a su trabajo cultural; quien de otro lado busca

26 Raquel Sanmiguel, Comunicación personal, junio 17 de 2010. Énfasis añadido. Es claro que aquí Sanmiguel pone a contraluz la riqueza no escrita de este mundo cultural y, gracias a sus preocupaciones por la etnoeducación, da pistas por los caminos en los cuales se encontrarían algunas manifestaciones para un estudio sobre el tema que nos ocupa en la isla.

27 Pienso en Lolía Pomare-Myles, o en proyectos como el de Patricia Enciso (2004).

algún lugar de acuerdo o cuyas obras se prestan para una lectura ambigua de la isla, está igualmente respondiendo a una interpelación²⁸.

Desde mi perspectiva, el cuarto grupo (y en alguna medida el tercero), parafraseando de nuevo a Losada, “se constituye en un nuevo sujeto social [...] mediante el dominio de sus fines y la escogencia de medios y estrategias para cumplirlos” (Losada, 1976). El propósito de esa minoría es tan ambiguo (y tan socialmente interesado como el de las dos minorías anteriores: quieren, mínimamente, ser referentes culturales y literarios) en la isla. La diferencia es que estos escapan al control institucional literario y, así, en sus textos podemos rastrear y ubicar con mayor certeza la dinámica de resistencia (desde luego no exenta de contradicción) respecto a Colombia. En este diagrama se ve esa articulación en el hecho literario (pensado como hecho social) como un fenómeno donde se articulan “de manera inmediata los conjuntos literarios con la praxis social de los sujetos productores y, mediatemente, con la situación de la estructura social” (Losada, 1976). No es coincidencia que tanto Forbes Bernard como Gordon Bull estén involucrados de uno u otro modo en la política de la isla ni que Howard tenga tras de sí una tradición de intelectuales bautistas y que su novela sea resultado de un proyecto avalado por AMEN-SD.

Para 2010, en una carpeta del Centro de documentación de la biblioteca Luis Ángel Arango en San Andrés se reunían los personajes insignes del archipiélago. Era una lista variopinta: había portadas de libros (como los de Hazel Robinson), y notas de periódico sobre uno u otro deportista. Había también notas necrológicas, sobre políticos o personajes de la cultura de la isla. Esta carpeta se repetía en el Centro de documentación de la Casa de la Cultura. Ambas eran compilaciones hechas por la gente que trabajaba en cada lugar, su contenido y organización no estaban determinados por un ente gubernamental o un ente oficial común²⁹. Leo Umbasía, entonces directora del Centro de documentación de la Casa de la Cultura, en el momento en que realicé el trabajo de campo, por ejemplo, dijo llevar algunos años intentando a título personal un libro sobre escritores de la isla, que incluiría pinturas de los autores, hechas por un pintor local. Ahora bien, a la pregunta por *quién escribe literatura*, la reacción informal de gente de diferentes círculos en la isla asombra por la coincidencia. Personas de trasfondos muy

28 *No Give up, Maan*, por ejemplo, presenta la imagen de la isla como referente de identidad isleña, pero ya que el formato que usa es más tradicional (novela) la crítica nacional se la apropia con gran rapidez (no en vano, la mayoría de los trabajos de tesis en proceso de que tengo noticia están centrados en su obra) y la va reificando como exponente del exotismo de la exótica isla.

29 Esto ha cambiado radicalmente, y parte de los proyectos del Banco de la República en la isla, en la actualidad, son tremendamente concientes de la diferencia cultural, del formato marginal de las producciones en la isla, y de las necesidades particulares que plantea. Los proyectos de recopilación de memoria oral, y la dinámica de charlas y simposios que tiene actualmente la sede en la isla dan fe de estos cambios y prometen mucha intensidad y riqueza en el futuro cercano.

distintos (estudiantes, artistas, trabajadores oficiales) coincidían en identificar un solo nombre, Eviston Forbes Bernard, como *alguien que escribe literatura*. Los encuestados casuales decían que este escritor (y sus escritos) les gustaba porque “dice la verdad” (queriendo significar con esto que denunciaba el estado de cosas producido por la relación entre Colombia y San Andrés). Aunque aquí no habría que soslayar el hecho de que esta respuesta la estaban dando a una persona del continente, y por tanto, mis interlocutores podían estar situándose y situándome en lugares concretos de ese espectro político que la isla convoca.

Las plagas humanas bestializadas, de Forbes Bernard, un libro sin editorial ni fecha, publicado de propio bolsillo, no es un libro fácil de leer para un letrado: su ortografía no es ortodoxa, no parece tener un orden lógico previsto; aunque el tema es uno (las plagas de la colonización), está desarrollado en ramificaciones; el libro tampoco parece corresponder a ningún género único: su tono es de discurso político con invectivas contra Colombia y las “pestes” inoculadas por el país en la isla; tiene algo de apología personal (consecuente con la candidatura del autor en algún momento a un puesto público en la isla), y además hay poemas (alguno de los cuales ya había sido publicado en hoja suelta o periódico). Este formato es consistente en otros libros de Forbes Bernard en esta línea: *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas*, y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo. Todo para ellos; todo para ellos*³⁰.

Por su parte, los temas de *A oscuras, pero encendido*, de Gordon Bull, recorren el mismo espectro: catilinaria, discurso moral... Esta compilación de crónicas bilingües publicadas originalmente por Gordon Bull en los periódicos *La noticia*, y el *Archipiélago Post* es pagada por el escritor, y se vende en las papelerías de la isla. En este libro encontramos pequeños relatos que ilustran el deterioro del tejido social en la isla, con un tono sutilmente distinto del de Forbes Bernard pero apuntando a los mismos ejes escriturales y argumentativos.

Pero si bien ambos autores tienen claras agendas políticas y personales, el proyecto no es sólo individual, sino que da voz a un sector intelectual de la isla. El hecho de que sean publicados autónomamente (no por mediación de una editorial o una institución oficial) me parece clave para comprender lo que dicen y la relación de la gente con esos textos que tratan temas que se escriben así como se conversan y que en su tono enérgico y de corte casi forense evocan mucho el sermón (no hay que olvidar el peso fuerte del protestantismo en la isla, y el hecho de que entre los intelectuales que

30 El libro más reciente de Forbes es una historia de San Andrés, donde este formato disperso, ajeno a las expectativas de una “historia escrita” se repite, y donde caben alabanzas al presidente de turno, fotos del autor con personajes de la isla, y relaciones de hechos sobre la isla, transmitidos oralmente o por escrito.

lideran reflexiones sobre la historia y la situación en la isla se encuentran líderes de estas iglesias. Es decir que estos textos pueden beber de tradiciones subterráneas o al menos no las más evidentes para los críticos del continente]. También me parece fundamental ese detalle de la publicación sin mediación de pares y todo el proceso editorial que implica ciertos controles lingüísticos y textuales, para debatir otro elemento de interpretación: ¿qué hace la crítica con un libro “mal escrito”? En este punto el libro de Forbes Bernard amerita un comentario. Es casi un lugar común entre quienes leen y discuten sobre la literatura del archipiélago decir que lo oral en ella es ineludible. En esta afirmación se entiende lo oral como lo relacionado con el creol y los cuentos y otras tradiciones asociadas a él, no necesariamente plasmados en textos impresos. Sin embargo, el texto de Forbes pone en escena otra cara de esa oralidad, relacionada por vía refleja con la colonización, como si fuera el negativo del creol: ¿por qué no pensar que la “mala ortografía” de este libro de Forbes Bernard surge del mismo lugar de donde surge el silenciamiento del creol como política de gobernabilidad? Creo que es una explicación plausible decir que ese español se plasma ahí con las dificultades todas de lo que es una segunda lengua, aprendida de oídas, y segunda lengua al fin. Durante todos estos años se ha producido, sin duda, un amarre cultural, que hace que sea pertinente pensar lo oral aquí a partir de otros indicios, como esta hibridez ortográfica, sintáctica y genérica, manifestación de fractura en sí, en la que se ve la lucha de los dos mundos. Esto es, repito, lo que veo en estos tres libros de Forbes Bernard y en el de Gordon Bull: su vacilar entre géneros, las curvaturas de su escritura, la particular combinación de formas que usan con dispar dominio, los códigos de prestigio que emplean (ambos autores incluyen fotos suyas en estas obras: Gordon Bull como el pirata en la portada de su libro *Legado...*, Forbes Bernard en eventos políticos en el suyo). Este camino de ver lo oral creol en otros indicadores me ha interesado más que el camino derecho de la transcripción de lo oral. De ahí el sesgo particular de esta investigación.

Veo rasgos que coinciden con esta tendencia y que entiendo como signos de “un proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura” (siguiendo de nuevo a Losada [1976]) en uno de los libros de historiografía de la isla, como más adelante se verá.

Quizás se necesite aclarar que mi detenimiento en estos autores no apunta a su canonización (aunque sí me resulten más interesantes, como proyecto crítico personal, unos que otros), sino a señalar líneas de lectura que permitan cuestionar los moldes y modelos desde los elementos funcionales del contexto.

Las peculiaridades que he ido reuniendo aquí (el borde poroso entre géneros, el tipo especial de textos que resultan, los modos de autorización de la propia voz por

parte de los escritores) en el marco de una pregunta por la especificidad de lo literario en la isla, obligarían a un estudio detenido del periodismo (su historia, y principalmente su función) para los distintos grupos de esta formación social. Al ser un espacio de formación de conciencia, con cribas menos rígidas que las del impreso literario, sospecho que ha dado voz y presencia a temas y formas que todavía no hemos registrado. Por ejemplo, empezando en diciembre de 1998 se publicaron varios números de *Horizontes*, un periódico donde la agenda de recuperación de memoria cultural era muy clara por parte de los escritores regulares que allí publicaban, entre los cuales se incluían Ramírez Dawkins, el historiador Walwin Petersen, Lolia Pomare Myles, y el pintor Elario Fiquaire. Entre 1962-1963 y 1965 existió el semanario *San Andrés bilingüe*. Y una de las calles de San Andrés rinde homenaje al fundador del primer periódico de la isla *The Searchlight* [1912]³¹. Hoy en día la revista *Welcome*, dirigida por Eduardo Lunazzi, combina la línea dura del turismo, con relatos necesarios sobre la vida íntima de la isla (en el número 69 de junio de 2010, por ejemplo, hay un reportaje sobre uno de los cantantes de hip-hop más curiosos de la isla: Shungu). Ese estudio tendría que pensar en el periodismo como un sitio de circulación de proyectos intelectuales, como el espacio donde se pueden encontrar y manifestar géneros disímiles a los que la crítica literaria espera y que serían algún reflejo de las necesidades, la idiosincrasia y los modos propios de un sector de la isla.

La crítica

*Tú ves un fallo y algunos cayos
nosotros vemos un futuro amenazado*³²

Cronológicamente, la primera mención de historiografía literaria concerniente a la “literatura sanandresana” de que tengo noticia se registra en el libro *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* de Antonio Benítez Rojo [1989]. Es el capítulo seis, “*Los pañamanes* o la memoria de la piel”, dedicado a esa novela de Fanny Buitrago, publicada en 1979, y que transcurre en la isla.

Benítez Rojo intentaba mapear una cartografía disgregada donde “se repiten” algunos fenómenos macro, con diferencias según la vida de cada isla. Su mapa es en verdad, para el momento en que está escribiendo, bastante amplio, aunque naturalmente

31 Que he visto citado, a propósito de los casos de juicios contra afrocaribeños por prácticas de obeah, en el interesante trabajo de Lara Putnam (2012).

32 Jiggy Drama y Creole N.G., *El fallo*.

inabarcable. Puede, por tanto, afirmar: “en la actualidad, puede decirse que el lector dispone de un conjunto de obras que representan los fragmentos de mayor tamaño del vasto rompecabezas del Caribe. No obstante, aún hay vacíos importantes que llenar. [...] todavía faltan por encajar algunas islas, ciertas ciudades y puertos, tramos costeros, penínsulas y golfos cuya ausencia configura huecos de bordes irregulares en la superficie azul turquesa del Caribe” (Benítez Rojo, 1989, p.221). Tras este anuncio, Benítez Rojo introduce *Los pañamanes*, que viene a ubicar allí “una rara pieza del rompecabezas caribeño”, en forma de “un minúsculo archipiélago situado a unas cien millas al oriente de Nicaragua, y conocido con el nombre de San Andrés y Providencia” (Benítez Rojo, 1989, p.221).

El tema de este capítulo (curiosamente, es la única obra de autoría femenina incluida en *La isla que se repite*, al lado de autores como Wilson Harris, Alejo Carpentier, Edgardo Rodríguez Juliá o Nicolás Guillén...), es el encuentro entre tres temas: la tensión racial, la mitologización de la historia traumática y la exposición y conjuro de la violencia que está en la raíz de la colonización. Con estos tres elementos, sumados a la oralidad manifiesta en los cuentos de Anancy, Benítez Rojo sitúa entonces el archipiélago en la historia caribeña que ha venido rastreando.

En el 2007, José Luis Garcés González, en *Literatura en el Caribe colombiano. Señales de un proceso* incluye la novela de Hazel Robinson Abrahams *No give up, maan* (así como *Los cuentos de la ausencia* de Lenito Robinson Bent). Se trata de una reseña detallada de la obra, en su desarrollo y en sus valores. De este modo, Garcés González hace su parte del trabajo al incorporar estos textos, buscando contrarrestar la idea de que “somos una tierra plana y por ello de fácil comunicación física y cultural” mediante el “conocimiento de la literatura caribeña colombiana” (contraportada del libro). También, a propósito de la obra de Hazel Robinson, tenemos el prólogo a *No give up, maan* reimpresso como cuarto tomo de la Biblioteca de autores afrocolombianas por el Ministerio de Cultura de Colombia. En este prólogo, Ariel Castillo Mier, quien propuso la obra para la colección, redimensiona las crónicas de Robinson, como una especie de implícito antecedente de sus novelas. Luego, analiza el pasado escritural de Robinson Abrahams como prólogo a su obra narrativa.

Una continuación muy interesante de este trabajo de Castillo Mier la presentó Eduardo Silva en forma de ponencia en la conferencia de la Caribbean Studies Association (2013a), quien también publicó recientemente un trabajo sobre la obra teatral de Marilyn Bizcaino Miller (2013b). Respecto al proyecto total de Hazel Robinson, y por otro lado, a la problemática de la migración desde la isla y la de los capitanes de go-fast desaparecidos en alta mar hay artículos de Del Valle, 2011, 2014a y 2014b, respectivamente.

Marcia Dittmann participó en el XI encuentro de saberes, en Mompox y como resultado de esa participación está su revisión de la producción oral y escrita de las dos islas (2010). Como antes señalé, Ana Mercedes Patiño le dedicó al trabajo de Lolía Pomare Myles un artículo que la sitúa como intelectual en la confluencia de muchas ramificaciones; tiene también un texto sobre las novelas de Robinson Abrahams (Patiño, 2014, pp.40-47). El cubano Samuel Furé Davis (2013), recoge algunos apuntes de textos previos al suyo y agrega su percepción sobre la literatura de la isla, pero de este sólo tengo referencia. Estos son los trabajos publicados sobre la literatura de la isla, de que tengo noticia; actualmente hay varios trabajos de maestría en curso, en especial sobre la obra de Hazel Robinson Abrahams y la de las obras de tema isleño de Fanny Buitrago.

Me gustaría en este último apartado maniobrar entre tres imágenes de puerto, que se yuxtaponen, se complementan como mapas de la isla, en la historiografía, la historiografía literaria y las obras literarias en sí. Estos tres puertos son: el puerto antiguo y efervescente, el puerto en decadencia y ruina y el puerto imaginado y elusivo.

Puerto antiguo y efervescente

Parsons (1956) dibuja un portulano muy activo entre los siglos XVII y XIX, con eje en la isla: “La posición de San Andrés en el tráfico del Caribe occidental fue por un tiempo única. No era sólo el puerto donde se concedían licencias para el comercio costanero con Colombia, sino que proveía un cargamento de regreso y a la vez sus prósperos habitantes ofrecían un modesto mercado propio” (p.95). Durante los siglos XVII, XVIII y XIX, San Andrés cumplió distintas funciones: sirvió de base de operaciones: “en el siglo XVII, [...] la Compañía de Providencia tenía sus agencias establecidas a lo largo de la Bahía de Honduras y en Cabo Gracias a Dios. Más tarde, las islas sirvieron como base de tránsito para los aventureros ingleses, especialmente los de Jamaica, quienes por entonces se establecían a lo largo de la Costa de Miskitos y al sur hacia Panamá” (pp.114-115). Naturalmente, la fuerza económica subyacente a estos intercambios involucra no sólo la ida y venida de mercancías muy diversas, sino el intercambio humano con poblaciones distintas: “El primer viaje empezaba en *Nueva York* hacia San Andrés, en marzo o abril; era costumbre sacar licencia para efectuar el trueque de mercancía, *alhajas, licores, carne salada y harina* en puertos tales como *Corn Island, Pearl Lagoon, Bluefields, San Juan (Greytown), Salt Creek (Limón), Bocas del Toro, Chagres y Portobello*. Para el viaje de regreso abundaba en la costa *concha de carey, zarzaparrilla, cacao, goma copal, fustic, coco, mahogany y pieles*, y en las islas, *concha de carey, algodón y madera de cedro*. [...] Las embarcaciones atracaban en San Andrés tanto en su viaje

rumbo al sur como hacia el norte” (p.88)³³. Desde luego, en este ir y venir, también se ponen en circulación saberes concretos que hacen parte de la idiosincrasia lugareña: “Durante el siglo XIX los isleños continuaron comerciando especialmente con las costas de Centroamérica [...]. Eran expertos navegantes íntimamente familiarizados con la navegación en esta zona y muy solicitados como pilotos de las naves extranjeras” (p.117). En razón de estos contactos de larga data, no es de extrañar que haya asentamientos permanentes por parte de gente de las islas en otros lugares: “Las Islas Corn, por ejemplo, habían sido conquistadas por gentes de San Andrés antes de 1810. Algunos años más tarde otro grupo de San Andrés se estableció en Pearl Lagoon, al norte de Bluefields, y se dedicó al cultivo de algodón, café y caña de azúcar” (pp.114-115). Es lícito que los isleños sostengan entonces que “Las relaciones con los países del Caribe no fueron solamente comerciales, también fueron culturales, debido a [sus] raíces étnicas, [sus] experiencias históricas comunes y los lazos de parentesco” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.32). Tampoco ha de sorprender que ante el declive de su importancia económica, los isleños siguieran moviéndose: “Los proyectos de construcción de los ferrocarriles de Panamá y Costa Rica y años más tarde del fracasado canal iniciado por los franceses, aparecen como motivo de emigración de algunos isleños sin trabajo al continente [...] la construcción del Canal de Panamá [...] fue la obra que más empleó trabajadores de San Andrés y Providencia, así como de otras islas del Caribe, en escala sin precedentes”. Esto, naturalmente, incluye a las mujeres, que “han encontrado siempre trabajo como domésticas en Panamá” (Parsons, 1956, p.118). En voz de los habitantes de la isla: “Hacíamos cabotaje no sólo a las islas Mangle y a Centroamérica sino también a Jamaica, a las Islas Caimán y a Estados Unidos. Muchos hombres isleños han pasado buena parte de su vida navegando en los mares del mundo. Muchos han sido capitanes de grandes barcos de otros países” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.21).

Con este panorama, hay que estar de acuerdo con Parsons cuando sostiene que: “La geografía e historia de estas islas de San Andrés y Providencia tiene una importancia que no corresponde a su población y extensión” (Parsons, 1956, p.121). Esta fama pretérita es recreada en varias de las obras producidas en la isla, sobresalientemente, las tres de Hazel Robinson, situadas precisamente en ese largo período de gran movimiento, y más recientemente, en *Meridiano 82, la ruta de la langosta*, de Jimmy Gordon Bull, y en pasajes de las narrativas autobiográficas de Riva Fidel Robinson (2010, 2011).

33 Énfasis añadido

Puerto en decadencia y ruina

Alguien que se familiarice con las voces sanandresanas encontrará que en los textos de la más diversa índole se repite, palabras más, palabras menos, esta queja: “El cambio de nuestras costumbres comenzó a partir del año 1953 cuando la isla de San Andrés fue declarada puerto libre” (Ruiz y O’Flin, p.32). Así lo dicen, verbigracia, los habitantes en *San Andrés y Providencia: una historia oral de las Islas y su gente*, uno de los dos trabajos historiográficos, bilingües, con foco isleño. “San Andres, a “Free Port”- the Great Experiment of the Century and Its Aftermath”, es el capítulo correspondiente a este período en el segundo de esos trabajos, el ambicioso y peculiar libro de Walwin Petersen, historiador miembro de la Academia de Historia de Colombia, *The Province of Providence*. Las comillas que ponen en duda el “libre”/ “free” adquieren sentido en ese capítulo, donde se describe y comenta la distancia cultural entre los continentales colombianos y los isleños en San Andrés. Petersen no sólo describe los efectos del puerto libre sobre la vida de la isla: el desastre urbanístico, el desastre ecológico, el desastre cultural. Igualmente (aunque reconociendo que en todo esto tuvieron su parte algunos isleños, como es de esperarse en toda formación social), evidencia, primero, la incomunicación entre unos y otros porque en los primeros contactos legales, los isleños no entendían la lengua en la que estaban firmando los contratos con los continentales, y segundo, la distancia cultural, o casi podríamos decir, el desprecio de los continentales comerciantes o gobernantes por la opinión de los isleños. Ese escenario en su conjunto —los daños irreversibles al medio (el relleno de manglares, la rectificación de costas), la borradura de la cultura local (la imposición del español y del catolicismo), el cambio de las dinámicas económicas, la toma de decisiones incongruentes con el medio inmediato en tanto surgen del foco capitalino— coincide con el panorama colonial en otros lugares del Gran Caribe. De ahí la tremenda resonancia que un concepto como el de Puerto de Plantación tiene para describir el Puerto Libre. Benítez Rojo (1989) entiende por Puerto de Plantación “ciudades como Kingston, Bridgetown, Georgetown, Cayena, Fort-de-France, Paramaribo” (p.43) que “respondían a los requerimientos de sociedades donde, como promedio, nueve de cada diez habitantes habían sido alguna vez esclavos, y esto hacía superfluo el adoptar medidas que contribuirían a elevar, más allá de lo estrictamente necesario, los niveles de urbanización, de institucionalización, de educación, de servicios públicos y de recreo” (p.43). Guardando las debidas proporciones, y teniendo presente que la plantación es, a la larga, un modelo de sociedad, el Puerto Libre ocasiona en San Andrés lo que en el Caribe anglófono se produjo en el siglo XIX (en vista del colonialismo subyacente no es de extrañar que las consecuencias sean las mismas): “un menor grado de diversificación económica,

un menos número de campesinos y artesanos, un mercado interno más restringido, un sistema de comunicaciones y transporte más pobre, una clase media más reducida, una vida institucional más débil, una educación más deficiente, un conflicto mayor con la lengua de la metrópoli y un surgimiento tardío de las artes y las letras” (p.42).

Es curioso que de las obras literarias que mencioné, pocas se ocupan de este hecho concreto. Quizás sea natural esquivar el hecho traumático y volver al momento anterior a él. Solamente se zambullen en este tema los dos libros de Forbes Bernard y *A oscuras pero encendido*, de Gordon Bull, precisamente los dos que no encajan en las expectativas de lo literario tradicional. Habría que anotar, a modo de glosa, sin embargo, en aras de seguir complejizando ese croquis de la producción literaria en la isla, que *The Province of Providence*, es un recuento histórico bastante peculiar, si lo pensamos desde las prácticas y los moldes de las historiografías avaladas por los centros académicos. Para citar un ejemplo: el libro no cuenta con bibliografía, ni menciones de archivo, si bien en este caso quizás valga señalar que el centro de gobierno (la casona intendencial) se quemó, junto con otros edificios aledaños, el 19 de enero de 1965 (lo que no obsta para que Parsons, aún no superado, use y cite documentación de archivo disponible en el continente). Esto llama más la atención cuando se lo pone lado a lado con una anotación del libro de Gordon Bull, quien figura como “miembro fundador de la academia de historia de San Andrés” en las páginas de créditos de su libro. Estos datos delimitan otras formas de autorización del saber en la isla. En este sentido, como decía al comienzo de este texto, veo en los textos historiográficos y en algunos textos literarios en la isla un mecanismo de reflejo que puede ser interesante estudiar más a fondo.

Puerto imaginado y elusivo

“Las historias de tesoros enterrados aún persisten y de vez en cuando se han descubierto pequeñas guacas. [...] Las visitas de buscadores de oro, norteamericanos e ingleses, fueron tan frecuentes en un tiempo, que se dictó un decreto en 1877 que prohibía a los nativos colaborar con las expediciones extranjeras que arribaban en busca de tesoros” (Parsons, 1959, p.99). Quizás la medida fuera efectiva contra esos buscadores de tesoros. Para los escritores, por el contrario, esos tesoros escondidos han sido un acicate constante. Precisamente esta es la lectura que escoge Benítez Rojo, en ese primer texto crítico sobre la literatura con foco en la isla, para hablar de *Los pañamanes*. Ese puerto se caracteriza por su peso mítico, por la recreación cartográfica en clave alegórica, y, siguiendo al cubano, por una pulsión de exorcizar la violencia fundacional colonial. El puerto fantasma —a veces con sus barcos fantasmas y sus habitantes

también fantasmales [San Andrés del pasado irrecuperable, San Andrés de historias perdidas, San Andrés destrozada entre la tradición y la modernidad...] — es el protagonista de varios textos literarios: *Legado de piratas*, de Gordon Bull; *Bahía Sonora*, de Fanny Buitrago; *Sail Ahoy*, de Hazel Robinson; en *Hijos del paisaje* de Mariamatilde Rodríguez. En ese recurso al fantasma, esos textos están construyendo territorialidades alternativas, a las que se les puede objetar que no tienen ya función, puesto que no se puede revertir el tiempo. Sin embargo, como apunté en un comienzo, en el juego de las representaciones, los textos (y para lo que nos compete, los textos literarios) construyen y adelantan visiones poderosas, cuyo fin no siempre podemos calcular ni predecir. *Los hijos del paisaje* es uno de esos textos invaluable en este renglón.

Me he preguntado mucho si un trabajo de investigación bibliográfica desde la biblioteca me habría permitido apreciar los matices que hoy veo en la producción de la isla. Mi conclusión es que difícilmente el trabajo crítico hecho desde los escritorios nos ayudaría a salir de los supuestos aprioristas, especialmente si el objeto es tan cercano, y lo tenemos tan introyectado como nuestro: creemos que conocemos a San Andrés porque hace parte de la comunidad imaginada colombiana. Pero si “sólo la concreta encarnación histórica, y no el abordaje apriorístico, puede revelarnos las verdaderas características y funciones de un hecho literario” (Fernández Retamar, 1995, p.114) es tan importante estar inmerso en esa encarnación histórica como lo es estar dispuesto a pensar lo literario como algo más que textos bellos. El caso de lo literario en San Andrés, tal como lo veo, es uno de esos ejemplos para repensar los criterios críticos que nos rigen y empezar a explorar modos *sui generis* en que la historia y la política de estas islas jóvenes y coloniales se plasman en formas que reclaman nuevos lentes, a riesgo de pasarnos inadvertidas y cumplen funciones incalculables.

En este sentido, creo que la crítica también tendría que ser llamada a una rendición de cuentas en relación con San Andrés, similar a la que exige Petersen: “el gobierno nacional debe [...] hacer una evaluación objetiva y consciente de todo su proceso de intervención en estas islas, incluyendo un análisis de los resultados finales obtenidos. Se debe establecer con claridad cómo los objetivos y los procedimientos del gobierno han afectado a fondo a los isleños” (Petersen, 2002, p.260). ¿Qué hemos estado contribuyendo con el trabajo que hacemos o no hacemos en lo relacionado con la isla y territorios colombianos en similares circunstancias?, es la pregunta que en esta dirección considero ineludible.

En el urgente contexto de las disputas actuales de la Haya y de la postura irresponsable con la que el gobierno colombiano ha procedido respecto a un territorio en el mar donde viven y del que viven cientos de personas, no hay que olvidar la advertencia de Wilson (2004) de que “mucho del peso de [la] identidad [de la cultura Caribe] estará en

la posesión de la tierra [y] cualquier alienación a la tierra del Caribe de la gente del Caribe, debe ser mirada como fundamental destructiva. [por ello] Parecería ser un imperativo político que los derechos de la gente del Caribe pertenezcan a su tierra, y que sean asegurados por la garantía de que su tierra les pertenece.” (p.225). En el caso de las islas, naturalmente, esa tierra no puede ser separada de su constitutivo entorno acuático.

En las obras que he rastreado, la isla amasa sus tesoros, los expone y los vuelve a ocultar, se imagina y se reimagina de múltiples maneras, rica y caleidoscópicamente. Esa es una forma de apropiación. Y tendría algún poder en la esfera política, en bien de los isleños, si la crítica la hiciera reverberar.

Obras citadas

- Adorno, Rolena. [1998]. Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 28, 11-28
- Aguilera Neira, Claudia. [1991]. *Espejismo de arena*. Bogotá: Publicaciones Saint-Amour
- Aguilera Neira, Claudia. [2005]. *Trapezio al vacío*. Bogotá: Apidama Ediciones
- Arias Vanegas, Julio. [2005]. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Ediciones Uniandes/Ceso
- Bancelin, Claudine. [2004]. *Entre ráfagas de viento*. Barranquilla: Maremagnum
- Benítez Rojo, Antonio. 1989. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte
- Bernabé, Jean; Confiant, Raphaël y Patrick Chamoiseau. [1989] 2010. *Elogio de la creatividad*. Mónica del Valle y Gertrude Martin Laprade (trad.). Bogotá: Editorial Javeriana
- Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). [2010]. *La unidad es submarina*. Buenos Aires: Katatay ediciones
- Bourdieu, Pierre. [1985]. La fuerza de la representación (87-95). En *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal
- Brathwaite, Kamau. [1971/1981] 2010. *La unidad es submarina*. Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). Buenos Aires: Katatay ediciones
- Brathwaite, Kamau. [1973]. *Calypso. The Arrivants. A New World Trilogy*. Oxford: Oxford University Press
- Briones, Claudia. [2005]. [Comp.] *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Buitrago, Fanny. [1976]. *Bahía Sonora. Relatos de la Isla*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura
- Buitrago, Fanny. [1979]. *Los pañamanes*. Bogotá: Plaza y Janés

- Buitrago, Fanny. [2010]. *Canciones profanas*. Bogotá: Panamericana Editorial
- Castillo Mier, Ariel. [2010]. No Give Up, Maan!, una novela fundacional. *Biblioteca de literatura afrocolombianas* (11-31). Bogotá: Ministerio de Cultura
- Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo. [2008]. *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar.
- Chow Wong, Lina. [2008]. *¿Adónde ha ido lo que no volverá?* Cali: Editora Feriva
- Chow Wong, Lina. [2014]. *¡Déjame que te cuente!* Cali: Editora Feriva.
- Condé, Maryse. [1993/1995]. *La colonia del Nuevo Mundo*. Porta I Arnau, Mireia (trad.). Barcelona: Editorial Juventud
- Christopher Livingston, Adel. [2011]. *Idiomas de mi tierra*. S.l.: Publicidad total.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [ene/jun 2011]. Escenario edénico y naturaleza prístina en *Sail Ahoy!!! ¡Vela a la vista!*, y *The Spirit of Persistence*, de Hazel Robinson Abrahams: dos formas de recuperar una isla colonizada. *Estudios de Literatura Colombiana*. 28, pp. 17-38.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014a]. Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla. En *Sombralarga*, Revista de Literatura Colombiana. (1). En línea: http://www.sombralarga.com/articulos/primerocasas_desoladas.html
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014b]. Desaparecidos de la espuma. En *La Revista del Vigía*. Año 23, pp.32-33. Matanzas-Cuba.
- Dittmann, Marcia. [2008]. *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia (Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez)*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia
- Dittmann, Marcia. [2010]. Tradición oral y cultura letrada en la literatura de la comunidad raizal de San Andrés y Providencia Islas, Colombia. En *Memorias del XI Encuentro para la Promoción y difusión de la cultura, del patrimonio inmaterial de países iberoamericanos*, pp.230-259. s.c., s.e.
- Enciso Patiño, Patricia con narradores raizales. [2004]. *Los hilos que amarran nuestra historia. The Threads that tie our History*. Nafasd – GTZ. Bogotá: Impresol editores.
- Espinet, Ramabai. [1991]. Barred. Trinidad 1980. En Esteves, Carmen C. y Paravisini-Gebert, Lizabeth (eds.). *Green Cane and Juicy Flotsam. Short Stories by Caribbean Women*, pp.80-85. Newark: Rutgers The State University
- Fals Borda, Orlando. [2002]. *Historia doble de la Costa*. Maestros de la sede, 3. Universidad Nacional de Colombia. Banco de la República. Bogotá: El Áncora. ISBN 9583600873 – Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/1401/#sthash.icRw-wfMX.dpuf>

- Fernández Retamar, Roberto. (1995). Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana. En: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Instituto Caro y Cuervo, pp.89-134. Bogotá. (Originalmente publicado en 1975)
- Forbes Bernard, Eviston. (s.f.). *Las plagas humanas bestializadas*. s.e.
- Forbes Bernard, Eviston. (2011). *Meditamos en el abismo de nuestras tinieblas*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional sede Medellín
- Forbes Bernard, Eviston. (2012). *Con cara ganan los tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Furé Davis, Samuel. (mayo-2013). Entre la espada y la pared: un pasaje lingüístico-literario al Caribe insular colombiano. Ponencia presentada en el Coloquio internacional Diversidad cultural, Casa de las Américas, La Habana.
- Garcés González, José Luis. (2007). *Literatura del Caribe colombiano. Señales de un proceso*. vol. 1, Montería: Universidad de Córdoba. ("Hazel Robinson Abrahams", tomo 1, pp.434-437; "Lenito Robinson-Bent" tomo 2, pp.760-762)
- Glissant, Édouard. (1997) 2005. *El discurso antillano*. Caracas: Monteávil
- Gombaud, Stéphane. (2007). *Îles, insularité et îlité. Le relativisme dans l'étude des espaces archipélagiques*. Tesis de doctorado en Geografía, de Université de la Réunion
- Gordon Bull, Jimmy. (2001). *A oscuras pero encendido*. Bogotá: Tipográficas Ltda
- Gordon Bull, Jimmy. (2006). *Legado de piratas*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Gordon Bull, Jimmy. (2010). *Meridiano 82. La ruta de la langosta*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Grittani, Franco. (2004). *Immagini di San Andrés/Imágenes de San Andrés*. Nápoles: Accademia Partenopea.
- Grossberg, Lawrence. (ene/jun 2009). El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad, pp.13-48. En *Tábula rasa*, Bogotá
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1998). Literatura y política. En *Insistencias*, pp.69-283. Santa Fe de Bogotá: Editorial Ariel
- Guzmán, Diana Paola. (jul/dic 2009). Los dueños de la palabra: antologías poéticas en el siglo XIX. En *Estudios de Literatura Colombiana* No. 25, pp.91-106.
- Harris, Wilson. (1999). *The Unfinished Genesis of the Imagination. Selected Essays of Wilson Harris*. Bundy, Andrew (ed.). Nueva York: Routledge
- Henríquez Ureña, Pedro. (1928). Caminos de nuestra historia literaria. En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Editorial Babel. Disponible en Biblioteca digital de pensamiento dominicano, www.cielonaranja.com. Recuperado 16 de julio de 2010

- Howard Livingston, Keshia. (2014). *San Andres: A Herstory*. San Andrés: Casa Editorial Welcome.
- Instituto Agustín Codazzi. Mapa de regiones en Colombia. Recuperado el 1 octubre de 2013 de: http://geoportal.igac.gov.co/mapas_de_colombia/IGAC/Tematicos2012/RegionesGeograficas.pdf
- Kincaid, Jamaica. (1999). *My Garden (Book)*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Coloquio con Juan Ramón Jiménez. En *Analecta del reloj*, pp.31-46. La Habana: Letras cubanas.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Julián del Casal. En *Analecta del reloj*, pp.47-73. La Habana: Letras cubanas.
- Losada, Alejandro. (1976). Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina. En *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en América Latina y el Perú*, pp.179-213. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Loynaz, Dulce María. (1994). *Un verano en Tenerife*. La Habana: Letras cubanas.
- Marmolejo Sevilla, Nadim. (s.f.) *Todos los días no son iguales*. Bogotá: Ediciones Ántropos Ltda.
- McCusker, Maeve. (dic 2011). Escribiendo contra la marea. El imaginario de la isla y la tierra en Patrick Chamoiseau. En: *Cuadernos de literatura* vol. 15 No. 30, pp.279-298. Bogotá.
- McKeller Hudgson, Marqueta. (2012). *Memorias*. San Andrés: Acaribe Libros.
- Moyano, Juan Carlos. (nov 2007-ene 2008). Marilyn Biscaíno: la Big Mamma del archipiélago. En *Teatros* 7, pp.4-9.
- Muñoz, Jorge. (1974). *Guitarra de viento*. Medellín: s.e.
- Pacheco, Carlos. (1995). Sobre la construcción de lo rural y lo oral en la literatura hispanoamericana. En: *Revista de crítica literaria*. Año 21, No. 42, 2 semestre de 1995, pp.57-71.
- Parsons, James J. (1956/1985). *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe*. Bogotá: El Áncora editores.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. (2011). Lolia Pomare Myles. Puente entre la palabra antigua y la nueva. En Jaramillo, María Mercedes y Ortiz, Lucía (eds). *Hijas del Muntu. Biografías críticas de mujeres afrodescendientes en América Latina*, pp.121-133. Bogotá: Panamericana Editorial.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. [jul/dic 2014]. Las novelas de la Sanandresana Hazel Robinson Abrahams. En *Revista de estudios colombianos. Asociación de colombianistas*, pp.40-47. University of San Diego.

- Pedraza, Zandra. [1986]. Para una investigación sobre la nacionalización del archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Seminario Internacional Sobre la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas- (Jardín De Sueños)*, pp.131-141. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Colcultura.
- Pedraza, Zandra. [1988]. Soberanía y deterioro cultural en el Archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Colombia Sotavento. vol.1 fasc.2*, pp.8-23.
- Pedraza, Zandra. [1992]. San Andrés y Providencia: nuevos contactos, nueva identidad. En *La Diversidad es Riqueza—Ensayos Sobre la Realidad Colombiana*, pp.180-182. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura-Consejería Presidencial para los Derechos Humanos.
- Percival Newton, Arthur. [1985]. *Providencia. Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses*. Bogotá: Banco de la República.
- Petersen, Walwin G. [2002]. *The Province of Providence*. San Andrés: The Christian University of San Andrés, Providence and Catalina.
- Piñera, Virgilio. [1998]. *La isla en peso*. Arrufat, Antón (comp.). La Habana: Ediciones Unión.
- Pizarro, Ana. [2009]. *Amazonas. El río tiene voces. Imaginario y modernización*. Santiago de Chile: Fondo de cultura económica.
- Pizarro, Ana. [jul/sept 2009]. Al margen de la historia. *Casa de las Américas* 256, pp.94-103.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2000]. *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano. Birth, Life and Death of a Sanandresan*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2002]. *Vendaval de ilusiones*. Barranquilla: Ed. Antillas
- Putnam, Lara. [2012]. Rites of Power and Rumors of Race: The Circulation of Supernatural Knowledge in the Greater Caribbean [243-267]. En: *Obeah and Other Powers. The Politics of Caribbean Religion and Healing*, pp.243-267. Paton and Forde (eds.). Carolina del Norte: Duke University Press
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *The Soldiers dem de come, and the Mango Tree/ Ahí vienen los soldados, y el palo de mango*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *Naked Skin/ Piel desnuda*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Restrepo, Eduardo. [2013]. *Etnización de la negritud: la invención de las 'comunidades negras' como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rincón, Carlos. [1978]. El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica. En *El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, pp.13-45. Bogotá: Biblioteca colombiana de cultura.

- Rivera, Camila. (2004). Nuevas encrucijadas, nuevos retos para la construcción de la nación pluriétnica: el caso de Providencia y Santa Catalina. En *Conflictos e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, pp.301-329. Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (eds.). Universidad del Cauca
- Robinson Abrahams, Hazel. (2002). *No Give Up, Maan!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés
- Robinson Abrahams, Hazel. (2010). *No give up, Maan! / ¡No te rindas!* Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *Sail Ahoy! / ¡Vela a la vista!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *The Spirit of Persistence. Las goletas en la isla de San Andrés, Providencia & Santa Catalina*. San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés / Gobernación de San Andrés, Santa Catalina y Providencia.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2009). *El príncipe de St. Katherine*. San Andrés isla. Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Bent, Lenito. (2010). *Sobre nupcias y ausencias, y otros cuentos*. Bogotá: Ministerio de Cultura
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Island Anecdotes*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Anécdotas isleñas*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2011). *My Journey*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2013). *She shall be praised*. Estados Unidos: s.e.
- Rodríguez, Mariamatilde. (2007). *Los hijos del paisaje*. Bogotá: Luna con parasol
- Ruiz, María Margarita y O'Flin de Chaves, Carol. (1992). *San Andres y Providencia: una historia oral de las islas y su gente*. Bogotá: Banco de la República.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (jun 2013a). La isla que se descubre. Imágenes del Puerto Libre en el Meridiano 81. Ponencia en *la Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe*. Granada.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (2013b). *Combak, Combak: La memoria insular del teatro de mujeres en San Andrés*. Borrador de trabajo.
- Trouillot, Lyonel. (2009). *Éloge de la contemplation*. París: Riveneuve. Recuperado de: http://jacbayle.perso.neuf.fr/livres/Haiti/Trouillot_8.html [actualizado el 26 de diciembre de 2013]
- Walcott, Derek. (1998/2000). *La voz del crepúsculo*. Martínez Muñoz, Catalina (trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Williams Jessie, Alciano. (2011). *Dhe Smilin wavs fa Sound Bay* (The Smiling waves from Sound Bay/ Las olas sonrientes de Sound Bay). Santa Marta: Oraloteca.

Wilson, Peter J. (1973/2004). *Las travesuras del cangrejo. Un estudio de caso Caribe del conflicto entre reputación y respetabilidad*. Bogotá: Universidad Nacional, sede San Andrés

Wynter, Sylvia. (1969/2012). *We must learn to sit down together and talk a little culture: Decolonizing Essays 1967-1984*. Inglaterra: Peepal Tree.

Otras obras consultadas

Cabrera Ortiz, Wenceslao. (s.f.). *San Andrés y Providencia. Historia*. Bogotá: Editorial Cosmos.

Caicedo Licona, Carlos Arturo. (2002). *Complotados, ladrones y criminales*. Medellín: Lealón.

Gaviria Liévano, Enrique. (1984). *Nuestro archipiélago de San Andrés y la Mosquitia colombiana*. Volumen IX Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Academia colombiana de Historia. Bogotá: Plaza y Janés.

Turnage, Loren C. (1975). *Island Heritage. A Baptist View of the History of San Andrés and Providencia*. Cali: The historical Commission of the Colombia Baptist Mission.



Celebración del día internacional de eliminación de la violencia contra las mujeres. Aparecen de derecha a izquierda las conferencistas Ángela Rodríguez y Silvia Elena Torres. Evento promovido por la Corporación de mujeres Miss Nancy Land. San Andrés isla, 25 de noviembre de 2015

Autora: Shirley Cotrell Madarriaga

y de imaginarios que desbordan las *fronteras* regionales. Han concurrido en la revisión del concepto trabajos desde el ámbito teórico que desdican la homogeneidad y equidad del proyecto nacional (la colombianidad) y, por el contrario, muestran los cismas y las desigualdades a raíz de diseños en los que tienen preponderancia algunos focos capitalinos. En esta línea, y en pugna con una visión multiculturalista simple, numerosos estudios en Colombia —entre ellos *Historia doble de la costa* (Fals Borda, 2002), *Nación y diferencia* (Arias Vanegas, 2005), *Genealogías de la colombianidad...* (Castro-Gómez y Restrepo, 2008), *Etnización de la negritud...* (Restrepo, 2013)— se han unido a pesquisas similares en otras partes del continente (Briones, 2005). Como resultado, se han ido delineando otras escalas que ayudan a fracturar la continuidad de las correspondencias geográfico-político-culturales, con lo que paulatina y crecientemente se desdibujan los nítidos bordes del mapa regional.

En el caso de la historiografía de la literatura, varios grupos de trabajo e investigación (principalmente “Historia y Literatura” de la Universidad Nacional sede Bogotá; “Colombia, tradiciones de la palabra”, de la Universidad de Antioquia; “Centro de estudio e investigación literaria del Caribe —Ceilika— y el “Grupo de Investigación literaria del Caribe —Gilkarí—”, ambos de la Universidad del Atlántico) han venido construyendo otros referentes para la discusión de la literatura en Colombia. También en esta área la tendencia coincide con la de otros países del continente: se reconocen los fundamentos excluyentes del proyecto de país respaldado sobre una idea unificadora y sesgada de la lengua, la historia y la literatura nacionales (Guzmán, 2009); se ve la necesidad de trabajar otros frentes excluidos de esa triada letrada, y se empieza a pensar, por ejemplo, el papel de sucesos como la migración forzada o voluntaria de intelectuales y escritores a otros países, al pulso de las dictaduras⁵, entre otros factores. Otro elemento concomitante en estos reajustes de visión ha sido la muy reñida expansión de los temas pertinentes para el campo de los estudios literarios en Latinoamérica⁶, desde géneros como el testimonio y la producción oral hasta la relevancia de imaginar las

5 Con su característica lucidez lo planteó Rafael Gutiérrez Girardot al cierre de su ensayo *Literatura y política* en *Insistencias* (1998): “¿Y la literatura de los exiliados políticos hispanoamericanos? Quienes se exiliaron en países hispanoamericanos ¿fueron exiliados realmente? [...] Muchos de los exiliados latinoamericanos en Latinoamérica fueron ‘peregrinos en sus patrias’: descubrieron por experiencia propia la pluralidad de Hispanoamérica. Como en la fábula del burro al que le sonó la flauta por casualidad, *los dictadores militares hispanoamericanos lograron, con el exilio de quienes les incomodaban intelectualmente, una desprovincialización, una depotenciación del nacionalismo*. Pero es muy temprano para juzgar adecuadamente ese fenómeno” (283, énfasis añadido). El tema de la producción de la diáspora colombiana es un frente de trabajo todavía muy novedoso en el país, desde donde lo veo.

6 cfr. Adorno (1998), Fernández Retamar (1995), Rincón (1978), Pacheco (1995), Pizarro (2009b).

fronteras culturales⁷ de un modo más flexible y congruente histórica y culturalmente, por ejemplo con la sugerente noción de *zona cultural*⁸.

En el Gran Caribe, estos debates han tenido también un gran momento durante las últimas décadas, como parte de un proyecto por deshacer el mapa tremendamente fragmentado (en general y en casos extremos aún dentro del cuerpo de una misma isla: Saint Martin/Sint Martin, Haití/República Dominicana) heredado de un pasado colonial. En este plano, la conocida frase de Florencia Bonfiglio (2010) “la unión es submarina” —compartida de una u otra manera y tematizada de un modo u otro por escritores como Jamaica Kincaid (1999), José Lezama Lima (1953), Maryse Condé (1993), Derek Walcott (1998), Kamau Brathwaite (1971/81), Antonio Benítez Rojo (1989), Jean Bernabé, Raphaël Confiant y Patrick Chamoiseau (1989) o Édouard Glissant (1997)— sugiere dinámicas supranacionales, móviles, históricas, densas y contradictorias.

Con estas aclaraciones en mente, se comprende que la inserción del archipiélago de San Andrés, Providencia, Santa Catalina y los cayos Quitasueño, Roncador, Bolívar, Serrana y Serranilla en una idea de región es también una pugna donde intervienen múltiples intereses. En la medida en que “la ‘realidad’ es absolutamente social y las clasificaciones más ‘naturales’ se apoyan siempre en rasgos que no tienen nada de natural y que en parte son producto de una imposición arbitraria, es decir, de un estado anterior a la relación de fuerzas en el campo de las luchas para la delimitación legítima” (Bourdieu, 1985), el archipiélago entra y sale de mapas “regionales” diversos. En el Museo del Caribe⁹, y en otros proyectos intelectuales recientes en la costa norte colombiana como la Oraloteca¹⁰ y el Observatorio del Caribe¹¹ por ejemplo, hace parte de la llamada (no sin controversias) región Caribe colombiana; naturalmente, esta no es una posición unificada y hay quienes discrepan: el desencuentro entre

7 Una historización contrastada de los sentidos de la palabra “región” en la historiografía literaria, más allá del referente geográfico, quizás nos mostraría algunos desencuentros y especificidades de sentido. Es lógico que lo que un crítico entiende por región (en relación con una configuración histórica concreta que pauta sentidos sociales amarrados a lo geográfico) en un lugar latinoamericano (Rama, por ejemplo, desde Uruguay), difiera de lo que entiende, y siempre implícitamente, con la misma palabra otro crítico en otro lugar (Cándido, para poner como punto de comparación dos países tan distintos en todo respecto).

8 Pizarro la caracteriza, en su estudio particular sobre el Amazonas, como un área transnacional, con referentes geográfico-culturales comunes, donde los componentes “despliegan una común relación de intensidad con la naturaleza y el medioambiente, [y] participan de una comunidad del imaginario que sólo cambia las denominaciones” (Pizarro, 2009a, 15). Una noción que conviene explorar a fondo en contraste con los planteamientos de Glissant y Benítez Rojo en relación con el Caribe.

9 Ver en: http://www.culturacaribe.org/museo_del_caribe.html

10 Ver en: <http://oraloteca.unimagdalena.edu.co/>

11 Ver en: www.ocaribe.org

dos economistas locales¹² sobre el tema de la integración regional es un buen indicio al respecto. En el sumamente vigente trabajo de Parsons (1956) e incluso en el de Wilson (1973), el archipiélago y, más en concreto, las dos islas grandes, San Andrés y Providencia, se muestran como un compuesto dispar en lo geológico, lo político y lo social, que pese a su pertenencia política “después de casi dos siglos” a Colombia, tienen un lazo (también complejo y ambiguo) con otras latitudes caribeñas: “[aunque la posición de las islas de San Andrés y Providencia] indica que debieran pertenecer más bien a Nicaragua; sus afinidades culturales han sido históricamente con las Indias Occidentales inglesas y con Norteamérica” (Parsons, 1956). Este es también el sentir de numerosos habitantes del archipiélago.

En este trabajo, y consciente de las provisiones anteriores y de la consecuente arbitrariedad de este mapa que yo misma utilizaré, en lo que toca a la historiografía literaria considero la isla de San Andrés como un lugar con una formación social con pugnas por lo menos de cuatro frentes en lo intelectual; aprovecho la delimitación de lo insular como un cerco para separarla de Providencia y también de Colombia, así como del resto del Caribe, pero en concordancia con los planteamientos caribeñistas, reconozco a la vez como algo de grandes consecuencias para la isla vínculos pretéritos y presentes, incluso imaginados (aunque no serán mi foco de trabajo) con territorios aledaños. Así, la veo distinta aunque inserta en ese Gran Caribe, con lo que ella misma tiene mayor movilidad dentro de esa cartografía más amplia.

Aunque en este gesto de delimitación aprovecho la física función del mar y reconozco que la isla está, como bellamente escribió Parsons (1956), “aislada en la inmensidad del mar Caribe”, también reconozco que es preciso a la vez señalar, como dice Gombaudo (2007) en su extenso estudio sobre las ideas de isla, insularidad e islidad, que “la isla [es] un objeto incierto”, en cuya delimitación nosotros mismos podemos actuar sobre la base de privilegiar la tierra (si hablamos de islidad) o privilegiar el mar (si hablamos de insularidad) (Gombaudo, 2007). En el plano simbólico y literario gran Caribeño hay escritores en uno y otro lado y muy a menudo en vaivén entre uno y otro. Chamoiseau (McCusker, 2011), Virgilio Piñera (1998), Ramabai Espinet (1991), Dulce María Loynaz (1958), entre muchos otros, han abordado el significado de la isla. Podemos tomar las palabras del escritor haitiano contemporáneo Lyonel Trouillot (entreveradas con las del prólogo a su *Éloge de la contemplation*) como un croquis de ese espectro sentimental literario asociado a los dos polos y hablar del “equilibrio inestable entre deseo de evasión y el apego a una tierra y a quienes la habitan. En un inquietante juego de espejo una voz

12 Jairo de Jesús Parada Corrales y Adolfo Meisel Roca (agradezco a Clinton Ramírez haberme señalado este contraste).

parece denunciar el encierro insular ‘los barrotes son una frontera’; y más adelante, a modo de respuesta: ‘mis veintisiete kilómetros cuadrados me bastan’” (Trouillot, 2009).

Siendo la delimitación territorial un efecto de representación (Bourdieu, 1985), los textos y los discursos hacen parte importante de negociaciones y confrontaciones en la apropiación del territorio, trabajan vigorosamente en pro del posicionamiento de otro tipo de imaginarios. En coyunturas como la que vive actualmente el archipiélago tras el fallo de La Haya, discusiones como la que me ocupa aquí redoblan su pertinencia.

Aparejada a la complejidad de la delimitación de *lo regional* viene —lo sabemos— la dificultad de delimitar *lo literario* sanandresano. En este texto consideraré la isla simplemente como abstracción geopolítica (como departamento), sin ahondar sus relaciones literarias con la zona cultural en que la veo inscrita (en gran parte porque esta inscripción precisa un trabajo pendiente, mancomunado y atento a otros focos —Nicaragua, Panamá, Jamaica...). Me centraré por ahora sólo en su confrontación con Colombia; más adelante habría que agregar otros enlaces menos sesgados y unidireccionales como —intuyo— la curiosa relación de varios escritores caleños o barranquilleros con la isla y de escritores sanandresanos con otros centros del país.

En esta dirección que he privilegiado, aunque cada escritor, isleño o no, responde a impulsos distintos, podemos sostener sin errar que la necesidad de afirmar el suelo y situar a la vez la isla en comunicación con la tierra firme tiene que ver con el imperativo de mapear y fijar, estratégicamente en las relaciones de fuerza, una tierra que se escapa o sobre la que no se tiene ya propiedad, como resultas de la paulatina alienación que, de acuerdo con estos discursos, comienza en 1953 con el nombramiento de la isla como Puerto Libre. Sus textos se la apropian en recorridos imaginarios, mientras combaten en lo político para no perderla legalmente.

Los dos apartes siguientes van por rutas que se comportan como ejes reflejos y puntos simétricos de tensión políticos y escriturales: para empezar, un levantamiento sobre el estado de la producción escrita pensada como literaria en la isla, y luego, más brevemente, algunas anotaciones sobre la historiografía y la figura del puerto.

Pensar la literatura: algunas premisas de trabajo

Durante los años 60 y 70 se produjeron en Latinoamérica transformaciones sociales vertiginosas e imprevistas, y a menudo violentas, que no sólo alteraron la faz de estas sociedades en lo político y lo económico, sino también en lo cultural y —como en los años 20 y 30, cuando el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1928) perfiló algunos caminos que una historia de la literatura latinoamericana tendría que seguir para servir

plenamente a su contexto— estimularon una nueva ola de pensamiento crítico que reflexionando seriamente sobre su papel en el medio replanteó una vez más los marcos teóricos de comprensión del mundo a su alrededor. En el plano de la crítica literaria, este giro suscita preguntas como ¿qué funciones cumple la literatura en este medio y, así mismo, qué tipo de crítica y de historia literaria conviene a las producciones literarias alumbradas en el turbión social de esos años. Entre 1972 y 1975, Roberto Fernández Retamar resumía los acopios valiosos del trabajo crítico latinoamericano de cincuenta años, pero llamaba vivamente a circunscribir y corregir los fundamentos del mismo al ritmo de reflexiones acordes con la condición en principio colonial de estos territorios. Así, sostenía que si “toda teoría es una hipótesis de trabajo, sugerida por el interés en los hechos mismos” (Fernández Retamar, 1995, p.81), entonces “*una teoría de la literatura es la teoría de una literatura.*” (p.82) [Cursivas en el original], y en consecuencia “las teorías de la literatura hispanoamericana [...] no podrían forjarse trasladándose e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación [...] con las literaturas metropolitanas” (p.81). Estos planteamientos habían sido apuntalados ya por el trabajo de escritores como Lezama Lima (1953b), y a partir de los años 80 y 90 reciben más sedimentos desde el Gran Caribe también, gracias a obras como las de Antonio Benítez Rojo, Édouard Glissant, Wilson Harris (1999) o Sylvia Wynter (2012) en los años 60 y 70. Desde estas proposiciones, una aproximación teórico-crítica que se adapte a las peculiaridades de la producción literaria de esta geopolítica implica sin excepción no definir lo literario de modo inmanente e inmutable, sino como un hecho dinámico y en función de necesidades sociales, de tal manera que “lo que es un ‘hecho literario’ para una época, será un fenómeno lingüístico perteneciente a la vida social para otra, e inversamente” (Tinianov, citado por Fernández Retamar, 1995, p.107). Esto no desecha los usos simbólicos del lenguaje con fines sensibles en esas producciones; más bien les reconoce adicionalmente la dimensión social en que el escritor está inmerso, y la admite como una dimensión determinante tanto en la producción como en la recepción del texto.

La noción de Latinoamérica (Hispanoamérica en ese autor) subyacente a las afirmaciones de Fernández Retamar no es esa noción vaga y polivalente que a menudo circula en los proyectos de políticas de la identidad de esos años. Muy concretamente, alude al territorio en tanto identificado por un factor común, de orden neocolonial; es decir, heredero de nociones, supuestos, comportamientos implantados durante la colonia y perpetuados por los dirigentes siguientes. Alejandro Losada, teórico literario contemporáneo de Fernández Retamar, lo enuncia en el marco de un proyecto de investigación de la historia social de la literatura en este lado del mundo. Buscando un acercamiento que explique los fenómenos literarios diacrónicos comunes al

continente y también la manifestación de fenómenos muy distintos entre sí aunque sincrónicos (como el indigenismo y el vanguardismo), subraya que es indispensable considerar en el caso de estas literaturas el tipo de relación que sostienen con el resto de los países del mundo, después de su independencia. Losada explica que “la perspectiva que controla la producción literaria latinoamericana no depende de la extracción de clase del sujeto social productor, sino del *proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura, frente a los requerimientos de la cultura de los países industrializados, frente a las demandas de la sociedad regional o nacional (Estado, clase, posibilidad de evolución histórica, dependencia económica) y frente al mercado popular de la cultura*” (Losada, 1976, pp.207-208). A este “modo de comportamiento de un grupo minoritario frente a los estímulos y demandas de un proceso social complejo” (p.208), Losada lo llama “praxis de un grupo social”; dicho en otras palabras: es “un modo de comportamiento, que establece *relaciones reales con su sociedad en el hecho mismo de su producción literaria*” (p.208)¹³.

Las directrices epistemológicas enunciadas por Fernández Retamar se vuelven lineamiento concreto de investigación en este modelo sumamente versátil que resuelve los típicos obstáculos organizativos y analíticos de época, generación y nacionalidad. Ambos marcos son propicios para situar mi objetivo de reflexionar sobre la literatura en la isla de San Andrés y el tipo de crítica que, bajo esta luz, exige.

Desde la isla (no así desde el continente) es una perogrullada decir que San Andrés tiene con Colombia una relación de amor-odio, por lo demás justificadísima. En el imaginario raizal, 1953, año en que San Andrés se convierte en Puerto Libre, es el momento del derrumbe del paraíso¹⁴. Así lo describe, verbigracia, Walwin Petersen (2007):

13 Énfasis añadido. Esta particular división me parece un aporte de Losada que permite seccionar con cierta delicadeza en el plano literario las relaciones de fuerza dentro de una formación social, cuando no se trata de tensiones dentro de un mismo discurso, como en el caso de las literaturas heterogéneas, y cuando la discusión se centra sobre obras y escritores concretos y no en grandes marcos, como sería el caso de anotaciones de Glissant en torno a la Historia y la literatura en el Caribe, de todo punto pertinentes para otros debates.

14 Esto no es una simple frase retórica, sino que se puede rastrear como tropo o locus tanto en textos históricos (como *The Province of Providence*, de Walwin Petersen), como literarios (abundan las imágenes de la isla como paraíso intocado en los poemas de *Naked Skin*, de Juan Ramírez Dawkins, e incluso, aunque sin asidero cronológico puntual, en algunos de los cuentos de Lenito Robinson. Es muy evidente en *No give up, Maan!*). Y ese paraíso que figura allí tiene un sustrato o un sentido bíblico: la religión precede la vida social, no existe la degradación que describen hoy en día los periódicos y que fustigan algunos autores como Eviston Forbes Bernard y Jimmy Gordon Bull. Esta semblanza del paraíso se opone fuertemente al paraíso como locusturístico que prima hoy en los catálogos de viaje a la isla y que sería el responsable de esa especie de contrapartida infernal que sería la vida del sanandresano nativo o de antaño hoy allí, como sostiene Petersen en el fragmento citado. Este tema ocupa varios trabajos para el Gran Caribe, entre ellos: Sun, Sex and Gold: Tourism and Sex Work in the Caribbean editado por Kemala Kempadoo. Un giro bien interesante de esta discusión recién sale en la canción “El fallo”, cantada a dúo por Jiggy Drama y Creole New Generation (cfr. http://www.elcolombiano.com/jiggy_drama_protesta_con_su_cancion_el_fallo_contra_el_gobierno_y_la_haya-AAEC_270617), y aquí el

Luego, grandes almacenes de San Luis e incluso del North End empezaron a desaparecer, obligados por la nueva competencia del comercio informal por parte de los nuevos inmigrantes [colombianos continentales]. Sumado al caos, los isleños empezaron a construir usando ladrillos de arena y de cemento, absolutamente sin ningún control, usando el trabajo barato de inmigrantes atraídos por el “nuevo paraíso de Colombia” –un “paraíso colombiano” que gradualmente estaba siendo convertido en un infierno para la mayoría de los isleños nativos. [p.257]¹⁵.

Se aplica aquí la popular expresión anglocaribeña que un poeta como Kamau Brathwaite (1973) usa precisamente para cuestionar la desigualdad mantenida por el turismo: “*some people doing well, while others are catching hell*”. Efectivamente, a raíz de ese estatuto de Puerto Libre, el poblamiento de la isla se saldrá de control con los enormes conflictos que acarrea en todos los planos, desde la imposibilidad para el autoabastecimiento hasta los daños ecológicos causados por el exceso de desechos y detritus, pasando por las rupturas en el tejido de la vida cotidiana (desde el silenciamiento del creol hasta el desequilibrio poblacional y laboral o los problemas como el narcotráfico y su ética del dinero fácil) (Petersen, 2002, pp.257 y siguientes). Por otro lado, esa apropiación económica y política del archipiélago por parte del país es responsable también de situaciones conflictivas de hoy en día como la incomunicación de la isla (y del archipiélago) con otros territorios que históricamente han sido más cercanos a la cultura y la historia suya que el continente (como las costas de Panamá, Costa Rica o Nicaragua e incluso Estados Unidos). Todo esto explica la desconfianza de los isleños hacia los “pañas” y da sentido al hecho de que los isleños reivindiquen sus derechos territoriales, lingüísticos y culturales raizales, incluso mediante posiciones abiertamente políticas, como las del partido AMEN-SD¹⁶.

Nada avala que este contexto se ignore al momento de pensar la literatura de la isla. Todo lo más: desde la perspectiva de este escrito, es preciso tener presentes las dinámicas neo(o intra) coloniales de Colombia hacia San Andrés, en el plano de la crítica literaria y, al tiempo, las reacciones de los grupos letrados en la isla respecto a esas dinámicas, si queremos entender el porqué de los temas y las formas de la producción de la isla, y las estrategias políticas (en sentido amplio) que las estructuran.

video: (<http://www.youtube.com/watch?v=hdwCcnVSWAM>). Creo que la iniciativa de estos músicos es significativa si pensamos en otras dinámicas de vocear cultura (es curioso, en este sentido, por ejemplo, que en la isla el cantante Shungo haya puesto en circulación en las papelerías cuadernos escolares cuya cubierta tenía a su grupo musical).

15 Énfasis añadido. Todas las versiones al español de textos en inglés son mías.

16 Sigla de Archipelago Movement for Ethnic Native Self-Determination for the Archipelago of San Andrés, Providence and Kethlena.

La isla se ha vuelto omnipresente en los ojos de los continentales (y de extranjeros de otras partes del mundo)¹⁷ a raíz de campañas publicitarias como “Colombia es pasión”¹⁸, más recientemente “Colombia es realismo mágico”¹⁹ y a paquetes turísticos donde figura con precios competitivos al lado de destinos populares como Cartagena. En cuanto a investigaciones, hasta ahora habían sido primordialmente hechas por parte de antropólogos (Pedraza, 1986, 1988, 1992), historiadores o politólogos (Rivera, 2004). Esto es apenas el principio, pues ahora San Andrés y Providencia han entrado al canon literario colombiano con la marca de lo afrocolombiano. Dos de los dieciocho tomos de la Biblioteca de literatura afrocolombiana, recién publicada por el Ministerio de Cultura (2010), corresponden a escritores del archipiélago (el 14 a Hazel Robinson, el 7 a Lenito Robinson). Así mismo, en el tomo 16, *Antología de mujeres poetas afrocolombianas*, se incluyen cinco poetas de las islas, con la novedad de algunos poemas en creol.

Cuando, a principios del 2010, formulé un proyecto de investigación sobre la literatura de la isla, mis objetivos eran absurdamente ambiciosos: quería explorar la literatura de los últimos cien años en San Andrés; iba también tras posibles nexos desde lo literario entre los chinos de la isla y los chinos de islas como Trinidad o como Cuba. Igualmente, quería mirar cómo aparecía el turismo en las producciones literarias de San Andrés y, como si eso fuera poco, me proponía rastrear el —para mí— ineludible problema de la relación isla/Colombia/Gran Caribe. Los tres primeros objetivos demostraron ser resultado de los a priori de quien estudiara la isla partiendo de temas y problemáticas más o menos comunes al Gran Caribe en general. Más importante aún, por peligroso, esos objetivos me parecen ahora fiel reflejo de la misma tendencia exotizante con que se acercan a la isla el turista y el “paña”: San Andrés era una especie de “paraíso literario”, sin especificidad suya propia²⁰. Conversé con varias personas de la isla,

17 Por ejemplo, en la revista *Temporada, High Season. La revista de San Andrés y Providencia* (una revista dedicada exclusivamente a la promoción turística de las islas), en el número de diciembre a junio de 2010, ed 44, p.6, se da cuenta de una especie de convenio mediante el cual empiezan a llegar turistas checos y canadienses al archipiélago, por primera vez, luego de 9 años en que no llegaban en grupos continuos turistas europeos allí.

18 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=ri0kovbKot4>

19 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=BTcZB5q-9S4>

20 Esta actitud es algo generalizada entre la crítica: si bien los dos textos críticos existentes (hasta el momento en que empecé la pesquisa) sobre la obra de Hazel Robinson, escritos ambos por críticos de la costa colombiana, se dedican muy juiciosamente a la obra en sí, arrojando líneas de lectura sugerentes para el estudio futuro de la obra, ambos contemplan el texto (y la isla que lo produce) desde esa distancia que la hace parecer un terreno uniforme que ha producido en cuanto a literatura solo estas dos obras. Es un sesgo de la práctica crítica en general, que contrasta vivamente con los enfoques muy localizados y en consecuencia especificadores de los trabajos antropológicos o de ciencias políticas que le restituyen al archipiélago su dimensión caleidoscópica.

y con investigadores de otras disciplinas que le habían dedicado algún tiempo y estuve en la isla por unas semanas²¹. El resultado de ese viaje fue un choque que, felizmente, desestabilizó todos (menos uno de) mis supuestos de investigación.

Para empezar, el panorama literario de la isla es más variado de lo que desde el continente o de cualquier foco externo y abstracto se puede creer. Una caracterización rápida de la producción de San Andrés²² daría este croquis. Un primer grupo de escritores isleños conocidos fuera de la isla. En este grupo, Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson Bent van ganando acelerado reconocimiento. Hazel Robinson Abrahams, con sus tres novelas escritas y publicadas en los últimos años (2002 [reimpreso en 2010]; 2004, 2009), y el segundo, Lenito, con esta reedición en la Biblioteca afrocolombiana de los cuentos que publicara en 1984 (pero escribiera tan temprano como en los años 70).

Un segundo grupo reuniría a escritores isleños y no isleños menos visibles por ahora, que viven (o vivieron) en la isla. Entre estos: Claudia Aguilera (1991, 2005), Nadim Marmolejo (s.f.), Lina Chow Wong (2008, 2014), Claudine Bancelin (2004), Mariamtilde Rodríguez (2007), Jorge Muñoz (1974), Franco Grittani (2004). Fanny Buitrago (1976, 1979, 2010) ocupa un lugar aparte, en la medida en que su trayectoria es más amplia y su difusión no está amarrada solamente a lo relativo al tema sanandresano. Libros como los de estos autores circulan por caminos inusuales (Se venden en un café, en una papelería o lo tiene alguien relacionado con la escritora o el escritor...).

Un tercer grupo estaría, desde mi perspectiva, conformado por intelectuales raizales en la isla, que despliegan proyectos con miras similares. Juan Ramírez Dawkins ha publicado los libros *The Soldier dem de come/Ahí vienen los soldados* y *The Mango Tree/El palo de mango* y el libro de poemas *Naked Skin/Piel desnuda* (ambos de 1996). Ramírez Dawkins, luego parte del movimiento independentista AMEN-SD, fue estimulado a

21 Aprovecho para manifestarle mis agradecimientos a Camila Rivera, que tocó a las puertas por mí, y a Javier Archbold, quien por muchos medios me facilitó enormemente el arribo. Sin la compañía de Dany Advíncula habría visto un panorama muy distinto y sin el beneficio de las conversaciones con Teresa Cadavid y con la familia Schonnewolf estas reflexiones estarían a medias. A Raquel Sanmiguel, su disposición ininterrumpida a conversar sobre este tema conmigo; a Mirta Díaz, en la Biblioteca del Banco de la República por una apertura sin ambages. Igualmente, mi gratitud para con Jimmy Archbold, músico de la isla, y Adriana Santos, profesora de la Universidad Nacional sede San Andrés.

22 El hecho de que a veces incluya a Lenito Robinson-Bento en las menciones de la literatura de San Andrés se debe a que en el centro de documentación del Banco de la República allí se encuentra algún material suyo y a que no hay por lo general en el imaginario de los letrados del archipiélago una diferencia tajante entre los escritores de las dos islas. Aunque conviene precisar que con los desarrollos del teatro en Providencia, entre otros, esto empieza a matizarse. Me centro exclusivamente aquí en San Andrés porque en vista de las diferencias culturales el sistema literario funciona ligeramente distinto en Providencia donde por ejemplo, a diferencia de San Andrés, ha habido talleres de Renata, con una publicación que la Cámara de Comercio de San Andrés distribuye gratuitamente. Es decir, también su modo de circulación y quizás la elección de la lengua es atípica para lo que describo a continuación sobre San Andrés.

escribir y publicar estos textos por dos intelectuales reconocidos de la isla y activamente involucrados en las reivindicaciones raizales por el lado lingüístico: Marcia Dittmann, quien tradujo los relatos de *The Soldier* para esa versión bilingüe y ha publicado en conjunción con Lolia Pomare-Myles o sola varios trabajos tendientes a recuperación de memoria histórica²³, y Oakley Forbes. Lolia Pomare-Myles, por su parte, muy reconocida en la isla, ha desarrollado un trabajo versátil (desde la escritura en periódicos hasta la realización de programas de televisión y un trabajo de memoria con la comunidad) (Patiño, 2011)²⁴. Ampliando el marco de visión de lo literario, habríamos de incluir a Marilyn Bizcaino Miller, creadora del Festival Internacional de Teatro Ethnic Roots, en 1999 (Moyano, 2007), quien con obras performáticas como *Combak* (Silva, 2013b, pp.121-139) está pensando la isla en su dimensión sociopolítica. En este grupo incluiría, por esta cercanía, las poetas que publicaron en algún momento en el periódico *Horizontes*, ahora incluidas en el tomo de la biblioteca afrocolombiana también. Estas poetas son Ofeilia Margarita Benet Robinson, Briceña Corpus Stephens, Emiliana Bernard Stephenson, Herminia Macariz Michell y Marqueta McKeller [que recién publicó por cuenta propia una compilación de sus poemas. Cfr. *Memorias*, 2012]. A este grupo pertenecen también escritores y escritoras muy jóvenes como Keisha Howard (*San Andrés: A Herstory*, 2014), Alciano Williams (2011) y Adel Christopher (2011). Tanto la escritura de Juan Ramírez, como la narración de Lolia Pomare-Myles, las performances de Marilyn Bizcaino, la novela de Howard y poemas de Williams y de Christopher hacen eco de lazos con el Gran Caribe (a veces por la vía de imaginar el lazo con África), desde imágenes de la isla como paraíso hasta las historias de Anancy, desde la recuperación de tradiciones isleñas hasta la visita a imágenes simbólicas de lo isleño como el cangrejo, o la producción en creol.

Un cuarto grupo que vendría a sumar una faceta más de lo isleño a este sistema estaría conformado por los que no publican o publican textos híbridos (desde una perspectiva tradicional, por decirlo muy vagamente), y son reconocidos como “literarios” por población y medios locales, por ejemplo, varios poetas que publicaron en algún momento en periódicos de la isla como *Horizontes* (1999-2000) o incluso los que participan en algunos recitales organizados por la Casa de la Cultura y cuyos poemas quedan luego guardados en este lugar, en hojas sueltas.²⁵ De hecho, este es uno de los renglo-

23 Un ejemplo de este trabajo es Dittmann (2008), *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia [Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez]*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia.

24 Ana Mercedes Patiño da cuenta de su trayectoria y ámbito de movimiento con lujo de detalles.

25 En el número de *Horizontes* correspondiente a abril-mayo de 1999 hay por ejemplo poemas de Herminia Macariz Mitchell, Cecilia Francis, Rosa Victoria Brown y Marqueta McKeller Hudgson. También se mencionan como poetas o escritores (y de algunos hay uno o dos muestras en hojas sueltas en el Centro de

nes más intrigantes, pues gente diversa desde bibliotecarios hasta profesores universitarios y de colegio afirma sin ambages que estas personas u otras anónimas *hacen literatura*. Pero los textos no están agrupados ni circulan para el público en general. Pasan de manos del escritor o escritora a manos de sus amigos, y de ahí a manos de los conocidos de los amigos en una cadena que se puede alargar. Los que circulan como “literatura sanandresana” en las papelerías populares accesibles también a los turistas son los de dos autores que viven y trabajan en la isla, y que entre sí son bien distintos: *Las plagas humanas bestializadas* (s.f.) y *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas* (2011) y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos* (2012), entre otros, de Eviston Forbes Bernard, conocido como “Papalee”; y *A oscuras pero encendido* (2001), *Legado de piratas* (2006) y, en menor medida, *Meridiano 82, la ruta de la langosta* (2010), de Jimmy Gordon Bull.

El tema “literatura sanandresana” plantea entonces varios problemas. Algunos de ellos son parientes de los obstáculos consuetudinarios a la historiografía y la crítica de territorios que fueron colonia e implicarían preguntarse ¿desde qué punto en la historia hablaríamos de la existencia de esta literatura? y en relación con lo nacional y el canon, ¿a la escrita por quiénes llamaríamos tal? Para San Andrés, estas preguntas entrañarían un doble nivel en el plano cronológico y territorial (“nacional”). Por un lado, una historia previa que haría lícito pensar en la posibilidad de que existan textos escritos por habitantes de la isla (nacidos en ella o no) durante su período inglés, y que podrían estar dispersos en lugares como Puerto Limón, Colón o algún lugar de Inglaterra o Estados Unidos. Y por otro lado, su inflexión netamente colonial bajo égida colombiana. Y es lógico que así sea, si no perdemos de vista la gran movilidad que caracteriza, circum-atlánticamente, al Gran Caribe.

Las respuestas a interrogantes de ese corte suponen que el material de estudio existe. Pero también suponen que es homogéneo y correspondiente a formas previstas, más o menos fijas, como la novela, la poesía escrita, el cuento (escrito también), y el ensayo. Por el croquis que acabo de esbozar, me parece lícito sugerir que las preguntas guía de una crítica literaria sobre la literatura sanandresana tendrían que ser otras. Para empezar, ¿qué implicaciones tiene que ese material “literario” no adquiera las formas genéricas esperadas (poesía, novela, cuento)? O más aún, ¿que no esté publicado?, y por último, ¿que la expresión literaria sea algo subterránea, o tenga rasgos muy específicos debidos a la idiosincrasia cultural y política de San Andrés en relación con Colombia y con otros países que hacen parte de su historia?

documentación de la Casa de la Cultura) a Adel Christopher Livingstone, Ofelia Margarita Bent Robinson (animada por Oakley Forbes a escribir), Briceña Corpus Stephens, que luego serán parte de la Biblioteca Afrocolombiana, como ya he mencionado.

Detengámonos un poquito en las tres últimas preguntas, con el ánimo de brindarle algún espesor a ese panorama. Es posible sostener que:

Los isleños son (y se autodefinen como) poetas, hay muchos que escriben pero que no tienen visibilidad como la tendrán Lolía Pomare, Juan Ramírez, Hazel Robinson y Benito R. Escriben en español la mayoría, otros tímidamente en inglés, otros en Creole o en lengua mezclada. Los más jóvenes se van por la música, componen cantos de protesta en ritmos que llegan a la juventud... Los de mayor tradición usan el inglés y encuentran en ese inglés 'victoriano' que manejaban y en sonetos de la Biblia victoriana inspiración: estos últimos son como poetas... *pero como te digo, la mayoría no publica*. Incluso hay quienes han escrito cosas sobre la isla y *las tienen guardadas*, y a veces, por aquello de la confianza que se va construyendo, va uno teniendo acceso a algunos extractos. [...].²⁶

Este panorama tan heterogéneo —de escritores locales visibles en el continente, escritores locales o extranjeros con visibilidad en la isla pero no en el continente, intelectuales comprometidos con raíces y tradiciones, y escritores con textos híbridos— cobra cierto aire natural si, a la luz de los enunciados de Losada, se lo entiende como “producto de una actividad consciente de un sujeto social que, de alguna manera, tiene dominio de sus fines, escoge medios y estrategias para cumplirlos y que, precisamente en el cumplimiento de esa actividad, se constituye en un nuevo sujeto social, *sólo posible en esa forma de cultura*” (Losada, 1976, p.211). Así, estos rasgos harían parte de cierta especificidad del sistema literario en la isla: tanto la visibilidad de algunos escritores como la invisibilidad de otros, tanto la escritura en creol como la escritura en español, y la elección de uno u otro tipo discursivo, se aclaran en razón de esta doble articulación de San Andrés como isla con su vida propia y San Andrés como departamento de ultramar colombiano. Unos y otros se afilian a modos de prestigio contrapuestos, sustentados en pugnas políticas, pero materializados en la praxis literaria. Quien escribe en creol o en español o quienes rescatan relatos orales y los transmiten por escrito o en performances²⁷, evidentemente le asignan “una naturaleza, una función y unas tareas” anticolonialistas a su trabajo cultural; quien de otro lado busca

26 Raquel Sanmiguel, Comunicación personal, junio 17 de 2010. Énfasis añadido. Es claro que aquí Sanmiguel pone a contraluz la riqueza no escrita de este mundo cultural y, gracias a sus preocupaciones por la etnoeducación, da pistas por los caminos en los cuales se encontrarían algunas manifestaciones para un estudio sobre el tema que nos ocupa en la isla.

27 Pienso en Lolía Pomare-Myles, o en proyectos como el de Patricia Enciso (2004).

algún lugar de acuerdo o cuyas obras se prestan para una lectura ambigua de la isla, está igualmente respondiendo a una interpelación²⁸.

Desde mi perspectiva, el cuarto grupo (y en alguna medida el tercero), parafraseando de nuevo a Losada, “se constituye en un nuevo sujeto social [...] mediante el dominio de sus fines y la escogencia de medios y estrategias para cumplirlos” (Losada, 1976). El propósito de esa minoría es tan ambiguo (y tan socialmente interesado como el de las dos minorías anteriores: quieren, mínimamente, ser referentes culturales y literarios) en la isla. La diferencia es que estos escapan al control institucional literario y, así, en sus textos podemos rastrear y ubicar con mayor certeza la dinámica de resistencia (desde luego no exenta de contradicción) respecto a Colombia. En este diagrama se ve esa articulación en el hecho literario (pensado como hecho social) como un fenómeno donde se articulan “de manera inmediata los conjuntos literarios con la praxis social de los sujetos productores y, mediatemente, con la situación de la estructura social” (Losada, 1976). No es coincidencia que tanto Forbes Bernard como Gordon Bull estén involucrados de uno u otro modo en la política de la isla ni que Howard tenga tras de sí una tradición de intelectuales bautistas y que su novela sea resultado de un proyecto avalado por AMEN-SD.

Para 2010, en una carpeta del Centro de documentación de la biblioteca Luis Ángel Arango en San Andrés se reunían los personajes insignes del archipiélago. Era una lista variopinta: había portadas de libros (como los de Hazel Robinson), y notas de periódico sobre uno u otro deportista. Había también notas necrológicas, sobre políticos o personajes de la cultura de la isla. Esta carpeta se repetía en el Centro de documentación de la Casa de la Cultura. Ambas eran compilaciones hechas por la gente que trabajaba en cada lugar, su contenido y organización no estaban determinados por un ente gubernamental o un ente oficial común²⁹. Leo Umbasía, entonces directora del Centro de documentación de la Casa de la Cultura, en el momento en que realicé el trabajo de campo, por ejemplo, dijo llevar algunos años intentando a título personal un libro sobre escritores de la isla, que incluiría pinturas de los autores, hechas por un pintor local. Ahora bien, a la pregunta por *quién escribe literatura*, la reacción informal de gente de diferentes círculos en la isla asombra por la coincidencia. Personas de trasfondos muy

28 *No Give up, Maan*, por ejemplo, presenta la imagen de la isla como referente de identidad isleña, pero ya que el formato que usa es más tradicional (novela) la crítica nacional se la apropia con gran rapidez (no en vano, la mayoría de los trabajos de tesis en proceso de que tengo noticia están centrados en su obra) y la va reificando como exponente del exotismo de la exótica isla.

29 Esto ha cambiado radicalmente, y parte de los proyectos del Banco de la República en la isla, en la actualidad, son tremendamente concientes de la diferencia cultural, del formato marginal de las producciones en la isla, y de las necesidades particulares que plantea. Los proyectos de recopilación de memoria oral, y la dinámica de charlas y simposios que tiene actualmente la sede en la isla dan fe de estos cambios y prometen mucha intensidad y riqueza en el futuro cercano.

distintos (estudiantes, artistas, trabajadores oficiales) coincidían en identificar un solo nombre, Eviston Forbes Bernard, como *alguien que escribe literatura*. Los encuestados casuales decían que este escritor (y sus escritos) les gustaba porque “dice la verdad” (queriendo significar con esto que denunciaba el estado de cosas producido por la relación entre Colombia y San Andrés). Aunque aquí no habría que soslayar el hecho de que esta respuesta la estaban dando a una persona del continente, y por tanto, mis interlocutores podían estar situándose y situándome en lugares concretos de ese espectro político que la isla convoca.

Las plagas humanas bestializadas, de Forbes Bernard, un libro sin editorial ni fecha, publicado de propio bolsillo, no es un libro fácil de leer para un letrado: su ortografía no es ortodoxa, no parece tener un orden lógico previsto; aunque el tema es uno (las plagas de la colonización), está desarrollado en ramificaciones; el libro tampoco parece corresponder a ningún género único: su tono es de discurso político con invectivas contra Colombia y las “pestes” inoculadas por el país en la isla; tiene algo de apología personal (consecuente con la candidatura del autor en algún momento a un puesto público en la isla), y además hay poemas (alguno de los cuales ya había sido publicado en hoja suelta o periódico). Este formato es consistente en otros libros de Forbes Bernard en esta línea: *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas*, y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo. Todo para ellos; todo para ellos*³⁰.

Por su parte, los temas de *A oscuras, pero encendido*, de Gordon Bull, recorren el mismo espectro: catilinaria, discurso moral... Esta compilación de crónicas bilingües publicadas originalmente por Gordon Bull en los periódicos *La noticia*, y el *Archipiélago Post* es pagada por el escritor, y se vende en las papelerías de la isla. En este libro encontramos pequeños relatos que ilustran el deterioro del tejido social en la isla, con un tono sutilmente distinto del de Forbes Bernard pero apuntando a los mismos ejes escriturales y argumentativos.

Pero si bien ambos autores tienen claras agendas políticas y personales, el proyecto no es sólo individual, sino que da voz a un sector intelectual de la isla. El hecho de que sean publicados autónomamente (no por mediación de una editorial o una institución oficial) me parece clave para comprender lo que dicen y la relación de la gente con esos textos que tratan temas que se escriben así como se conversan y que en su tono enérgico y de corte casi forense evocan mucho el sermón (no hay que olvidar el peso fuerte del protestantismo en la isla, y el hecho de que entre los intelectuales que

30 El libro más reciente de Forbes es una historia de San Andrés, donde este formato disperso, ajeno a las expectativas de una “historia escrita” se repite, y donde caben alabanzas al presidente de turno, fotos del autor con personajes de la isla, y relaciones de hechos sobre la isla, transmitidos oralmente o por escrito.

lideran reflexiones sobre la historia y la situación en la isla se encuentran líderes de estas iglesias. Es decir que estos textos pueden beber de tradiciones subterráneas o al menos no las más evidentes para los críticos del continente]. También me parece fundamental ese detalle de la publicación sin mediación de pares y todo el proceso editorial que implica ciertos controles lingüísticos y textuales, para debatir otro elemento de interpretación: ¿qué hace la crítica con un libro “mal escrito”? En este punto el libro de Forbes Bernard amerita un comentario. Es casi un lugar común entre quienes leen y discuten sobre la literatura del archipiélago decir que lo oral en ella es ineludible. En esta afirmación se entiende lo oral como lo relacionado con el creol y los cuentos y otras tradiciones asociadas a él, no necesariamente plasmados en textos impresos. Sin embargo, el texto de Forbes pone en escena otra cara de esa oralidad, relacionada por vía refleja con la colonización, como si fuera el negativo del creol: ¿por qué no pensar que la “mala ortografía” de este libro de Forbes Bernard surge del mismo lugar de donde surge el silenciamiento del creol como política de gobernabilidad? Creo que es una explicación plausible decir que ese español se plasma ahí con las dificultades todas de lo que es una segunda lengua, aprendida de oídas, y segunda lengua al fin. Durante todos estos años se ha producido, sin duda, un amarre cultural, que hace que sea pertinente pensar lo oral aquí a partir de otros indicios, como esta hibridez ortográfica, sintáctica y genérica, manifestación de fractura en sí, en la que se ve la lucha de los dos mundos. Esto es, repito, lo que veo en estos tres libros de Forbes Bernard y en el de Gordon Bull: su vacilar entre géneros, las curvaturas de su escritura, la particular combinación de formas que usan con dispar dominio, los códigos de prestigio que emplean (ambos autores incluyen fotos suyas en estas obras: Gordon Bull como el pirata en la portada de su libro *Legado...*, Forbes Bernard en eventos políticos en el suyo). Este camino de ver lo oral creol en otros indicadores me ha interesado más que el camino derecho de la transcripción de lo oral. De ahí el sesgo particular de esta investigación.

Veo rasgos que coinciden con esta tendencia y que entiendo como signos de “un proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura” (siguiendo de nuevo a Losada [1976]) en uno de los libros de historiografía de la isla, como más adelante se verá.

Quizás se necesite aclarar que mi detenimiento en estos autores no apunta a su canonización (aunque sí me resulten más interesantes, como proyecto crítico personal, unos que otros), sino a señalar líneas de lectura que permitan cuestionar los moldes y modelos desde los elementos funcionales del contexto.

Las peculiaridades que he ido reuniendo aquí (el borde poroso entre géneros, el tipo especial de textos que resultan, los modos de autorización de la propia voz por

parte de los escritores) en el marco de una pregunta por la especificidad de lo literario en la isla, obligarían a un estudio detenido del periodismo (su historia, y principalmente su función) para los distintos grupos de esta formación social. Al ser un espacio de formación de conciencia, con cribas menos rígidas que las del impreso literario, sospecho que ha dado voz y presencia a temas y formas que todavía no hemos registrado. Por ejemplo, empezando en diciembre de 1998 se publicaron varios números de *Horizontes*, un periódico donde la agenda de recuperación de memoria cultural era muy clara por parte de los escritores regulares que allí publicaban, entre los cuales se incluían Ramírez Dawkins, el historiador Walwin Petersen, Lolia Pomare Myles, y el pintor Elario Fiquaire. Entre 1962-1963 y 1965 existió el semanario *San Andrés bilingüe*. Y una de las calles de San Andrés rinde homenaje al fundador del primer periódico de la isla *The Searchlight* (1912)³¹. Hoy en día la revista *Welcome*, dirigida por Eduardo Lunazzi, combina la línea dura del turismo, con relatos necesarios sobre la vida íntima de la isla (en el número 69 de junio de 2010, por ejemplo, hay un reportaje sobre uno de los cantantes de hip-hop más curiosos de la isla: Shungu). Ese estudio tendría que pensar en el periodismo como un sitio de circulación de proyectos intelectuales, como el espacio donde se pueden encontrar y manifestar géneros disímiles a los que la crítica literaria espera y que serían algún reflejo de las necesidades, la idiosincrasia y los modos propios de un sector de la isla.

La crítica

*Tú ves un fallo y algunos cayos
nosotros vemos un futuro amenazado*³²

Cronológicamente, la primera mención de historiografía literaria concerniente a la “literatura sanandresana” de que tengo noticia se registra en el libro *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* de Antonio Benítez Rojo (1989). Es el capítulo seis, “*Los pañamanes* o la memoria de la piel”, dedicado a esa novela de Fanny Buitrago, publicada en 1979, y que transcurre en la isla.

Benítez Rojo intentaba mapear una cartografía disgregada donde “se repiten” algunos fenómenos macro, con diferencias según la vida de cada isla. Su mapa es en verdad, para el momento en que está escribiendo, bastante amplio, aunque naturalmente

31 Que he visto citado, a propósito de los casos de juicios contra afrocaribeños por prácticas de obeah, en el interesante trabajo de Lara Putnam (2012).

32 Jiggy Drama y Creole N.G., *El fallo*.

inabarcable. Puede, por tanto, afirmar: “en la actualidad, puede decirse que el lector dispone de un conjunto de obras que representan los fragmentos de mayor tamaño del vasto rompecabezas del Caribe. No obstante, aún hay vacíos importantes que llenar. [...] todavía faltan por encajar algunas islas, ciertas ciudades y puertos, tramos costeros, penínsulas y golfos cuya ausencia configura huecos de bordes irregulares en la superficie azul turquesa del Caribe” (Benítez Rojo, 1989, p.221). Tras este anuncio, Benítez Rojo introduce *Los pañamanes*, que viene a ubicar allí “una rara pieza del rompecabezas caribeño”, en forma de “un minúsculo archipiélago situado a unas cien millas al oriente de Nicaragua, y conocido con el nombre de San Andrés y Providencia” (Benítez Rojo, 1989, p.221).

El tema de este capítulo (curiosamente, es la única obra de autoría femenina incluida en *La isla que se repite*, al lado de autores como Wilson Harris, Alejo Carpentier, Edgardo Rodríguez Juliá o Nicolás Guillén...), es el encuentro entre tres temas: la tensión racial, la mitologización de la historia traumática y la exposición y conjuro de la violencia que está en la raíz de la colonización. Con estos tres elementos, sumados a la oralidad manifiesta en los cuentos de Anancy, Benítez Rojo sitúa entonces el archipiélago en la historia caribeña que ha venido rastreando.

En el 2007, José Luis Garcés González, en *Literatura en el Caribe colombiano. Señales de un proceso* incluye la novela de Hazel Robinson Abrahams *No give up, maan* (así como *Los cuentos de la ausencia* de Lenito Robinson Bent). Se trata de una reseña detallada de la obra, en su desarrollo y en sus valores. De este modo, Garcés González hace su parte del trabajo al incorporar estos textos, buscando contrarrestar la idea de que “somos una tierra plana y por ello de fácil comunicación física y cultural” mediante el “conocimiento de la literatura caribeña colombiana” (contraportada del libro). También, a propósito de la obra de Hazel Robinson, tenemos el prólogo a *No give up, maan* reimpresso como cuarto tomo de la Biblioteca de autores afrocolombianos por el Ministerio de Cultura de Colombia. En este prólogo, Ariel Castillo Mier, quien propuso la obra para la colección, redimensiona las crónicas de Robinson, como una especie de implícito antecedente de sus novelas. Luego, analiza el pasado escritural de Robinson Abrahams como prólogo a su obra narrativa.

Una continuación muy interesante de este trabajo de Castillo Mier la presentó Eduardo Silva en forma de ponencia en la conferencia de la Caribbean Studies Association (2013a), quien también publicó recientemente un trabajo sobre la obra teatral de Marilyn Bizcaino Miller (2013b). Respecto al proyecto total de Hazel Robinson, y por otro lado, a la problemática de la migración desde la isla y la de los capitanes de go-fast desaparecidos en alta mar hay artículos de Del Valle, 2011, 2014a y 2014b, respectivamente.

Marcia Dittmann participó en el XI encuentro de saberes, en Mompox y como resultado de esa participación está su revisión de la producción oral y escrita de las dos islas (2010). Como antes señalé, Ana Mercedes Patiño le dedicó al trabajo de Lolía Pomare Myles un artículo que la sitúa como intelectual en la confluencia de muchas ramificaciones; tiene también un texto sobre las novelas de Robinson Abrahams (Patiño, 2014, pp.40-47). El cubano Samuel Furé Davis (2013), recoge algunos apuntes de textos previos al suyo y agrega su percepción sobre la literatura de la isla, pero de este sólo tengo referencia. Estos son los trabajos publicados sobre la literatura de la isla, de que tengo noticia; actualmente hay varios trabajos de maestría en curso, en especial sobre la obra de Hazel Robinson Abrahams y la de las obras de tema isleño de Fanny Buitrago.

Me gustaría en este último apartado maniobrar entre tres imágenes de puerto, que se yuxtaponen, se complementan como mapas de la isla, en la historiografía, la historiografía literaria y las obras literarias en sí. Estos tres puertos son: el puerto antiguo y efervescente, el puerto en decadencia y ruina y el puerto imaginado y elusivo.

Puerto antiguo y efervescente

Parsons (1956) dibuja un portulano muy activo entre los siglos XVII y XIX, con eje en la isla: “La posición de San Andrés en el tráfico del Caribe occidental fue por un tiempo única. No era sólo el puerto donde se concedían licencias para el comercio costanero con Colombia, sino que proveía un cargamento de regreso y a la vez sus prósperos habitantes ofrecían un modesto mercado propio” (p.95). Durante los siglos XVII, XVIII y XIX, San Andrés cumplió distintas funciones: sirvió de base de operaciones: “en el siglo XVII, [...] la Compañía de Providencia tenía sus agencias establecidas a lo largo de la Bahía de Honduras y en Cabo Gracias a Dios. Más tarde, las islas sirvieron como base de tránsito para los aventureros ingleses, especialmente los de Jamaica, quienes por entonces se establecían a lo largo de la Costa de Miskitos y al sur hacia Panamá” (pp.114-115). Naturalmente, la fuerza económica subyacente a estos intercambios involucra no sólo la ida y venida de mercancías muy diversas, sino el intercambio humano con poblaciones distintas: “El primer viaje empezaba en *Nueva York* hacia San Andrés, en marzo o abril; era costumbre sacar licencia para efectuar el trueque de mercancía, *alhajas, licores, carne salada y harina* en puertos tales como *Corn Island, Pearl Lagoon, Bluefields, San Juan (Greytown), Salt Creek (Limón), Bocas del Toro, Chagres y Portobello*. Para el viaje de regreso abundaba en la costa *concha de carey, zarzaparrilla, cacao, goma copal, fustic, coco, mahogany y pieles*, y en las islas, *concha de carey, algodón y madera de cedro*. [...] Las embarcaciones atracaban en San Andrés tanto en su viaje

rumbo al sur como hacia el norte” (p.88)³³. Desde luego, en este ir y venir, también se ponen en circulación saberes concretos que hacen parte de la idiosincrasia lugareña: “Durante el siglo XIX los isleños continuaron comerciando especialmente con las costas de Centroamérica [...]. Eran expertos navegantes íntimamente familiarizados con la navegación en esta zona y muy solicitados como pilotos de las naves extranjeras” (p.117). En razón de estos contactos de larga data, no es de extrañar que haya asentamientos permanentes por parte de gente de las islas en otros lugares: “Las Islas Corn, por ejemplo, habían sido conquistadas por gentes de San Andrés antes de 1810. Algunos años más tarde otro grupo de San Andrés se estableció en Pearl Lagoon, al norte de Bluefields, y se dedicó al cultivo de algodón, café y caña de azúcar” (pp.114-115). Es lícito que los isleños sostengan entonces que “Las relaciones con los países del Caribe no fueron solamente comerciales, también fueron culturales, debido a [sus] raíces étnicas, [sus] experiencias históricas comunes y los lazos de parentesco” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.32). Tampoco ha de sorprender que ante el declive de su importancia económica, los isleños siguieran moviéndose: “Los proyectos de construcción de los ferrocarriles de Panamá y Costa Rica y años más tarde del fracasado canal iniciado por los franceses, aparecen como motivo de emigración de algunos isleños sin trabajo al continente [...] la construcción del Canal de Panamá [...] fue la obra que más empleó trabajadores de San Andrés y Providencia, así como de otras islas del Caribe, en escala sin precedentes”. Esto, naturalmente, incluye a las mujeres, que “han encontrado siempre trabajo como domésticas en Panamá” (Parsons, 1956, p.118). En voz de los habitantes de la isla: “Hacíamos cabotaje no sólo a las islas Mangle y a Centroamérica sino también a Jamaica, a las Islas Caimán y a Estados Unidos. Muchos hombres isleños han pasado buena parte de su vida navegando en los mares del mundo. Muchos han sido capitanes de grandes barcos de otros países” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.21).

Con este panorama, hay que estar de acuerdo con Parsons cuando sostiene que: “La geografía e historia de estas islas de San Andrés y Providencia tiene una importancia que no corresponde a su población y extensión” (Parsons, 1956, p.121). Esta fama pretérita es recreada en varias de las obras producidas en la isla, sobresalientemente, las tres de Hazel Robinson, situadas precisamente en ese largo período de gran movimiento, y más recientemente, en *Meridiano 82, la ruta de la langosta*, de Jimmy Gordon Bull, y en pasajes de las narrativas autobiográficas de Riva Fidel Robinson (2010, 2011).

33 Énfasis añadido

Puerto en decadencia y ruina

Alguien que se familiarice con las voces sanandresanas encontrará que en los textos de la más diversa índole se repite, palabras más, palabras menos, esta queja: “El cambio de nuestras costumbres comenzó a partir del año 1953 cuando la isla de San Andrés fue declarada puerto libre” (Ruiz y O’Flin, p.32). Así lo dicen, verbigracia, los habitantes en *San Andrés y Providencia: una historia oral de las Islas y su gente*, uno de los dos trabajos historiográficos, bilingües, con foco isleño. “San Andres, a “Free Port”- the Great Experiment of the Century and Its Aftermath”, es el capítulo correspondiente a este período en el segundo de esos trabajos, el ambicioso y peculiar libro de Walwin Petersen, historiador miembro de la Academia de Historia de Colombia, *The Province of Providence*. Las comillas que ponen en duda el “libre”/ “free” adquieren sentido en ese capítulo, donde se describe y comenta la distancia cultural entre los continentales colombianos y los isleños en San Andrés. Petersen no sólo describe los efectos del puerto libre sobre la vida de la isla: el desastre urbanístico, el desastre ecológico, el desastre cultural. Igualmente (aunque reconociendo que en todo esto tuvieron su parte algunos isleños, como es de esperarse en toda formación social), evidencia, primero, la incomunicación entre unos y otros porque en los primeros contactos legales, los isleños no entendían la lengua en la que estaban firmando los contratos con los continentales, y segundo, la distancia cultural, o casi podríamos decir, el desprecio de los continentales comerciantes o gobernantes por la opinión de los isleños. Ese escenario en su conjunto —los daños irreversibles al medio (el relleno de manglares, la rectificación de costas), la borradura de la cultura local (la imposición del español y del catolicismo), el cambio de las dinámicas económicas, la toma de decisiones incongruentes con el medio inmediato en tanto surgen del foco capitalino— coincide con el panorama colonial en otros lugares del Gran Caribe. De ahí la tremenda resonancia que un concepto como el de Puerto de Plantación tiene para describir el Puerto Libre. Benítez Rojo (1989) entiende por Puerto de Plantación “ciudades como Kingston, Bridgetown, Georgetown, Cayena, Fort-de-France, Paramaribo” (p.43) que “respondían a los requerimientos de sociedades donde, como promedio, nueve de cada diez habitantes habían sido alguna vez esclavos, y esto hacía superfluo el adoptar medidas que contribuirían a elevar, más allá de lo estrictamente necesario, los niveles de urbanización, de institucionalización, de educación, de servicios públicos y de recreo” (p.43). Guardando las debidas proporciones, y teniendo presente que la plantación es, a la larga, un modelo de sociedad, el Puerto Libre ocasiona en San Andrés lo que en el Caribe anglófono se produjo en el siglo XIX (en vista del colonialismo subyacente no es de extrañar que las consecuencias sean las mismas): “un menor grado de diversificación económica,

un menos número de campesinos y artesanos, un mercado interno más restringido, un sistema de comunicaciones y transporte más pobre, una clase media más reducida, una vida institucional más débil, una educación más deficiente, un conflicto mayor con la lengua de la metrópoli y un surgimiento tardío de las artes y las letras” (p.42).

Es curioso que de las obras literarias que mencioné, pocas se ocupan de este hecho concreto. Quizás sea natural esquivar el hecho traumático y volver al momento anterior a él. Solamente se zambullen en este tema los dos libros de Forbes Bernard y *A oscuras pero encendido*, de Gordon Bull, precisamente los dos que no encajan en las expectativas de lo literario tradicional. Habría que anotar, a modo de glosa, sin embargo, en aras de seguir complejizando ese croquis de la producción literaria en la isla, que *The Province of Providence*, es un recuento histórico bastante peculiar, si lo pensamos desde las prácticas y los moldes de las historiografías avaladas por los centros académicos. Para citar un ejemplo: el libro no cuenta con bibliografía, ni menciones de archivo, si bien en este caso quizás valga señalar que el centro de gobierno (la casona intendencial) se quemó, junto con otros edificios aledaños, el 19 de enero de 1965 (lo que no obsta para que Parsons, aún no superado, use y cite documentación de archivo disponible en el continente). Esto llama más la atención cuando se lo pone lado a lado con una anotación del libro de Gordon Bull, quien figura como “miembro fundador de la academia de historia de San Andrés” en las páginas de créditos de su libro. Estos datos delimitan otras formas de autorización del saber en la isla. En este sentido, como decía al comienzo de este texto, veo en los textos historiográficos y en algunos textos literarios en la isla un mecanismo de reflejo que puede ser interesante estudiar más a fondo.

Puerto imaginado y elusivo

“Las historias de tesoros enterrados aún persisten y de vez en cuando se han descubierto pequeñas guacas. [...] Las visitas de buscadores de oro, norteamericanos e ingleses, fueron tan frecuentes en un tiempo, que se dictó un decreto en 1877 que prohibía a los nativos colaborar con las expediciones extranjeras que arribaban en busca de tesoros” (Parsons, 1959, p.99). Quizás la medida fuera efectiva contra esos buscadores de tesoros. Para los escritores, por el contrario, esos tesoros escondidos han sido un acicate constante. Precisamente esta es la lectura que escoge Benítez Rojo, en ese primer texto crítico sobre la literatura con foco en la isla, para hablar de *Los pañamanes*. Ese puerto se caracteriza por su peso mítico, por la recreación cartográfica en clave alegórica, y, siguiendo al cubano, por una pulsión de exorcizar la violencia fundacional colonial. El puerto fantasma —a veces con sus barcos fantasmas y sus habitantes

también fantasmales [San Andrés del pasado irrecuperable, San Andrés de historias perdidas, San Andrés destrozada entre la tradición y la modernidad...] — es el protagonista de varios textos literarios: *Legado de piratas*, de Gordon Bull; *Bahía Sonora*, de Fanny Buitrago; *Sail Ahoy*, de Hazel Robinson; en *Hijos del paisaje* de Mariamatilde Rodríguez. En ese recurso al fantasma, esos textos están construyendo territorialidades alternativas, a las que se les puede objetar que no tienen ya función, puesto que no se puede revertir el tiempo. Sin embargo, como apunté en un comienzo, en el juego de las representaciones, los textos (y para lo que nos compete, los textos literarios) construyen y adelantan visiones poderosas, cuyo fin no siempre podemos calcular ni predecir. *Los hijos del paisaje* es uno de esos textos invaluable en este renglón.

Me he preguntado mucho si un trabajo de investigación bibliográfica desde la biblioteca me habría permitido apreciar los matices que hoy veo en la producción de la isla. Mi conclusión es que difícilmente el trabajo crítico hecho desde los escritorios nos ayudaría a salir de los supuestos aprioristas, especialmente si el objeto es tan cercano, y lo tenemos tan introyectado como nuestro: creemos que conocemos a San Andrés porque hace parte de la comunidad imaginada colombiana. Pero si “sólo la concreta encarnación histórica, y no el abordaje apriorístico, puede revelarnos las verdaderas características y funciones de un hecho literario” (Fernández Retamar, 1995, p.114) es tan importante estar inmerso en esa encarnación histórica como lo es estar dispuesto a pensar lo literario como algo más que textos bellos. El caso de lo literario en San Andrés, tal como lo veo, es uno de esos ejemplos para repensar los criterios críticos que nos rigen y empezar a explorar modos *sui generis* en que la historia y la política de estas islas jóvenes y coloniales se plasman en formas que reclaman nuevos lentes, a riesgo de pasarnos inadvertidas y cumplen funciones incalculables.

En este sentido, creo que la crítica también tendría que ser llamada a una rendición de cuentas en relación con San Andrés, similar a la que exige Petersen: “el gobierno nacional debe [...] hacer una evaluación objetiva y consciente de todo su proceso de intervención en estas islas, incluyendo un análisis de los resultados finales obtenidos. Se debe establecer con claridad cómo los objetivos y los procedimientos del gobierno han afectado a fondo a los isleños” (Petersen, 2002, p.260). ¿Qué hemos estado contribuyendo con el trabajo que hacemos o no hacemos en lo relacionado con la isla y territorios colombianos en similares circunstancias?, es la pregunta que en esta dirección considero ineludible.

En el urgente contexto de las disputas actuales de la Haya y de la postura irresponsable con la que el gobierno colombiano ha procedido respecto a un territorio en el mar donde viven y del que viven cientos de personas, no hay que olvidar la advertencia de Wilson (2004) de que “*mucho del peso de [la] identidad [de la cultura Caribe] estará en*

la posesión de la tierra [y] cualquier alienación a la tierra del Caribe de la gente del Caribe, debe ser mirada como fundamental destructiva. [por ello] Parecería ser un imperativo político que los derechos de la gente del Caribe pertenezcan a su tierra, y que sean asegurados por la garantía de que su tierra les pertenece.” (p.225). En el caso de las islas, naturalmente, esa tierra no puede ser separada de su constitutivo entorno acuático.

En las obras que he rastreado, la isla amasa sus tesoros, los expone y los vuelve a ocultar, se imagina y se reimagina de múltiples maneras, rica y caleidoscópicamente. Esa es una forma de apropiación. Y tendría algún poder en la esfera política, en bien de los isleños, si la crítica la hiciera reverberar.

Obras citadas

- Adorno, Rolena. [1998]. Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 28, 11-28
- Aguilera Neira, Claudia. [1991]. *Espejismo de arena*. Bogotá: Publicaciones Saint-Amour
- Aguilera Neira, Claudia. [2005]. *Trapezio al vacío*. Bogotá: Apidama Ediciones
- Arias Vanegas, Julio. [2005]. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Ediciones Uniandes/Ceso
- Bancelin, Claudine. [2004]. *Entre ráfagas de viento*. Barranquilla: Maremagnum
- Benítez Rojo, Antonio. 1989. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte
- Bernabé, Jean; Confiant, Raphaël y Patrick Chamoiseau. [1989] 2010. *Elogio de la creatividad*. Mónica del Valle y Gertrude Martin Laprade (trad.). Bogotá: Editorial Javeriana
- Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). [2010]. *La unidad es submarina*. Buenos Aires: Katatay ediciones
- Bourdieu, Pierre. [1985]. La fuerza de la representación (87-95). En *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal
- Brathwaite, Kamau. [1971/1981] 2010. *La unidad es submarina*. Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). Buenos Aires: Katatay ediciones
- Brathwaite, Kamau. [1973]. *Calypso. The Arrivants. A New World Trilogy*. Oxford: Oxford University Press
- Briones, Claudia. [2005]. (Comp.) *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Buitrago, Fanny. [1976]. *Bahía Sonora. Relatos de la Isla*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura
- Buitrago, Fanny. [1979]. *Los pañamanes*. Bogotá: Plaza y Janés

- Buitrago, Fanny. [2010]. *Canciones profanas*. Bogotá: Panamericana Editorial
- Castillo Mier, Ariel. [2010]. No Give Up, Maan!, una novela fundacional. *Biblioteca de literatura afrocolombianas* (11-31). Bogotá: Ministerio de Cultura
- Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo. [2008]. *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar.
- Chow Wong, Lina. [2008]. *¿Adónde ha ido lo que no volverá?* Cali: Editora Feriva
- Chow Wong, Lina. [2014]. *¡Déjame que te cuente!* Cali: Editora Feriva.
- Condé, Maryse. [1993/1995]. *La colonia del Nuevo Mundo*. Porta I Arnau, Mireia (trad.). Barcelona: Editorial Juventud
- Christopher Livingston, Adel. [2011]. *Idiomas de mi tierra*. S.l.: Publicidad total.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [ene/jun 2011]. Escenario edénico y naturaleza prístina en *Sail Ahoy!!! ¡Vela a la vista!*, y *The Spirit of Persistence*, de Hazel Robinson Abrahams: dos formas de recuperar una isla colonizada. *Estudios de Literatura Colombiana*. 28, pp. 17-38.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014a]. Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla. En *Sombralarga*, Revista de Literatura Colombiana. (1). En línea: http://www.sombralarga.com/articulos/primerocasas_desoladas.html
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014b]. Desaparecidos de la espuma. En *La Revista del Vigía*. Año 23, pp.32-33. Matanzas-Cuba.
- Dittmann, Marcia. [2008]. *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia (Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez)*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia
- Dittmann, Marcia. [2010]. Tradición oral y cultura letrada en la literatura de la comunidad raizal de San Andrés y Providencia Islas, Colombia. En *Memorias del XI Encuentro para la Promoción y difusión de la cultura, del patrimonio inmaterial de países iberoamericanos*, pp.230-259. s.c., s.e.
- Enciso Patiño, Patricia con narradores raizales. [2004]. *Los hilos que amarran nuestra historia. The Threads that tie our History*. Nafasd – GTZ. Bogotá: Impresol editores.
- Espinet, Ramabai. [1991]. Barred. Trinidad 1980. En Esteves, Carmen C. y Paravisini-Gebert, Lizabeth (eds.). *Green Cane and Juicy Flotsam. Short Stories by Caribbean Women*, pp.80-85. Newark: Rutgers The State University
- Fals Borda, Orlando. [2002]. *Historia doble de la Costa*. Maestros de la sede, 3. Universidad Nacional de Colombia. Banco de la República. Bogotá: El Áncora. ISBN 9583600873 – Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/1401/#sthash.icRw-wfMX.dpuf>

- Fernández Retamar, Roberto. (1995). Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana. En: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Instituto Caro y Cuervo, pp.89-134. Bogotá. (Originalmente publicado en 1975)
- Forbes Bernard, Eviston. (s.f.). *Las plagas humanas bestializadas*. s.e.
- Forbes Bernard, Eviston. (2011). *Meditamos en el abismo de nuestras tinieblas*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional sede Medellín
- Forbes Bernard, Eviston. (2012). *Con cara ganan los tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Furé Davis, Samuel. (mayo-2013). Entre la espada y la pared: un pasaje lingüístico-literario al Caribe insular colombiano. Ponencia presentada en el Coloquio internacional Diversidad cultural, Casa de las Américas, La Habana.
- Garcés González, José Luis. (2007). *Literatura del Caribe colombiano. Señales de un proceso*. vol. 1, Montería: Universidad de Córdoba. ("Hazel Robinson Abrahams", tomo 1, pp.434-437; "Lenito Robinson-Bent" tomo 2, pp.760-762)
- Glissant, Édouard. (1997) 2005. *El discurso antillano*. Caracas: Monteávila
- Gombaud, Stéphane. (2007). *Îles, insularité et îlité. Le relativisme dans l'étude des espaces archipélagiques*. Tesis de doctorado en Geografía, de Université de la Réunion
- Gordon Bull, Jimmy. (2001). *A oscuras pero encendido*. Bogotá: Tipográficas Ltda
- Gordon Bull, Jimmy. (2006). *Legado de piratas*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Gordon Bull, Jimmy. (2010). *Meridiano 82. La ruta de la langosta*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Grittani, Franco. (2004). *Immagini di San Andrés/Imágenes de San Andrés*. Nápoles: Accademia Partenopea.
- Grossberg, Lawrence. (ene/jun 2009). El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad, pp.13-48. En *Tábula rasa*, Bogotá
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1998). Literatura y política. En *Insistencias*, pp.69-283. Santa Fe de Bogotá: Editorial Ariel
- Guzmán, Diana Paola. (jul/dic 2009). Los dueños de la palabra: antologías poéticas en el siglo XIX. En *Estudios de Literatura Colombiana* No. 25, pp.91-106.
- Harris, Wilson. (1999). *The Unfinished Genesis of the Imagination. Selected Essays of Wilson Harris*. Bundy, Andrew (ed.). Nueva York: Routledge
- Henríquez Ureña, Pedro. (1928). Caminos de nuestra historia literaria. En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Editorial Babel. Disponible en Biblioteca digital de pensamiento dominicano, www.cielonaranja.com. Recuperado 16 de julio de 2010

- Howard Livingston, Keshia. (2014). *San Andres: A Herstory*. San Andrés: Casa Editorial Welcome.
- Instituto Agustín Codazzi. Mapa de regiones en Colombia. Recuperado el 1 octubre de 2013 de: http://geoportal.igac.gov.co/mapas_de_colombia/IGAC/Tematicos2012/RegionesGeograficas.pdf
- Kincaid, Jamaica. (1999). *My Garden (Book)*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Coloquio con Juan Ramón Jiménez. En *Analecta del reloj*, pp.31-46. La Habana: Letras cubanas.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Julián del Casal. En *Analecta del reloj*, pp.47-73. La Habana: Letras cubanas.
- Losada, Alejandro. (1976). Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina. En *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en América Latina y el Perú*, pp.179-213. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Loynaz, Dulce María. (1994). *Un verano en Tenerife*. La Habana: Letras cubanas.
- Marmolejo Sevilla, Nadim. (s.f.) *Todos los días no son iguales*. Bogotá: Ediciones Ántropos Ltda.
- McCusker, Maeve. (dic 2011). Escribiendo contra la marea. El imaginario de la isla y la tierra en Patrick Chamoiseau. En: *Cuadernos de literatura* vol. 15 No. 30, pp.279-298. Bogotá.
- McKeller Hudgson, Marqueta. (2012). *Memorias*. San Andrés: Acaribe Libros.
- Moyano, Juan Carlos. (nov 2007-ene 2008). Marilyn Biscaíno: la Big Mamma del archipiélago. En *Teatros 7*, pp.4-9.
- Muñoz, Jorge. (1974). *Guitarra de viento*. Medellín: s.e.
- Pacheco, Carlos. (1995). Sobre la construcción de lo rural y lo oral en la literatura hispanoamericana. En: *Revista de crítica literaria*. Año 21, No. 42, 2 semestre de 1995, pp.57-71.
- Parsons, James J. (1956/1985). *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe*. Bogotá: El Áncora editores.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. (2011). Lolía Pomare Myles. Puente entre la palabra antigua y la nueva. En Jaramillo, María Mercedes y Ortiz, Lucía (eds). *Hijas del Muntu. Biografías críticas de mujeres afrodescendientes en América Latina*, pp.121-133. Bogotá: Panamericana Editorial.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. [jul/dic 2014]. Las novelas de la Sanandresana Hazel Robinson Abrahams. En *Revista de estudios colombianos. Asociación de colombianistas*, pp.40-47. University of San Diego.

- Pedraza, Zandra. [1986]. Para una investigación sobre la nacionalización del archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Seminario Internacional Sobre la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas- (Jardín De Sueños)*, pp.131-141. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Colcultura.
- Pedraza, Zandra. [1988]. Soberanía y deterioro cultural en el Archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Colombia Sotavento. vol.1 fasc.2*, pp.8-23.
- Pedraza, Zandra. [1992]. San Andrés y Providencia: nuevos contactos, nueva identidad. En *La Diversidad es Riqueza—Ensayos Sobre la Realidad Colombiana*, pp.180-182. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura-Consejería Presidencial para los Derechos Humanos.
- Percival Newton, Arthur. [1985]. *Providencia. Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses*. Bogotá: Banco de la República.
- Petersen, Walwin G. [2002]. *The Province of Providence*. San Andrés: The Christian University of San Andrés, Providence and Catalina.
- Piñera, Virgilio. [1998]. *La isla en peso*. Arrufat, Antón (comp.). La Habana: Ediciones Unión.
- Pizarro, Ana. [2009]. *Amazonas. El río tiene voces. Imaginario y modernización*. Santiago de Chile: Fondo de cultura económica.
- Pizarro, Ana. [jul/sept 2009]. Al margen de la historia. *Casa de las Américas* 256, pp.94-103.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2000]. *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano. Birth, Life and Death of a Sanandresan*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2002]. *Vendaval de ilusiones*. Barranquilla: Ed. Antillas
- Putnam, Lara. [2012]. Rites of Power and Rumors of Race: The Circulation of Supernatural Knowledge in the Greater Caribbean [243-267]. En: *Obeah and Other Powers. The Politics of Caribbean Religion and Healing*, pp.243-267. Paton and Forde (eds.). Carolina del Norte: Duke University Press
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *The Soldiers dem de come, and the Mango Tree/ Ahí vienen los soldados, y el palo de mango*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *Naked Skin/ Piel desnuda*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Restrepo, Eduardo. [2013]. *Etnización de la negritud: la invención de las 'comunidades negras' como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rincón, Carlos. [1978]. El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica. En *El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, pp.13-45. Bogotá: Biblioteca colombiana de cultura.

- Rivera, Camila. (2004). Nuevas encrucijadas, nuevos retos para la construcción de la nación pluriétnica: el caso de Providencia y Santa Catalina. En *Conflictos e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, pp.301-329. Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (eds.). Universidad del Cauca
- Robinson Abrahams, Hazel. (2002). *No Give Up, Maan!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés
- Robinson Abrahams, Hazel. (2010). *No give up, Maan! / ¡No te rindas!* Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *Sail Ahoy! / ¡Vela a la vista!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *The Spirit of Persistence. Las goletas en la isla de San Andrés, Providencia & Santa Catalina*. San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés / Gobernación de San Andrés, Santa Catalina y Providencia.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2009). *El príncipe de St. Katherine*. San Andrés isla. Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Bent, Lenito. (2010). *Sobre nupcias y ausencias, y otros cuentos*. Bogotá: Ministerio de Cultura
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Island Anecdotes*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Anécdotas isleñas*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2011). *My Journey*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2013). *She shall be praised*. Estados Unidos: s.e.
- Rodríguez, Mariamatilde. (2007). *Los hijos del paisaje*. Bogotá: Luna con parasol
- Ruiz, María Margarita y O'Flin de Chaves, Carol. (1992). *San Andres y Providencia: una historia oral de las islas y su gente*. Bogotá: Banco de la República.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (jun 2013a). La isla que se descubre. Imágenes del Puerto Libre en el Meridiano 81. Ponencia en *la Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe*. Granada.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (2013b). *Combak, Combak: La memoria insular del teatro de mujeres en San Andrés*. Borrador de trabajo.
- Trouillot, Lyonel. (2009). *Éloge de la contemplation*. París: Riveneuve. Recuperado de: http://jacbayle.perso.neuf.fr/livres/Haiti/Trouillot_8.html [actualizado el 26 de diciembre de 2013]
- Walcott, Derek. (1998/2000). *La voz del crepúsculo*. Martínez Muñoz, Catalina (trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Williams Jessie, Alciano. (2011). *Dhe Smilin wavs fa Sound Bay* (The Smiling waves from Sound Bay/ Las olas sonrientes de Sound Bay). Santa Marta: Oraloteca.

Wilson, Peter J. (1973/2004). *Las travesuras del cangrejo. Un estudio de caso Caribe del conflicto entre reputación y respetabilidad*. Bogotá: Universidad Nacional, sede San Andrés

Wynter, Sylvia. (1969/2012). *We must learn to sit down together and talk a little culture: Decolonizing Essays 1967-1984*. Inglaterra: Peepal Tree.

Otras obras consultadas

Cabrera Ortiz, Wenceslao. (s.f.). *San Andrés y Providencia. Historia*. Bogotá: Editorial Cosmos.

Caicedo Licona, Carlos Arturo. (2002). *Complotados, ladrones y criminales*. Medellín: Lealón.

Gaviria Liévano, Enrique. (1984). *Nuestro archipiélago de San Andrés y la Mosquitia colombiana*. Volumen IX Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Academia colombiana de Historia. Bogotá: Plaza y Janés.

Turnage, Loren C. (1975). *Island Heritage. A Baptist View of the History of San Andrés and Providencia*. Cali: The historical Commission of the Colombia Baptist Mission.



Celebración del día internacional de eliminación de la violencia contra las mujeres. Aparecen de derecha a izquierda las conferencistas Ángela Rodríguez y Silvia Elena Torres. Evento promovido por la Corporación de mujeres Miss Nancy Land. San Andrés isla, 25 de noviembre de 2015

Autora: Shirley Cotrell Madarriaga

Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia¹

Mónica María del Valle Idárraga²

La isla, un objeto incierto
*La imaginación de un posible futuro debe construirse
y hacerse posible por el análisis del presente*³

La caracterización de lo regional en Colombia ha pasado por diversas fases de reparto territorial desde la época colonial. Su versión reciente se ha dado por sentada en razón de la cartografía geofísica enseñada y respaldada oficialmente⁴ y que la campaña *Colombia, país de regiones* quizá terminó de encasillar. Académicamente, sin embargo, desde hace décadas se ha venido cuestionando la naturalidad de una correspondencia directa e inmediata entre lo geográfico y lo cultural. El concepto de *región* ha sido problematizado por efecto de hechos sociales: por ejemplo, la turbulencia bipartidista desde los años 40, el enfrentamiento armado, el narcotráfico, los desplazamientos forzados, por mencionar algunos, crean agrupamientos territoriales

1 Este texto es resultado de la investigación *Desde la otra orilla: identidades (trans) nacionales y en conflicto en la literatura de San Andrés (1984-2010)*, realizada entre junio de 2010 y junio de 2011, en el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Una aproximación inicial se presentó a modo de ponencia en el I Congreso Internacional de Estudios Caribeños, organizado por la Universidad Nacional, sede Caribe, y realizado en San Andrés isla del 4 al 9 de octubre de 2010.

2 Ph. D. en estudios culturales e hispánicos, Magíster en literaturas hispánicas, ambos en Michigan State University; profesional en idiomas inglés-francés-español (Universidad de Antioquia). Es profesora asociada de la Facultad de Ciencias de la Educación y de su doctorado en Educación y Sociedad, en la Universidad de la Salle, Bogotá. Como caribeñista, se ha ocupado de temas cubanos y de temas martiniqueños, del campo literario de San Andrés isla, y de la relación vudú-literatura haitiana. Entre sus últimas publicaciones están *La poética política de José Lezama Lima. Imagen y vacío en sus críticas de arte* (Editorial Universidad de Antioquia, 2010), *Estudios culturales, trabajo académico y acción política. Entrevista a Víctor Vich (Tabula Rasa, No. 20, enero-junio 2014)*, *Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla* (revista Sombralarga, abril 2014, No. 1. En línea: <http://www.sombralarga.com/articulos/primero/casas-desoladas.html>) y *El jardín de Jamaica: una voz entre paréntesis* (*Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. No. 18, julio-diciembre 2013). Correos electrónicos: mmdvalle@unisalle.edu.co y monicatraductora@gmail.com

3 Lawrence Grossberg, *El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad* (13-48). En *Tabula rasa*, Bogotá, (ene/jun 2009). p.47.

4 cfr. Instituto Agustín Codazzi.

Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia¹

Mónica María del Valle Idárraga²

La isla, un objeto incierto
*La imaginación de un posible futuro debe construirse
y hacerse posible por el análisis del presente*³

La caracterización de lo regional en Colombia ha pasado por diversas fases de reparto territorial desde la época colonial. Su versión reciente se ha dado por sentada en razón de la cartografía geofísica enseñada y respaldada oficialmente⁴ y que la campaña *Colombia, país de regiones* quizá terminó de encasillar. Académicamente, sin embargo, desde hace décadas se ha venido cuestionando la naturalidad de una correspondencia directa e inmediata entre lo geográfico y lo cultural. El concepto de *región* ha sido problematizado por efecto de hechos sociales: por ejemplo, la turbulencia bipartidista desde los años 40, el enfrentamiento armado, el narcotráfico, los desplazamientos forzados, por mencionar algunos, crean agrupamientos territoriales

1 Este texto es resultado de la investigación *Desde la otra orilla: identidades (trans) nacionales y en conflicto en la literatura de San Andrés (1984-2010)*, realizada entre junio de 2010 y junio de 2011, en el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Una aproximación inicial se presentó a modo de ponencia en el I Congreso Internacional de Estudios Caribeños, organizado por la Universidad Nacional, sede Caribe, y realizado en San Andrés isla del 4 al 9 de octubre de 2010.

2 Ph. D. en estudios culturales e hispánicos, Magíster en literaturas hispánicas, ambos en Michigan State University; profesional en idiomas inglés-francés-español (Universidad de Antioquia). Es profesora asociada de la Facultad de Ciencias de la Educación y de su doctorado en Educación y Sociedad, en la Universidad de la Salle, Bogotá. Como caribeñista, se ha ocupado de temas cubanos y de temas martiniqueños, del campo literario de San Andrés isla, y de la relación vudú-literatura haitiana. Entre sus últimas publicaciones están *La poética política de José Lezama Lima. Imagen y vacío en sus críticas de arte* (Editorial Universidad de Antioquia, 2010), *Estudios culturales, trabajo académico y acción política. Entrevista a Víctor Vich (Tabula Rasa, No. 20, enero-junio 2014)*, *Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla* (revista Sombralarga, abril 2014, No. 1. En línea: <http://www.sombralarga.com/articulos/primero/casas-desoladas.html>) y *El jardín de Jamaica: una voz entre paréntesis* (*Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. No. 18, julio-diciembre 2013). Correos electrónicos: mmdvalle@unisalle.edu.co y monicatraductora@gmail.com

3 Lawrence Grossberg, *El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad* (13-48). En *Tabula rasa*, Bogotá, (ene/jun 2009). p.47.

4 cfr. Instituto Agustín Codazzi.

y de imaginarios que desbordan las *fronteras* regionales. Han concurrido en la revisión del concepto trabajos desde el ámbito teórico que desdican la homogeneidad y equidad del proyecto nacional (la colombianidad) y, por el contrario, muestran los cismas y las desigualdades a raíz de diseños en los que tienen preponderancia algunos focos capitalinos. En esta línea, y en pugna con una visión multiculturalista simple, numerosos estudios en Colombia —entre ellos *Historia doble de la costa* (Fals Borda, 2002), *Nación y diferencia* (Arias Vanegas, 2005), *Genealogías de la colombianidad...* (Castro-Gómez y Restrepo, 2008), *Etnización de la negritud...* (Restrepo, 2013)— se han unido a pesquisas similares en otras partes del continente (Briones, 2005). Como resultado, se han ido delineando otras escalas que ayudan a fracturar la continuidad de las correspondencias geográfico-político-culturales, con lo que paulatina y crecientemente se desdibujan los nítidos bordes del mapa regional.

En el caso de la historiografía de la literatura, varios grupos de trabajo e investigación (principalmente “Historia y Literatura” de la Universidad Nacional sede Bogotá; “Colombia, tradiciones de la palabra”, de la Universidad de Antioquia; “Centro de estudio e investigación literaria del Caribe —Ceilika— y el “Grupo de Investigación literaria del Caribe —Gilkarí—”, ambos de la Universidad del Atlántico) han venido construyendo otros referentes para la discusión de la literatura en Colombia. También en esta área la tendencia coincide con la de otros países del continente: se reconocen los fundamentos excluyentes del proyecto de país respaldado sobre una idea unificadora y sesgada de la lengua, la historia y la literatura nacionales (Guzmán, 2009); se ve la necesidad de trabajar otros frentes excluidos de esa triada letrada, y se empieza a pensar, por ejemplo, el papel de sucesos como la migración forzada o voluntaria de intelectuales y escritores a otros países, al pulso de las dictaduras⁵, entre otros factores. Otro elemento concomitante en estos reajustes de visión ha sido la muy reñida expansión de los temas pertinentes para el campo de los estudios literarios en Latinoamérica⁶, desde géneros como el testimonio y la producción oral hasta la relevancia de imaginar las

5 Con su característica lucidez lo planteó Rafael Gutiérrez Girardot al cierre de su ensayo *Literatura y política* en *Insistencias* (1998): “¿Y la literatura de los exiliados políticos hispanoamericanos? Quienes se exiliaron en países hispanoamericanos ¿fueron exiliados realmente? [...] Muchos de los exiliados latinoamericanos en Latinoamérica fueron ‘peregrinos en sus patrias’: descubrieron por experiencia propia la pluralidad de Hispanoamérica. Como en la fábula del burro al que le sonó la flauta por casualidad, *los dictadores militares hispanoamericanos lograron, con el exilio de quienes les incomodaban intelectualmente, una desprovincialización, una depotenciación del nacionalismo*. Pero es muy temprano para juzgar adecuadamente ese fenómeno” (283, énfasis añadido). El tema de la producción de la diáspora colombiana es un frente de trabajo todavía muy novedoso en el país, desde donde lo veo.

6 cfr. Adorno (1998), Fernández Retamar (1995), Rincón (1978), Pacheco (1995), Pizarro (2009b).

fronteras culturales⁷ de un modo más flexible y congruente histórica y culturalmente, por ejemplo con la sugerente noción de *zona cultural*⁸.

En el Gran Caribe, estos debates han tenido también un gran momento durante las últimas décadas, como parte de un proyecto por deshacer el mapa tremendamente fragmentado (en general y en casos extremos aún dentro del cuerpo de una misma isla: Saint Martin/Sint Martin, Haití/República Dominicana) heredado de un pasado colonial. En este plano, la conocida frase de Florencia Bonfiglio (2010) “la unión es submarina” —compartida de una u otra manera y tematizada de un modo u otro por escritores como Jamaica Kincaid (1999), José Lezama Lima (1953), Maryse Condé (1993), Derek Walcott (1998), Kamau Brathwaite (1971/81), Antonio Benítez Rojo (1989), Jean Bernabé, Raphaël Confiant y Patrick Chamoiseau (1989) o Édouard Glissant (1997)— sugiere dinámicas supranacionales, móviles, históricas, densas y contradictorias.

Con estas aclaraciones en mente, se comprende que la inserción del archipiélago de San Andrés, Providencia, Santa Catalina y los cayos Quitasueño, Roncador, Bolívar, Serrana y Serranilla en una idea de región es también una pugna donde intervienen múltiples intereses. En la medida en que “la ‘realidad’ es absolutamente social y las clasificaciones más ‘naturales’ se apoyan siempre en rasgos que no tienen nada de natural y que en parte son producto de una imposición arbitraria, es decir, de un estado anterior a la relación de fuerzas en el campo de las luchas para la delimitación legítima” (Bourdieu, 1985), el archipiélago entra y sale de mapas “regionales” diversos. En el Museo del Caribe⁹, y en otros proyectos intelectuales recientes en la costa norte colombiana como la Oraloteca¹⁰ y el Observatorio del Caribe¹¹ por ejemplo, hace parte de la llamada (no sin controversias) región Caribe colombiana; naturalmente, esta no es una posición unificada y hay quienes discrepan: el desencuentro entre

7 Una historización contrastada de los sentidos de la palabra “región” en la historiografía literaria, más allá del referente geográfico, quizás nos mostraría algunos desencuentros y especificidades de sentido. Es lógico que lo que un crítico entiende por región (en relación con una configuración histórica concreta que pauta sentidos sociales amarrados a lo geográfico) en un lugar latinoamericano (Rama, por ejemplo, desde Uruguay), difiera de lo que entiende, y siempre implícitamente, con la misma palabra otro crítico en otro lugar (Cándido, para poner como punto de comparación dos países tan distintos en todo respecto).

8 Pizarro la caracteriza, en su estudio particular sobre el Amazonas, como un área transnacional, con referentes geográfico-culturales comunes, donde los componentes “despliegan una común relación de intensidad con la naturaleza y el medioambiente, [y] participan de una comunidad del imaginario que sólo cambia las denominaciones” (Pizarro, 2009a, 15). Una noción que conviene explorar a fondo en contraste con los planteamientos de Glissant y Benítez Rojo en relación con el Caribe.

9 Ver en: http://www.culturacaribe.org/museo_del_caribe.html

10 Ver en: <http://oraloteca.unimagdalena.edu.co/>

11 Ver en: www.ocaribe.org

dos economistas locales¹² sobre el tema de la integración regional es un buen indicio al respecto. En el sumamente vigente trabajo de Parsons (1956) e incluso en el de Wilson (1973), el archipiélago y, más en concreto, las dos islas grandes, San Andrés y Providencia, se muestran como un compuesto dispar en lo geológico, lo político y lo social, que pese a su pertenencia política “después de casi dos siglos” a Colombia, tienen un lazo (también complejo y ambiguo) con otras latitudes caribeñas: “[aunque la posición de las islas de San Andrés y Providencia] indica que debieran pertenecer más bien a Nicaragua; sus afinidades culturales han sido históricamente con las Indias Occidentales inglesas y con Norteamérica” (Parsons, 1956). Este es también el sentir de numerosos habitantes del archipiélago.

En este trabajo, y consciente de las provisiones anteriores y de la consecuente arbitrariedad de este mapa que yo misma utilizaré, en lo que toca a la historiografía literaria considero la isla de San Andrés como un lugar con una formación social con pugnas por lo menos de cuatro frentes en lo intelectual; aprovecho la delimitación de lo insular como un cerco para separarla de Providencia y también de Colombia, así como del resto del Caribe, pero en concordancia con los planteamientos caribeñistas, reconozco a la vez como algo de grandes consecuencias para la isla vínculos pretéritos y presentes, incluso imaginados (aunque no serán mi foco de trabajo) con territorios aledaños. Así, la veo distinta aunque inserta en ese Gran Caribe, con lo que ella misma tiene mayor movilidad dentro de esa cartografía más amplia.

Aunque en este gesto de delimitación aprovecho la física función del mar y reconozco que la isla está, como bellamente escribió Parsons (1956), “aislada en la inmensidad del mar Caribe”, también reconozco que es preciso a la vez señalar, como dice Gombaud (2007) en su extenso estudio sobre las ideas de isla, insularidad e islidad, que “la isla [es] un objeto incierto”, en cuya delimitación nosotros mismos podemos actuar sobre la base de privilegiar la tierra (si hablamos de islidad) o privilegiar el mar (si hablamos de insularidad) (Gombaud, 2007). En el plano simbólico y literario gran Caribeño hay escritores en uno y otro lado y muy a menudo en vaivén entre uno y otro. Chamoiseau (McCusker, 2011), Virgilio Piñera (1998), Ramabai Espinet (1991), Dulce María Loynaz (1958), entre muchos otros, han abordado el significado de la isla. Podemos tomar las palabras del escritor haitiano contemporáneo Lyonel Trouillot (entreveradas con las del prólogo a su *Éloge de la contemplation*) como un croquis de ese espectro sentimental literario asociado a los dos polos y hablar del “equilibrio inestable entre deseo de evasión y el apego a una tierra y a quienes la habitan. En un inquietante juego de espejo una voz

12 Jairo de Jesús Parada Corrales y Adolfo Meisel Roca (agradezco a Clinton Ramírez haberme señalado este contraste).

parece denunciar el encierro insular ‘los barrotes son una frontera’; y más adelante, a modo de respuesta: ‘mis veintisiete kilómetros cuadrados me bastan’” (Trouillot, 2009).

Siendo la delimitación territorial un efecto de representación (Bourdieu, 1985), los textos y los discursos hacen parte importante de negociaciones y confrontaciones en la apropiación del territorio, trabajan vigorosamente en pro del posicionamiento de otro tipo de imaginarios. En coyunturas como la que vive actualmente el archipiélago tras el fallo de La Haya, discusiones como la que me ocupa aquí redoblan su pertinencia.

Aparejada a la complejidad de la delimitación de *lo regional* viene —lo sabemos— la dificultad de delimitar *lo literario* sanandresano. En este texto consideraré la isla simplemente como abstracción geopolítica (como departamento), sin ahondar sus relaciones literarias con la zona cultural en que la veo inscrita (en gran parte porque esta inscripción precisa un trabajo pendiente, mancomunado y atento a otros focos —Nicaragua, Panamá, Jamaica...). Me centraré por ahora sólo en su confrontación con Colombia; más adelante habría que agregar otros enlaces menos sesgados y unidireccionales como —intuyo— la curiosa relación de varios escritores caleños o barranquilleros con la isla y de escritores sanandresanos con otros centros del país.

En esta dirección que he privilegiado, aunque cada escritor, isleño o no, responde a impulsos distintos, podemos sostener sin errar que la necesidad de afirmar el suelo y situar a la vez la isla en comunicación con la tierra firme tiene que ver con el imperativo de mapear y fijar, estratégicamente en las relaciones de fuerza, una tierra que se escapa o sobre la que no se tiene ya propiedad, como resultas de la paulatina alienación que, de acuerdo con estos discursos, comienza en 1953 con el nombramiento de la isla como Puerto Libre. Sus textos se la apropian en recorridos imaginarios, mientras combaten en lo político para no perderla legalmente.

Los dos apartes siguientes van por rutas que se comportan como ejes reflejos y puntos simétricos de tensión políticos y escriturales: para empezar, un levantamiento sobre el estado de la producción escrita pensada como literaria en la isla, y luego, más brevemente, algunas anotaciones sobre la historiografía y la figura del puerto.

Pensar la literatura: algunas premisas de trabajo

Durante los años 60 y 70 se produjeron en Latinoamérica transformaciones sociales vertiginosas e imprevistas, y a menudo violentas, que no sólo alteraron la faz de estas sociedades en lo político y lo económico, sino también en lo cultural y —como en los años 20 y 30, cuando el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1928) perfiló algunos caminos que una historia de la literatura latinoamericana tendría que seguir para servir

plenamente a su contexto— estimularon una nueva ola de pensamiento crítico que reflexionando seriamente sobre su papel en el medio replanteó una vez más los marcos teóricos de comprensión del mundo a su alrededor. En el plano de la crítica literaria, este giro suscita preguntas como ¿qué funciones cumple la literatura en este medio y, así mismo, qué tipo de crítica y de historia literaria conviene a las producciones literarias alumbradas en el turbión social de esos años. Entre 1972 y 1975, Roberto Fernández Retamar resumía los acopios valiosos del trabajo crítico latinoamericano de cincuenta años, pero llamaba vivamente a circunscribir y corregir los fundamentos del mismo al ritmo de reflexiones acordes con la condición en principio colonial de estos territorios. Así, sostenía que si “toda teoría es una hipótesis de trabajo, sugerida por el interés en los hechos mismos” (Fernández Retamar, 1995, p.81), entonces “*una teoría de la literatura es la teoría de una literatura.*” (p.82) [Cursivas en el original], y en consecuencia “las teorías de la literatura hispanoamericana [...] no podrían forjarse trasladándose e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación [...] con las literaturas metropolitanas” (p.81). Estos planteamientos habían sido apuntalados ya por el trabajo de escritores como Lezama Lima (1953b), y a partir de los años 80 y 90 reciben más sedimentos desde el Gran Caribe también, gracias a obras como las de Antonio Benítez Rojo, Édouard Glissant, Wilson Harris (1999) o Sylvia Wynter (2012) en los años 60 y 70. Desde estas proposiciones, una aproximación teórico-crítica que se adapte a las peculiaridades de la producción literaria de esta geopolítica implica sin excepción no definir lo literario de modo inmanente e inmutable, sino como un hecho dinámico y en función de necesidades sociales, de tal manera que “lo que es un ‘hecho literario’ para una época, será un fenómeno lingüístico perteneciente a la vida social para otra, e inversamente” (Tinianov, citado por Fernández Retamar, 1995, p.107). Esto no desecha los usos simbólicos del lenguaje con fines sensibles en esas producciones; más bien les reconoce adicionalmente la dimensión social en que el escritor está inmerso, y la admite como una dimensión determinante tanto en la producción como en la recepción del texto.

La noción de Latinoamérica (Hispanoamérica en ese autor) subyacente a las afirmaciones de Fernández Retamar no es esa noción vaga y polivalente que a menudo circula en los proyectos de políticas de la identidad de esos años. Muy concretamente, alude al territorio en tanto identificado por un factor común, de orden neocolonial; es decir, heredero de nociones, supuestos, comportamientos implantados durante la colonia y perpetuados por los dirigentes siguientes. Alejandro Losada, teórico literario contemporáneo de Fernández Retamar, lo enuncia en el marco de un proyecto de investigación de la historia social de la literatura en este lado del mundo. Buscando un acercamiento que explique los fenómenos literarios diacrónicos comunes al

continente y también la manifestación de fenómenos muy distintos entre sí aunque sincrónicos (como el indigenismo y el vanguardismo), subraya que es indispensable considerar en el caso de estas literaturas el tipo de relación que sostienen con el resto de los países del mundo, después de su independencia. Losada explica que “la perspectiva que controla la producción literaria latinoamericana no depende de la extracción de clase del sujeto social productor, sino del *proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura, frente a los requerimientos de la cultura de los países industrializados, frente a las demandas de la sociedad regional o nacional (Estado, clase, posibilidad de evolución histórica, dependencia económica) y frente al mercado popular de la cultura*” (Losada, 1976, pp.207-208). A este “modo de comportamiento de un grupo minoritario frente a los estímulos y demandas de un proceso social complejo” (p.208), Losada lo llama “praxis de un grupo social”; dicho en otras palabras: es “un modo de comportamiento, que establece *relaciones reales con su sociedad en el hecho mismo de su producción literaria*” (p.208)¹³.

Las directrices epistemológicas enunciadas por Fernández Retamar se vuelven lineamiento concreto de investigación en este modelo sumamente versátil que resuelve los típicos obstáculos organizativos y analíticos de época, generación y nacionalidad. Ambos marcos son propicios para situar mi objetivo de reflexionar sobre la literatura en la isla de San Andrés y el tipo de crítica que, bajo esta luz, exige.

Desde la isla (no así desde el continente) es una perogrullada decir que San Andrés tiene con Colombia una relación de amor-odio, por lo demás justificadísima. En el imaginario raizal, 1953, año en que San Andrés se convierte en Puerto Libre, es el momento del derrumbe del paraíso¹⁴. Así lo describe, verbigracia, Walwin Petersen (2007):

13 Énfasis añadido. Esta particular división me parece un aporte de Losada que permite seccionar con cierta delicadeza en el plano literario las relaciones de fuerza dentro de una formación social, cuando no se trata de tensiones dentro de un mismo discurso, como en el caso de las literaturas heterogéneas, y cuando la discusión se centra sobre obras y escritores concretos y no en grandes marcos, como sería el caso de anotaciones de Glissant en torno a la Historia y la literatura en el Caribe, de todo punto pertinentes para otros debates.

14 Esto no es una simple frase retórica, sino que se puede rastrear como tropo o locus tanto en textos históricos (como *The Province of Providence*, de Walwin Petersen), como literarios (abundan las imágenes de la isla como paraíso intocado en los poemas de *Naked Skin*, de Juan Ramírez Dawkins, e incluso, aunque sin asidero cronológico puntual, en algunos de los cuentos de Lenito Robinson. Es muy evidente en *No give up, Maan!*). Y ese paraíso que figura allí tiene un sustrato o un sentido bíblico: la religión precede la vida social, no existe la degradación que describen hoy en día los periódicos y que fustigan algunos autores como Eviston Forbes Bernard y Jimmy Gordon Bull. Esta semblanza del paraíso se opone fuertemente al paraíso como locusturístico que prima hoy en los catálogos de viaje a la isla y que sería el responsable de esa especie de contrapartida infernal que sería la vida del sanandresano nativo o de antaño hoy allí, como sostiene Petersen en el fragmento citado. Este tema ocupa varios trabajos para el Gran Caribe, entre ellos: Sun, Sex and Gold: Tourism and Sex Work in the Caribbean editado por Kemala Kempadoo. Un giro bien interesante de esta discusión recién sale en la canción “El fallo”, cantada a dúo por Jiggy Drama y Creole New Generation (cfr. http://www.elcolombiano.com/jiggy_drama_protesta_con_su_cancion_el_fallo_contra_el_gobierno_y_la_haya-AAEC_270617), y aquí el

Luego, grandes almacenes de San Luis e incluso del North End empezaron a desaparecer, obligados por la nueva competencia del comercio informal por parte de los nuevos inmigrantes [colombianos continentales]. Sumado al caos, los isleños empezaron a construir usando ladrillos de arena y de cemento, absolutamente sin ningún control, usando el trabajo barato de inmigrantes atraídos por el “nuevo paraíso de Colombia” –un “paraíso colombiano” que gradualmente estaba siendo convertido en un infierno para la mayoría de los isleños nativos. [p.257]¹⁵.

Se aplica aquí la popular expresión anglocaribeña que un poeta como Kamau Brathwaite (1973) usa precisamente para cuestionar la desigualdad mantenida por el turismo: “*some people doing well, while others are catching hell*”. Efectivamente, a raíz de ese estatuto de Puerto Libre, el poblamiento de la isla se saldrá de control con los enormes conflictos que acarrea en todos los planos, desde la imposibilidad para el autoabastecimiento hasta los daños ecológicos causados por el exceso de desechos y detritus, pasando por las rupturas en el tejido de la vida cotidiana (desde el silenciamiento del creol hasta el desequilibrio poblacional y laboral o los problemas como el narcotráfico y su ética del dinero fácil) (Petersen, 2002, pp.257 y siguientes). Por otro lado, esa apropiación económica y política del archipiélago por parte del país es responsable también de situaciones conflictivas de hoy en día como la incomunicación de la isla (y del archipiélago) con otros territorios que históricamente han sido más cercanos a la cultura y la historia suya que el continente (como las costas de Panamá, Costa Rica o Nicaragua e incluso Estados Unidos). Todo esto explica la desconfianza de los isleños hacia los “pañas” y da sentido al hecho de que los isleños reivindiquen sus derechos territoriales, lingüísticos y culturales raizales, incluso mediante posiciones abiertamente políticas, como las del partido AMEN-SD¹⁶.

Nada avala que este contexto se ignore al momento de pensar la literatura de la isla. Todo lo más: desde la perspectiva de este escrito, es preciso tener presentes las dinámicas neo(o intra) coloniales de Colombia hacia San Andrés, en el plano de la crítica literaria y, al tiempo, las reacciones de los grupos letrados en la isla respecto a esas dinámicas, si queremos entender el porqué de los temas y las formas de la producción de la isla, y las estrategias políticas (en sentido amplio) que las estructuran.

video: (<http://www.youtube.com/watch?v=hdwCcnVSWAM>). Creo que la iniciativa de estos músicos es significativa si pensamos en otras dinámicas de vocear cultura (es curioso, en este sentido, por ejemplo, que en la isla el cantante Shungo haya puesto en circulación en las papelerías cuadernos escolares cuya cubierta tenía a su grupo musical).

15 Énfasis añadido. Todas las versiones al español de textos en inglés son mías.

16 Sigla de Archipelago Movement for Ethnic Native Self-Determination for the Archipelago of San Andrés, Providence and Kethlena.

La isla se ha vuelto omnipresente en los ojos de los continentales (y de extranjeros de otras partes del mundo)¹⁷ a raíz de campañas publicitarias como “Colombia es pasión”¹⁸, más recientemente “Colombia es realismo mágico”¹⁹ y a paquetes turísticos donde figura con precios competitivos al lado de destinos populares como Cartagena. En cuanto a investigaciones, hasta ahora habían sido primordialmente hechas por parte de antropólogos (Pedraza, 1986, 1988, 1992), historiadores o politólogos (Rivera, 2004). Esto es apenas el principio, pues ahora San Andrés y Providencia han entrado al canon literario colombiano con la marca de lo afrocolombiano. Dos de los dieciocho tomos de la Biblioteca de literatura afrocolombiana, recién publicada por el Ministerio de Cultura (2010), corresponden a escritores del archipiélago (el 14 a Hazel Robinson, el 7 a Lenito Robinson). Así mismo, en el tomo 16, *Antología de mujeres poetas afrocolombianas*, se incluyen cinco poetas de las islas, con la novedad de algunos poemas en creol.

Cuando, a principios del 2010, formulé un proyecto de investigación sobre la literatura de la isla, mis objetivos eran absurdamente ambiciosos: quería explorar la literatura de los últimos cien años en San Andrés; iba también tras posibles nexos desde lo literario entre los chinos de la isla y los chinos de islas como Trinidad o como Cuba. Igualmente, quería mirar cómo aparecía el turismo en las producciones literarias de San Andrés y, como si eso fuera poco, me proponía rastrear el —para mí— ineludible problema de la relación isla/Colombia/Gran Caribe. Los tres primeros objetivos demostraron ser resultado de los a priori de quien estudiara la isla partiendo de temas y problemáticas más o menos comunes al Gran Caribe en general. Más importante aún, por peligroso, esos objetivos me parecen ahora fiel reflejo de la misma tendencia exotizante con que se acercan a la isla el turista y el “paña”: San Andrés era una especie de “paraíso literario”, sin especificidad suya propia²⁰. Conversé con varias personas de la isla,

17 Por ejemplo, en la revista *Temporada, High Season. La revista de San Andrés y Providencia* (una revista dedicada exclusivamente a la promoción turística de las islas), en el número de diciembre a junio de 2010, ed 44, p.6, se da cuenta de una especie de convenio mediante el cual empiezan a llegar turistas checos y canadienses al archipiélago, por primera vez, luego de 9 años en que no llegaban en grupos continuos turistas europeos allí.

18 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=ri0kovbKot4>

19 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=BTcZB5q-9S4>

20 Esta actitud es algo generalizada entre la crítica: si bien los dos textos críticos existentes (hasta el momento en que empecé la pesquisa) sobre la obra de Hazel Robinson, escritos ambos por críticos de la costa colombiana, se dedican muy juiciosamente a la obra en sí, arrojando líneas de lectura sugerentes para el estudio futuro de la obra, ambos contemplan el texto (y la isla que lo produce) desde esa distancia que la hace parecer un terreno uniforme que ha producido en cuanto a literatura solo estas dos obras. Es un sesgo de la práctica crítica en general, que contrasta vivamente con los enfoques muy localizados y en consecuencia especificadores de los trabajos antropológicos o de ciencias políticas que le restituyen al archipiélago su dimensión caleidoscópica.

y con investigadores de otras disciplinas que le habían dedicado algún tiempo y estuve en la isla por unas semanas²¹. El resultado de ese viaje fue un choque que, felizmente, desestabilizó todos (menos uno de) mis supuestos de investigación.

Para empezar, el panorama literario de la isla es más variado de lo que desde el continente o de cualquier foco externo y abstracto se puede creer. Una caracterización rápida de la producción de San Andrés²² daría este croquis. Un primer grupo de escritores isleños conocidos fuera de la isla. En este grupo, Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson Bent van ganando acelerado reconocimiento. Hazel Robinson Abrahams, con sus tres novelas escritas y publicadas en los últimos años (2002 [reimpreso en 2010]; 2004, 2009), y el segundo, Lenito, con esta reedición en la Biblioteca afrocolombiana de los cuentos que publicara en 1984 (pero escribiera tan temprano como en los años 70).

Un segundo grupo reuniría a escritores isleños y no isleños menos visibles por ahora, que viven (o vivieron) en la isla. Entre estos: Claudia Aguilera (1991, 2005), Nadim Marmolejo (s.f.), Lina Chow Wong (2008, 2014), Claudine Bancelin (2004), Mariamtilde Rodríguez (2007), Jorge Muñoz (1974), Franco Grittani (2004). Fanny Buitrago (1976, 1979, 2010) ocupa un lugar aparte, en la medida en que su trayectoria es más amplia y su difusión no está amarrada solamente a lo relativo al tema sanandresano. Libros como los de estos autores circulan por caminos inusuales (Se venden en un café, en una papelería o lo tiene alguien relacionado con la escritora o el escritor...).

Un tercer grupo estaría, desde mi perspectiva, conformado por intelectuales raizales en la isla, que despliegan proyectos con miras similares. Juan Ramírez Dawkins ha publicado los libros *The Soldier dem de come/Ahí vienen los soldados* y *The Mango Tree/El palo de mango* y el libro de poemas *Naked Skin/Piel desnuda* (ambos de 1996). Ramírez Dawkins, luego parte del movimiento independentista AMEN-SD, fue estimulado a

21 Aprovecho para manifestarle mis agradecimientos a Camila Rivera, que tocó a las puertas por mí, y a Javier Archbold, quien por muchos medios me facilitó enormemente el arribo. Sin la compañía de Dany Advíncula habría visto un panorama muy distinto y sin el beneficio de las conversaciones con Teresa Cadavid y con la familia Schonnewolf estas reflexiones estarían a medias. A Raquel Sanmiguel, su disposición ininterrumpida a conversar sobre este tema conmigo; a Mirta Díaz, en la Biblioteca del Banco de la República por una apertura sin ambages. Igualmente, mi gratitud para con Jimmy Archbold, músico de la isla, y Adriana Santos, profesora de la Universidad Nacional sede San Andrés.

22 El hecho de que a veces incluya a Lenito Robinson-Bento en las menciones de la literatura de San Andrés se debe a que en el centro de documentación del Banco de la República allí se encuentra algún material suyo y a que no hay por lo general en el imaginario de los letrados del archipiélago una diferencia tajante entre los escritores de las dos islas. Aunque conviene precisar que con los desarrollos del teatro en Providencia, entre otros, esto empieza a matizarse. Me centro exclusivamente aquí en San Andrés porque en vista de las diferencias culturales el sistema literario funciona ligeramente distinto en Providencia donde por ejemplo, a diferencia de San Andrés, ha habido talleres de Renata, con una publicación que la Cámara de Comercio de San Andrés distribuye gratuitamente. Es decir, también su modo de circulación y quizás la elección de la lengua es atípica para lo que describo a continuación sobre San Andrés.

escribir y publicar estos textos por dos intelectuales reconocidos de la isla y activamente involucrados en las reivindicaciones raizales por el lado lingüístico: Marcia Dittmann, quien tradujo los relatos de *The Soldier* para esa versión bilingüe y ha publicado en conjunción con Lolia Pomare-Myles o sola varios trabajos tendientes a recuperación de memoria histórica²³, y Oakley Forbes. Lolia Pomare-Myles, por su parte, muy reconocida en la isla, ha desarrollado un trabajo versátil (desde la escritura en periódicos hasta la realización de programas de televisión y un trabajo de memoria con la comunidad) (Patiño, 2011)²⁴. Ampliando el marco de visión de lo literario, habríamos de incluir a Marilyn Bizcaino Miller, creadora del Festival Internacional de Teatro Ethnic Roots, en 1999 (Moyano, 2007), quien con obras performáticas como *Combak* (Silva, 2013b, pp.121-139) está pensando la isla en su dimensión sociopolítica. En este grupo incluiría, por esta cercanía, las poetas que publicaron en algún momento en el periódico *Horizontes*, ahora incluidas en el tomo de la biblioteca afrocolombiana también. Estas poetas son Ofeilia Margarita Benet Robinson, Briceña Corpus Stephens, Emiliana Bernard Stephenson, Herminia Macariz Michell y Marqueta McKeller [que recién publicó por cuenta propia una compilación de sus poemas. Cfr. *Memorias*, 2012]. A este grupo pertenecen también escritores y escritoras muy jóvenes como Keisha Howard (*San Andrés: A Herstory*, 2014), Alciano Williams (2011) y Adel Christopher (2011). Tanto la escritura de Juan Ramírez, como la narración de Lolia Pomare-Myles, las performances de Marilyn Bizcaino, la novela de Howard y poemas de Williams y de Christopher hacen eco de lazos con el Gran Caribe (a veces por la vía de imaginar el lazo con África), desde imágenes de la isla como paraíso hasta las historias de Anancy, desde la recuperación de tradiciones isleñas hasta la visita a imágenes simbólicas de lo isleño como el cangrejo, o la producción en creol.

Un cuarto grupo que vendría a sumar una faceta más de lo isleño a este sistema estaría conformado por los que no publican o publican textos híbridos (desde una perspectiva tradicional, por decirlo muy vagamente), y son reconocidos como “literarios” por población y medios locales, por ejemplo, varios poetas que publicaron en algún momento en periódicos de la isla como *Horizontes* (1999-2000) o incluso los que participan en algunos recitales organizados por la Casa de la Cultura y cuyos poemas quedan luego guardados en este lugar, en hojas sueltas.²⁵ De hecho, este es uno de los renglo-

23 Un ejemplo de este trabajo es Dittmann (2008), *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia [Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez]*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia.

24 Ana Mercedes Patiño da cuenta de su trayectoria y ámbito de movimiento con lujo de detalles.

25 En el número de *Horizontes* correspondiente a abril-mayo de 1999 hay por ejemplo poemas de Herminia Macariz Mitchell, Cecilia Francis, Rosa Victoria Brown y Marqueta McKeller Hudgson. También se mencionan como poetas o escritores (y de algunos hay uno o dos muestras en hojas sueltas en el Centro de

nes más intrigantes, pues gente diversa desde bibliotecarios hasta profesores universitarios y de colegio afirma sin ambages que estas personas u otras anónimas *hacen literatura*. Pero los textos no están agrupados ni circulan para el público en general. Pasan de manos del escritor o escritora a manos de sus amigos, y de ahí a manos de los conocidos de los amigos en una cadena que se puede alargar. Los que circulan como “literatura sanandresana” en las papelerías populares accesibles también a los turistas son los de dos autores que viven y trabajan en la isla, y que entre sí son bien distintos: *Las plagas humanas bestializadas* (s.f.) y *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas* (2011) y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos* (2012), entre otros, de Eviston Forbes Bernard, conocido como “Papalee”; y *A oscuras pero encendido* (2001), *Legado de piratas* (2006) y, en menor medida, *Meridiano 82, la ruta de la langosta* (2010), de Jimmy Gordon Bull.

El tema “literatura sanandresana” plantea entonces varios problemas. Algunos de ellos son parientes de los obstáculos consuetudinarios a la historiografía y la crítica de territorios que fueron colonia e implicarían preguntarse ¿desde qué punto en la historia hablaríamos de la existencia de esta literatura? y en relación con lo nacional y el canon, ¿a la escrita por quiénes llamaríamos tal? Para San Andrés, estas preguntas entrañarían un doble nivel en el plano cronológico y territorial (“nacional”). Por un lado, una historia previa que haría lícito pensar en la posibilidad de que existan textos escritos por habitantes de la isla (nacidos en ella o no) durante su período inglés, y que podrían estar dispersos en lugares como Puerto Limón, Colón o algún lugar de Inglaterra o Estados Unidos. Y por otro lado, su inflexión netamente colonial bajo égida colombiana. Y es lógico que así sea, si no perdemos de vista la gran movilidad que caracteriza, circum-atlánticamente, al Gran Caribe.

Las respuestas a interrogantes de ese corte suponen que el material de estudio existe. Pero también suponen que es homogéneo y correspondiente a formas previstas, más o menos fijas, como la novela, la poesía escrita, el cuento (escrito también), y el ensayo. Por el croquis que acabo de esbozar, me parece lícito sugerir que las preguntas guía de una crítica literaria sobre la literatura sanandresana tendrían que ser otras. Para empezar, ¿qué implicaciones tiene que ese material “literario” no adquiera las formas genéricas esperadas (poesía, novela, cuento)? O más aún, ¿que no esté publicado?, y por último, ¿que la expresión literaria sea algo subterránea, o tenga rasgos muy específicos debidos a la idiosincrasia cultural y política de San Andrés en relación con Colombia y con otros países que hacen parte de su historia?

documentación de la Casa de la Cultura) a Adel Christopher Livingstone, Ofelia Margarita Bent Robinson (animada por Oakley Forbes a escribir), Briceña Corpus Stephens, que luego serán parte de la Biblioteca Afrocolombiana, como ya he mencionado.

Detengámonos un poquito en las tres últimas preguntas, con el ánimo de brindarle algún espesor a ese panorama. Es posible sostener que:

Los isleños son (y se autodefinen como) poetas, hay muchos que escriben pero que no tienen visibilidad como la tendrán Lolía Pomare, Juan Ramírez, Hazel Robinson y Benito R. Escriben en español la mayoría, otros tímidamente en inglés, otros en Creole o en lengua mezclada. Los más jóvenes se van por la música, componen cantos de protesta en ritmos que llegan a la juventud... Los de mayor tradición usan el inglés y encuentran en ese inglés 'victoriano' que manejaban y en sonetos de la Biblia victoriana inspiración: estos últimos son como poetas... *pero como te digo, la mayoría no publica*. Incluso hay quienes han escrito cosas sobre la isla y *las tienen guardadas*, y a veces, por aquello de la confianza que se va construyendo, va uno teniendo acceso a algunos extractos. [...].²⁶

Este panorama tan heterogéneo —de escritores locales visibles en el continente, escritores locales o extranjeros con visibilidad en la isla pero no en el continente, intelectuales comprometidos con raíces y tradiciones, y escritores con textos híbridos— cobra cierto aire natural si, a la luz de los enunciados de Losada, se lo entiende como “producto de una actividad consciente de un sujeto social que, de alguna manera, tiene dominio de sus fines, escoge medios y estrategias para cumplirlos y que, precisamente en el cumplimiento de esa actividad, se constituye en un nuevo sujeto social, *sólo posible en esa forma de cultura*” (Losada, 1976, p.211). Así, estos rasgos harían parte de cierta especificidad del sistema literario en la isla: tanto la visibilidad de algunos escritores como la invisibilidad de otros, tanto la escritura en creol como la escritura en español, y la elección de uno u otro tipo discursivo, se aclaran en razón de esta doble articulación de San Andrés como isla con su vida propia y San Andrés como departamento de ultramar colombiano. Unos y otros se afilian a modos de prestigio contrapuestos, sustentados en pugnas políticas, pero materializados en la praxis literaria. Quien escribe en creol o en español o quienes rescatan relatos orales y los transmiten por escrito o en performances²⁷, evidentemente le asignan “una naturaleza, una función y unas tareas” anticolonialistas a su trabajo cultural; quien de otro lado busca

26 Raquel Sanmiguel, Comunicación personal, junio 17 de 2010. Énfasis añadido. Es claro que aquí Sanmiguel pone a contraluz la riqueza no escrita de este mundo cultural y, gracias a sus preocupaciones por la etnoeducación, da pistas por los caminos en los cuales se encontrarían algunas manifestaciones para un estudio sobre el tema que nos ocupa en la isla.

27 Pienso en Lolía Pomare-Myles, o en proyectos como el de Patricia Enciso (2004).

algún lugar de acuerdo o cuyas obras se prestan para una lectura ambigua de la isla, está igualmente respondiendo a una interpelación²⁸.

Desde mi perspectiva, el cuarto grupo (y en alguna medida el tercero), parafraseando de nuevo a Losada, “se constituye en un nuevo sujeto social [...] mediante el dominio de sus fines y la escogencia de medios y estrategias para cumplirlos” (Losada, 1976). El propósito de esa minoría es tan ambiguo (y tan socialmente interesado como el de las dos minorías anteriores: quieren, mínimamente, ser referentes culturales y literarios) en la isla. La diferencia es que estos escapan al control institucional literario y, así, en sus textos podemos rastrear y ubicar con mayor certeza la dinámica de resistencia (desde luego no exenta de contradicción) respecto a Colombia. En este diagrama se ve esa articulación en el hecho literario (pensado como hecho social) como un fenómeno donde se articulan “de manera inmediata los conjuntos literarios con la praxis social de los sujetos productores y, mediatemente, con la situación de la estructura social” (Losada, 1976). No es coincidencia que tanto Forbes Bernard como Gordon Bull estén involucrados de uno u otro modo en la política de la isla ni que Howard tenga tras de sí una tradición de intelectuales bautistas y que su novela sea resultado de un proyecto avalado por AMEN-SD.

Para 2010, en una carpeta del Centro de documentación de la biblioteca Luis Ángel Arango en San Andrés se reunían los personajes insignes del archipiélago. Era una lista variopinta: había portadas de libros (como los de Hazel Robinson), y notas de periódico sobre uno u otro deportista. Había también notas necrológicas, sobre políticos o personajes de la cultura de la isla. Esta carpeta se repetía en el Centro de documentación de la Casa de la Cultura. Ambas eran compilaciones hechas por la gente que trabajaba en cada lugar, su contenido y organización no estaban determinados por un ente gubernamental o un ente oficial común²⁹. Leo Umbasía, entonces directora del Centro de documentación de la Casa de la Cultura, en el momento en que realicé el trabajo de campo, por ejemplo, dijo llevar algunos años intentando a título personal un libro sobre escritores de la isla, que incluiría pinturas de los autores, hechas por un pintor local. Ahora bien, a la pregunta por *quién escribe literatura*, la reacción informal de gente de diferentes círculos en la isla asombra por la coincidencia. Personas de trasfondos muy

28 *No Give up, Maan*, por ejemplo, presenta la imagen de la isla como referente de identidad isleña, pero ya que el formato que usa es más tradicional (novela) la crítica nacional se la apropia con gran rapidez (no en vano, la mayoría de los trabajos de tesis en proceso de que tengo noticia están centrados en su obra) y la va reificando como exponente del exotismo de la exótica isla.

29 Esto ha cambiado radicalmente, y parte de los proyectos del Banco de la República en la isla, en la actualidad, son tremendamente concientes de la diferencia cultural, del formato marginal de las producciones en la isla, y de las necesidades particulares que plantea. Los proyectos de recopilación de memoria oral, y la dinámica de charlas y simposios que tiene actualmente la sede en la isla dan fe de estos cambios y prometen mucha intensidad y riqueza en el futuro cercano.

distintos (estudiantes, artistas, trabajadores oficiales) coincidían en identificar un solo nombre, Eviston Forbes Bernard, como *alguien que escribe literatura*. Los encuestados casuales decían que este escritor (y sus escritos) les gustaba porque “dice la verdad” (queriendo significar con esto que denunciaba el estado de cosas producido por la relación entre Colombia y San Andrés). Aunque aquí no habría que soslayar el hecho de que esta respuesta la estaban dando a una persona del continente, y por tanto, mis interlocutores podían estar situándose y situándome en lugares concretos de ese espectro político que la isla convoca.

Las plagas humanas bestializadas, de Forbes Bernard, un libro sin editorial ni fecha, publicado de propio bolsillo, no es un libro fácil de leer para un letrado: su ortografía no es ortodoxa, no parece tener un orden lógico previsto; aunque el tema es uno (las plagas de la colonización), está desarrollado en ramificaciones; el libro tampoco parece corresponder a ningún género único: su tono es de discurso político con invectivas contra Colombia y las “pestes” inoculadas por el país en la isla; tiene algo de apología personal (consecuente con la candidatura del autor en algún momento a un puesto público en la isla), y además hay poemas (alguno de los cuales ya había sido publicado en hoja suelta o periódico). Este formato es consistente en otros libros de Forbes Bernard en esta línea: *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas*, y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo. Todo para ellos; todo para ellos*³⁰.

Por su parte, los temas de *A oscuras, pero encendido*, de Gordon Bull, recorren el mismo espectro: catilinaria, discurso moral... Esta compilación de crónicas bilingües publicadas originalmente por Gordon Bull en los periódicos *La noticia*, y el *Archipiélago Post* es pagada por el escritor, y se vende en las papelerías de la isla. En este libro encontramos pequeños relatos que ilustran el deterioro del tejido social en la isla, con un tono sutilmente distinto del de Forbes Bernard pero apuntando a los mismos ejes escriturales y argumentativos.

Pero si bien ambos autores tienen claras agendas políticas y personales, el proyecto no es sólo individual, sino que da voz a un sector intelectual de la isla. El hecho de que sean publicados autónomamente (no por mediación de una editorial o una institución oficial) me parece clave para comprender lo que dicen y la relación de la gente con esos textos que tratan temas que se escriben así como se conversan y que en su tono enérgico y de corte casi forense evocan mucho el sermón (no hay que olvidar el peso fuerte del protestantismo en la isla, y el hecho de que entre los intelectuales que

30 El libro más reciente de Forbes es una historia de San Andrés, donde este formato disperso, ajeno a las expectativas de una “historia escrita” se repite, y donde caben alabanzas al presidente de turno, fotos del autor con personajes de la isla, y relaciones de hechos sobre la isla, transmitidos oralmente o por escrito.

lideran reflexiones sobre la historia y la situación en la isla se encuentran líderes de estas iglesias. Es decir que estos textos pueden beber de tradiciones subterráneas o al menos no las más evidentes para los críticos del continente]. También me parece fundamental ese detalle de la publicación sin mediación de pares y todo el proceso editorial que implica ciertos controles lingüísticos y textuales, para debatir otro elemento de interpretación: ¿qué hace la crítica con un libro “mal escrito”? En este punto el libro de Forbes Bernard amerita un comentario. Es casi un lugar común entre quienes leen y discuten sobre la literatura del archipiélago decir que lo oral en ella es ineludible. En esta afirmación se entiende lo oral como lo relacionado con el creol y los cuentos y otras tradiciones asociadas a él, no necesariamente plasmados en textos impresos. Sin embargo, el texto de Forbes pone en escena otra cara de esa oralidad, relacionada por vía refleja con la colonización, como si fuera el negativo del creol: ¿por qué no pensar que la “mala ortografía” de este libro de Forbes Bernard surge del mismo lugar de donde surge el silenciamiento del creol como política de gobernabilidad? Creo que es una explicación plausible decir que ese español se plasma ahí con las dificultades todas de lo que es una segunda lengua, aprendida de oídas, y segunda lengua al fin. Durante todos estos años se ha producido, sin duda, un amarre cultural, que hace que sea pertinente pensar lo oral aquí a partir de otros indicios, como esta hibridez ortográfica, sintáctica y genérica, manifestación de fractura en sí, en la que se ve la lucha de los dos mundos. Esto es, repito, lo que veo en estos tres libros de Forbes Bernard y en el de Gordon Bull: su vacilar entre géneros, las curvaturas de su escritura, la particular combinación de formas que usan con dispar dominio, los códigos de prestigio que emplean (ambos autores incluyen fotos suyas en estas obras: Gordon Bull como el pirata en la portada de su libro *Legado...*, Forbes Bernard en eventos políticos en el suyo). Este camino de ver lo oral creol en otros indicadores me ha interesado más que el camino derecho de la transcripción de lo oral. De ahí el sesgo particular de esta investigación.

Veo rasgos que coinciden con esta tendencia y que entiendo como signos de “un proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura” (siguiendo de nuevo a Losada [1976]) en uno de los libros de historiografía de la isla, como más adelante se verá.

Quizás se necesite aclarar que mi detenimiento en estos autores no apunta a su canonización (aunque sí me resulten más interesantes, como proyecto crítico personal, unos que otros), sino a señalar líneas de lectura que permitan cuestionar los moldes y modelos desde los elementos funcionales del contexto.

Las peculiaridades que he ido reuniendo aquí (el borde poroso entre géneros, el tipo especial de textos que resultan, los modos de autorización de la propia voz por

parte de los escritores) en el marco de una pregunta por la especificidad de lo literario en la isla, obligarían a un estudio detenido del periodismo (su historia, y principalmente su función) para los distintos grupos de esta formación social. Al ser un espacio de formación de conciencia, con cribas menos rígidas que las del impreso literario, sospecho que ha dado voz y presencia a temas y formas que todavía no hemos registrado. Por ejemplo, empezando en diciembre de 1998 se publicaron varios números de *Horizontes*, un periódico donde la agenda de recuperación de memoria cultural era muy clara por parte de los escritores regulares que allí publicaban, entre los cuales se incluían Ramírez Dawkins, el historiador Walwin Petersen, Lolia Pomare Myles, y el pintor Elario Fiquaire. Entre 1962-1963 y 1965 existió el semanario *San Andrés bilingüe*. Y una de las calles de San Andrés rinde homenaje al fundador del primer periódico de la isla *The Searchlight* (1912)³¹. Hoy en día la revista *Welcome*, dirigida por Eduardo Lunazzi, combina la línea dura del turismo, con relatos necesarios sobre la vida íntima de la isla (en el número 69 de junio de 2010, por ejemplo, hay un reportaje sobre uno de los cantantes de hip-hop más curiosos de la isla: Shungu). Ese estudio tendría que pensar en el periodismo como un sitio de circulación de proyectos intelectuales, como el espacio donde se pueden encontrar y manifestar géneros disímiles a los que la crítica literaria espera y que serían algún reflejo de las necesidades, la idiosincrasia y los modos propios de un sector de la isla.

La crítica

*Tú ves un fallo y algunos cayos
nosotros vemos un futuro amenazado*³²

Cronológicamente, la primera mención de historiografía literaria concerniente a la “literatura sanandresana” de que tengo noticia se registra en el libro *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* de Antonio Benítez Rojo (1989). Es el capítulo seis, “*Los pañamanes* o la memoria de la piel”, dedicado a esa novela de Fanny Buitrago, publicada en 1979, y que transcurre en la isla.

Benítez Rojo intentaba mapear una cartografía disgregada donde “se repiten” algunos fenómenos macro, con diferencias según la vida de cada isla. Su mapa es en verdad, para el momento en que está escribiendo, bastante amplio, aunque naturalmente

31 Que he visto citado, a propósito de los casos de juicios contra afrocaribeños por prácticas de obeah, en el interesante trabajo de Lara Putnam (2012).

32 Jiggy Drama y Creole N.G., *El fallo*.

inabarcable. Puede, por tanto, afirmar: “en la actualidad, puede decirse que el lector dispone de un conjunto de obras que representan los fragmentos de mayor tamaño del vasto rompecabezas del Caribe. No obstante, aún hay vacíos importantes que llenar. [...] todavía faltan por encajar algunas islas, ciertas ciudades y puertos, tramos costeros, penínsulas y golfos cuya ausencia configura huecos de bordes irregulares en la superficie azul turquesa del Caribe” (Benítez Rojo, 1989, p.221). Tras este anuncio, Benítez Rojo introduce *Los pañamanes*, que viene a ubicar allí “una rara pieza del rompecabezas caribeño”, en forma de “un minúsculo archipiélago situado a unas cien millas al oriente de Nicaragua, y conocido con el nombre de San Andrés y Providencia” (Benítez Rojo, 1989, p.221).

El tema de este capítulo (curiosamente, es la única obra de autoría femenina incluida en *La isla que se repite*, al lado de autores como Wilson Harris, Alejo Carpentier, Edgardo Rodríguez Juliá o Nicolás Guillén...), es el encuentro entre tres temas: la tensión racial, la mitologización de la historia traumática y la exposición y conjuro de la violencia que está en la raíz de la colonización. Con estos tres elementos, sumados a la oralidad manifiesta en los cuentos de Anancy, Benítez Rojo sitúa entonces el archipiélago en la historia caribeña que ha venido rastreando.

En el 2007, José Luis Garcés González, en *Literatura en el Caribe colombiano. Señales de un proceso* incluye la novela de Hazel Robinson Abrahams *No give up, maan* (así como *Los cuentos de la ausencia* de Lenito Robinson Bent). Se trata de una reseña detallada de la obra, en su desarrollo y en sus valores. De este modo, Garcés González hace su parte del trabajo al incorporar estos textos, buscando contrarrestar la idea de que “somos una tierra plana y por ello de fácil comunicación física y cultural” mediante el “conocimiento de la literatura caribeña colombiana” (contraportada del libro). También, a propósito de la obra de Hazel Robinson, tenemos el prólogo a *No give up, maan* reimpresso como cuarto tomo de la Biblioteca de autores afrocolombianas por el Ministerio de Cultura de Colombia. En este prólogo, Ariel Castillo Mier, quien propuso la obra para la colección, redimensiona las crónicas de Robinson, como una especie de implícito antecedente de sus novelas. Luego, analiza el pasado escritural de Robinson Abrahams como prólogo a su obra narrativa.

Una continuación muy interesante de este trabajo de Castillo Mier la presentó Eduardo Silva en forma de ponencia en la conferencia de la Caribbean Studies Association (2013a), quien también publicó recientemente un trabajo sobre la obra teatral de Marilyn Bizcaino Miller (2013b). Respecto al proyecto total de Hazel Robinson, y por otro lado, a la problemática de la migración desde la isla y la de los capitanes de go-fast desaparecidos en alta mar hay artículos de Del Valle, 2011, 2014a y 2014b, respectivamente.

Marcia Dittmann participó en el XI encuentro de saberes, en Mompox y como resultado de esa participación está su revisión de la producción oral y escrita de las dos islas (2010). Como antes señalé, Ana Mercedes Patiño le dedicó al trabajo de Lolía Pomare Myles un artículo que la sitúa como intelectual en la confluencia de muchas ramificaciones; tiene también un texto sobre las novelas de Robinson Abrahams (Patiño, 2014, pp.40-47). El cubano Samuel Furé Davis (2013), recoge algunos apuntes de textos previos al suyo y agrega su percepción sobre la literatura de la isla, pero de este sólo tengo referencia. Estos son los trabajos publicados sobre la literatura de la isla, de que tengo noticia; actualmente hay varios trabajos de maestría en curso, en especial sobre la obra de Hazel Robinson Abrahams y la de las obras de tema isleño de Fanny Buitrago.

Me gustaría en este último apartado maniobrar entre tres imágenes de puerto, que se yuxtaponen, se complementan como mapas de la isla, en la historiografía, la historiografía literaria y las obras literarias en sí. Estos tres puertos son: el puerto antiguo y efervescente, el puerto en decadencia y ruina y el puerto imaginado y elusivo.

Puerto antiguo y efervescente

Parsons (1956) dibuja un portulano muy activo entre los siglos XVII y XIX, con eje en la isla: “La posición de San Andrés en el tráfico del Caribe occidental fue por un tiempo única. No era sólo el puerto donde se concedían licencias para el comercio costanero con Colombia, sino que proveía un cargamento de regreso y a la vez sus prósperos habitantes ofrecían un modesto mercado propio” (p.95). Durante los siglos XVII, XVIII y XIX, San Andrés cumplió distintas funciones: sirvió de base de operaciones: “en el siglo XVII, [...] la Compañía de Providencia tenía sus agencias establecidas a lo largo de la Bahía de Honduras y en Cabo Gracias a Dios. Más tarde, las islas sirvieron como base de tránsito para los aventureros ingleses, especialmente los de Jamaica, quienes por entonces se establecían a lo largo de la Costa de Miskitos y al sur hacia Panamá” (pp.114-115). Naturalmente, la fuerza económica subyacente a estos intercambios involucra no sólo la ida y venida de mercancías muy diversas, sino el intercambio humano con poblaciones distintas: “El primer viaje empezaba en *Nueva York* hacia San Andrés, en marzo o abril; era costumbre sacar licencia para efectuar el trueque de mercancía, *alhajas, licores, carne salada y harina* en puertos tales como *Corn Island, Pearl Lagoon, Bluefields, San Juan (Greytown), Salt Creek (Limón), Bocas del Toro, Chagres y Portobello*. Para el viaje de regreso abundaba en la costa *concha de carey, zarzaparrilla, cacao, goma copal, fustic, coco, mahogany y pieles*, y en las islas, *concha de carey, algodón y madera de cedro*. [...] Las embarcaciones atracaban en San Andrés tanto en su viaje

rumbo al sur como hacia el norte” (p.88)³³. Desde luego, en este ir y venir, también se ponen en circulación saberes concretos que hacen parte de la idiosincrasia lugareña: “Durante el siglo XIX los isleños continuaron comerciando especialmente con las costas de Centroamérica [...]. Eran expertos navegantes íntimamente familiarizados con la navegación en esta zona y muy solicitados como pilotos de las naves extranjeras” (p.117). En razón de estos contactos de larga data, no es de extrañar que haya asentamientos permanentes por parte de gente de las islas en otros lugares: “Las Islas Corn, por ejemplo, habían sido conquistadas por gentes de San Andrés antes de 1810. Algunos años más tarde otro grupo de San Andrés se estableció en Pearl Lagoon, al norte de Bluefields, y se dedicó al cultivo de algodón, café y caña de azúcar” (pp.114-115). Es lícito que los isleños sostengan entonces que “Las relaciones con los países del Caribe no fueron solamente comerciales, también fueron culturales, debido a [sus] raíces étnicas, [sus] experiencias históricas comunes y los lazos de parentesco” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.32). Tampoco ha de sorprender que ante el declive de su importancia económica, los isleños siguieran moviéndose: “Los proyectos de construcción de los ferrocarriles de Panamá y Costa Rica y años más tarde del fracasado canal iniciado por los franceses, aparecen como motivo de emigración de algunos isleños sin trabajo al continente [...] la construcción del Canal de Panamá [...] fue la obra que más empleó trabajadores de San Andrés y Providencia, así como de otras islas del Caribe, en escala sin precedentes”. Esto, naturalmente, incluye a las mujeres, que “han encontrado siempre trabajo como domésticas en Panamá” (Parsons, 1956, p.118). En voz de los habitantes de la isla: “Hacíamos cabotaje no sólo a las islas Mangle y a Centroamérica sino también a Jamaica, a las Islas Caimán y a Estados Unidos. Muchos hombres isleños han pasado buena parte de su vida navegando en los mares del mundo. Muchos han sido capitanes de grandes barcos de otros países” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.21).

Con este panorama, hay que estar de acuerdo con Parsons cuando sostiene que: “La geografía e historia de estas islas de San Andrés y Providencia tiene una importancia que no corresponde a su población y extensión” (Parsons, 1956, p.121). Esta fama pretérita es recreada en varias de las obras producidas en la isla, sobresalientemente, las tres de Hazel Robinson, situadas precisamente en ese largo período de gran movimiento, y más recientemente, en *Meridiano 82, la ruta de la langosta*, de Jimmy Gordon Bull, y en pasajes de las narrativas autobiográficas de Riva Fidel Robinson (2010, 2011).

33 Énfasis añadido

Puerto en decadencia y ruina

Alguien que se familiarice con las voces sanandresanas encontrará que en los textos de la más diversa índole se repite, palabras más, palabras menos, esta queja: “El cambio de nuestras costumbres comenzó a partir del año 1953 cuando la isla de San Andrés fue declarada puerto libre” (Ruiz y O’Flin, p.32). Así lo dicen, verbigracia, los habitantes en *San Andrés y Providencia: una historia oral de las Islas y su gente*, uno de los dos trabajos historiográficos, bilingües, con foco isleño. “San Andres, a “Free Port”- the Great Experiment of the Century and Its Aftermath”, es el capítulo correspondiente a este período en el segundo de esos trabajos, el ambicioso y peculiar libro de Walwin Petersen, historiador miembro de la Academia de Historia de Colombia, *The Province of Providence*. Las comillas que ponen en duda el “libre”/ “free” adquieren sentido en ese capítulo, donde se describe y comenta la distancia cultural entre los continentales colombianos y los isleños en San Andrés. Petersen no sólo describe los efectos del puerto libre sobre la vida de la isla: el desastre urbanístico, el desastre ecológico, el desastre cultural. Igualmente (aunque reconociendo que en todo esto tuvieron su parte algunos isleños, como es de esperarse en toda formación social), evidencia, primero, la incomunicación entre unos y otros porque en los primeros contactos legales, los isleños no entendían la lengua en la que estaban firmando los contratos con los continentales, y segundo, la distancia cultural, o casi podríamos decir, el desprecio de los continentales comerciantes o gobernantes por la opinión de los isleños. Ese escenario en su conjunto —los daños irreversibles al medio (el relleno de manglares, la rectificación de costas), la borradura de la cultura local (la imposición del español y del catolicismo), el cambio de las dinámicas económicas, la toma de decisiones incongruentes con el medio inmediato en tanto surgen del foco capitalino— coincide con el panorama colonial en otros lugares del Gran Caribe. De ahí la tremenda resonancia que un concepto como el de Puerto de Plantación tiene para describir el Puerto Libre. Benítez Rojo (1989) entiende por Puerto de Plantación “ciudades como Kingston, Bridgetown, Georgetown, Cayena, Fort-de-France, Paramaribo” (p.43) que “respondían a los requerimientos de sociedades donde, como promedio, nueve de cada diez habitantes habían sido alguna vez esclavos, y esto hacía superfluo el adoptar medidas que contribuirían a elevar, más allá de lo estrictamente necesario, los niveles de urbanización, de institucionalización, de educación, de servicios públicos y de recreo” (p.43). Guardando las debidas proporciones, y teniendo presente que la plantación es, a la larga, un modelo de sociedad, el Puerto Libre ocasiona en San Andrés lo que en el Caribe anglófono se produjo en el siglo XIX (en vista del colonialismo subyacente no es de extrañar que las consecuencias sean las mismas): “un menor grado de diversificación económica,

un menos número de campesinos y artesanos, un mercado interno más restringido, un sistema de comunicaciones y transporte más pobre, una clase media más reducida, una vida institucional más débil, una educación más deficiente, un conflicto mayor con la lengua de la metrópoli y un surgimiento tardío de las artes y las letras” (p.42).

Es curioso que de las obras literarias que mencioné, pocas se ocupan de este hecho concreto. Quizás sea natural esquivar el hecho traumático y volver al momento anterior a él. Solamente se zambullen en este tema los dos libros de Forbes Bernard y *A oscuras pero encendido*, de Gordon Bull, precisamente los dos que no encajan en las expectativas de lo literario tradicional. Habría que anotar, a modo de glosa, sin embargo, en aras de seguir complejizando ese croquis de la producción literaria en la isla, que *The Province of Providence*, es un recuento histórico bastante peculiar, si lo pensamos desde las prácticas y los moldes de las historiografías avaladas por los centros académicos. Para citar un ejemplo: el libro no cuenta con bibliografía, ni menciones de archivo, si bien en este caso quizás valga señalar que el centro de gobierno (la casona intendencial) se quemó, junto con otros edificios aledaños, el 19 de enero de 1965 (lo que no obsta para que Parsons, aún no superado, use y cite documentación de archivo disponible en el continente). Esto llama más la atención cuando se lo pone lado a lado con una anotación del libro de Gordon Bull, quien figura como “miembro fundador de la academia de historia de San Andrés” en las páginas de créditos de su libro. Estos datos delimitan otras formas de autorización del saber en la isla. En este sentido, como decía al comienzo de este texto, veo en los textos historiográficos y en algunos textos literarios en la isla un mecanismo de reflejo que puede ser interesante estudiar más a fondo.

Puerto imaginado y elusivo

“Las historias de tesoros enterrados aún persisten y de vez en cuando se han descubierto pequeñas guacas. [...] Las visitas de buscadores de oro, norteamericanos e ingleses, fueron tan frecuentes en un tiempo, que se dictó un decreto en 1877 que prohibía a los nativos colaborar con las expediciones extranjeras que arribaban en busca de tesoros” (Parsons, 1959, p.99). Quizás la medida fuera efectiva contra esos buscadores de tesoros. Para los escritores, por el contrario, esos tesoros escondidos han sido un acicate constante. Precisamente esta es la lectura que escoge Benítez Rojo, en ese primer texto crítico sobre la literatura con foco en la isla, para hablar de *Los pañamanes*. Ese puerto se caracteriza por su peso mítico, por la recreación cartográfica en clave alegórica, y, siguiendo al cubano, por una pulsión de exorcizar la violencia fundacional colonial. El puerto fantasma —a veces con sus barcos fantasmas y sus habitantes

también fantasmales [San Andrés del pasado irrecuperable, San Andrés de historias perdidas, San Andrés destrozada entre la tradición y la modernidad...] — es el protagonista de varios textos literarios: *Legado de piratas*, de Gordon Bull; *Bahía Sonora*, de Fanny Buitrago; *Sail Ahoy*, de Hazel Robinson; en *Hijos del paisaje* de Mariamatilde Rodríguez. En ese recurso al fantasma, esos textos están construyendo territorialidades alternativas, a las que se les puede objetar que no tienen ya función, puesto que no se puede revertir el tiempo. Sin embargo, como apunté en un comienzo, en el juego de las representaciones, los textos (y para lo que nos compete, los textos literarios) construyen y adelantan visiones poderosas, cuyo fin no siempre podemos calcular ni predecir. *Los hijos del paisaje* es uno de esos textos invaluable en este renglón.

Me he preguntado mucho si un trabajo de investigación bibliográfica desde la biblioteca me habría permitido apreciar los matices que hoy veo en la producción de la isla. Mi conclusión es que difícilmente el trabajo crítico hecho desde los escritorios nos ayudaría a salir de los supuestos aprioristas, especialmente si el objeto es tan cercano, y lo tenemos tan introyectado como nuestro: creemos que conocemos a San Andrés porque hace parte de la comunidad imaginada colombiana. Pero si “sólo la concreta encarnación histórica, y no el abordaje apriorístico, puede revelarnos las verdaderas características y funciones de un hecho literario” (Fernández Retamar, 1995, p.114) es tan importante estar inmerso en esa encarnación histórica como lo es estar dispuesto a pensar lo literario como algo más que textos bellos. El caso de lo literario en San Andrés, tal como lo veo, es uno de esos ejemplos para repensar los criterios críticos que nos rigen y empezar a explorar modos *sui generis* en que la historia y la política de estas islas jóvenes y coloniales se plasman en formas que reclaman nuevos lentes, a riesgo de pasarnos inadvertidas y cumplen funciones incalculables.

En este sentido, creo que la crítica también tendría que ser llamada a una rendición de cuentas en relación con San Andrés, similar a la que exige Petersen: “el gobierno nacional debe [...] hacer una evaluación objetiva y consciente de todo su proceso de intervención en estas islas, incluyendo un análisis de los resultados finales obtenidos. Se debe establecer con claridad cómo los objetivos y los procedimientos del gobierno han afectado a fondo a los isleños” (Petersen, 2002, p.260). ¿Qué hemos estado contribuyendo con el trabajo que hacemos o no hacemos en lo relacionado con la isla y territorios colombianos en similares circunstancias?, es la pregunta que en esta dirección considero ineludible.

En el urgente contexto de las disputas actuales de la Haya y de la postura irresponsable con la que el gobierno colombiano ha procedido respecto a un territorio en el mar donde viven y del que viven cientos de personas, no hay que olvidar la advertencia de Wilson (2004) de que “mucho del peso de [la] identidad [de la cultura Caribe] estará en

la posesión de la tierra [y] cualquier alienación a la tierra del Caribe de la gente del Caribe, debe ser mirada como fundamental destructiva. [por ello] Parecería ser un imperativo político que los derechos de la gente del Caribe pertenezcan a su tierra, y que sean asegurados por la garantía de que su tierra les pertenece.” (p.225). En el caso de las islas, naturalmente, esa tierra no puede ser separada de su constitutivo entorno acuático.

En las obras que he rastreado, la isla amasa sus tesoros, los expone y los vuelve a ocultar, se imagina y se reimagina de múltiples maneras, rica y caleidoscópicamente. Esa es una forma de apropiación. Y tendría algún poder en la esfera política, en bien de los isleños, si la crítica la hiciera reverberar.

Obras citadas

- Adorno, Rolena. [1998]. Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 28, 11-28
- Aguilera Neira, Claudia. [1991]. *Espejismo de arena*. Bogotá: Publicaciones Saint-Amour
- Aguilera Neira, Claudia. [2005]. *Trapezio al vacío*. Bogotá: Apidama Ediciones
- Arias Vanegas, Julio. [2005]. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Ediciones Uniandes/Ceso
- Bancelin, Claudine. [2004]. *Entre ráfagas de viento*. Barranquilla: Maremagnum
- Benítez Rojo, Antonio. 1989. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte
- Bernabé, Jean; Confiant, Raphaël y Patrick Chamoiseau. [1989] 2010. *Elogio de la creatividad*. Mónica del Valle y Gertrude Martin Laprade (trad.). Bogotá: Editorial Javeriana
- Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). [2010]. *La unidad es submarina*. Buenos Aires: Katatay ediciones
- Bourdieu, Pierre. [1985]. La fuerza de la representación (87-95). En *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal
- Brathwaite, Kamau. [1971/1981] 2010. *La unidad es submarina*. Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). Buenos Aires: Katatay ediciones
- Brathwaite, Kamau. [1973]. *Calypso. The Arrivants. A New World Trilogy*. Oxford: Oxford University Press
- Briones, Claudia. [2005]. [Comp.] *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Buitrago, Fanny. [1976]. *Bahía Sonora. Relatos de la Isla*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura
- Buitrago, Fanny. [1979]. *Los pañamanes*. Bogotá: Plaza y Janés

- Buitrago, Fanny. [2010]. *Canciones profanas*. Bogotá: Panamericana Editorial
- Castillo Mier, Ariel. [2010]. No Give Up, Maan!, una novela fundacional. *Biblioteca de literatura afrocolombianas* (11-31). Bogotá: Ministerio de Cultura
- Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo. [2008]. *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar.
- Chow Wong, Lina. [2008]. *¿Adónde ha ido lo que no volverá?* Cali: Editora Feriva
- Chow Wong, Lina. [2014]. *¡Déjame que te cuente!* Cali: Editora Feriva.
- Condé, Maryse. [1993/1995]. *La colonia del Nuevo Mundo*. Porta I Arnau, Mireia (trad.). Barcelona: Editorial Juventud
- Christopher Livingston, Adel. [2011]. *Idiomas de mi tierra*. S.l.: Publicidad total.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [ene/jun 2011]. Escenario edénico y naturaleza prístina en *Sail Ahoy!!! ¡Vela a la vista!*, y *The Spirit of Persistence*, de Hazel Robinson Abrahams: dos formas de recuperar una isla colonizada. *Estudios de Literatura Colombiana*. 28, pp. 17-38.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014a]. Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla. En *Sombralarga*, Revista de Literatura Colombiana. (1). En línea: http://www.sombralarga.com/articulos/primerocasas_desoladas.html
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014b]. Desaparecidos de la espuma. En *La Revista del Vigía*. Año 23, pp.32-33. Matanzas-Cuba.
- Dittmann, Marcia. [2008]. *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia (Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez)*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia
- Dittmann, Marcia. [2010]. Tradición oral y cultura letrada en la literatura de la comunidad raizal de San Andrés y Providencia Islas, Colombia. En *Memorias del XI Encuentro para la Promoción y difusión de la cultura, del patrimonio inmaterial de países iberoamericanos*, pp.230-259. s.c., s.e.
- Enciso Patiño, Patricia con narradores raizales. [2004]. *Los hilos que amarran nuestra historia. The Threads that tie our History*. Nafasd – GTZ. Bogotá: Impresol editores.
- Espinet, Ramabai. [1991]. Barred. Trinidad 1980. En Esteves, Carmen C. y Paravisini-Gebert, Lizabeth (eds.). *Green Cane and Juicy Flotsam. Short Stories by Caribbean Women*, pp.80-85. Newark: Rutgers The State University
- Fals Borda, Orlando. [2002]. *Historia doble de la Costa*. Maestros de la sede, 3. Universidad Nacional de Colombia. Banco de la República. Bogotá: El Áncora. ISBN 9583600873 – Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/1401/#sthash.icRw-wfMX.dpuf>

- Fernández Retamar, Roberto. (1995). Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana. En: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Instituto Caro y Cuervo, pp.89-134. Bogotá. (Originalmente publicado en 1975)
- Forbes Bernard, Eviston. (s.f.). *Las plagas humanas bestializadas*. s.e.
- Forbes Bernard, Eviston. (2011). *Meditamos en el abismo de nuestras tinieblas*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional sede Medellín
- Forbes Bernard, Eviston. (2012). *Con cara ganan los tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Furé Davis, Samuel. (mayo-2013). Entre la espada y la pared: un pasaje lingüístico-literario al Caribe insular colombiano. Ponencia presentada en el Coloquio internacional Diversidad cultural, Casa de las Américas, La Habana.
- Garcés González, José Luis. (2007). *Literatura del Caribe colombiano. Señales de un proceso*. vol. 1, Montería: Universidad de Córdoba. ("Hazel Robinson Abrahams", tomo 1, pp.434-437; "Lenito Robinson-Bent" tomo 2, pp.760-762)
- Glissant, Édouard. (1997) 2005. *El discurso antillano*. Caracas: Monteávila
- Gombaud, Stéphane. (2007). *Îles, insularité et îlité. Le relativisme dans l'étude des espaces archipélagiques*. Tesis de doctorado en Geografía, de Université de la Réunion
- Gordon Bull, Jimmy. (2001). *A oscuras pero encendido*. Bogotá: Tipográficas Ltda
- Gordon Bull, Jimmy. (2006). *Legado de piratas*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Gordon Bull, Jimmy. (2010). *Meridiano 82. La ruta de la langosta*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Grittani, Franco. (2004). *Immagini di San Andrés/Imágenes de San Andrés*. Nápoles: Accademia Partenopea.
- Grossberg, Lawrence. (ene/jun 2009). El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad, pp.13-48. En *Tábula rasa*, Bogotá
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1998). Literatura y política. En *Insistencias*, pp.69-283. Santa Fe de Bogotá: Editorial Ariel
- Guzmán, Diana Paola. (jul/dic 2009). Los dueños de la palabra: antologías poéticas en el siglo XIX. En *Estudios de Literatura Colombiana* No. 25, pp.91-106.
- Harris, Wilson. (1999). *The Unfinished Genesis of the Imagination. Selected Essays of Wilson Harris*. Bundy, Andrew (ed.). Nueva York: Routledge
- Henríquez Ureña, Pedro. (1928). Caminos de nuestra historia literaria. En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Editorial Babel. Disponible en Biblioteca digital de pensamiento dominicano, www.cielonaranja.com. Recuperado 16 de julio de 2010

- Howard Livingston, Keshia. (2014). *San Andres: A Herstory*. San Andrés: Casa Editorial Welcome.
- Instituto Agustín Codazzi. Mapa de regiones en Colombia. Recuperado el 1 octubre de 2013 de: http://geoportal.igac.gov.co/mapas_de_colombia/IGAC/Tematicos2012/RegionesGeograficas.pdf
- Kincaid, Jamaica. (1999). *My Garden (Book)*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Coloquio con Juan Ramón Jiménez. En *Analecta del reloj*, pp.31-46. La Habana: Letras cubanas.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Julián del Casal. En *Analecta del reloj*, pp.47-73. La Habana: Letras cubanas.
- Losada, Alejandro. (1976). Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina. En *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en América Latina y el Perú*, pp.179-213. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Loynaz, Dulce María. (1994). *Un verano en Tenerife*. La Habana: Letras cubanas.
- Marmolejo Sevilla, Nadim. (s.f.) *Todos los días no son iguales*. Bogotá: Ediciones Ántropos Ltda.
- McCusker, Maeve. (dic 2011). Escribiendo contra la marea. El imaginario de la isla y la tierra en Patrick Chamoiseau. En: *Cuadernos de literatura* vol. 15 No. 30, pp.279-298. Bogotá.
- McKeller Hudgson, Marqueta. (2012). *Memorias*. San Andrés: Acaribe Libros.
- Moyano, Juan Carlos. (nov 2007-ene 2008). Marilyn Biscaíno: la Big Mamma del archipiélago. En *Teatros* 7, pp.4-9.
- Muñoz, Jorge. (1974). *Guitarra de viento*. Medellín: s.e.
- Pacheco, Carlos. (1995). Sobre la construcción de lo rural y lo oral en la literatura hispanoamericana. En: *Revista de crítica literaria*. Año 21, No. 42, 2 semestre de 1995, pp.57-71.
- Parsons, James J. (1956/1985). *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe*. Bogotá: El Áncora editores.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. (2011). Lolia Pomare Myles. Puente entre la palabra antigua y la nueva. En Jaramillo, María Mercedes y Ortiz, Lucía (eds). *Hijas del Muntu. Biografías críticas de mujeres afrodescendientes en América Latina*, pp.121-133. Bogotá: Panamericana Editorial.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. [jul/dic 2014]. Las novelas de la Sanandresana Hazel Robinson Abrahams. En *Revista de estudios colombianos. Asociación de colombianistas*, pp.40-47. University of San Diego.

- Pedraza, Zandra. [1986]. Para una investigación sobre la nacionalización del archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Seminario Internacional Sobre la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas- (Jardín De Sueños)*, pp.131-141. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Colcultura.
- Pedraza, Zandra. [1988]. Soberanía y deterioro cultural en el Archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Colombia Sotavento. vol.1 fasc.2*, pp.8-23.
- Pedraza, Zandra. [1992]. San Andrés y Providencia: nuevos contactos, nueva identidad. En *La Diversidad es Riqueza—Ensayos Sobre la Realidad Colombiana*, pp.180-182. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura-Consejería Presidencial para los Derechos Humanos.
- Percival Newton, Arthur. [1985]. *Providencia. Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses*. Bogotá: Banco de la República.
- Petersen, Walwin G. [2002]. *The Province of Providence*. San Andrés: The Christian University of San Andrés, Providence and Catalina.
- Piñera, Virgilio. [1998]. *La isla en peso*. Arrufat, Antón (comp.). La Habana: Ediciones Unión.
- Pizarro, Ana. [2009]. *Amazonas. El río tiene voces. Imaginario y modernización*. Santiago de Chile: Fondo de cultura económica.
- Pizarro, Ana. [jul/sept 2009]. Al margen de la historia. *Casa de las Américas* 256, pp.94-103.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2000]. *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano. Birth, Life and Death of a Sanandresan*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2002]. *Vendaval de ilusiones*. Barranquilla: Ed. Antillas
- Putnam, Lara. [2012]. Rites of Power and Rumors of Race: The Circulation of Supernatural Knowledge in the Greater Caribbean [243-267]. En: *Obeah and Other Powers. The Politics of Caribbean Religion and Healing*, pp.243-267. Paton and Forde (eds.). Carolina del Norte: Duke University Press
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *The Soldiers dem de come, and the Mango Tree/ Ahí vienen los soldados, y el palo de mango*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *Naked Skin/ Piel desnuda*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Restrepo, Eduardo. [2013]. *Etnización de la negritud: la invención de las 'comunidades negras' como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rincón, Carlos. [1978]. El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica. En *El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, pp.13-45. Bogotá: Biblioteca colombiana de cultura.

- Rivera, Camila. (2004). Nuevas encrucijadas, nuevos retos para la construcción de la nación pluriétnica: el caso de Providencia y Santa Catalina. En *Conflictos e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, pp.301-329. Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (eds.). Universidad del Cauca
- Robinson Abrahams, Hazel. (2002). *No Give Up, Maan!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés
- Robinson Abrahams, Hazel. (2010). *No give up, Maan! / ¡No te rindas!* Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *Sail Ahoy! / ¡Vela a la vista!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *The Spirit of Persistence. Las goletas en la isla de San Andrés, Providencia & Santa Catalina*. San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés / Gobernación de San Andrés, Santa Catalina y Providencia.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2009). *El príncipe de St. Katherine*. San Andrés isla. Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Bent, Lenito. (2010). *Sobre nupcias y ausencias, y otros cuentos*. Bogotá: Ministerio de Cultura
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Island Anecdotes*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Anécdotas isleñas*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2011). *My Journey*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2013). *She shall be praised*. Estados Unidos: s.e.
- Rodríguez, Mariamatilde. (2007). *Los hijos del paisaje*. Bogotá: Luna con parasol
- Ruiz, María Margarita y O'Flin de Chaves, Carol. (1992). *San Andres y Providencia: una historia oral de las islas y su gente*. Bogotá: Banco de la República.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (jun 2013a). La isla que se descubre. Imágenes del Puerto Libre en el Meridiano 81. Ponencia en *la Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe*. Granada.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (2013b). *Combak, Combak: La memoria insular del teatro de mujeres en San Andrés*. Borrador de trabajo.
- Trouillot, Lyonel. (2009). *Éloge de la contemplation*. París: Riveneuve. Recuperado de: http://jacbayle.perso.neuf.fr/livres/Haiti/Trouillot_8.html [actualizado el 26 de diciembre de 2013]
- Walcott, Derek. (1998/2000). *La voz del crepúsculo*. Martínez Muñoz, Catalina (trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Williams Jessie, Alciano. (2011). *Dhe Smilin wavs fa Sound Bay* (The Smiling waves from Sound Bay/ Las olas sonrientes de Sound Bay). Santa Marta: Oraloteca.

Wilson, Peter J. (1973/2004). *Las travesuras del cangrejo. Un estudio de caso Caribe del conflicto entre reputación y respetabilidad*. Bogotá: Universidad Nacional, sede San Andrés

Wynter, Sylvia. (1969/2012). *We must learn to sit down together and talk a little culture: Decolonizing Essays 1967-1984*. Inglaterra: Peepal Tree.

Otras obras consultadas

Cabrera Ortiz, Wenceslao. (s.f.). *San Andrés y Providencia. Historia*. Bogotá: Editorial Cosmos.

Caicedo Licona, Carlos Arturo. (2002). *Complotados, ladrones y criminales*. Medellín: Lealón.

Gaviria Liévano, Enrique. (1984). *Nuestro archipiélago de San Andrés y la Mosquitia colombiana*. Volumen IX Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Academia colombiana de Historia. Bogotá: Plaza y Janés.

Turnage, Loren C. (1975). *Island Heritage. A Baptist View of the History of San Andrés and Providencia*. Cali: The historical Commission of the Colombia Baptist Mission.



Celebración del día internacional de eliminación de la violencia contra las mujeres. Aparecen de derecha a izquierda las conferencistas Ángela Rodríguez y Silvia Elena Torres. Evento promovido por la Corporación de mujeres Miss Nancy Land. San Andrés isla, 25 de noviembre de 2015

Autora: Shirley Cotrell Madarriaga

y de imaginarios que desbordan las *fronteras* regionales. Han concurrido en la revisión del concepto trabajos desde el ámbito teórico que desdican la homogeneidad y equidad del proyecto nacional (la colombianidad) y, por el contrario, muestran los cismas y las desigualdades a raíz de diseños en los que tienen preponderancia algunos focos capitalinos. En esta línea, y en pugna con una visión multiculturalista simple, numerosos estudios en Colombia —entre ellos *Historia doble de la costa* (Fals Borda, 2002), *Nación y diferencia* (Arias Vanegas, 2005), *Genealogías de la colombianidad...* (Castro-Gómez y Restrepo, 2008), *Etnización de la negritud...* (Restrepo, 2013)— se han unido a pesquisas similares en otras partes del continente (Briones, 2005). Como resultado, se han ido delineando otras escalas que ayudan a fracturar la continuidad de las correspondencias geográfico-político-culturales, con lo que paulatina y crecientemente se desdibujan los nítidos bordes del mapa regional.

En el caso de la historiografía de la literatura, varios grupos de trabajo e investigación (principalmente “Historia y Literatura” de la Universidad Nacional sede Bogotá; “Colombia, tradiciones de la palabra”, de la Universidad de Antioquia; “Centro de estudio e investigación literaria del Caribe —Ceilika— y el “Grupo de Investigación literaria del Caribe —Gilkarí—”, ambos de la Universidad del Atlántico) han venido construyendo otros referentes para la discusión de la literatura en Colombia. También en esta área la tendencia coincide con la de otros países del continente: se reconocen los fundamentos excluyentes del proyecto de país respaldado sobre una idea unificadora y sesgada de la lengua, la historia y la literatura nacionales (Guzmán, 2009); se ve la necesidad de trabajar otros frentes excluidos de esa triada letrada, y se empieza a pensar, por ejemplo, el papel de sucesos como la migración forzada o voluntaria de intelectuales y escritores a otros países, al pulso de las dictaduras⁵, entre otros factores. Otro elemento concomitante en estos reajustes de visión ha sido la muy reñida expansión de los temas pertinentes para el campo de los estudios literarios en Latinoamérica⁶, desde géneros como el testimonio y la producción oral hasta la relevancia de imaginar las

5 Con su característica lucidez lo planteó Rafael Gutiérrez Girardot al cierre de su ensayo *Literatura y política* en *Insistencias* (1998): “¿Y la literatura de los exiliados políticos hispanoamericanos? Quienes se exiliaron en países hispanoamericanos ¿fueron exiliados realmente? [...] Muchos de los exiliados latinoamericanos en Latinoamérica fueron ‘peregrinos en sus patrias’: descubrieron por experiencia propia la pluralidad de Hispanoamérica. Como en la fábula del burro al que le sonó la flauta por casualidad, *los dictadores militares hispanoamericanos lograron, con el exilio de quienes les incomodaban intelectualmente, una desprovincialización, una depotenciación del nacionalismo*. Pero es muy temprano para juzgar adecuadamente ese fenómeno” (283, énfasis añadido). El tema de la producción de la diáspora colombiana es un frente de trabajo todavía muy novedoso en el país, desde donde lo veo.

6 cfr. Adorno (1998), Fernández Retamar (1995), Rincón (1978), Pacheco (1995), Pizarro (2009b).

fronteras culturales⁷ de un modo más flexible y congruente histórica y culturalmente, por ejemplo con la sugerente noción de *zona cultural*⁸.

En el Gran Caribe, estos debates han tenido también un gran momento durante las últimas décadas, como parte de un proyecto por deshacer el mapa tremendamente fragmentado (en general y en casos extremos aún dentro del cuerpo de una misma isla: Saint Martin/Sint Martin, Haití/República Dominicana) heredado de un pasado colonial. En este plano, la conocida frase de Florencia Bonfiglio (2010) “la unión es submarina” —compartida de una u otra manera y tematizada de un modo u otro por escritores como Jamaica Kincaid (1999), José Lezama Lima (1953), Maryse Condé (1993), Derek Walcott (1998), Kamau Brathwaite (1971/81), Antonio Benítez Rojo (1989), Jean Bernabé, Raphaël Confiant y Patrick Chamoiseau (1989) o Édouard Glissant (1997)— sugiere dinámicas supranacionales, móviles, históricas, densas y contradictorias.

Con estas aclaraciones en mente, se comprende que la inserción del archipiélago de San Andrés, Providencia, Santa Catalina y los cayos Quitasueño, Roncador, Bolívar, Serrana y Serranilla en una idea de región es también una pugna donde intervienen múltiples intereses. En la medida en que “la ‘realidad’ es absolutamente social y las clasificaciones más ‘naturales’ se apoyan siempre en rasgos que no tienen nada de natural y que en parte son producto de una imposición arbitraria, es decir, de un estado anterior a la relación de fuerzas en el campo de las luchas para la delimitación legítima” (Bourdieu, 1985), el archipiélago entra y sale de mapas “regionales” diversos. En el Museo del Caribe⁹, y en otros proyectos intelectuales recientes en la costa norte colombiana como la Oraloteca¹⁰ y el Observatorio del Caribe¹¹ por ejemplo, hace parte de la llamada (no sin controversias) región Caribe colombiana; naturalmente, esta no es una posición unificada y hay quienes discrepan: el desencuentro entre

7 Una historización contrastada de los sentidos de la palabra “región” en la historiografía literaria, más allá del referente geográfico, quizás nos mostraría algunos desencuentros y especificidades de sentido. Es lógico que lo que un crítico entiende por región (en relación con una configuración histórica concreta que pauta sentidos sociales amarrados a lo geográfico) en un lugar latinoamericano (Rama, por ejemplo, desde Uruguay), difiera de lo que entiende, y siempre implícitamente, con la misma palabra otro crítico en otro lugar (Cándido, para poner como punto de comparación dos países tan distintos en todo respecto).

8 Pizarro la caracteriza, en su estudio particular sobre el Amazonas, como un área transnacional, con referentes geográfico-culturales comunes, donde los componentes “despliegan una común relación de intensidad con la naturaleza y el medioambiente, [y] participan de una comunidad del imaginario que sólo cambia las denominaciones” (Pizarro, 2009a, 15). Una noción que conviene explorar a fondo en contraste con los planteamientos de Glissant y Benítez Rojo en relación con el Caribe.

9 Ver en: http://www.culturacaribe.org/museo_del_caribe.html

10 Ver en: <http://oraloteca.unimagdalena.edu.co/>

11 Ver en: www.ocaribe.org

dos economistas locales¹² sobre el tema de la integración regional es un buen indicio al respecto. En el sumamente vigente trabajo de Parsons (1956) e incluso en el de Wilson (1973), el archipiélago y, más en concreto, las dos islas grandes, San Andrés y Providencia, se muestran como un compuesto dispar en lo geológico, lo político y lo social, que pese a su pertenencia política “después de casi dos siglos” a Colombia, tienen un lazo (también complejo y ambiguo) con otras latitudes caribeñas: “[aunque la posición de las islas de San Andrés y Providencia] indica que debieran pertenecer más bien a Nicaragua; sus afinidades culturales han sido históricamente con las Indias Occidentales inglesas y con Norteamérica” (Parsons, 1956). Este es también el sentir de numerosos habitantes del archipiélago.

En este trabajo, y consciente de las provisiones anteriores y de la consecuente arbitrariedad de este mapa que yo misma utilizaré, en lo que toca a la historiografía literaria considero la isla de San Andrés como un lugar con una formación social con pugnas por lo menos de cuatro frentes en lo intelectual; aprovecho la delimitación de lo insular como un cerco para separarla de Providencia y también de Colombia, así como del resto del Caribe, pero en concordancia con los planteamientos caribeñistas, reconozco a la vez como algo de grandes consecuencias para la isla vínculos pretéritos y presentes, incluso imaginados (aunque no serán mi foco de trabajo) con territorios aledaños. Así, la veo distinta aunque inserta en ese Gran Caribe, con lo que ella misma tiene mayor movilidad dentro de esa cartografía más amplia.

Aunque en este gesto de delimitación aprovecho la física función del mar y reconozco que la isla está, como bellamente escribió Parsons (1956), “aislada en la inmensidad del mar Caribe”, también reconozco que es preciso a la vez señalar, como dice Gombaudo (2007) en su extenso estudio sobre las ideas de isla, insularidad e islidad, que “la isla [es] un objeto incierto”, en cuya delimitación nosotros mismos podemos actuar sobre la base de privilegiar la tierra (si hablamos de islidad) o privilegiar el mar (si hablamos de insularidad) (Gombaudo, 2007). En el plano simbólico y literario gran Caribeño hay escritores en uno y otro lado y muy a menudo en vaivén entre uno y otro. Chamoiseau (McCusker, 2011), Virgilio Piñera (1998), Ramabai Espinet (1991), Dulce María Loynaz (1958), entre muchos otros, han abordado el significado de la isla. Podemos tomar las palabras del escritor haitiano contemporáneo Lyonel Trouillot (entreveradas con las del prólogo a su *Éloge de la contemplation*) como un croquis de ese espectro sentimental literario asociado a los dos polos y hablar del “equilibrio inestable entre deseo de evasión y el apego a una tierra y a quienes la habitan. En un inquietante juego de espejo una voz

12 Jairo de Jesús Parada Corrales y Adolfo Meisel Roca (agradezco a Clinton Ramírez haberme señalado este contraste).

parece denunciar el encierro insular ‘los barrotes son una frontera’; y más adelante, a modo de respuesta: ‘mis veintisiete kilómetros cuadrados me bastan’” (Trouillot, 2009).

Siendo la delimitación territorial un efecto de representación (Bourdieu, 1985), los textos y los discursos hacen parte importante de negociaciones y confrontaciones en la apropiación del territorio, trabajan vigorosamente en pro del posicionamiento de otro tipo de imaginarios. En coyunturas como la que vive actualmente el archipiélago tras el fallo de La Haya, discusiones como la que me ocupa aquí redoblan su pertinencia.

Aparejada a la complejidad de la delimitación de *lo regional* viene —lo sabemos— la dificultad de delimitar *lo literario* sanandresano. En este texto consideraré la isla simplemente como abstracción geopolítica (como departamento), sin ahondar sus relaciones literarias con la zona cultural en que la veo inscrita (en gran parte porque esta inscripción precisa un trabajo pendiente, mancomunado y atento a otros focos —Nicaragua, Panamá, Jamaica...). Me centraré por ahora sólo en su confrontación con Colombia; más adelante habría que agregar otros enlaces menos sesgados y unidireccionales como —intuyo— la curiosa relación de varios escritores caleños o barranquilleros con la isla y de escritores sanandresanos con otros centros del país.

En esta dirección que he privilegiado, aunque cada escritor, isleño o no, responde a impulsos distintos, podemos sostener sin errar que la necesidad de afirmar el suelo y situar a la vez la isla en comunicación con la tierra firme tiene que ver con el imperativo de mapear y fijar, estratégicamente en las relaciones de fuerza, una tierra que se escapa o sobre la que no se tiene ya propiedad, como resultas de la paulatina alienación que, de acuerdo con estos discursos, comienza en 1953 con el nombramiento de la isla como Puerto Libre. Sus textos se la apropian en recorridos imaginarios, mientras combaten en lo político para no perderla legalmente.

Los dos apartes siguientes van por rutas que se comportan como ejes reflejos y puntos simétricos de tensión políticos y escriturales: para empezar, un levantamiento sobre el estado de la producción escrita pensada como literaria en la isla, y luego, más brevemente, algunas anotaciones sobre la historiografía y la figura del puerto.

Pensar la literatura: algunas premisas de trabajo

Durante los años 60 y 70 se produjeron en Latinoamérica transformaciones sociales vertiginosas e imprevistas, y a menudo violentas, que no sólo alteraron la faz de estas sociedades en lo político y lo económico, sino también en lo cultural y —como en los años 20 y 30, cuando el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1928) perfiló algunos caminos que una historia de la literatura latinoamericana tendría que seguir para servir

plenamente a su contexto— estimularon una nueva ola de pensamiento crítico que reflexionando seriamente sobre su papel en el medio replanteó una vez más los marcos teóricos de comprensión del mundo a su alrededor. En el plano de la crítica literaria, este giro suscita preguntas como ¿qué funciones cumple la literatura en este medio y, así mismo, qué tipo de crítica y de historia literaria conviene a las producciones literarias alumbradas en el turbión social de esos años. Entre 1972 y 1975, Roberto Fernández Retamar resumía los acopios valiosos del trabajo crítico latinoamericano de cincuenta años, pero llamaba vivamente a circunscribir y corregir los fundamentos del mismo al ritmo de reflexiones acordes con la condición en principio colonial de estos territorios. Así, sostenía que si “toda teoría es una hipótesis de trabajo, sugerida por el interés en los hechos mismos” (Fernández Retamar, 1995, p.81), entonces “*una teoría de la literatura es la teoría de una literatura.*” (p.82) [Cursivas en el original], y en consecuencia “las teorías de la literatura hispanoamericana [...] no podrían forjarse trasladándose e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación [...] con las literaturas metropolitanas” (p.81). Estos planteamientos habían sido apuntalados ya por el trabajo de escritores como Lezama Lima (1953b), y a partir de los años 80 y 90 reciben más sedimentos desde el Gran Caribe también, gracias a obras como las de Antonio Benítez Rojo, Édouard Glissant, Wilson Harris (1999) o Sylvia Wynter (2012) en los años 60 y 70. Desde estas proposiciones, una aproximación teórico-crítica que se adapte a las peculiaridades de la producción literaria de esta geopolítica implica sin excepción no definir lo literario de modo inmanente e inmutable, sino como un hecho dinámico y en función de necesidades sociales, de tal manera que “lo que es un ‘hecho literario’ para una época, será un fenómeno lingüístico perteneciente a la vida social para otra, e inversamente” (Tinianov, citado por Fernández Retamar, 1995, p.107). Esto no desecha los usos simbólicos del lenguaje con fines sensibles en esas producciones; más bien les reconoce adicionalmente la dimensión social en que el escritor está inmerso, y la admite como una dimensión determinante tanto en la producción como en la recepción del texto.

La noción de Latinoamérica (Hispanoamérica en ese autor) subyacente a las afirmaciones de Fernández Retamar no es esa noción vaga y polivalente que a menudo circula en los proyectos de políticas de la identidad de esos años. Muy concretamente, alude al territorio en tanto identificado por un factor común, de orden neocolonial; es decir, heredero de nociones, supuestos, comportamientos implantados durante la colonia y perpetuados por los dirigentes siguientes. Alejandro Losada, teórico literario contemporáneo de Fernández Retamar, lo enuncia en el marco de un proyecto de investigación de la historia social de la literatura en este lado del mundo. Buscando un acercamiento que explique los fenómenos literarios diacrónicos comunes al

continente y también la manifestación de fenómenos muy distintos entre sí aunque sincrónicos (como el indigenismo y el vanguardismo), subraya que es indispensable considerar en el caso de estas literaturas el tipo de relación que sostienen con el resto de los países del mundo, después de su independencia. Losada explica que “la perspectiva que controla la producción literaria latinoamericana no depende de la extracción de clase del sujeto social productor, sino del *proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura, frente a los requerimientos de la cultura de los países industrializados, frente a las demandas de la sociedad regional o nacional (Estado, clase, posibilidad de evolución histórica, dependencia económica) y frente al mercado popular de la cultura*” (Losada, 1976, pp.207-208). A este “modo de comportamiento de un grupo minoritario frente a los estímulos y demandas de un proceso social complejo” (p.208), Losada lo llama “praxis de un grupo social”; dicho en otras palabras: es “un modo de comportamiento, que establece *relaciones reales con su sociedad en el hecho mismo de su producción literaria*” (p.208)¹³.

Las directrices epistemológicas enunciadas por Fernández Retamar se vuelven lineamiento concreto de investigación en este modelo sumamente versátil que resuelve los típicos obstáculos organizativos y analíticos de época, generación y nacionalidad. Ambos marcos son propicios para situar mi objetivo de reflexionar sobre la literatura en la isla de San Andrés y el tipo de crítica que, bajo esta luz, exige.

Desde la isla (no así desde el continente) es una perogrullada decir que San Andrés tiene con Colombia una relación de amor-odio, por lo demás justificadísima. En el imaginario raizal, 1953, año en que San Andrés se convierte en Puerto Libre, es el momento del derrumbe del paraíso¹⁴. Así lo describe, verbigracia, Walwin Petersen (2007):

13 Énfasis añadido. Esta particular división me parece un aporte de Losada que permite seccionar con cierta delicadeza en el plano literario las relaciones de fuerza dentro de una formación social, cuando no se trata de tensiones dentro de un mismo discurso, como en el caso de las literaturas heterogéneas, y cuando la discusión se centra sobre obras y escritores concretos y no en grandes marcos, como sería el caso de anotaciones de Glissant en torno a la Historia y la literatura en el Caribe, de todo punto pertinentes para otros debates.

14 Esto no es una simple frase retórica, sino que se puede rastrear como tropo o locus tanto en textos históricos (como *The Province of Providence*, de Walwin Petersen), como literarios (abundan las imágenes de la isla como paraíso intocado en los poemas de *Naked Skin*, de Juan Ramírez Dawkins, e incluso, aunque sin asidero cronológico puntual, en algunos de los cuentos de Lenito Robinson. Es muy evidente en *No give up, Maan!*). Y ese paraíso que figura allí tiene un sustrato o un sentido bíblico: la religión precede la vida social, no existe la degradación que describen hoy en día los periódicos y que fustigan algunos autores como Eviston Forbes Bernard y Jimmy Gordon Bull. Esta semblanza del paraíso se opone fuertemente al paraíso como locusturístico que prima hoy en los catálogos de viaje a la isla y que sería el responsable de esa especie de contrapartida infernal que sería la vida del sanandresano nativo o de antaño hoy allí, como sostiene Petersen en el fragmento citado. Este tema ocupa varios trabajos para el Gran Caribe, entre ellos: Sun, Sex and Gold: Tourism and Sex Work in the Caribbean editado por Kemala Kempadoo. Un giro bien interesante de esta discusión recién sale en la canción “El fallo”, cantada a dúo por Jiggy Drama y Creole New Generation (cfr. http://www.elcolombiano.com/jiggy_drama_protesta_con_su_cancion_el_fallo_contra_el_gobierno_y_la_haya-AAEC_270617), y aquí el

Luego, grandes almacenes de San Luis e incluso del North End empezaron a desaparecer, obligados por la nueva competencia del comercio informal por parte de los nuevos inmigrantes [colombianos continentales]. Sumado al caos, los isleños empezaron a construir usando ladrillos de arena y de cemento, absolutamente sin ningún control, usando el trabajo barato de inmigrantes atraídos por el “nuevo paraíso de Colombia” –un “paraíso colombiano” que gradualmente estaba siendo convertido en un infierno para la mayoría de los isleños nativos. [p.257]¹⁵.

Se aplica aquí la popular expresión anglocaribeña que un poeta como Kamau Brathwaite (1973) usa precisamente para cuestionar la desigualdad mantenida por el turismo: “*some people doing well, while others are catching hell*”. Efectivamente, a raíz de ese estatuto de Puerto Libre, el poblamiento de la isla se saldrá de control con los enormes conflictos que acarrea en todos los planos, desde la imposibilidad para el autoabastecimiento hasta los daños ecológicos causados por el exceso de desechos y detritus, pasando por las rupturas en el tejido de la vida cotidiana (desde el silenciamiento del creol hasta el desequilibrio poblacional y laboral o los problemas como el narcotráfico y su ética del dinero fácil) (Petersen, 2002, pp.257 y siguientes). Por otro lado, esa apropiación económica y política del archipiélago por parte del país es responsable también de situaciones conflictivas de hoy en día como la incomunicación de la isla (y del archipiélago) con otros territorios que históricamente han sido más cercanos a la cultura y la historia suya que el continente (como las costas de Panamá, Costa Rica o Nicaragua e incluso Estados Unidos). Todo esto explica la desconfianza de los isleños hacia los “pañas” y da sentido al hecho de que los isleños reivindiquen sus derechos territoriales, lingüísticos y culturales raizales, incluso mediante posiciones abiertamente políticas, como las del partido AMEN-SD¹⁶.

Nada avala que este contexto se ignore al momento de pensar la literatura de la isla. Todo lo más: desde la perspectiva de este escrito, es preciso tener presentes las dinámicas neo(o intra) coloniales de Colombia hacia San Andrés, en el plano de la crítica literaria y, al tiempo, las reacciones de los grupos letrados en la isla respecto a esas dinámicas, si queremos entender el porqué de los temas y las formas de la producción de la isla, y las estrategias políticas (en sentido amplio) que las estructuran.

video: (<http://www.youtube.com/watch?v=hdwCcnVSWAM>). Creo que la iniciativa de estos músicos es significativa si pensamos en otras dinámicas de vocear cultura (es curioso, en este sentido, por ejemplo, que en la isla el cantante Shungo haya puesto en circulación en las papelerías cuadernos escolares cuya cubierta tenía a su grupo musical).

15 Énfasis añadido. Todas las versiones al español de textos en inglés son mías.

16 Sigla de Archipelago Movement for Ethnic Native Self-Determination for the Archipelago of San Andrés, Providence and Kethlena.

La isla se ha vuelto omnipresente en los ojos de los continentales (y de extranjeros de otras partes del mundo)¹⁷ a raíz de campañas publicitarias como “Colombia es pasión”¹⁸, más recientemente “Colombia es realismo mágico”¹⁹ y a paquetes turísticos donde figura con precios competitivos al lado de destinos populares como Cartagena. En cuanto a investigaciones, hasta ahora habían sido primordialmente hechas por parte de antropólogos (Pedraza, 1986, 1988, 1992), historiadores o politólogos (Rivera, 2004). Esto es apenas el principio, pues ahora San Andrés y Providencia han entrado al canon literario colombiano con la marca de lo afrocolombiano. Dos de los dieciocho tomos de la Biblioteca de literatura afrocolombiana, recién publicada por el Ministerio de Cultura (2010), corresponden a escritores del archipiélago (el 14 a Hazel Robinson, el 7 a Lenito Robinson). Así mismo, en el tomo 16, *Antología de mujeres poetas afrocolombianas*, se incluyen cinco poetas de las islas, con la novedad de algunos poemas en creol.

Cuando, a principios del 2010, formulé un proyecto de investigación sobre la literatura de la isla, mis objetivos eran absurdamente ambiciosos: quería explorar la literatura de los últimos cien años en San Andrés; iba también tras posibles nexos desde lo literario entre los chinos de la isla y los chinos de islas como Trinidad o como Cuba. Igualmente, quería mirar cómo aparecía el turismo en las producciones literarias de San Andrés y, como si eso fuera poco, me proponía rastrear el —para mí— ineludible problema de la relación isla/Colombia/Gran Caribe. Los tres primeros objetivos demostraron ser resultado de los a priori de quien estudiara la isla partiendo de temas y problemáticas más o menos comunes al Gran Caribe en general. Más importante aún, por peligroso, esos objetivos me parecen ahora fiel reflejo de la misma tendencia exotizante con que se acercan a la isla el turista y el “paña”: San Andrés era una especie de “paraíso literario”, sin especificidad suya propia²⁰. Conversé con varias personas de la isla,

17 Por ejemplo, en la revista *Temporada, High Season. La revista de San Andrés y Providencia* (una revista dedicada exclusivamente a la promoción turística de las islas), en el número de diciembre a junio de 2010, ed 44, p.6, se da cuenta de una especie de convenio mediante el cual empiezan a llegar turistas checos y canadienses al archipiélago, por primera vez, luego de 9 años en que no llegaban en grupos continuos turistas europeos allí.

18 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=ri0kovbKot4>

19 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=BTcZB5q-9S4>

20 Esta actitud es algo generalizada entre la crítica: si bien los dos textos críticos existentes (hasta el momento en que empecé la pesquisa) sobre la obra de Hazel Robinson, escritos ambos por críticos de la costa colombiana, se dedican muy juiciosamente a la obra en sí, arrojando líneas de lectura sugerentes para el estudio futuro de la obra, ambos contemplan el texto (y la isla que lo produce) desde esa distancia que la hace parecer un terreno uniforme que ha producido en cuanto a literatura solo estas dos obras. Es un sesgo de la práctica crítica en general, que contrasta vivamente con los enfoques muy localizados y en consecuencia especificadores de los trabajos antropológicos o de ciencias políticas que le restituyen al archipiélago su dimensión caleidoscópica.

y con investigadores de otras disciplinas que le habían dedicado algún tiempo y estuve en la isla por unas semanas²¹. El resultado de ese viaje fue un choque que, felizmente, desestabilizó todos (menos uno de) mis supuestos de investigación.

Para empezar, el panorama literario de la isla es más variado de lo que desde el continente o de cualquier foco externo y abstracto se puede creer. Una caracterización rápida de la producción de San Andrés²² daría este croquis. Un primer grupo de escritores isleños conocidos fuera de la isla. En este grupo, Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson Bent van ganando acelerado reconocimiento. Hazel Robinson Abrahams, con sus tres novelas escritas y publicadas en los últimos años (2002 [reimpreso en 2010]; 2004, 2009), y el segundo, Lenito, con esta reedición en la Biblioteca afrocolombiana de los cuentos que publicara en 1984 (pero escribiera tan temprano como en los años 70).

Un segundo grupo reuniría a escritores isleños y no isleños menos visibles por ahora, que viven (o vivieron) en la isla. Entre estos: Claudia Aguilera (1991, 2005), Nadim Marmolejo (s.f.), Lina Chow Wong (2008, 2014), Claudine Bancelin (2004), Mariamtilde Rodríguez (2007), Jorge Muñoz (1974), Franco Grittani (2004). Fanny Buitrago (1976, 1979, 2010) ocupa un lugar aparte, en la medida en que su trayectoria es más amplia y su difusión no está amarrada solamente a lo relativo al tema sanandresano. Libros como los de estos autores circulan por caminos inusuales (Se venden en un café, en una papelería o lo tiene alguien relacionado con la escritora o el escritor...).

Un tercer grupo estaría, desde mi perspectiva, conformado por intelectuales raizales en la isla, que despliegan proyectos con miras similares. Juan Ramírez Dawkins ha publicado los libros *The Soldier dem de come/Ahí vienen los soldados* y *The Mango Tree/El palo de mango* y el libro de poemas *Naked Skin/Piel desnuda* (ambos de 1996). Ramírez Dawkins, luego parte del movimiento independentista AMEN-SD, fue estimulado a

21 Aprovecho para manifestarle mis agradecimientos a Camila Rivera, que tocó a las puertas por mí, y a Javier Archbold, quien por muchos medios me facilitó enormemente el arribo. Sin la compañía de Dany Advíncula habría visto un panorama muy distinto y sin el beneficio de las conversaciones con Teresa Cadavid y con la familia Schonnewolf estas reflexiones estarían a medias. A Raquel Sanmiguel, su disposición ininterrumpida a conversar sobre este tema conmigo; a Mirta Díaz, en la Biblioteca del Banco de la República por una apertura sin ambages. Igualmente, mi gratitud para con Jimmy Archbold, músico de la isla, y Adriana Santos, profesora de la Universidad Nacional sede San Andrés.

22 El hecho de que a veces incluya a Lenito Robinson-Bento en las menciones de la literatura de San Andrés se debe a que en el centro de documentación del Banco de la República allí se encuentra algún material suyo y a que no hay por lo general en el imaginario de los letrados del archipiélago una diferencia tajante entre los escritores de las dos islas. Aunque conviene precisar que con los desarrollos del teatro en Providencia, entre otros, esto empieza a matizarse. Me centro exclusivamente aquí en San Andrés porque en vista de las diferencias culturales el sistema literario funciona ligeramente distinto en Providencia donde por ejemplo, a diferencia de San Andrés, ha habido talleres de Renata, con una publicación que la Cámara de Comercio de San Andrés distribuye gratuitamente. Es decir, también su modo de circulación y quizás la elección de la lengua es atípica para lo que describo a continuación sobre San Andrés.

escribir y publicar estos textos por dos intelectuales reconocidos de la isla y activamente involucrados en las reivindicaciones raizales por el lado lingüístico: Marcia Dittmann, quien tradujo los relatos de *The Soldier* para esa versión bilingüe y ha publicado en conjunción con Lolia Pomare-Myles o sola varios trabajos tendientes a recuperación de memoria histórica²³, y Oakley Forbes. Lolia Pomare-Myles, por su parte, muy reconocida en la isla, ha desarrollado un trabajo versátil (desde la escritura en periódicos hasta la realización de programas de televisión y un trabajo de memoria con la comunidad) (Patiño, 2011)²⁴. Ampliando el marco de visión de lo literario, habríamos de incluir a Marilyn Bizcaino Miller, creadora del Festival Internacional de Teatro Ethnic Roots, en 1999 (Moyano, 2007), quien con obras performáticas como *Combak* (Silva, 2013b, pp.121-139) está pensando la isla en su dimensión sociopolítica. En este grupo incluiría, por esta cercanía, las poetas que publicaron en algún momento en el periódico *Horizontes*, ahora incluidas en el tomo de la biblioteca afrocolombiana también. Estas poetas son Ofeilia Margarita Benet Robinson, Briceña Corpus Stephens, Emiliana Bernard Stephenson, Herminia Macariz Michell y Marqueta McKeller [que recién publicó por cuenta propia una compilación de sus poemas. Cfr. *Memorias*, 2012]. A este grupo pertenecen también escritores y escritoras muy jóvenes como Keisha Howard (*San Andrés: A Herstoy*, 2014), Alciano Williams (2011) y Adel Christopher (2011). Tanto la escritura de Juan Ramírez, como la narración de Lolia Pomare-Myles, las performances de Marilyn Bizcaino, la novela de Howard y poemas de Williams y de Christopher hacen eco de lazos con el Gran Caribe (a veces por la vía de imaginar el lazo con África), desde imágenes de la isla como paraíso hasta las historias de Anancy, desde la recuperación de tradiciones isleñas hasta la visita a imágenes simbólicas de lo isleño como el cangrejo, o la producción en creol.

Un cuarto grupo que vendría a sumar una faceta más de lo isleño a este sistema estaría conformado por los que no publican o publican textos híbridos (desde una perspectiva tradicional, por decirlo muy vagamente), y son reconocidos como “literarios” por población y medios locales, por ejemplo, varios poetas que publicaron en algún momento en periódicos de la isla como *Horizontes* (1999-2000) o incluso los que participan en algunos recitales organizados por la Casa de la Cultura y cuyos poemas quedan luego guardados en este lugar, en hojas sueltas.²⁵ De hecho, este es uno de los renglo-

23 Un ejemplo de este trabajo es Dittmann (2008), *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia [Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez]*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia.

24 Ana Mercedes Patiño da cuenta de su trayectoria y ámbito de movimiento con lujo de detalles.

25 En el número de *Horizontes* correspondiente a abril-mayo de 1999 hay por ejemplo poemas de Herminia Macariz Mitchell, Cecilia Francis, Rosa Victoria Brown y Marqueta McKeller Hudgson. También se mencionan como poetas o escritores (y de algunos hay uno o dos muestras en hojas sueltas en el Centro de

nes más intrigantes, pues gente diversa desde bibliotecarios hasta profesores universitarios y de colegio afirma sin ambages que estas personas u otras anónimas *hacen literatura*. Pero los textos no están agrupados ni circulan para el público en general. Pasan de manos del escritor o escritora a manos de sus amigos, y de ahí a manos de los conocidos de los amigos en una cadena que se puede alargar. Los que circulan como “literatura sanandresana” en las papelerías populares accesibles también a los turistas son los de dos autores que viven y trabajan en la isla, y que entre sí son bien distintos: *Las plagas humanas bestializadas* (s.f.) y *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas* (2011) y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos* (2012), entre otros, de Eviston Forbes Bernard, conocido como “Papalee”; y *A oscuras pero encendido* (2001), *Legado de piratas* (2006) y, en menor medida, *Meridiano 82, la ruta de la langosta* (2010), de Jimmy Gordon Bull.

El tema “literatura sanandresana” plantea entonces varios problemas. Algunos de ellos son parientes de los obstáculos consuetudinarios a la historiografía y la crítica de territorios que fueron colonia e implicarían preguntarse ¿desde qué punto en la historia hablaríamos de la existencia de esta literatura? y en relación con lo nacional y el canon, ¿a la escrita por quiénes llamaríamos tal? Para San Andrés, estas preguntas entrañarían un doble nivel en el plano cronológico y territorial (“nacional”). Por un lado, una historia previa que haría lícito pensar en la posibilidad de que existan textos escritos por habitantes de la isla (nacidos en ella o no) durante su período inglés, y que podrían estar dispersos en lugares como Puerto Limón, Colón o algún lugar de Inglaterra o Estados Unidos. Y por otro lado, su inflexión netamente colonial bajo égida colombiana. Y es lógico que así sea, si no perdemos de vista la gran movilidad que caracteriza, circum-atlánticamente, al Gran Caribe.

Las respuestas a interrogantes de ese corte suponen que el material de estudio existe. Pero también suponen que es homogéneo y correspondiente a formas previstas, más o menos fijas, como la novela, la poesía escrita, el cuento (escrito también), y el ensayo. Por el croquis que acabo de esbozar, me parece lícito sugerir que las preguntas guía de una crítica literaria sobre la literatura sanandresana tendrían que ser otras. Para empezar, ¿qué implicaciones tiene que ese material “literario” no adquiera las formas genéricas esperadas (poesía, novela, cuento)? O más aún, ¿que no esté publicado?, y por último, ¿que la expresión literaria sea algo subterránea, o tenga rasgos muy específicos debidos a la idiosincrasia cultural y política de San Andrés en relación con Colombia y con otros países que hacen parte de su historia?

documentación de la Casa de la Cultura) a Adel Christopher Livingstone, Ofelia Margarita Bent Robinson (animada por Oakley Forbes a escribir), Briceña Corpus Stephens, que luego serán parte de la Biblioteca Afrocolombiana, como ya he mencionado.

Detengámonos un poquito en las tres últimas preguntas, con el ánimo de brindarle algún espesor a ese panorama. Es posible sostener que:

Los isleños son (y se autodefinen como) poetas, hay muchos que escriben pero que no tienen visibilidad como la tendrán Lolía Pomare, Juan Ramírez, Hazel Robinson y Benito R. Escriben en español la mayoría, otros tímidamente en inglés, otros en Creole o en lengua mezclada. Los más jóvenes se van por la música, componen cantos de protesta en ritmos que llegan a la juventud... Los de mayor tradición usan el inglés y encuentran en ese inglés 'victoriano' que manejaban y en sonetos de la Biblia victoriana inspiración: estos últimos son como poetas... *pero como te digo, la mayoría no publica*. Incluso hay quienes han escrito cosas sobre la isla y *las tienen guardadas*, y a veces, por aquello de la confianza que se va construyendo, va uno teniendo acceso a algunos extractos. [...].²⁶

Este panorama tan heterogéneo —de escritores locales visibles en el continente, escritores locales o extranjeros con visibilidad en la isla pero no en el continente, intelectuales comprometidos con raíces y tradiciones, y escritores con textos híbridos— cobra cierto aire natural si, a la luz de los enunciados de Losada, se lo entiende como “producto de una actividad consciente de un sujeto social que, de alguna manera, tiene dominio de sus fines, escoge medios y estrategias para cumplirlos y que, precisamente en el cumplimiento de esa actividad, se constituye en un nuevo sujeto social, *sólo posible en esa forma de cultura*” (Losada, 1976, p.211). Así, estos rasgos harían parte de cierta especificidad del sistema literario en la isla: tanto la visibilidad de algunos escritores como la invisibilidad de otros, tanto la escritura en creol como la escritura en español, y la elección de uno u otro tipo discursivo, se aclaran en razón de esta doble articulación de San Andrés como isla con su vida propia y San Andrés como departamento de ultramar colombiano. Unos y otros se afilian a modos de prestigio contrapuestos, sustentados en pugnas políticas, pero materializados en la praxis literaria. Quien escribe en creol o en español o quienes rescatan relatos orales y los transmiten por escrito o en performances²⁷, evidentemente le asignan “una naturaleza, una función y unas tareas” anticolonialistas a su trabajo cultural; quien de otro lado busca

26 Raquel Sanmiguel, Comunicación personal, junio 17 de 2010. Énfasis añadido. Es claro que aquí Sanmiguel pone a contraluz la riqueza no escrita de este mundo cultural y, gracias a sus preocupaciones por la etnoeducación, da pistas por los caminos en los cuales se encontrarían algunas manifestaciones para un estudio sobre el tema que nos ocupa en la isla.

27 Pienso en Lolía Pomare-Myles, o en proyectos como el de Patricia Enciso (2004).

algún lugar de acuerdo o cuyas obras se prestan para una lectura ambigua de la isla, está igualmente respondiendo a una interpelación²⁸.

Desde mi perspectiva, el cuarto grupo (y en alguna medida el tercero), parafraseando de nuevo a Losada, “se constituye en un nuevo sujeto social [...] mediante el dominio de sus fines y la escogencia de medios y estrategias para cumplirlos” (Losada, 1976). El propósito de esa minoría es tan ambiguo (y tan socialmente interesado como el de las dos minorías anteriores: quieren, mínimamente, ser referentes culturales y literarios) en la isla. La diferencia es que estos escapan al control institucional literario y, así, en sus textos podemos rastrear y ubicar con mayor certeza la dinámica de resistencia (desde luego no exenta de contradicción) respecto a Colombia. En este diagrama se ve esa articulación en el hecho literario (pensado como hecho social) como un fenómeno donde se articulan “de manera inmediata los conjuntos literarios con la praxis social de los sujetos productores y, mediatemente, con la situación de la estructura social” (Losada, 1976). No es coincidencia que tanto Forbes Bernard como Gordon Bull estén involucrados de uno u otro modo en la política de la isla ni que Howard tenga tras de sí una tradición de intelectuales bautistas y que su novela sea resultado de un proyecto avalado por AMEN-SD.

Para 2010, en una carpeta del Centro de documentación de la biblioteca Luis Ángel Arango en San Andrés se reunían los personajes insignes del archipiélago. Era una lista variopinta: había portadas de libros (como los de Hazel Robinson), y notas de periódico sobre uno u otro deportista. Había también notas necrológicas, sobre políticos o personajes de la cultura de la isla. Esta carpeta se repetía en el Centro de documentación de la Casa de la Cultura. Ambas eran compilaciones hechas por la gente que trabajaba en cada lugar, su contenido y organización no estaban determinados por un ente gubernamental o un ente oficial común²⁹. Leo Umbasía, entonces directora del Centro de documentación de la Casa de la Cultura, en el momento en que realicé el trabajo de campo, por ejemplo, dijo llevar algunos años intentando a título personal un libro sobre escritores de la isla, que incluiría pinturas de los autores, hechas por un pintor local. Ahora bien, a la pregunta por *quién escribe literatura*, la reacción informal de gente de diferentes círculos en la isla asombra por la coincidencia. Personas de trasfondos muy

28 *No Give up, Maan*, por ejemplo, presenta la imagen de la isla como referente de identidad isleña, pero ya que el formato que usa es más tradicional (novela) la crítica nacional se la apropia con gran rapidez (no en vano, la mayoría de los trabajos de tesis en proceso de que tengo noticia están centrados en su obra) y la va reificando como exponente del exotismo de la exótica isla.

29 Esto ha cambiado radicalmente, y parte de los proyectos del Banco de la República en la isla, en la actualidad, son tremendamente concientes de la diferencia cultural, del formato marginal de las producciones en la isla, y de las necesidades particulares que plantea. Los proyectos de recopilación de memoria oral, y la dinámica de charlas y simposios que tiene actualmente la sede en la isla dan fe de estos cambios y prometen mucha intensidad y riqueza en el futuro cercano.

distintos (estudiantes, artistas, trabajadores oficiales) coincidían en identificar un solo nombre, Eviston Forbes Bernard, como *alguien que escribe literatura*. Los encuestados casuales decían que este escritor (y sus escritos) les gustaba porque “dice la verdad” (queriendo significar con esto que denunciaba el estado de cosas producido por la relación entre Colombia y San Andrés). Aunque aquí no habría que soslayar el hecho de que esta respuesta la estaban dando a una persona del continente, y por tanto, mis interlocutores podían estar situándose y situándome en lugares concretos de ese espectro político que la isla convoca.

Las plagas humanas bestializadas, de Forbes Bernard, un libro sin editorial ni fecha, publicado de propio bolsillo, no es un libro fácil de leer para un letrado: su ortografía no es ortodoxa, no parece tener un orden lógico previsto; aunque el tema es uno (las plagas de la colonización), está desarrollado en ramificaciones; el libro tampoco parece corresponder a ningún género único: su tono es de discurso político con invectivas contra Colombia y las “pestes” inoculadas por el país en la isla; tiene algo de apología personal (consecuente con la candidatura del autor en algún momento a un puesto público en la isla), y además hay poemas (alguno de los cuales ya había sido publicado en hoja suelta o periódico). Este formato es consistente en otros libros de Forbes Bernard en esta línea: *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas*, y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo. Todo para ellos; todo para ellos*³⁰.

Por su parte, los temas de *A oscuras, pero encendido*, de Gordon Bull, recorren el mismo espectro: catilinaria, discurso moral... Esta compilación de crónicas bilingües publicadas originalmente por Gordon Bull en los periódicos *La noticia*, y el *Archipiélago Post* es pagada por el escritor, y se vende en las papelerías de la isla. En este libro encontramos pequeños relatos que ilustran el deterioro del tejido social en la isla, con un tono sutilmente distinto del de Forbes Bernard pero apuntando a los mismos ejes escriturales y argumentativos.

Pero si bien ambos autores tienen claras agendas políticas y personales, el proyecto no es sólo individual, sino que da voz a un sector intelectual de la isla. El hecho de que sean publicados autónomamente (no por mediación de una editorial o una institución oficial) me parece clave para comprender lo que dicen y la relación de la gente con esos textos que tratan temas que se escriben así como se conversan y que en su tono enérgico y de corte casi forense evocan mucho el sermón (no hay que olvidar el peso fuerte del protestantismo en la isla, y el hecho de que entre los intelectuales que

30 El libro más reciente de Forbes es una historia de San Andrés, donde este formato disperso, ajeno a las expectativas de una “historia escrita” se repite, y donde caben alabanzas al presidente de turno, fotos del autor con personajes de la isla, y relaciones de hechos sobre la isla, transmitidos oralmente o por escrito.

lideran reflexiones sobre la historia y la situación en la isla se encuentran líderes de estas iglesias. Es decir que estos textos pueden beber de tradiciones subterráneas o al menos no las más evidentes para los críticos del continente]. También me parece fundamental ese detalle de la publicación sin mediación de pares y todo el proceso editorial que implica ciertos controles lingüísticos y textuales, para debatir otro elemento de interpretación: ¿qué hace la crítica con un libro “mal escrito”? En este punto el libro de Forbes Bernard amerita un comentario. Es casi un lugar común entre quienes leen y discuten sobre la literatura del archipiélago decir que lo oral en ella es ineludible. En esta afirmación se entiende lo oral como lo relacionado con el creol y los cuentos y otras tradiciones asociadas a él, no necesariamente plasmados en textos impresos. Sin embargo, el texto de Forbes pone en escena otra cara de esa oralidad, relacionada por vía refleja con la colonización, como si fuera el negativo del creol: ¿por qué no pensar que la “mala ortografía” de este libro de Forbes Bernard surge del mismo lugar de donde surge el silenciamiento del creol como política de gobernabilidad? Creo que es una explicación plausible decir que ese español se plasma ahí con las dificultades todas de lo que es una segunda lengua, aprendida de oídas, y segunda lengua al fin. Durante todos estos años se ha producido, sin duda, un amarre cultural, que hace que sea pertinente pensar lo oral aquí a partir de otros indicios, como esta hibridez ortográfica, sintáctica y genérica, manifestación de fractura en sí, en la que se ve la lucha de los dos mundos. Esto es, repito, lo que veo en estos tres libros de Forbes Bernard y en el de Gordon Bull: su vacilar entre géneros, las curvaturas de su escritura, la particular combinación de formas que usan con dispar dominio, los códigos de prestigio que emplean (ambos autores incluyen fotos suyas en estas obras: Gordon Bull como el pirata en la portada de su libro *Legado...*, Forbes Bernard en eventos políticos en el suyo). Este camino de ver lo oral creol en otros indicadores me ha interesado más que el camino derecho de la transcripción de lo oral. De ahí el sesgo particular de esta investigación.

Veo rasgos que coinciden con esta tendencia y que entiendo como signos de “un proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura” (siguiendo de nuevo a Losada [1976]) en uno de los libros de historiografía de la isla, como más adelante se verá.

Quizás se necesite aclarar que mi detenimiento en estos autores no apunta a su canonización (aunque sí me resulten más interesantes, como proyecto crítico personal, unos que otros), sino a señalar líneas de lectura que permitan cuestionar los moldes y modelos desde los elementos funcionales del contexto.

Las peculiaridades que he ido reuniendo aquí (el borde poroso entre géneros, el tipo especial de textos que resultan, los modos de autorización de la propia voz por

parte de los escritores) en el marco de una pregunta por la especificidad de lo literario en la isla, obligarían a un estudio detenido del periodismo (su historia, y principalmente su función) para los distintos grupos de esta formación social. Al ser un espacio de formación de conciencia, con cribas menos rígidas que las del impreso literario, sospecho que ha dado voz y presencia a temas y formas que todavía no hemos registrado. Por ejemplo, empezando en diciembre de 1998 se publicaron varios números de *Horizontes*, un periódico donde la agenda de recuperación de memoria cultural era muy clara por parte de los escritores regulares que allí publicaban, entre los cuales se incluían Ramírez Dawkins, el historiador Walwin Petersen, Lolia Pomare Myles, y el pintor Elario Fiquaire. Entre 1962-1963 y 1965 existió el semanario *San Andrés bilingüe*. Y una de las calles de San Andrés rinde homenaje al fundador del primer periódico de la isla *The Searchlight* (1912)³¹. Hoy en día la revista *Welcome*, dirigida por Eduardo Lunazzi, combina la línea dura del turismo, con relatos necesarios sobre la vida íntima de la isla (en el número 69 de junio de 2010, por ejemplo, hay un reportaje sobre uno de los cantantes de hip-hop más curiosos de la isla: Shungu). Ese estudio tendría que pensar en el periodismo como un sitio de circulación de proyectos intelectuales, como el espacio donde se pueden encontrar y manifestar géneros disímiles a los que la crítica literaria espera y que serían algún reflejo de las necesidades, la idiosincrasia y los modos propios de un sector de la isla.

La crítica

*Tú ves un fallo y algunos cayos
nosotros vemos un futuro amenazado*³²

Cronológicamente, la primera mención de historiografía literaria concerniente a la “literatura sanandresana” de que tengo noticia se registra en el libro *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* de Antonio Benítez Rojo (1989). Es el capítulo seis, “*Los pañamanes* o la memoria de la piel”, dedicado a esa novela de Fanny Buitrago, publicada en 1979, y que transcurre en la isla.

Benítez Rojo intentaba mapear una cartografía disgregada donde “se repiten” algunos fenómenos macro, con diferencias según la vida de cada isla. Su mapa es en verdad, para el momento en que está escribiendo, bastante amplio, aunque naturalmente

31 Que he visto citado, a propósito de los casos de juicios contra afrocaribeños por prácticas de obeah, en el interesante trabajo de Lara Putnam (2012).

32 Jiggy Drama y Creole N.G., *El fallo*.

inabarcable. Puede, por tanto, afirmar: “en la actualidad, puede decirse que el lector dispone de un conjunto de obras que representan los fragmentos de mayor tamaño del vasto rompecabezas del Caribe. No obstante, aún hay vacíos importantes que llenar. [...] todavía faltan por encajar algunas islas, ciertas ciudades y puertos, tramos costeros, penínsulas y golfos cuya ausencia configura huecos de bordes irregulares en la superficie azul turquesa del Caribe” (Benítez Rojo, 1989, p.221). Tras este anuncio, Benítez Rojo introduce *Los pañamanes*, que viene a ubicar allí “una rara pieza del rompecabezas caribeño”, en forma de “un minúsculo archipiélago situado a unas cien millas al oriente de Nicaragua, y conocido con el nombre de San Andrés y Providencia” (Benítez Rojo, 1989, p.221).

El tema de este capítulo (curiosamente, es la única obra de autoría femenina incluida en *La isla que se repite*, al lado de autores como Wilson Harris, Alejo Carpentier, Edgardo Rodríguez Juliá o Nicolás Guillén...), es el encuentro entre tres temas: la tensión racial, la mitologización de la historia traumática y la exposición y conjuro de la violencia que está en la raíz de la colonización. Con estos tres elementos, sumados a la oralidad manifiesta en los cuentos de Anancy, Benítez Rojo sitúa entonces el archipiélago en la historia caribeña que ha venido rastreando.

En el 2007, José Luis Garcés González, en *Literatura en el Caribe colombiano. Señales de un proceso* incluye la novela de Hazel Robinson Abrahams *No give up, maan* (así como *Los cuentos de la ausencia* de Lenito Robinson Bent). Se trata de una reseña detallada de la obra, en su desarrollo y en sus valores. De este modo, Garcés González hace su parte del trabajo al incorporar estos textos, buscando contrarrestar la idea de que “somos una tierra plana y por ello de fácil comunicación física y cultural” mediante el “conocimiento de la literatura caribeña colombiana” (contraportada del libro). También, a propósito de la obra de Hazel Robinson, tenemos el prólogo a *No give up, maan* reimpresso como cuarto tomo de la Biblioteca de autores afrocolombianas por el Ministerio de Cultura de Colombia. En este prólogo, Ariel Castillo Mier, quien propuso la obra para la colección, redimensiona las crónicas de Robinson, como una especie de implícito antecedente de sus novelas. Luego, analiza el pasado escritural de Robinson Abrahams como prólogo a su obra narrativa.

Una continuación muy interesante de este trabajo de Castillo Mier la presentó Eduardo Silva en forma de ponencia en la conferencia de la Caribbean Studies Association (2013a), quien también publicó recientemente un trabajo sobre la obra teatral de Marilyn Bizcaino Miller (2013b). Respecto al proyecto total de Hazel Robinson, y por otro lado, a la problemática de la migración desde la isla y la de los capitanes de go-fast desaparecidos en alta mar hay artículos de Del Valle, 2011, 2014a y 2014b, respectivamente.

Marcia Dittmann participó en el XI encuentro de saberes, en Mompox y como resultado de esa participación está su revisión de la producción oral y escrita de las dos islas (2010). Como antes señalé, Ana Mercedes Patiño le dedicó al trabajo de Lolía Pomare Myles un artículo que la sitúa como intelectual en la confluencia de muchas ramificaciones; tiene también un texto sobre las novelas de Robinson Abrahams (Patiño, 2014, pp.40-47). El cubano Samuel Furé Davis (2013), recoge algunos apuntes de textos previos al suyo y agrega su percepción sobre la literatura de la isla, pero de este sólo tengo referencia. Estos son los trabajos publicados sobre la literatura de la isla, de que tengo noticia; actualmente hay varios trabajos de maestría en curso, en especial sobre la obra de Hazel Robinson Abrahams y la de las obras de tema isleño de Fanny Buitrago.

Me gustaría en este último apartado maniobrar entre tres imágenes de puerto, que se yuxtaponen, se complementan como mapas de la isla, en la historiografía, la historiografía literaria y las obras literarias en sí. Estos tres puertos son: el puerto antiguo y efervescente, el puerto en decadencia y ruina y el puerto imaginado y elusivo.

Puerto antiguo y efervescente

Parsons (1956) dibuja un portulano muy activo entre los siglos XVII y XIX, con eje en la isla: “La posición de San Andrés en el tráfico del Caribe occidental fue por un tiempo única. No era sólo el puerto donde se concedían licencias para el comercio costanero con Colombia, sino que proveía un cargamento de regreso y a la vez sus prósperos habitantes ofrecían un modesto mercado propio” (p.95). Durante los siglos XVII, XVIII y XIX, San Andrés cumplió distintas funciones: sirvió de base de operaciones: “en el siglo XVII, [...] la Compañía de Providencia tenía sus agencias establecidas a lo largo de la Bahía de Honduras y en Cabo Gracias a Dios. Más tarde, las islas sirvieron como base de tránsito para los aventureros ingleses, especialmente los de Jamaica, quienes por entonces se establecían a lo largo de la Costa de Miskitos y al sur hacia Panamá” (pp.114-115). Naturalmente, la fuerza económica subyacente a estos intercambios involucra no sólo la ida y venida de mercancías muy diversas, sino el intercambio humano con poblaciones distintas: “El primer viaje empezaba en *Nueva York* hacia San Andrés, en marzo o abril; era costumbre sacar licencia para efectuar el trueque de mercancía, *alhajas, licores, carne salada y harina* en puertos tales como *Corn Island, Pearl Lagoon, Bluefields, San Juan (Greytown), Salt Creek (Limón), Bocas del Toro, Chagres y Portobello*. Para el viaje de regreso abundaba en la costa *concha de carey, zarzaparrilla, cacao, goma copal, fustic, coco, mahogany y pieles*, y en las islas, *concha de carey, algodón y madera de cedro*. [...] Las embarcaciones atracaban en San Andrés tanto en su viaje

rumbo al sur como hacia el norte” (p.88)³³. Desde luego, en este ir y venir, también se ponen en circulación saberes concretos que hacen parte de la idiosincrasia lugareña: “Durante el siglo XIX los isleños continuaron comerciando especialmente con las costas de Centroamérica [...]. Eran expertos navegantes íntimamente familiarizados con la navegación en esta zona y muy solicitados como pilotos de las naves extranjeras” (p.117). En razón de estos contactos de larga data, no es de extrañar que haya asentamientos permanentes por parte de gente de las islas en otros lugares: “Las Islas Corn, por ejemplo, habían sido conquistadas por gentes de San Andrés antes de 1810. Algunos años más tarde otro grupo de San Andrés se estableció en Pearl Lagoon, al norte de Bluefields, y se dedicó al cultivo de algodón, café y caña de azúcar” (pp.114-115). Es lícito que los isleños sostengan entonces que “Las relaciones con los países del Caribe no fueron solamente comerciales, también fueron culturales, debido a [sus] raíces étnicas, [sus] experiencias históricas comunes y los lazos de parentesco” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.32). Tampoco ha de sorprender que ante el declive de su importancia económica, los isleños siguieran moviéndose: “Los proyectos de construcción de los ferrocarriles de Panamá y Costa Rica y años más tarde del fracasado canal iniciado por los franceses, aparecen como motivo de emigración de algunos isleños sin trabajo al continente [...] la construcción del Canal de Panamá [...] fue la obra que más empleó trabajadores de San Andrés y Providencia, así como de otras islas del Caribe, en escala sin precedentes”. Esto, naturalmente, incluye a las mujeres, que “han encontrado siempre trabajo como domésticas en Panamá” (Parsons, 1956, p.118). En voz de los habitantes de la isla: “Hacíamos cabotaje no sólo a las islas Mangle y a Centroamérica sino también a Jamaica, a las Islas Caimán y a Estados Unidos. Muchos hombres isleños han pasado buena parte de su vida navegando en los mares del mundo. Muchos han sido capitanes de grandes barcos de otros países” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.21).

Con este panorama, hay que estar de acuerdo con Parsons cuando sostiene que: “La geografía e historia de estas islas de San Andrés y Providencia tiene una importancia que no corresponde a su población y extensión” (Parsons, 1956, p.121). Esta fama pretérita es recreada en varias de las obras producidas en la isla, sobresalientemente, las tres de Hazel Robinson, situadas precisamente en ese largo período de gran movimiento, y más recientemente, en *Meridiano 82, la ruta de la langosta*, de Jimmy Gordon Bull, y en pasajes de las narrativas autobiográficas de Riva Fidel Robinson (2010, 2011).

33 Énfasis añadido

Puerto en decadencia y ruina

Alguien que se familiarice con las voces sanandresanas encontrará que en los textos de la más diversa índole se repite, palabras más, palabras menos, esta queja: “El cambio de nuestras costumbres comenzó a partir del año 1953 cuando la isla de San Andrés fue declarada puerto libre” (Ruiz y O’Flin, p.32). Así lo dicen, verbigracia, los habitantes en *San Andrés y Providencia: una historia oral de las Islas y su gente*, uno de los dos trabajos historiográficos, bilingües, con foco isleño. “San Andres, a “Free Port”- the Great Experiment of the Century and Its Aftermath”, es el capítulo correspondiente a este período en el segundo de esos trabajos, el ambicioso y peculiar libro de Walwin Petersen, historiador miembro de la Academia de Historia de Colombia, *The Province of Providence*. Las comillas que ponen en duda el “libre”/ “free” adquieren sentido en ese capítulo, donde se describe y comenta la distancia cultural entre los continentales colombianos y los isleños en San Andrés. Petersen no sólo describe los efectos del puerto libre sobre la vida de la isla: el desastre urbanístico, el desastre ecológico, el desastre cultural. Igualmente (aunque reconociendo que en todo esto tuvieron su parte algunos isleños, como es de esperarse en toda formación social), evidencia, primero, la incomunicación entre unos y otros porque en los primeros contactos legales, los isleños no entendían la lengua en la que estaban firmando los contratos con los continentales, y segundo, la distancia cultural, o casi podríamos decir, el desprecio de los continentales comerciantes o gobernantes por la opinión de los isleños. Ese escenario en su conjunto —los daños irreversibles al medio (el relleno de manglares, la rectificación de costas), la borradura de la cultura local (la imposición del español y del catolicismo), el cambio de las dinámicas económicas, la toma de decisiones incongruentes con el medio inmediato en tanto surgen del foco capitalino— coincide con el panorama colonial en otros lugares del Gran Caribe. De ahí la tremenda resonancia que un concepto como el de Puerto de Plantación tiene para describir el Puerto Libre. Benítez Rojo (1989) entiende por Puerto de Plantación “ciudades como Kingston, Bridgetown, Georgetown, Cayena, Fort-de-France, Paramaribo” (p.43) que “respondían a los requerimientos de sociedades donde, como promedio, nueve de cada diez habitantes habían sido alguna vez esclavos, y esto hacía superfluo el adoptar medidas que contribuirían a elevar, más allá de lo estrictamente necesario, los niveles de urbanización, de institucionalización, de educación, de servicios públicos y de recreo” (p.43). Guardando las debidas proporciones, y teniendo presente que la plantación es, a la larga, un modelo de sociedad, el Puerto Libre ocasiona en San Andrés lo que en el Caribe anglófono se produjo en el siglo XIX (en vista del colonialismo subyacente no es de extrañar que las consecuencias sean las mismas): “un menor grado de diversificación económica,

un menos número de campesinos y artesanos, un mercado interno más restringido, un sistema de comunicaciones y transporte más pobre, una clase media más reducida, una vida institucional más débil, una educación más deficiente, un conflicto mayor con la lengua de la metrópoli y un surgimiento tardío de las artes y las letras” (p.42).

Es curioso que de las obras literarias que mencioné, pocas se ocupan de este hecho concreto. Quizás sea natural esquivar el hecho traumático y volver al momento anterior a él. Solamente se zambullen en este tema los dos libros de Forbes Bernard y *A oscuras pero encendido*, de Gordon Bull, precisamente los dos que no encajan en las expectativas de lo literario tradicional. Habría que anotar, a modo de glosa, sin embargo, en aras de seguir complejizando ese croquis de la producción literaria en la isla, que *The Province of Providence*, es un recuento histórico bastante peculiar, si lo pensamos desde las prácticas y los moldes de las historiografías avaladas por los centros académicos. Para citar un ejemplo: el libro no cuenta con bibliografía, ni menciones de archivo, si bien en este caso quizás valga señalar que el centro de gobierno (la casona intendencial) se quemó, junto con otros edificios aledaños, el 19 de enero de 1965 (lo que no obsta para que Parsons, aún no superado, use y cite documentación de archivo disponible en el continente). Esto llama más la atención cuando se lo pone lado a lado con una anotación del libro de Gordon Bull, quien figura como “miembro fundador de la academia de historia de San Andrés” en las páginas de créditos de su libro. Estos datos delimitan otras formas de autorización del saber en la isla. En este sentido, como decía al comienzo de este texto, veo en los textos historiográficos y en algunos textos literarios en la isla un mecanismo de reflejo que puede ser interesante estudiar más a fondo.

Puerto imaginado y elusivo

“Las historias de tesoros enterrados aún persisten y de vez en cuando se han descubierto pequeñas guacas. [...] Las visitas de buscadores de oro, norteamericanos e ingleses, fueron tan frecuentes en un tiempo, que se dictó un decreto en 1877 que prohibía a los nativos colaborar con las expediciones extranjeras que arribaban en busca de tesoros” (Parsons, 1959, p.99). Quizás la medida fuera efectiva contra esos buscadores de tesoros. Para los escritores, por el contrario, esos tesoros escondidos han sido un acicate constante. Precisamente esta es la lectura que escoge Benítez Rojo, en ese primer texto crítico sobre la literatura con foco en la isla, para hablar de *Los pañamanes*. Ese puerto se caracteriza por su peso mítico, por la recreación cartográfica en clave alegórica, y, siguiendo al cubano, por una pulsión de exorcizar la violencia fundacional colonial. El puerto fantasma —a veces con sus barcos fantasmas y sus habitantes

también fantasmales [San Andrés del pasado irrecuperable, San Andrés de historias perdidas, San Andrés destrozada entre la tradición y la modernidad...] — es el protagonista de varios textos literarios: *Legado de piratas*, de Gordon Bull; *Bahía Sonora*, de Fanny Buitrago; *Sail Ahoy*, de Hazel Robinson; en *Hijos del paisaje* de Mariamatilde Rodríguez. En ese recurso al fantasma, esos textos están construyendo territorialidades alternativas, a las que se les puede objetar que no tienen ya función, puesto que no se puede revertir el tiempo. Sin embargo, como apunté en un comienzo, en el juego de las representaciones, los textos (y para lo que nos compete, los textos literarios) construyen y adelantan visiones poderosas, cuyo fin no siempre podemos calcular ni predecir. *Los hijos del paisaje* es uno de esos textos invaluable en este renglón.

Me he preguntado mucho si un trabajo de investigación bibliográfica desde la biblioteca me habría permitido apreciar los matices que hoy veo en la producción de la isla. Mi conclusión es que difícilmente el trabajo crítico hecho desde los escritorios nos ayudaría a salir de los supuestos aprioristas, especialmente si el objeto es tan cercano, y lo tenemos tan introyectado como nuestro: creemos que conocemos a San Andrés porque hace parte de la comunidad imaginada colombiana. Pero si “sólo la concreta encarnación histórica, y no el abordaje apriorístico, puede revelarnos las verdaderas características y funciones de un hecho literario” (Fernández Retamar, 1995, p.114) es tan importante estar inmerso en esa encarnación histórica como lo es estar dispuesto a pensar lo literario como algo más que textos bellos. El caso de lo literario en San Andrés, tal como lo veo, es uno de esos ejemplos para repensar los criterios críticos que nos rigen y empezar a explorar modos *sui generis* en que la historia y la política de estas islas jóvenes y coloniales se plasman en formas que reclaman nuevos lentes, a riesgo de pasarnos inadvertidas y cumplen funciones incalculables.

En este sentido, creo que la crítica también tendría que ser llamada a una rendición de cuentas en relación con San Andrés, similar a la que exige Petersen: “el gobierno nacional debe [...] hacer una evaluación objetiva y consciente de todo su proceso de intervención en estas islas, incluyendo un análisis de los resultados finales obtenidos. Se debe establecer con claridad cómo los objetivos y los procedimientos del gobierno han afectado a fondo a los isleños” (Petersen, 2002, p.260). ¿Qué hemos estado contribuyendo con el trabajo que hacemos o no hacemos en lo relacionado con la isla y territorios colombianos en similares circunstancias?, es la pregunta que en esta dirección considero ineludible.

En el urgente contexto de las disputas actuales de la Haya y de la postura irresponsable con la que el gobierno colombiano ha procedido respecto a un territorio en el mar donde viven y del que viven cientos de personas, no hay que olvidar la advertencia de Wilson (2004) de que “*mucho del peso de [la] identidad [de la cultura Caribe] estará en*

la posesión de la tierra [y] cualquier alienación a la tierra del Caribe de la gente del Caribe, debe ser mirada como fundamental destructiva. [por ello] Parecería ser un imperativo político que los derechos de la gente del Caribe pertenezcan a su tierra, y que sean asegurados por la garantía de que su tierra les pertenece.” (p.225). En el caso de las islas, naturalmente, esa tierra no puede ser separada de su constitutivo entorno acuático.

En las obras que he rastreado, la isla amasa sus tesoros, los expone y los vuelve a ocultar, se imagina y se reimagina de múltiples maneras, rica y caleidoscópicamente. Esa es una forma de apropiación. Y tendría algún poder en la esfera política, en bien de los isleños, si la crítica la hiciera reverberar.

Obras citadas

- Adorno, Rolena. [1998]. Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 28, 11-28
- Aguilera Neira, Claudia. [1991]. *Espejismo de arena*. Bogotá: Publicaciones Saint-Amour
- Aguilera Neira, Claudia. [2005]. *Trapezio al vacío*. Bogotá: Apidama Ediciones
- Arias Vanegas, Julio. [2005]. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Ediciones Uniandes/Ceso
- Bancelin, Claudine. [2004]. *Entre ráfagas de viento*. Barranquilla: Maremagnum
- Benítez Rojo, Antonio. 1989. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte
- Bernabé, Jean; Confiant, Raphaël y Patrick Chamoiseau. [1989] 2010. *Elogio de la creatividad*. Mónica del Valle y Gertrude Martin Laprade (trad.). Bogotá: Editorial Javeriana
- Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). [2010]. *La unidad es submarina*. Buenos Aires: Katatay ediciones
- Bourdieu, Pierre. [1985]. La fuerza de la representación (87-95). En *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal
- Brathwaite, Kamau. [1971/1981] 2010. *La unidad es submarina*. Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). Buenos Aires: Katatay ediciones
- Brathwaite, Kamau. [1973]. *Calypso. The Arrivants. A New World Trilogy*. Oxford: Oxford University Press
- Briones, Claudia. [2005]. [Comp.] *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Buitrago, Fanny. [1976]. *Bahía Sonora. Relatos de la Isla*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura
- Buitrago, Fanny. [1979]. *Los pañamanes*. Bogotá: Plaza y Janés

- Buitrago, Fanny. [2010]. *Canciones profanas*. Bogotá: Panamericana Editorial
- Castillo Mier, Ariel. [2010]. No Give Up, Maan!, una novela fundacional. *Biblioteca de literatura afrocolombianas* (11-31). Bogotá: Ministerio de Cultura
- Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo. [2008]. *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar.
- Chow Wong, Lina. [2008]. *¿Adónde ha ido lo que no volverá?* Cali: Editora Feriva
- Chow Wong, Lina. [2014]. *¡Déjame que te cuente!* Cali: Editora Feriva.
- Condé, Maryse. [1993/1995]. *La colonia del Nuevo Mundo*. Porta I Arnau, Mireia (trad.). Barcelona: Editorial Juventud
- Christopher Livingston, Adel. [2011]. *Idiomas de mi tierra*. S.l.: Publicidad total.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [ene/jun 2011]. Escenario edénico y naturaleza prístina en *Sail Ahoy!!! ¡Vela a la vista!*, y *The Spirit of Persistence*, de Hazel Robinson Abrahams: dos formas de recuperar una isla colonizada. *Estudios de Literatura Colombiana*. 28, pp. 17-38.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014a]. Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla. En *Sombralarga*, Revista de Literatura Colombiana. (1). En línea: http://www.sombralarga.com/articulos/primerocasas_desoladas.html
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014b]. Desaparecidos de la espuma. En *La Revista del Vigía*. Año 23, pp.32-33. Matanzas-Cuba.
- Dittmann, Marcia. [2008]. *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia (Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez)*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia
- Dittmann, Marcia. [2010]. Tradición oral y cultura letrada en la literatura de la comunidad raizal de San Andrés y Providencia Islas, Colombia. En *Memorias del XI Encuentro para la Promoción y difusión de la cultura, del patrimonio inmaterial de países iberoamericanos*, pp.230-259. s.c., s.e.
- Enciso Patiño, Patricia con narradores raizales. [2004]. *Los hilos que amarran nuestra historia. The Threads that tie our History*. Nafasd – GTZ. Bogotá: Impresol editores.
- Espinet, Ramabai. [1991]. Barred. Trinidad 1980. En Esteves, Carmen C. y Paravisini-Gebert, Lizabeth (eds.). *Green Cane and Juicy Flotsam. Short Stories by Caribbean Women*, pp.80-85. Newark: Rutgers The State University
- Fals Borda, Orlando. [2002]. *Historia doble de la Costa*. Maestros de la sede, 3. Universidad Nacional de Colombia. Banco de la República. Bogotá: El Áncora. ISBN 9583600873 – Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/1401/#sthash.icRw-wfMX.dpuf>

- Fernández Retamar, Roberto. (1995). Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana. En: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Instituto Caro y Cuervo, pp.89-134. Bogotá. (Originalmente publicado en 1975)
- Forbes Bernard, Eviston. (s.f.). *Las plagas humanas bestializadas*. s.e.
- Forbes Bernard, Eviston. (2011). *Meditamos en el abismo de nuestras tinieblas*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional sede Medellín
- Forbes Bernard, Eviston. (2012). *Con cara ganan los tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Furé Davis, Samuel. (mayo-2013). Entre la espada y la pared: un pasaje lingüístico-literario al Caribe insular colombiano. Ponencia presentada en el Coloquio internacional Diversidad cultural, Casa de las Américas, La Habana.
- Garcés González, José Luis. (2007). *Literatura del Caribe colombiano. Señales de un proceso*. vol. 1, Montería: Universidad de Córdoba. ("Hazel Robinson Abrahams", tomo 1, pp.434-437; "Lenito Robinson-Bent" tomo 2, pp.760-762)
- Glissant, Édouard. (1997) 2005. *El discurso antillano*. Caracas: Monteávila
- Gombaud, Stéphane. (2007). *Îles, insularité et îlité. Le relativisme dans l'étude des espaces archipélagiques*. Tesis de doctorado en Geografía, de Université de la Réunion
- Gordon Bull, Jimmy. (2001). *A oscuras pero encendido*. Bogotá: Tipográficas Ltda
- Gordon Bull, Jimmy. (2006). *Legado de piratas*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Gordon Bull, Jimmy. (2010). *Meridiano 82. La ruta de la langosta*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Grittani, Franco. (2004). *Immagini di San Andrés/Imágenes de San Andrés*. Nápoles: Accademia Partenopea.
- Grossberg, Lawrence. (ene/jun 2009). El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad, pp.13-48. En *Tábula rasa*, Bogotá
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1998). Literatura y política. En *Insistencias*, pp.69-283. Santa Fe de Bogotá: Editorial Ariel
- Guzmán, Diana Paola. (jul/dic 2009). Los dueños de la palabra: antologías poéticas en el siglo XIX. En *Estudios de Literatura Colombiana* No. 25, pp.91-106.
- Harris, Wilson. (1999). *The Unfinished Genesis of the Imagination. Selected Essays of Wilson Harris*. Bundy, Andrew (ed.). Nueva York: Routledge
- Henríquez Ureña, Pedro. (1928). Caminos de nuestra historia literaria. En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Editorial Babel. Disponible en Biblioteca digital de pensamiento dominicano, www.cielonaranja.com. Recuperado 16 de julio de 2010

- Howard Livingston, Keshia. (2014). *San Andres: A Herstory*. San Andrés: Casa Editorial Welcome.
- Instituto Agustín Codazzi. Mapa de regiones en Colombia. Recuperado el 1 octubre de 2013 de: http://geoportal.igac.gov.co/mapas_de_colombia/IGAC/Tematicos2012/RegionesGeograficas.pdf
- Kincaid, Jamaica. (1999). *My Garden (Book)*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Coloquio con Juan Ramón Jiménez. En *Analecta del reloj*, pp.31-46. La Habana: Letras cubanas.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Julián del Casal. En *Analecta del reloj*, pp.47-73. La Habana: Letras cubanas.
- Losada, Alejandro. (1976). Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina. En *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en América Latina y el Perú*, pp.179-213. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Loynaz, Dulce María. (1994). *Un verano en Tenerife*. La Habana: Letras cubanas.
- Marmolejo Sevilla, Nadim. (s.f.) *Todos los días no son iguales*. Bogotá: Ediciones Ántropos Ltda.
- McCusker, Maeve. (dic 2011). Escribiendo contra la marea. El imaginario de la isla y la tierra en Patrick Chamoiseau. En: *Cuadernos de literatura* vol. 15 No. 30, pp.279-298. Bogotá.
- McKeller Hudgson, Marqueta. (2012). *Memorias*. San Andrés: Acaribe Libros.
- Moyano, Juan Carlos. (nov 2007-ene 2008). Marilyn Biscaíno: la Big Mamma del archipiélago. En *Teatros 7*, pp.4-9.
- Muñoz, Jorge. (1974). *Guitarra de viento*. Medellín: s.e.
- Pacheco, Carlos. (1995). Sobre la construcción de lo rural y lo oral en la literatura hispanoamericana. En: *Revista de crítica literaria*. Año 21, No. 42, 2 semestre de 1995, pp.57-71.
- Parsons, James J. (1956/1985). *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe*. Bogotá: El Áncora editores.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. (2011). Lolia Pomare Myles. Puente entre la palabra antigua y la nueva. En Jaramillo, María Mercedes y Ortiz, Lucía (eds). *Hijas del Muntu. Biografías críticas de mujeres afrodescendientes en América Latina*, pp.121-133. Bogotá: Panamericana Editorial.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. [jul/dic 2014]. Las novelas de la Sanandresana Hazel Robinson Abrahams. En *Revista de estudios colombianos. Asociación de colombianistas*, pp.40-47. University of San Diego.

- Pedraza, Zandra. [1986]. Para una investigación sobre la nacionalización del archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Seminario Internacional Sobre la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas- (Jardín De Sueños)*, pp.131-141. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Colcultura.
- Pedraza, Zandra. [1988]. Soberanía y deterioro cultural en el Archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Colombia Sotavento. vol.1 fasc.2*, pp.8-23.
- Pedraza, Zandra. [1992]. San Andrés y Providencia: nuevos contactos, nueva identidad. En *La Diversidad es Riqueza—Ensayos Sobre la Realidad Colombiana*, pp.180-182. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura-Consejería Presidencial para los Derechos Humanos.
- Percival Newton, Arthur. [1985]. *Providencia. Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses*. Bogotá: Banco de la República.
- Petersen, Walwin G. [2002]. *The Province of Providence*. San Andrés: The Christian University of San Andrés, Providence and Catalina.
- Piñera, Virgilio. [1998]. *La isla en peso*. Arrufat, Antón (comp.). La Habana: Ediciones Unión.
- Pizarro, Ana. [2009]. *Amazonas. El río tiene voces. Imaginario y modernización*. Santiago de Chile: Fondo de cultura económica.
- Pizarro, Ana. [jul/sept 2009]. Al margen de la historia. *Casa de las Américas* 256, pp.94-103.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2000]. *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano. Birth, Life and Death of a Sanandresan*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2002]. *Vendaval de ilusiones*. Barranquilla: Ed. Antillas
- Putnam, Lara. [2012]. Rites of Power and Rumors of Race: The Circulation of Supernatural Knowledge in the Greater Caribbean [243-267]. En: *Obeah and Other Powers. The Politics of Caribbean Religion and Healing*, pp.243-267. Paton and Forde (eds.). Carolina del Norte: Duke University Press
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *The Soldiers dem de come, and the Mango Tree/ Ahí vienen los soldados, y el palo de mango*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *Naked Skin/ Piel desnuda*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Restrepo, Eduardo. [2013]. *Etnización de la negritud: la invención de las 'comunidades negras' como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rincón, Carlos. [1978]. El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica. En *El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, pp.13-45. Bogotá: Biblioteca colombiana de cultura.

- Rivera, Camila. (2004). Nuevas encrucijadas, nuevos retos para la construcción de la nación pluriétnica: el caso de Providencia y Santa Catalina. En *Conflictos e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, pp.301-329. Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (eds.). Universidad del Cauca
- Robinson Abrahams, Hazel. (2002). *No Give Up, Maan!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés
- Robinson Abrahams, Hazel. (2010). *No give up, Maan! / ¡No te rindas!* Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *Sail Ahoy! / ¡Vela a la vista!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *The Spirit of Persistence. Las goletas en la isla de San Andrés, Providencia & Santa Catalina*. San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés / Gobernación de San Andrés, Santa Catalina y Providencia.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2009). *El príncipe de St. Katherine*. San Andrés isla. Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Bent, Lenito. (2010). *Sobre nupcias y ausencias, y otros cuentos*. Bogotá: Ministerio de Cultura
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Island Anecdotes*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Anécdotas isleñas*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2011). *My Journey*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2013). *She shall be praised*. Estados Unidos: s.e.
- Rodríguez, Mariamatilde. (2007). *Los hijos del paisaje*. Bogotá: Luna con parasol
- Ruiz, María Margarita y O'Flin de Chaves, Carol. (1992). *San Andres y Providencia: una historia oral de las islas y su gente*. Bogotá: Banco de la República.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (jun 2013a). La isla que se descubre. Imágenes del Puerto Libre en el Meridiano 81. Ponencia en *la Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe*. Granada.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (2013b). *Combak, Combak: La memoria insular del teatro de mujeres en San Andrés*. Borrador de trabajo.
- Trouillot, Lyonel. (2009). *Éloge de la contemplation*. París: Riveneuve. Recuperado de: http://jacbayle.perso.neuf.fr/livres/Haiti/Trouillot_8.html [actualizado el 26 de diciembre de 2013]
- Walcott, Derek. (1998/2000). *La voz del crepúsculo*. Martínez Muñoz, Catalina (trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Williams Jessie, Alciano. (2011). *Dhe Smilin wavs fa Sound Bay* (The Smiling waves from Sound Bay/ Las olas sonrientes de Sound Bay). Santa Marta: Oraloteca.

Wilson, Peter J. (1973/2004). *Las travesuras del cangrejo. Un estudio de caso Caribe del conflicto entre reputación y respetabilidad*. Bogotá: Universidad Nacional, sede San Andrés

Wynter, Sylvia. (1969/2012). *We must learn to sit down together and talk a little culture: Decolonizing Essays 1967-1984*. Inglaterra: Peepal Tree.

Otras obras consultadas

Cabrera Ortiz, Wenceslao. (s.f.). *San Andrés y Providencia. Historia*. Bogotá: Editorial Cosmos.

Caicedo Licona, Carlos Arturo. (2002). *Complotados, ladrones y criminales*. Medellín: Lealón.

Gaviria Liévano, Enrique. (1984). *Nuestro archipiélago de San Andrés y la Mosquitia colombiana*. Volumen IX Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Academia colombiana de Historia. Bogotá: Plaza y Janés.

Turnage, Loren C. (1975). *Island Heritage. A Baptist View of the History of San Andrés and Providencia*. Cali: The historical Commission of the Colombia Baptist Mission.



Celebración del día internacional de eliminación de la violencia contra las mujeres. Aparecen de derecha a izquierda las conferencistas Ángela Rodríguez y Silvia Elena Torres. Evento promovido por la Corporación de mujeres Miss Nancy Land. San Andrés isla, 25 de noviembre de 2015

Autora: Shirley Cotrell Madarriaga

Perspectivas críticas sobre la literatura en San Andrés isla, Colombia¹

Mónica María del Valle Idárraga²

La isla, un objeto incierto
*La imaginación de un posible futuro debe construirse
y hacerse posible por el análisis del presente*³

La caracterización de lo regional en Colombia ha pasado por diversas fases de reparto territorial desde la época colonial. Su versión reciente se ha dado por sentada en razón de la cartografía geofísica enseñada y respaldada oficialmente⁴ y que la campaña *Colombia, país de regiones* quizá terminó de encasillar. Académicamente, sin embargo, desde hace décadas se ha venido cuestionando la naturalidad de una correspondencia directa e inmediata entre lo geográfico y lo cultural. El concepto de *región* ha sido problematizado por efecto de hechos sociales: por ejemplo, la turbulencia bipartidista desde los años 40, el enfrentamiento armado, el narcotráfico, los desplazamientos forzados, por mencionar algunos, crean agrupamientos territoriales

1 Este texto es resultado de la investigación *Desde la otra orilla: identidades (trans) nacionales y en conflicto en la literatura de San Andrés (1984-2010)*, realizada entre junio de 2010 y junio de 2011, en el Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana. Una aproximación inicial se presentó a modo de ponencia en el I Congreso Internacional de Estudios Caribeños, organizado por la Universidad Nacional, sede Caribe, y realizado en San Andrés isla del 4 al 9 de octubre de 2010.

2 Ph. D. en estudios culturales e hispánicos, Magíster en literaturas hispánicas, ambos en Michigan State University; profesional en idiomas inglés-francés-español (Universidad de Antioquia). Es profesora asociada de la Facultad de Ciencias de la Educación y de su doctorado en Educación y Sociedad, en la Universidad de la Salle, Bogotá. Como caribeñista, se ha ocupado de temas cubanos y de temas martiniqueños, del campo literario de San Andrés isla, y de la relación vudú-literatura haitiana. Entre sus últimas publicaciones están *La poética política de José Lezama Lima. Imagen y vacío en sus críticas de arte* (Editorial Universidad de Antioquia, 2010), *Estudios culturales, trabajo académico y acción política. Entrevista a Víctor Vich (Tabula Rasa, No. 20, enero-junio 2014)*, *Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla* (revista Sombralarga, abril 2014, No. 1. En línea: <http://www.sombralarga.com/articulos/primero/casas-desoladas.html>) y *El jardín de Jamaica: una voz entre paréntesis* (*Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica*. No. 18, julio-diciembre 2013). Correos electrónicos: mmdvalle@unisalle.edu.co y monicatraductora@gmail.com

3 Lawrence Grossberg, *El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad* (13-48). En *Tábula rasa*, Bogotá, (ene/jun 2009). p.47.

4 cfr. Instituto Agustín Codazzi.

y de imaginarios que desbordan las *fronteras* regionales. Han concurrido en la revisión del concepto trabajos desde el ámbito teórico que desdican la homogeneidad y equidad del proyecto nacional (la colombianidad) y, por el contrario, muestran los cismas y las desigualdades a raíz de diseños en los que tienen preponderancia algunos focos capitalinos. En esta línea, y en pugna con una visión multiculturalista simple, numerosos estudios en Colombia —entre ellos *Historia doble de la costa* (Fals Borda, 2002), *Nación y diferencia* (Arias Vanegas, 2005), *Genealogías de la colombianidad...* (Castro-Gómez y Restrepo, 2008), *Etnización de la negritud...* (Restrepo, 2013)— se han unido a pesquisas similares en otras partes del continente (Briones, 2005). Como resultado, se han ido delineando otras escalas que ayudan a fracturar la continuidad de las correspondencias geográfico-político-culturales, con lo que paulatina y crecientemente se desdibujan los nítidos bordes del mapa regional.

En el caso de la historiografía de la literatura, varios grupos de trabajo e investigación (principalmente “Historia y Literatura” de la Universidad Nacional sede Bogotá; “Colombia, tradiciones de la palabra”, de la Universidad de Antioquia; “Centro de estudio e investigación literaria del Caribe —Ceilika— y el “Grupo de Investigación literaria del Caribe —Gilkarí—”, ambos de la Universidad del Atlántico) han venido construyendo otros referentes para la discusión de la literatura en Colombia. También en esta área la tendencia coincide con la de otros países del continente: se reconocen los fundamentos excluyentes del proyecto de país respaldado sobre una idea unificadora y sesgada de la lengua, la historia y la literatura nacionales (Guzmán, 2009); se ve la necesidad de trabajar otros frentes excluidos de esa triada letrada, y se empieza a pensar, por ejemplo, el papel de sucesos como la migración forzada o voluntaria de intelectuales y escritores a otros países, al pulso de las dictaduras⁵, entre otros factores. Otro elemento concomitante en estos reajustes de visión ha sido la muy reñida expansión de los temas pertinentes para el campo de los estudios literarios en Latinoamérica⁶, desde géneros como el testimonio y la producción oral hasta la relevancia de imaginar las

5 Con su característica lucidez lo planteó Rafael Gutiérrez Girardot al cierre de su ensayo *Literatura y política* en *Insistencias* (1998): “¿Y la literatura de los exiliados políticos hispanoamericanos? Quienes se exiliaron en países hispanoamericanos ¿fueron exiliados realmente? [...] Muchos de los exiliados latinoamericanos en Latinoamérica fueron ‘peregrinos en sus patrias’: descubrieron por experiencia propia la pluralidad de Hispanoamérica. Como en la fábula del burro al que le sonó la flauta por casualidad, *los dictadores militares hispanoamericanos lograron, con el exilio de quienes les incomodaban intelectualmente, una desprovincialización, una depotenciación del nacionalismo*. Pero es muy temprano para juzgar adecuadamente ese fenómeno” (283, énfasis añadido). El tema de la producción de la diáspora colombiana es un frente de trabajo todavía muy novedoso en el país, desde donde lo veo.

6 cfr. Adorno (1998), Fernández Retamar (1995), Rincón (1978), Pacheco (1995), Pizarro (2009b).

fronteras culturales⁷ de un modo más flexible y congruente histórica y culturalmente, por ejemplo con la sugerente noción de *zona cultural*⁸.

En el Gran Caribe, estos debates han tenido también un gran momento durante las últimas décadas, como parte de un proyecto por deshacer el mapa tremendamente fragmentado (en general y en casos extremos aún dentro del cuerpo de una misma isla: Saint Martin/Sint Martin, Haití/República Dominicana) heredado de un pasado colonial. En este plano, la conocida frase de Florencia Bonfiglio (2010) “la unión es submarina” —compartida de una u otra manera y tematizada de un modo u otro por escritores como Jamaica Kincaid (1999), José Lezama Lima (1953), Maryse Condé (1993), Derek Walcott (1998), Kamau Brathwaite (1971/81), Antonio Benítez Rojo (1989), Jean Bernabé, Raphaël Confiant y Patrick Chamoiseau (1989) o Édouard Glissant (1997)— sugiere dinámicas supranacionales, móviles, históricas, densas y contradictorias.

Con estas aclaraciones en mente, se comprende que la inserción del archipiélago de San Andrés, Providencia, Santa Catalina y los cayos Quitasueño, Roncador, Bolívar, Serrana y Serranilla en una idea de región es también una pugna donde intervienen múltiples intereses. En la medida en que “la ‘realidad’ es absolutamente social y las clasificaciones más ‘naturales’ se apoyan siempre en rasgos que no tienen nada de natural y que en parte son producto de una imposición arbitraria, es decir, de un estado anterior a la relación de fuerzas en el campo de las luchas para la delimitación legítima” (Bourdieu, 1985), el archipiélago entra y sale de mapas “regionales” diversos. En el Museo del Caribe⁹, y en otros proyectos intelectuales recientes en la costa norte colombiana como la Oraloteca¹⁰ y el Observatorio del Caribe¹¹ por ejemplo, hace parte de la llamada (no sin controversias) región Caribe colombiana; naturalmente, esta no es una posición unificada y hay quienes discrepan: el desencuentro entre

7 Una historización contrastada de los sentidos de la palabra “región” en la historiografía literaria, más allá del referente geográfico, quizás nos mostraría algunos desencuentros y especificidades de sentido. Es lógico que lo que un crítico entiende por región (en relación con una configuración histórica concreta que pauta sentidos sociales amarrados a lo geográfico) en un lugar latinoamericano (Rama, por ejemplo, desde Uruguay), difiera de lo que entiende, y siempre implícitamente, con la misma palabra otro crítico en otro lugar (Cándido, para poner como punto de comparación dos países tan distintos en todo respecto).

8 Pizarro la caracteriza, en su estudio particular sobre el Amazonas, como un área transnacional, con referentes geográfico-culturales comunes, donde los componentes “despliegan una común relación de intensidad con la naturaleza y el medioambiente, [y] participan de una comunidad del imaginario que sólo cambia las denominaciones” (Pizarro, 2009a, 15). Una noción que conviene explorar a fondo en contraste con los planteamientos de Glissant y Benítez Rojo en relación con el Caribe.

9 Ver en: http://www.culturacaribe.org/museo_del_caribe.html

10 Ver en: <http://oraloteca.unimagdalena.edu.co/>

11 Ver en: www.ocaribe.org

dos economistas locales¹² sobre el tema de la integración regional es un buen indicio al respecto. En el sumamente vigente trabajo de Parsons (1956) e incluso en el de Wilson (1973), el archipiélago y, más en concreto, las dos islas grandes, San Andrés y Providencia, se muestran como un compuesto dispar en lo geológico, lo político y lo social, que pese a su pertenencia política “después de casi dos siglos” a Colombia, tienen un lazo (también complejo y ambiguo) con otras latitudes caribeñas: “[aunque la posición de las islas de San Andrés y Providencia] indica que debieran pertenecer más bien a Nicaragua; sus afinidades culturales han sido históricamente con las Indias Occidentales inglesas y con Norteamérica” (Parsons, 1956). Este es también el sentir de numerosos habitantes del archipiélago.

En este trabajo, y consciente de las provisiones anteriores y de la consecuente arbitrariedad de este mapa que yo misma utilizaré, en lo que toca a la historiografía literaria considero la isla de San Andrés como un lugar con una formación social con pugnas por lo menos de cuatro frentes en lo intelectual; aprovecho la delimitación de lo insular como un cerco para separarla de Providencia y también de Colombia, así como del resto del Caribe, pero en concordancia con los planteamientos caribeñistas, reconozco a la vez como algo de grandes consecuencias para la isla vínculos pretéritos y presentes, incluso imaginados (aunque no serán mi foco de trabajo) con territorios aledaños. Así, la veo distinta aunque inserta en ese Gran Caribe, con lo que ella misma tiene mayor movilidad dentro de esa cartografía más amplia.

Aunque en este gesto de delimitación aprovecho la física función del mar y reconozco que la isla está, como bellamente escribió Parsons (1956), “aislada en la inmensidad del mar Caribe”, también reconozco que es preciso a la vez señalar, como dice Gombaud (2007) en su extenso estudio sobre las ideas de isla, insularidad e islidad, que “la isla [es] un objeto incierto”, en cuya delimitación nosotros mismos podemos actuar sobre la base de privilegiar la tierra (si hablamos de islidad) o privilegiar el mar (si hablamos de insularidad) (Gombaud, 2007). En el plano simbólico y literario gran Caribeño hay escritores en uno y otro lado y muy a menudo en vaivén entre uno y otro. Chamoiseau (McCusker, 2011), Virgilio Piñera (1998), Ramabai Espinet (1991), Dulce María Loynaz (1958), entre muchos otros, han abordado el significado de la isla. Podemos tomar las palabras del escritor haitiano contemporáneo Lyonel Trouillot (entreveradas con las del prólogo a su *Éloge de la contemplation*) como un croquis de ese espectro sentimental literario asociado a los dos polos y hablar del “equilibrio inestable entre deseo de evasión y el apego a una tierra y a quienes la habitan. En un inquietante juego de espejo una voz

12 Jairo de Jesús Parada Corrales y Adolfo Meisel Roca (agradezco a Clinton Ramírez haberme señalado este contraste).

parece denunciar el encierro insular ‘los barrotes son una frontera’; y más adelante, a modo de respuesta: ‘mis veintisiete kilómetros cuadrados me bastan’” (Trouillot, 2009).

Siendo la delimitación territorial un efecto de representación (Bourdieu, 1985), los textos y los discursos hacen parte importante de negociaciones y confrontaciones en la apropiación del territorio, trabajan vigorosamente en pro del posicionamiento de otro tipo de imaginarios. En coyunturas como la que vive actualmente el archipiélago tras el fallo de La Haya, discusiones como la que me ocupa aquí redoblan su pertinencia.

Aparejada a la complejidad de la delimitación de *lo regional* viene —lo sabemos— la dificultad de delimitar *lo literario* sanandresano. En este texto consideraré la isla simplemente como abstracción geopolítica (como departamento), sin ahondar sus relaciones literarias con la zona cultural en que la veo inscrita (en gran parte porque esta inscripción precisa un trabajo pendiente, mancomunado y atento a otros focos —Nicaragua, Panamá, Jamaica...). Me centraré por ahora sólo en su confrontación con Colombia; más adelante habría que agregar otros enlaces menos sesgados y unidireccionales como —intuyo— la curiosa relación de varios escritores caleños o barranquilleros con la isla y de escritores sanandresanos con otros centros del país.

En esta dirección que he privilegiado, aunque cada escritor, isleño o no, responde a impulsos distintos, podemos sostener sin errar que la necesidad de afirmar el suelo y situar a la vez la isla en comunicación con la tierra firme tiene que ver con el imperativo de mapear y fijar, estratégicamente en las relaciones de fuerza, una tierra que se escapa o sobre la que no se tiene ya propiedad, como resultas de la paulatina alienación que, de acuerdo con estos discursos, comienza en 1953 con el nombramiento de la isla como Puerto Libre. Sus textos se la apropian en recorridos imaginarios, mientras combaten en lo político para no perderla legalmente.

Los dos apartes siguientes van por rutas que se comportan como ejes reflejos y puntos simétricos de tensión políticos y escriturales: para empezar, un levantamiento sobre el estado de la producción escrita pensada como literaria en la isla, y luego, más brevemente, algunas anotaciones sobre la historiografía y la figura del puerto.

Pensar la literatura: algunas premisas de trabajo

Durante los años 60 y 70 se produjeron en Latinoamérica transformaciones sociales vertiginosas e imprevistas, y a menudo violentas, que no sólo alteraron la faz de estas sociedades en lo político y lo económico, sino también en lo cultural y —como en los años 20 y 30, cuando el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1928) perfiló algunos caminos que una historia de la literatura latinoamericana tendría que seguir para servir

plenamente a su contexto— estimularon una nueva ola de pensamiento crítico que reflexionando seriamente sobre su papel en el medio replanteó una vez más los marcos teóricos de comprensión del mundo a su alrededor. En el plano de la crítica literaria, este giro suscita preguntas como ¿qué funciones cumple la literatura en este medio y, así mismo, qué tipo de crítica y de historia literaria conviene a las producciones literarias alumbradas en el turbión social de esos años. Entre 1972 y 1975, Roberto Fernández Retamar resumía los acopios valiosos del trabajo crítico latinoamericano de cincuenta años, pero llamaba vivamente a circunscribir y corregir los fundamentos del mismo al ritmo de reflexiones acordes con la condición en principio colonial de estos territorios. Así, sostenía que si “toda teoría es una hipótesis de trabajo, sugerida por el interés en los hechos mismos” (Fernández Retamar, 1995, p.81), entonces “*una teoría de la literatura es la teoría de una literatura.*” (p.82) [Cursivas en el original], y en consecuencia “las teorías de la literatura hispanoamericana [...] no podrían forjarse trasladándose e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación [...] con las literaturas metropolitanas” (p.81). Estos planteamientos habían sido apuntalados ya por el trabajo de escritores como Lezama Lima (1953b), y a partir de los años 80 y 90 reciben más sedimentos desde el Gran Caribe también, gracias a obras como las de Antonio Benítez Rojo, Édouard Glissant, Wilson Harris (1999) o Sylvia Wynter (2012) en los años 60 y 70. Desde estas proposiciones, una aproximación teórico-crítica que se adapte a las peculiaridades de la producción literaria de esta geopolítica implica sin excepción no definir lo literario de modo inmanente e inmutable, sino como un hecho dinámico y en función de necesidades sociales, de tal manera que “lo que es un ‘hecho literario’ para una época, será un fenómeno lingüístico perteneciente a la vida social para otra, e inversamente” (Tinianov, citado por Fernández Retamar, 1995, p.107). Esto no desecha los usos simbólicos del lenguaje con fines sensibles en esas producciones; más bien les reconoce adicionalmente la dimensión social en que el escritor está inmerso, y la admite como una dimensión determinante tanto en la producción como en la recepción del texto.

La noción de Latinoamérica (Hispanoamérica en ese autor) subyacente a las afirmaciones de Fernández Retamar no es esa noción vaga y polivalente que a menudo circula en los proyectos de políticas de la identidad de esos años. Muy concretamente, alude al territorio en tanto identificado por un factor común, de orden neocolonial; es decir, heredero de nociones, supuestos, comportamientos implantados durante la colonia y perpetuados por los dirigentes siguientes. Alejandro Losada, teórico literario contemporáneo de Fernández Retamar, lo enuncia en el marco de un proyecto de investigación de la historia social de la literatura en este lado del mundo. Buscando un acercamiento que explique los fenómenos literarios diacrónicos comunes al

continente y también la manifestación de fenómenos muy distintos entre sí aunque sincrónicos (como el indigenismo y el vanguardismo), subraya que es indispensable considerar en el caso de estas literaturas el tipo de relación que sostienen con el resto de los países del mundo, después de su independencia. Losada explica que “la perspectiva que controla la producción literaria latinoamericana no depende de la extracción de clase del sujeto social productor, sino del *proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura, frente a los requerimientos de la cultura de los países industrializados, frente a las demandas de la sociedad regional o nacional (Estado, clase, posibilidad de evolución histórica, dependencia económica) y frente al mercado popular de la cultura*” (Losada, 1976, pp.207-208). A este “modo de comportamiento de un grupo minoritario frente a los estímulos y demandas de un proceso social complejo” (p.208), Losada lo llama “praxis de un grupo social”; dicho en otras palabras: es “un modo de comportamiento, que establece *relaciones reales con su sociedad en el hecho mismo de su producción literaria*” (p.208)¹³.

Las directrices epistemológicas enunciadas por Fernández Retamar se vuelven lineamiento concreto de investigación en este modelo sumamente versátil que resuelve los típicos obstáculos organizativos y analíticos de época, generación y nacionalidad. Ambos marcos son propicios para situar mi objetivo de reflexionar sobre la literatura en la isla de San Andrés y el tipo de crítica que, bajo esta luz, exige.

Desde la isla (no así desde el continente) es una perogrullada decir que San Andrés tiene con Colombia una relación de amor-odio, por lo demás justificadísima. En el imaginario raizal, 1953, año en que San Andrés se convierte en Puerto Libre, es el momento del derrumbe del paraíso¹⁴. Así lo describe, verbigracia, Walwin Petersen (2007):

13 Énfasis añadido. Esta particular división me parece un aporte de Losada que permite seccionar con cierta delicadeza en el plano literario las relaciones de fuerza dentro de una formación social, cuando no se trata de tensiones dentro de un mismo discurso, como en el caso de las literaturas heterogéneas, y cuando la discusión se centra sobre obras y escritores concretos y no en grandes marcos, como sería el caso de anotaciones de Glissant en torno a la Historia y la literatura en el Caribe, de todo punto pertinentes para otros debates.

14 Esto no es una simple frase retórica, sino que se puede rastrear como tropo o locus tanto en textos históricos (como *The Province of Providence*, de Walwin Petersen), como literarios (abundan las imágenes de la isla como paraíso intocado en los poemas de *Naked Skin*, de Juan Ramírez Dawkins, e incluso, aunque sin asidero cronológico puntual, en algunos de los cuentos de Lenito Robinson. Es muy evidente en *No give up, Maan!*). Y ese paraíso que figura allí tiene un sustrato o un sentido bíblico: la religión precede la vida social, no existe la degradación que describen hoy en día los periódicos y que fustigan algunos autores como Eviston Forbes Bernard y Jimmy Gordon Bull. Esta semblanza del paraíso se opone fuertemente al paraíso como locusturístico que prima hoy en los catálogos de viaje a la isla y que sería el responsable de esa especie de contrapartida infernal que sería la vida del sanandresano nativo o de antaño hoy allí, como sostiene Petersen en el fragmento citado. Este tema ocupa varios trabajos para el Gran Caribe, entre ellos: Sun, Sex and Gold: Tourism and Sex Work in the Caribbean editado por Kemala Kempadoo. Un giro bien interesante de esta discusión recién sale en la canción “El fallo”, cantada a dúo por Jiggy Drama y Creole New Generation (cfr. http://www.elcolombiano.com/jiggy_drama_protesta_con_su_cancion_el_fallo_contra_el_gobierno_y_la_haya-AAEC_270617), y aquí el

Luego, grandes almacenes de San Luis e incluso del North End empezaron a desaparecer, obligados por la nueva competencia del comercio informal por parte de los nuevos inmigrantes [colombianos continentales]. Sumado al caos, los isleños empezaron a construir usando ladrillos de arena y de cemento, absolutamente sin ningún control, usando el trabajo barato de inmigrantes atraídos por el “nuevo paraíso de Colombia” –un “paraíso colombiano” que gradualmente estaba siendo convertido en un infierno para la mayoría de los isleños nativos. [p.257]¹⁵.

Se aplica aquí la popular expresión anglocaribeña que un poeta como Kamau Brathwaite (1973) usa precisamente para cuestionar la desigualdad mantenida por el turismo: “*some people doing well, while others are catching hell*”. Efectivamente, a raíz de ese estatuto de Puerto Libre, el poblamiento de la isla se saldrá de control con los enormes conflictos que acarrea en todos los planos, desde la imposibilidad para el autoabastecimiento hasta los daños ecológicos causados por el exceso de desechos y detritus, pasando por las rupturas en el tejido de la vida cotidiana (desde el silenciamiento del creol hasta el desequilibrio poblacional y laboral o los problemas como el narcotráfico y su ética del dinero fácil) (Petersen, 2002, pp.257 y siguientes). Por otro lado, esa apropiación económica y política del archipiélago por parte del país es responsable también de situaciones conflictivas de hoy en día como la incomunicación de la isla (y del archipiélago) con otros territorios que históricamente han sido más cercanos a la cultura y la historia suya que el continente (como las costas de Panamá, Costa Rica o Nicaragua e incluso Estados Unidos). Todo esto explica la desconfianza de los isleños hacia los “pañas” y da sentido al hecho de que los isleños reivindiquen sus derechos territoriales, lingüísticos y culturales raizales, incluso mediante posiciones abiertamente políticas, como las del partido AMEN-SD¹⁶.

Nada avala que este contexto se ignore al momento de pensar la literatura de la isla. Todo lo más: desde la perspectiva de este escrito, es preciso tener presentes las dinámicas neo(o intra)coloniales de Colombia hacia San Andrés, en el plano de la crítica literaria y, al tiempo, las reacciones de los grupos letrados en la isla respecto a esas dinámicas, si queremos entender el porqué de los temas y las formas de la producción de la isla, y las estrategias políticas (en sentido amplio) que las estructuran.

video: (<http://www.youtube.com/watch?v=hdwCcnVSWAM>). Creo que la iniciativa de estos músicos es significativa si pensamos en otras dinámicas de vocear cultura (es curioso, en este sentido, por ejemplo, que en la isla el cantante Shungo haya puesto en circulación en las papelerías cuadernos escolares cuya cubierta tenía a su grupo musical).

15 Énfasis añadido. Todas las versiones al español de textos en inglés son mías.

16 Sigla de Archipelago Movement for Ethnic Native Self-Determination for the Archipelago of San Andrés, Providence and Kethlena.

La isla se ha vuelto omnipresente en los ojos de los continentales (y de extranjeros de otras partes del mundo)¹⁷ a raíz de campañas publicitarias como “Colombia es pasión”¹⁸, más recientemente “Colombia es realismo mágico”¹⁹ y a paquetes turísticos donde figura con precios competitivos al lado de destinos populares como Cartagena. En cuanto a investigaciones, hasta ahora habían sido primordialmente hechas por parte de antropólogos (Pedraza, 1986, 1988, 1992), historiadores o politólogos (Rivera, 2004). Esto es apenas el principio, pues ahora San Andrés y Providencia han entrado al canon literario colombiano con la marca de lo afrocolombiano. Dos de los dieciocho tomos de la Biblioteca de literatura afrocolombiana, recién publicada por el Ministerio de Cultura (2010), corresponden a escritores del archipiélago (el 14 a Hazel Robinson, el 7 a Lenito Robinson). Así mismo, en el tomo 16, *Antología de mujeres poetas afrocolombianas*, se incluyen cinco poetas de las islas, con la novedad de algunos poemas en creol.

Cuando, a principios del 2010, formulé un proyecto de investigación sobre la literatura de la isla, mis objetivos eran absurdamente ambiciosos: quería explorar la literatura de los últimos cien años en San Andrés; iba también tras posibles nexos desde lo literario entre los chinos de la isla y los chinos de islas como Trinidad o como Cuba. Igualmente, quería mirar cómo aparecía el turismo en las producciones literarias de San Andrés y, como si eso fuera poco, me proponía rastrear el —para mí— ineludible problema de la relación isla/Colombia/Gran Caribe. Los tres primeros objetivos demostraron ser resultado de los a priori de quien estudiara la isla partiendo de temas y problemáticas más o menos comunes al Gran Caribe en general. Más importante aún, por peligroso, esos objetivos me parecen ahora fiel reflejo de la misma tendencia exotizante con que se acercan a la isla el turista y el “paña”: San Andrés era una especie de “paraíso literario”, sin especificidad suya propia²⁰. Conversé con varias personas de la isla,

17 Por ejemplo, en la revista *Temporada, High Season. La revista de San Andrés y Providencia* (una revista dedicada exclusivamente a la promoción turística de las islas), en el número de diciembre a junio de 2010, ed 44, p.6, se da cuenta de una especie de convenio mediante el cual empiezan a llegar turistas checos y canadienses al archipiélago, por primera vez, luego de 9 años en que no llegaban en grupos continuos turistas europeos allí.

18 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=ri0kovbKot4>

19 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=BTcZB5q-9S4>

20 Esta actitud es algo generalizada entre la crítica: si bien los dos textos críticos existentes (hasta el momento en que empecé la pesquisa) sobre la obra de Hazel Robinson, escritos ambos por críticos de la costa colombiana, se dedican muy juiciosamente a la obra en sí, arrojando líneas de lectura sugerentes para el estudio futuro de la obra, ambos contemplan el texto (y la isla que lo produce) desde esa distancia que la hace parecer un terreno uniforme que ha producido en cuanto a literatura solo estas dos obras. Es un sesgo de la práctica crítica en general, que contrasta vivamente con los enfoques muy localizados y en consecuencia especificadores de los trabajos antropológicos o de ciencias políticas que le restituyen al archipiélago su dimensión caleidoscópica.

y con investigadores de otras disciplinas que le habían dedicado algún tiempo y estuve en la isla por unas semanas²¹. El resultado de ese viaje fue un choque que, felizmente, desestabilizó todos (menos uno de) mis supuestos de investigación.

Para empezar, el panorama literario de la isla es más variado de lo que desde el continente o de cualquier foco externo y abstracto se puede creer. Una caracterización rápida de la producción de San Andrés²² daría este croquis. Un primer grupo de escritores isleños conocidos fuera de la isla. En este grupo, Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson Bent van ganando acelerado reconocimiento. Hazel Robinson Abrahams, con sus tres novelas escritas y publicadas en los últimos años (2002 [reimpreso en 2010]; 2004, 2009), y el segundo, Lenito, con esta reedición en la Biblioteca afrocolombiana de los cuentos que publicara en 1984 (pero escribiera tan temprano como en los años 70).

Un segundo grupo reuniría a escritores isleños y no isleños menos visibles por ahora, que viven (o vivieron) en la isla. Entre estos: Claudia Aguilera (1991, 2005), Nadim Marmolejo (s.f.), Lina Chow Wong (2008, 2014), Claudine Bancelin (2004), Mariamtilde Rodríguez (2007), Jorge Muñoz (1974), Franco Grittani (2004). Fanny Buitrago (1976, 1979, 2010) ocupa un lugar aparte, en la medida en que su trayectoria es más amplia y su difusión no está amarrada solamente a lo relativo al tema sanandresano. Libros como los de estos autores circulan por caminos inusuales (Se venden en un café, en una papelería o lo tiene alguien relacionado con la escritora o el escritor...).

Un tercer grupo estaría, desde mi perspectiva, conformado por intelectuales raizales en la isla, que despliegan proyectos con miras similares. Juan Ramírez Dawkins ha publicado los libros *The Soldier dem de come/Ahí vienen los soldados* y *The Mango Tree/El palo de mango* y el libro de poemas *Naked Skin/Piel desnuda* (ambos de 1996). Ramírez Dawkins, luego parte del movimiento independentista AMEN-SD, fue estimulado a

21 Aprovecho para manifestarle mis agradecimientos a Camila Rivera, que tocó a las puertas por mí, y a Javier Archbold, quien por muchos medios me facilitó enormemente el arribo. Sin la compañía de Dany Advíncula habría visto un panorama muy distinto y sin el beneficio de las conversaciones con Teresa Cadavid y con la familia Schonnewolf estas reflexiones estarían a medias. A Raquel Sanmiguel, su disposición ininterrumpida a conversar sobre este tema conmigo; a Mirta Díaz, en la Biblioteca del Banco de la República por una apertura sin ambages. Igualmente, mi gratitud para con Jimmy Archbold, músico de la isla, y Adriana Santos, profesora de la Universidad Nacional sede San Andrés.

22 El hecho de que a veces incluya a Lenito Robinson-Bento en las menciones de la literatura de San Andrés se debe a que en el centro de documentación del Banco de la República allí se encuentra algún material suyo y a que no hay por lo general en el imaginario de los letrados del archipiélago una diferencia tajante entre los escritores de las dos islas. Aunque conviene precisar que con los desarrollos del teatro en Providencia, entre otros, esto empieza a matizarse. Me centro exclusivamente aquí en San Andrés porque en vista de las diferencias culturales el sistema literario funciona ligeramente distinto en Providencia donde por ejemplo, a diferencia de San Andrés, ha habido talleres de Renata, con una publicación que la Cámara de Comercio de San Andrés distribuye gratuitamente. Es decir, también su modo de circulación y quizás la elección de la lengua es atípica para lo que describo a continuación sobre San Andrés.

escribir y publicar estos textos por dos intelectuales reconocidos de la isla y activamente involucrados en las reivindicaciones raizales por el lado lingüístico: Marcia Dittmann, quien tradujo los relatos de *The Soldier* para esa versión bilingüe y ha publicado en conjunción con Lolia Pomare-Myles o sola varios trabajos tendientes a recuperación de memoria histórica²³, y Oakley Forbes. Lolia Pomare-Myles, por su parte, muy reconocida en la isla, ha desarrollado un trabajo versátil (desde la escritura en periódicos hasta la realización de programas de televisión y un trabajo de memoria con la comunidad) (Patiño, 2011)²⁴. Ampliando el marco de visión de lo literario, habríamos de incluir a Marilyn Bizcaino Miller, creadora del Festival Internacional de Teatro Ethnic Roots, en 1999 (Moyano, 2007), quien con obras performáticas como *Combak* (Silva, 2013b, pp.121-139) está pensando la isla en su dimensión sociopolítica. En este grupo incluiría, por esta cercanía, las poetas que publicaron en algún momento en el periódico *Horizontes*, ahora incluidas en el tomo de la biblioteca afrocolombiana también. Estas poetas son Ofeilia Margarita Benet Robinson, Briceña Corpus Stephens, Emiliana Bernard Stephenson, Herminia Macariz Michell y Marqueta McKeller [que recién publicó por cuenta propia una compilación de sus poemas. Cfr. *Memorias*, 2012]. A este grupo pertenecen también escritores y escritoras muy jóvenes como Keisha Howard (*San Andrés: A Herstory*, 2014), Alciano Williams (2011) y Adel Christopher (2011). Tanto la escritura de Juan Ramírez, como la narración de Lolia Pomare-Myles, las performances de Marilyn Bizcaino, la novela de Howard y poemas de Williams y de Christopher hacen eco de lazos con el Gran Caribe (a veces por la vía de imaginar el lazo con África), desde imágenes de la isla como paraíso hasta las historias de Anancy, desde la recuperación de tradiciones isleñas hasta la visita a imágenes simbólicas de lo isleño como el cangrejo, o la producción en creol.

Un cuarto grupo que vendría a sumar una faceta más de lo isleño a este sistema estaría conformado por los que no publican o publican textos híbridos (desde una perspectiva tradicional, por decirlo muy vagamente), y son reconocidos como “literarios” por población y medios locales, por ejemplo, varios poetas que publicaron en algún momento en periódicos de la isla como *Horizontes* (1999-2000) o incluso los que participan en algunos recitales organizados por la Casa de la Cultura y cuyos poemas quedan luego guardados en este lugar, en hojas sueltas.²⁵ De hecho, este es uno de los renglo-

23 Un ejemplo de este trabajo es Dittmann (2008), *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia [Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez]*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia.

24 Ana Mercedes Patiño da cuenta de su trayectoria y ámbito de movimiento con lujo de detalles.

25 En el número de *Horizontes* correspondiente a abril-mayo de 1999 hay por ejemplo poemas de Herminia Macariz Mitchell, Cecilia Francis, Rosa Victoria Brown y Marqueta McKeller Hudgson. También se mencionan como poetas o escritores (y de algunos hay uno o dos muestras en hojas sueltas en el Centro de

nes más intrigantes, pues gente diversa desde bibliotecarios hasta profesores universitarios y de colegio afirma sin ambages que estas personas u otras anónimas *hacen literatura*. Pero los textos no están agrupados ni circulan para el público en general. Pasan de manos del escritor o escritora a manos de sus amigos, y de ahí a manos de los conocidos de los amigos en una cadena que se puede alargar. Los que circulan como “literatura sanandresana” en las papelerías populares accesibles también a los turistas son los de dos autores que viven y trabajan en la isla, y que entre sí son bien distintos: *Las plagas humanas bestializadas* (s.f.) y *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas* (2011) y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos* (2012), entre otros, de Eviston Forbes Bernard, conocido como “Papalee”; y *A oscuras pero encendido* (2001), *Legado de piratas* (2006) y, en menor medida, *Meridiano 82, la ruta de la langosta* (2010), de Jimmy Gordon Bull.

El tema “literatura sanandresana” plantea entonces varios problemas. Algunos de ellos son parientes de los obstáculos consuetudinarios a la historiografía y la crítica de territorios que fueron colonia e implicarían preguntarse ¿desde qué punto en la historia hablaríamos de la existencia de esta literatura? y en relación con lo nacional y el canon, ¿a la escrita por quiénes llamaríamos tal? Para San Andrés, estas preguntas entrañarían un doble nivel en el plano cronológico y territorial (“nacional”). Por un lado, una historia previa que haría lícito pensar en la posibilidad de que existan textos escritos por habitantes de la isla (nacidos en ella o no) durante su período inglés, y que podrían estar dispersos en lugares como Puerto Limón, Colón o algún lugar de Inglaterra o Estados Unidos. Y por otro lado, su inflexión netamente colonial bajo égida colombiana. Y es lógico que así sea, si no perdemos de vista la gran movilidad que caracteriza, circum-atlánticamente, al Gran Caribe.

Las respuestas a interrogantes de ese corte suponen que el material de estudio existe. Pero también suponen que es homogéneo y correspondiente a formas previstas, más o menos fijas, como la novela, la poesía escrita, el cuento (escrito también), y el ensayo. Por el croquis que acabo de esbozar, me parece lícito sugerir que las preguntas guía de una crítica literaria sobre la literatura sanandresana tendrían que ser otras. Para empezar, ¿qué implicaciones tiene que ese material “literario” no adquiera las formas genéricas esperadas (poesía, novela, cuento)? O más aún, ¿que no esté publicado?, y por último, ¿que la expresión literaria sea algo subterránea, o tenga rasgos muy específicos debidos a la idiosincrasia cultural y política de San Andrés en relación con Colombia y con otros países que hacen parte de su historia?

documentación de la Casa de la Cultura) a Adel Christopher Livingstone, Ofelia Margarita Bent Robinson (animada por Oakley Forbes a escribir), Briceña Corpus Stephens, que luego serán parte de la Biblioteca Afrocolombiana, como ya he mencionado.

Detengámonos un poquito en las tres últimas preguntas, con el ánimo de brindarle algún espesor a ese panorama. Es posible sostener que:

Los isleños son (y se autodefinen como) poetas, hay muchos que escriben pero que no tienen visibilidad como la tendrán Lolía Pomare, Juan Ramírez, Hazel Robinson y Benito R. Escriben en español la mayoría, otros tímidamente en inglés, otros en Creole o en lengua mezclada. Los más jóvenes se van por la música, componen cantos de protesta en ritmos que llegan a la juventud... Los de mayor tradición usan el inglés y encuentran en ese inglés 'victoriano' que manejaban y en sonetos de la Biblia victoriana inspiración: estos últimos son como poetas... *pero como te digo, la mayoría no publica*. Incluso hay quienes han escrito cosas sobre la isla y *las tienen guardadas*, y a veces, por aquello de la confianza que se va construyendo, va uno teniendo acceso a algunos extractos. [...].²⁶

Este panorama tan heterogéneo —de escritores locales visibles en el continente, escritores locales o extranjeros con visibilidad en la isla pero no en el continente, intelectuales comprometidos con raíces y tradiciones, y escritores con textos híbridos— cobra cierto aire natural si, a la luz de los enunciados de Losada, se lo entiende como “producto de una actividad consciente de un sujeto social que, de alguna manera, tiene dominio de sus fines, escoge medios y estrategias para cumplirlos y que, precisamente en el cumplimiento de esa actividad, se constituye en un nuevo sujeto social, *sólo posible en esa forma de cultura*” (Losada, 1976, p.211). Así, estos rasgos harían parte de cierta especificidad del sistema literario en la isla: tanto la visibilidad de algunos escritores como la invisibilidad de otros, tanto la escritura en creol como la escritura en español, y la elección de uno u otro tipo discursivo, se aclaran en razón de esta doble articulación de San Andrés como isla con su vida propia y San Andrés como departamento de ultramar colombiano. Unos y otros se afilian a modos de prestigio contrapuestos, sustentados en pugnas políticas, pero materializados en la praxis literaria. Quien escribe en creol o en español o quienes rescatan relatos orales y los transmiten por escrito o en performances²⁷, evidentemente le asignan “una naturaleza, una función y unas tareas” anticolonialistas a su trabajo cultural; quien de otro lado busca

26 Raquel Sanmiguel, Comunicación personal, junio 17 de 2010. Énfasis añadido. Es claro que aquí Sanmiguel pone a contraluz la riqueza no escrita de este mundo cultural y, gracias a sus preocupaciones por la etnoeducación, da pistas por los caminos en los cuales se encontrarían algunas manifestaciones para un estudio sobre el tema que nos ocupa en la isla.

27 Pienso en Lolía Pomare-Myles, o en proyectos como el de Patricia Enciso (2004).

algún lugar de acuerdo o cuyas obras se prestan para una lectura ambigua de la isla, está igualmente respondiendo a una interpelación²⁸.

Desde mi perspectiva, el cuarto grupo (y en alguna medida el tercero), parafraseando de nuevo a Losada, “se constituye en un nuevo sujeto social [...] mediante el dominio de sus fines y la escogencia de medios y estrategias para cumplirlos” (Losada, 1976). El propósito de esa minoría es tan ambiguo (y tan socialmente interesado como el de las dos minorías anteriores: quieren, mínimamente, ser referentes culturales y literarios) en la isla. La diferencia es que estos escapan al control institucional literario y, así, en sus textos podemos rastrear y ubicar con mayor certeza la dinámica de resistencia (desde luego no exenta de contradicción) respecto a Colombia. En este diagrama se ve esa articulación en el hecho literario (pensado como hecho social) como un fenómeno donde se articulan “de manera inmediata los conjuntos literarios con la praxis social de los sujetos productores y, mediatemente, con la situación de la estructura social” (Losada, 1976). No es coincidencia que tanto Forbes Bernard como Gordon Bull estén involucrados de uno u otro modo en la política de la isla ni que Howard tenga tras de sí una tradición de intelectuales bautistas y que su novela sea resultado de un proyecto avalado por AMEN-SD.

Para 2010, en una carpeta del Centro de documentación de la biblioteca Luis Ángel Arango en San Andrés se reunían los personajes insignes del archipiélago. Era una lista variopinta: había portadas de libros (como los de Hazel Robinson), y notas de periódico sobre uno u otro deportista. Había también notas necrológicas, sobre políticos o personajes de la cultura de la isla. Esta carpeta se repetía en el Centro de documentación de la Casa de la Cultura. Ambas eran compilaciones hechas por la gente que trabajaba en cada lugar, su contenido y organización no estaban determinados por un ente gubernamental o un ente oficial común²⁹. Leo Umbasía, entonces directora del Centro de documentación de la Casa de la Cultura, en el momento en que realicé el trabajo de campo, por ejemplo, dijo llevar algunos años intentando a título personal un libro sobre escritores de la isla, que incluiría pinturas de los autores, hechas por un pintor local. Ahora bien, a la pregunta por *quién escribe literatura*, la reacción informal de gente de diferentes círculos en la isla asombra por la coincidencia. Personas de trasfondos muy

28 *No Give up, Maan*, por ejemplo, presenta la imagen de la isla como referente de identidad isleña, pero ya que el formato que usa es más tradicional (novela) la crítica nacional se la apropia con gran rapidez (no en vano, la mayoría de los trabajos de tesis en proceso de que tengo noticia están centrados en su obra) y la va reificando como exponente del exotismo de la exótica isla.

29 Esto ha cambiado radicalmente, y parte de los proyectos del Banco de la República en la isla, en la actualidad, son tremendamente concientes de la diferencia cultural, del formato marginal de las producciones en la isla, y de las necesidades particulares que plantea. Los proyectos de recopilación de memoria oral, y la dinámica de charlas y simposios que tiene actualmente la sede en la isla dan fe de estos cambios y prometen mucha intensidad y riqueza en el futuro cercano.

distintos (estudiantes, artistas, trabajadores oficiales) coincidían en identificar un solo nombre, Eviston Forbes Bernard, como *alguien que escribe literatura*. Los encuestados casuales decían que este escritor (y sus escritos) les gustaba porque “dice la verdad” (queriendo significar con esto que denunciaba el estado de cosas producido por la relación entre Colombia y San Andrés). Aunque aquí no habría que soslayar el hecho de que esta respuesta la estaban dando a una persona del continente, y por tanto, mis interlocutores podían estar situándose y situándome en lugares concretos de ese espectro político que la isla convoca.

Las plagas humanas bestializadas, de Forbes Bernard, un libro sin editorial ni fecha, publicado de propio bolsillo, no es un libro fácil de leer para un letrado: su ortografía no es ortodoxa, no parece tener un orden lógico previsto; aunque el tema es uno (las plagas de la colonización), está desarrollado en ramificaciones; el libro tampoco parece corresponder a ningún género único: su tono es de discurso político con invectivas contra Colombia y las “pestes” inoculadas por el país en la isla; tiene algo de apología personal (consecuente con la candidatura del autor en algún momento a un puesto público en la isla), y además hay poemas (alguno de los cuales ya había sido publicado en hoja suelta o periódico). Este formato es consistente en otros libros de Forbes Bernard en esta línea: *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas*, y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo. Todo para ellos; todo para ellos*³⁰.

Por su parte, los temas de *A oscuras, pero encendido*, de Gordon Bull, recorren el mismo espectro: catilinaria, discurso moral... Esta compilación de crónicas bilingües publicadas originalmente por Gordon Bull en los periódicos *La noticia*, y el *Archipiélago Post* es pagada por el escritor, y se vende en las papelerías de la isla. En este libro encontramos pequeños relatos que ilustran el deterioro del tejido social en la isla, con un tono sutilmente distinto del de Forbes Bernard pero apuntando a los mismos ejes escriturales y argumentativos.

Pero si bien ambos autores tienen claras agendas políticas y personales, el proyecto no es sólo individual, sino que da voz a un sector intelectual de la isla. El hecho de que sean publicados autónomamente (no por mediación de una editorial o una institución oficial) me parece clave para comprender lo que dicen y la relación de la gente con esos textos que tratan temas que se escriben así como se conversan y que en su tono enérgico y de corte casi forense evocan mucho el sermón (no hay que olvidar el peso fuerte del protestantismo en la isla, y el hecho de que entre los intelectuales que

30 El libro más reciente de Forbes es una historia de San Andrés, donde este formato disperso, ajeno a las expectativas de una “historia escrita” se repite, y donde caben alabanzas al presidente de turno, fotos del autor con personajes de la isla, y relaciones de hechos sobre la isla, transmitidos oralmente o por escrito.

lideran reflexiones sobre la historia y la situación en la isla se encuentran líderes de estas iglesias. Es decir que estos textos pueden beber de tradiciones subterráneas o al menos no las más evidentes para los críticos del continente]. También me parece fundamental ese detalle de la publicación sin mediación de pares y todo el proceso editorial que implica ciertos controles lingüísticos y textuales, para debatir otro elemento de interpretación: ¿qué hace la crítica con un libro “mal escrito”? En este punto el libro de Forbes Bernard amerita un comentario. Es casi un lugar común entre quienes leen y discuten sobre la literatura del archipiélago decir que lo oral en ella es ineludible. En esta afirmación se entiende lo oral como lo relacionado con el creol y los cuentos y otras tradiciones asociadas a él, no necesariamente plasmados en textos impresos. Sin embargo, el texto de Forbes pone en escena otra cara de esa oralidad, relacionada por vía refleja con la colonización, como si fuera el negativo del creol: ¿por qué no pensar que la “mala ortografía” de este libro de Forbes Bernard surge del mismo lugar de donde surge el silenciamiento del creol como política de gobernabilidad? Creo que es una explicación plausible decir que ese español se plasma ahí con las dificultades todas de lo que es una segunda lengua, aprendida de oídas, y segunda lengua al fin. Durante todos estos años se ha producido, sin duda, un amarre cultural, que hace que sea pertinente pensar lo oral aquí a partir de otros indicios, como esta hibridez ortográfica, sintáctica y genérica, manifestación de fractura en sí, en la que se ve la lucha de los dos mundos. Esto es, repito, lo que veo en estos tres libros de Forbes Bernard y en el de Gordon Bull: su vacilar entre géneros, las curvaturas de su escritura, la particular combinación de formas que usan con dispar dominio, los códigos de prestigio que emplean (ambos autores incluyen fotos suyas en estas obras: Gordon Bull como el pirata en la portada de su libro *Legado...*, Forbes Bernard en eventos políticos en el suyo). Este camino de ver lo oral creol en otros indicadores me ha interesado más que el camino derecho de la transcripción de lo oral. De ahí el sesgo particular de esta investigación.

Veo rasgos que coinciden con esta tendencia y que entiendo como signos de “un proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura” (siguiendo de nuevo a Losada [1976]) en uno de los libros de historiografía de la isla, como más adelante se verá.

Quizás se necesite aclarar que mi detenimiento en estos autores no apunta a su canonización (aunque sí me resulten más interesantes, como proyecto crítico personal, unos que otros), sino a señalar líneas de lectura que permitan cuestionar los moldes y modelos desde los elementos funcionales del contexto.

Las peculiaridades que he ido reuniendo aquí (el borde poroso entre géneros, el tipo especial de textos que resultan, los modos de autorización de la propia voz por

parte de los escritores) en el marco de una pregunta por la especificidad de lo literario en la isla, obligarían a un estudio detenido del periodismo (su historia, y principalmente su función) para los distintos grupos de esta formación social. Al ser un espacio de formación de conciencia, con cribas menos rígidas que las del impreso literario, sospecho que ha dado voz y presencia a temas y formas que todavía no hemos registrado. Por ejemplo, empezando en diciembre de 1998 se publicaron varios números de *Horizontes*, un periódico donde la agenda de recuperación de memoria cultural era muy clara por parte de los escritores regulares que allí publicaban, entre los cuales se incluían Ramírez Dawkins, el historiador Walwin Petersen, Lolia Pomare Myles, y el pintor Elario Fiquaire. Entre 1962-1963 y 1965 existió el semanario *San Andrés bilingüe*. Y una de las calles de San Andrés rinde homenaje al fundador del primer periódico de la isla *The Searchlight* (1912)³¹. Hoy en día la revista *Welcome*, dirigida por Eduardo Lunazzi, combina la línea dura del turismo, con relatos necesarios sobre la vida íntima de la isla (en el número 69 de junio de 2010, por ejemplo, hay un reportaje sobre uno de los cantantes de hip-hop más curiosos de la isla: Shungu). Ese estudio tendría que pensar en el periodismo como un sitio de circulación de proyectos intelectuales, como el espacio donde se pueden encontrar y manifestar géneros disímiles a los que la crítica literaria espera y que serían algún reflejo de las necesidades, la idiosincrasia y los modos propios de un sector de la isla.

La crítica

*Tú ves un fallo y algunos cayos
nosotros vemos un futuro amenazado*³²

Cronológicamente, la primera mención de historiografía literaria concerniente a la “literatura sanandresana” de que tengo noticia se registra en el libro *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* de Antonio Benítez Rojo (1989). Es el capítulo seis, “*Los pañamanes* o la memoria de la piel”, dedicado a esa novela de Fanny Buitrago, publicada en 1979, y que transcurre en la isla.

Benítez Rojo intentaba mapear una cartografía disgregada donde “se repiten” algunos fenómenos macro, con diferencias según la vida de cada isla. Su mapa es en verdad, para el momento en que está escribiendo, bastante amplio, aunque naturalmente

31 Que he visto citado, a propósito de los casos de juicios contra afrocaribeños por prácticas de obeah, en el interesante trabajo de Lara Putnam (2012).

32 Jiggy Drama y Creole N.G., *El fallo*.

inabarcable. Puede, por tanto, afirmar: “en la actualidad, puede decirse que el lector dispone de un conjunto de obras que representan los fragmentos de mayor tamaño del vasto rompecabezas del Caribe. No obstante, aún hay vacíos importantes que llenar. [...] todavía faltan por encajar algunas islas, ciertas ciudades y puertos, tramos costeros, penínsulas y golfos cuya ausencia configura huecos de bordes irregulares en la superficie azul turquesa del Caribe” (Benítez Rojo, 1989, p.221). Tras este anuncio, Benítez Rojo introduce *Los pañamanes*, que viene a ubicar allí “una rara pieza del rompecabezas caribeño”, en forma de “un minúsculo archipiélago situado a unas cien millas al oriente de Nicaragua, y conocido con el nombre de San Andrés y Providencia” (Benítez Rojo, 1989, p.221).

El tema de este capítulo (curiosamente, es la única obra de autoría femenina incluida en *La isla que se repite*, al lado de autores como Wilson Harris, Alejo Carpentier, Edgardo Rodríguez Juliá o Nicolás Guillén...), es el encuentro entre tres temas: la tensión racial, la mitologización de la historia traumática y la exposición y conjuro de la violencia que está en la raíz de la colonización. Con estos tres elementos, sumados a la oralidad manifiesta en los cuentos de Anancy, Benítez Rojo sitúa entonces el archipiélago en la historia caribeña que ha venido rastreando.

En el 2007, José Luis Garcés González, en *Literatura en el Caribe colombiano. Señales de un proceso* incluye la novela de Hazel Robinson Abrahams *No give up, maan* (así como *Los cuentos de la ausencia* de Lenito Robinson Bent). Se trata de una reseña detallada de la obra, en su desarrollo y en sus valores. De este modo, Garcés González hace su parte del trabajo al incorporar estos textos, buscando contrarrestar la idea de que “somos una tierra plana y por ello de fácil comunicación física y cultural” mediante el “conocimiento de la literatura caribeña colombiana” (contraportada del libro). También, a propósito de la obra de Hazel Robinson, tenemos el prólogo a *No give up, maan* reimpresso como cuarto tomo de la Biblioteca de autores afrocolombianos por el Ministerio de Cultura de Colombia. En este prólogo, Ariel Castillo Mier, quien propuso la obra para la colección, redimensiona las crónicas de Robinson, como una especie de implícito antecedente de sus novelas. Luego, analiza el pasado escritural de Robinson Abrahams como prólogo a su obra narrativa.

Una continuación muy interesante de este trabajo de Castillo Mier la presentó Eduardo Silva en forma de ponencia en la conferencia de la Caribbean Studies Association (2013a), quien también publicó recientemente un trabajo sobre la obra teatral de Marilyn Bizcaino Miller (2013b). Respecto al proyecto total de Hazel Robinson, y por otro lado, a la problemática de la migración desde la isla y la de los capitanes de go-fast desaparecidos en alta mar hay artículos de Del Valle, 2011, 2014a y 2014b, respectivamente.

Marcia Dittmann participó en el XI encuentro de saberes, en Mompox y como resultado de esa participación está su revisión de la producción oral y escrita de las dos islas (2010). Como antes señalé, Ana Mercedes Patiño le dedicó al trabajo de Lolía Pomare Myles un artículo que la sitúa como intelectual en la confluencia de muchas ramificaciones; tiene también un texto sobre las novelas de Robinson Abrahams (Patiño, 2014, pp.40-47). El cubano Samuel Furé Davis (2013), recoge algunos apuntes de textos previos al suyo y agrega su percepción sobre la literatura de la isla, pero de este sólo tengo referencia. Estos son los trabajos publicados sobre la literatura de la isla, de que tengo noticia; actualmente hay varios trabajos de maestría en curso, en especial sobre la obra de Hazel Robinson Abrahams y la de las obras de tema isleño de Fanny Buitrago.

Me gustaría en este último apartado maniobrar entre tres imágenes de puerto, que se yuxtaponen, se complementan como mapas de la isla, en la historiografía, la historiografía literaria y las obras literarias en sí. Estos tres puertos son: el puerto antiguo y efervescente, el puerto en decadencia y ruina y el puerto imaginado y elusivo.

Puerto antiguo y efervescente

Parsons (1956) dibuja un portulano muy activo entre los siglos XVII y XIX, con eje en la isla: “La posición de San Andrés en el tráfico del Caribe occidental fue por un tiempo única. No era sólo el puerto donde se concedían licencias para el comercio costanero con Colombia, sino que proveía un cargamento de regreso y a la vez sus prósperos habitantes ofrecían un modesto mercado propio” (p.95). Durante los siglos XVII, XVIII y XIX, San Andrés cumplió distintas funciones: sirvió de base de operaciones: “en el siglo XVII, [...] la Compañía de Providencia tenía sus agencias establecidas a lo largo de la Bahía de Honduras y en Cabo Gracias a Dios. Más tarde, las islas sirvieron como base de tránsito para los aventureros ingleses, especialmente los de Jamaica, quienes por entonces se establecían a lo largo de la Costa de Miskitos y al sur hacia Panamá” (pp.114-115). Naturalmente, la fuerza económica subyacente a estos intercambios involucra no sólo la ida y venida de mercancías muy diversas, sino el intercambio humano con poblaciones distintas: “El primer viaje empezaba en *Nueva York* hacia San Andrés, en marzo o abril; era costumbre sacar licencia para efectuar el trueque de mercancía, *alhajas, licores, carne salada y harina* en puertos tales como *Corn Island, Pearl Lagoon, Bluefields, San Juan (Greytown), Salt Creek (Limón), Bocas del Toro, Chagres y Portobello*. Para el viaje de regreso abundaba en la costa *concha de carey, zarzaparrilla, cacao, goma copal, fustic, coco, mahogany y pieles*, y en las islas, *concha de carey, algodón y madera de cedro*. [...] Las embarcaciones atracaban en San Andrés tanto en su viaje

rumbo al sur como hacia el norte” (p.88)³³. Desde luego, en este ir y venir, también se ponen en circulación saberes concretos que hacen parte de la idiosincrasia lugareña: “Durante el siglo XIX los isleños continuaron comerciando especialmente con las costas de Centroamérica [...]. Eran expertos navegantes íntimamente familiarizados con la navegación en esta zona y muy solicitados como pilotos de las naves extranjeras” (p.117). En razón de estos contactos de larga data, no es de extrañar que haya asentamientos permanentes por parte de gente de las islas en otros lugares: “Las Islas Corn, por ejemplo, habían sido conquistadas por gentes de San Andrés antes de 1810. Algunos años más tarde otro grupo de San Andrés se estableció en Pearl Lagoon, al norte de Bluefields, y se dedicó al cultivo de algodón, café y caña de azúcar” (pp.114-115). Es lícito que los isleños sostengan entonces que “Las relaciones con los países del Caribe no fueron solamente comerciales, también fueron culturales, debido a [sus] raíces étnicas, [sus] experiencias históricas comunes y los lazos de parentesco” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.32). Tampoco ha de sorprender que ante el declive de su importancia económica, los isleños siguieran moviéndose: “Los proyectos de construcción de los ferrocarriles de Panamá y Costa Rica y años más tarde del fracasado canal iniciado por los franceses, aparecen como motivo de emigración de algunos isleños sin trabajo al continente [...] la construcción del Canal de Panamá [...] fue la obra que más empleó trabajadores de San Andrés y Providencia, así como de otras islas del Caribe, en escala sin precedentes”. Esto, naturalmente, incluye a las mujeres, que “han encontrado siempre trabajo como domésticas en Panamá” (Parsons, 1956, p.118). En voz de los habitantes de la isla: “Hacíamos cabotaje no sólo a las islas Mangle y a Centroamérica sino también a Jamaica, a las Islas Caimán y a Estados Unidos. Muchos hombres isleños han pasado buena parte de su vida navegando en los mares del mundo. Muchos han sido capitanes de grandes barcos de otros países” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.21).

Con este panorama, hay que estar de acuerdo con Parsons cuando sostiene que: “La geografía e historia de estas islas de San Andrés y Providencia tiene una importancia que no corresponde a su población y extensión” (Parsons, 1956, p.121). Esta fama pretérita es recreada en varias de las obras producidas en la isla, sobresalientemente, las tres de Hazel Robinson, situadas precisamente en ese largo período de gran movimiento, y más recientemente, en *Meridiano 82, la ruta de la langosta*, de Jimmy Gordon Bull, y en pasajes de las narrativas autobiográficas de Riva Fidel Robinson (2010, 2011).

33 Énfasis añadido

Puerto en decadencia y ruina

Alguien que se familiarice con las voces sanandresanas encontrará que en los textos de la más diversa índole se repite, palabras más, palabras menos, esta queja: “El cambio de nuestras costumbres comenzó a partir del año 1953 cuando la isla de San Andrés fue declarada puerto libre” (Ruiz y O’Flin, p.32). Así lo dicen, verbigracia, los habitantes en *San Andrés y Providencia: una historia oral de las Islas y su gente*, uno de los dos trabajos historiográficos, bilingües, con foco isleño. “San Andres, a “Free Port”- the Great Experiment of the Century and Its Aftermath”, es el capítulo correspondiente a este período en el segundo de esos trabajos, el ambicioso y peculiar libro de Walwin Petersen, historiador miembro de la Academia de Historia de Colombia, *The Province of Providence*. Las comillas que ponen en duda el “libre”/ “free” adquieren sentido en ese capítulo, donde se describe y comenta la distancia cultural entre los continentales colombianos y los isleños en San Andrés. Petersen no sólo describe los efectos del puerto libre sobre la vida de la isla: el desastre urbanístico, el desastre ecológico, el desastre cultural. Igualmente (aunque reconociendo que en todo esto tuvieron su parte algunos isleños, como es de esperarse en toda formación social), evidencia, primero, la incomunicación entre unos y otros porque en los primeros contactos legales, los isleños no entendían la lengua en la que estaban firmando los contratos con los continentales, y segundo, la distancia cultural, o casi podríamos decir, el desprecio de los continentales comerciantes o gobernantes por la opinión de los isleños. Ese escenario en su conjunto —los daños irreversibles al medio (el relleno de manglares, la rectificación de costas), la borradura de la cultura local (la imposición del español y del catolicismo), el cambio de las dinámicas económicas, la toma de decisiones incongruentes con el medio inmediato en tanto surgen del foco capitalino— coincide con el panorama colonial en otros lugares del Gran Caribe. De ahí la tremenda resonancia que un concepto como el de Puerto de Plantación tiene para describir el Puerto Libre. Benítez Rojo (1989) entiende por Puerto de Plantación “ciudades como Kingston, Bridgetown, Georgetown, Cayena, Fort-de-France, Paramaribo” (p.43) que “respondían a los requerimientos de sociedades donde, como promedio, nueve de cada diez habitantes habían sido alguna vez esclavos, y esto hacía superfluo el adoptar medidas que contribuirían a elevar, más allá de lo estrictamente necesario, los niveles de urbanización, de institucionalización, de educación, de servicios públicos y de recreo” (p.43). Guardando las debidas proporciones, y teniendo presente que la plantación es, a la larga, un modelo de sociedad, el Puerto Libre ocasiona en San Andrés lo que en el Caribe anglófono se produjo en el siglo XIX (en vista del colonialismo subyacente no es de extrañar que las consecuencias sean las mismas): “un menor grado de diversificación económica,

un menos número de campesinos y artesanos, un mercado interno más restringido, un sistema de comunicaciones y transporte más pobre, una clase media más reducida, una vida institucional más débil, una educación más deficiente, un conflicto mayor con la lengua de la metrópoli y un surgimiento tardío de las artes y las letras” (p.42).

Es curioso que de las obras literarias que mencioné, pocas se ocupan de este hecho concreto. Quizás sea natural esquivar el hecho traumático y volver al momento anterior a él. Solamente se zambullen en este tema los dos libros de Forbes Bernard y *A oscuras pero encendido*, de Gordon Bull, precisamente los dos que no encajan en las expectativas de lo literario tradicional. Habría que anotar, a modo de glosa, sin embargo, en aras de seguir complejizando ese croquis de la producción literaria en la isla, que *The Province of Providence*, es un recuento histórico bastante peculiar, si lo pensamos desde las prácticas y los moldes de las historiografías avaladas por los centros académicos. Para citar un ejemplo: el libro no cuenta con bibliografía, ni menciones de archivo, si bien en este caso quizás valga señalar que el centro de gobierno (la casona intendencial) se quemó, junto con otros edificios aledaños, el 19 de enero de 1965 (lo que no obsta para que Parsons, aún no superado, use y cite documentación de archivo disponible en el continente). Esto llama más la atención cuando se lo pone lado a lado con una anotación del libro de Gordon Bull, quien figura como “miembro fundador de la academia de historia de San Andrés” en las páginas de créditos de su libro. Estos datos delimitan otras formas de autorización del saber en la isla. En este sentido, como decía al comienzo de este texto, veo en los textos historiográficos y en algunos textos literarios en la isla un mecanismo de reflejo que puede ser interesante estudiar más a fondo.

Puerto imaginado y elusivo

“Las historias de tesoros enterrados aún persisten y de vez en cuando se han descubierto pequeñas guacas. [...] Las visitas de buscadores de oro, norteamericanos e ingleses, fueron tan frecuentes en un tiempo, que se dictó un decreto en 1877 que prohibía a los nativos colaborar con las expediciones extranjeras que arribaban en busca de tesoros” (Parsons, 1959, p.99). Quizás la medida fuera efectiva contra esos buscadores de tesoros. Para los escritores, por el contrario, esos tesoros escondidos han sido un acicate constante. Precisamente esta es la lectura que escoge Benítez Rojo, en ese primer texto crítico sobre la literatura con foco en la isla, para hablar de *Los pañamanes*. Ese puerto se caracteriza por su peso mítico, por la recreación cartográfica en clave alegórica, y, siguiendo al cubano, por una pulsión de exorcizar la violencia fundacional colonial. El puerto fantasma —a veces con sus barcos fantasmas y sus habitantes

también fantasmales [San Andrés del pasado irrecuperable, San Andrés de historias perdidas, San Andrés destrozada entre la tradición y la modernidad...] — es el protagonista de varios textos literarios: *Legado de piratas*, de Gordon Bull; *Bahía Sonora*, de Fanny Buitrago; *Sail Ahoy*, de Hazel Robinson; en *Hijos del paisaje* de Mariamatilde Rodríguez. En ese recurso al fantasma, esos textos están construyendo territorialidades alternativas, a las que se les puede objetar que no tienen ya función, puesto que no se puede revertir el tiempo. Sin embargo, como apunté en un comienzo, en el juego de las representaciones, los textos (y para lo que nos compete, los textos literarios) construyen y adelantan visiones poderosas, cuyo fin no siempre podemos calcular ni predecir. *Los hijos del paisaje* es uno de esos textos invaluable en este renglón.

Me he preguntado mucho si un trabajo de investigación bibliográfica desde la biblioteca me habría permitido apreciar los matices que hoy veo en la producción de la isla. Mi conclusión es que difícilmente el trabajo crítico hecho desde los escritorios nos ayudaría a salir de los supuestos aprioristas, especialmente si el objeto es tan cercano, y lo tenemos tan introyectado como nuestro: creemos que conocemos a San Andrés porque hace parte de la comunidad imaginada colombiana. Pero si “sólo la concreta encarnación histórica, y no el abordaje apriorístico, puede revelarnos las verdaderas características y funciones de un hecho literario” (Fernández Retamar, 1995, p.114) es tan importante estar inmerso en esa encarnación histórica como lo es estar dispuesto a pensar lo literario como algo más que textos bellos. El caso de lo literario en San Andrés, tal como lo veo, es uno de esos ejemplos para repensar los criterios críticos que nos rigen y empezar a explorar modos *sui generis* en que la historia y la política de estas islas jóvenes y coloniales se plasman en formas que reclaman nuevos lentes, a riesgo de pasarnos inadvertidas y cumplen funciones incalculables.

En este sentido, creo que la crítica también tendría que ser llamada a una rendición de cuentas en relación con San Andrés, similar a la que exige Petersen: “el gobierno nacional debe [...] hacer una evaluación objetiva y consciente de todo su proceso de intervención en estas islas, incluyendo un análisis de los resultados finales obtenidos. Se debe establecer con claridad cómo los objetivos y los procedimientos del gobierno han afectado a fondo a los isleños” (Petersen, 2002, p.260). ¿Qué hemos estado contribuyendo con el trabajo que hacemos o no hacemos en lo relacionado con la isla y territorios colombianos en similares circunstancias?, es la pregunta que en esta dirección considero ineludible.

En el urgente contexto de las disputas actuales de la Haya y de la postura irresponsable con la que el gobierno colombiano ha procedido respecto a un territorio en el mar donde viven y del que viven cientos de personas, no hay que olvidar la advertencia de Wilson (2004) de que “*mucho del peso de [la] identidad [de la cultura Caribe] estará en*

la posesión de la tierra [y] cualquier alienación a la tierra del Caribe de la gente del Caribe, debe ser mirada como fundamental destructiva. [por ello] Parecería ser un imperativo político que los derechos de la gente del Caribe pertenezcan a su tierra, y que sean asegurados por la garantía de que su tierra les pertenece.” (p.225). En el caso de las islas, naturalmente, esa tierra no puede ser separada de su constitutivo entorno acuático.

En las obras que he rastreado, la isla amasa sus tesoros, los expone y los vuelve a ocultar, se imagina y se reimagina de múltiples maneras, rica y caleidoscópicamente. Esa es una forma de apropiación. Y tendría algún poder en la esfera política, en bien de los isleños, si la crítica la hiciera reverberar.

Obras citadas

- Adorno, Rolena. [1998]. Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 28, 11-28
- Aguilera Neira, Claudia. [1991]. *Espejismo de arena*. Bogotá: Publicaciones Saint-Amour
- Aguilera Neira, Claudia. [2005]. *Trapezio al vacío*. Bogotá: Apidama Ediciones
- Arias Vanegas, Julio. [2005]. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Ediciones Uniandes/Ceso
- Bancelin, Claudine. [2004]. *Entre ráfagas de viento*. Barranquilla: Maremagnum
- Benítez Rojo, Antonio. 1989. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte
- Bernabé, Jean; Confiant, Raphaël y Patrick Chamoiseau. [1989] 2010. *Elogio de la creatividad*. Mónica del Valle y Gertrude Martin Laprade (trad.). Bogotá: Editorial Javeriana
- Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). [2010]. *La unidad es submarina*. Buenos Aires: Katatay ediciones
- Bourdieu, Pierre. [1985]. La fuerza de la representación (87-95). En *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal
- Brathwaite, Kamau. [1971/1981] 2010. *La unidad es submarina*. Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). Buenos Aires: Katatay ediciones
- Brathwaite, Kamau. [1973]. *Calypso. The Arrivants. A New World Trilogy*. Oxford: Oxford University Press
- Briones, Claudia. [2005]. [Comp.] *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Buitrago, Fanny. [1976]. *Bahía Sonora. Relatos de la Isla*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura
- Buitrago, Fanny. [1979]. *Los pañamanes*. Bogotá: Plaza y Janés

- Buitrago, Fanny. [2010]. *Canciones profanas*. Bogotá: Panamericana Editorial
- Castillo Mier, Ariel. [2010]. No Give Up, Maan!, una novela fundacional. *Biblioteca de literatura afrocolombianas* (11-31). Bogotá: Ministerio de Cultura
- Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo. [2008]. *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar.
- Chow Wong, Lina. [2008]. *¿Adónde ha ido lo que no volverá?* Cali: Editora Feriva
- Chow Wong, Lina. [2014]. *¡Déjame que te cuente!* Cali: Editora Feriva.
- Condé, Maryse. [1993/1995]. *La colonia del Nuevo Mundo*. Porta I Arnau, Mireia (trad.). Barcelona: Editorial Juventud
- Christopher Livingston, Adel. [2011]. *Idiomas de mi tierra*. S.l.: Publicidad total.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [ene/jun 2011]. Escenario edénico y naturaleza prístina en *Sail Ahoy!!! ¡Vela a la vista!*, y *The Spirit of Persistence*, de Hazel Robinson Abrahams: dos formas de recuperar una isla colonizada. *Estudios de Literatura Colombiana*. 28, pp. 17-38.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014a]. Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla. En *Sombralarga*, Revista de Literatura Colombiana. (1). En línea: http://www.sombralarga.com/articulos/primerocasas_desoladas.html
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014b]. Desaparecidos de la espuma. En *La Revista del Vigía*. Año 23, pp.32-33. Matanzas-Cuba.
- Dittmann, Marcia. [2008]. *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia (Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez)*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia
- Dittmann, Marcia. [2010]. Tradición oral y cultura letrada en la literatura de la comunidad raizal de San Andrés y Providencia Islas, Colombia. En *Memorias del XI Encuentro para la Promoción y difusión de la cultura, del patrimonio inmaterial de países iberoamericanos*, pp.230-259. s.c., s.e.
- Enciso Patiño, Patricia con narradores raizales. [2004]. *Los hilos que amarran nuestra historia. The Threads that tie our History*. Nafasd – GTZ. Bogotá: Impresol editores.
- Espinet, Ramabai. [1991]. Barred. Trinidad 1980. En Esteves, Carmen C. y Paravisini-Gebert, Lizabeth (eds.). *Green Cane and Juicy Flotsam. Short Stories by Caribbean Women*, pp.80-85. Newark: Rutgers The State University
- Fals Borda, Orlando. [2002]. *Historia doble de la Costa*. Maestros de la sede, 3. Universidad Nacional de Colombia. Banco de la República. Bogotá: El Áncora. ISBN 9583600873 – Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/1401/#sthash.icRw-wfMX.dpuf>

- Fernández Retamar, Roberto. (1995). Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana. En: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Instituto Caro y Cuervo, pp.89-134. Bogotá. (Originalmente publicado en 1975)
- Forbes Bernard, Eviston. (s.f.). *Las plagas humanas bestializadas*. s.e.
- Forbes Bernard, Eviston. (2011). *Meditamos en el abismo de nuestras tinieblas*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional sede Medellín
- Forbes Bernard, Eviston. (2012). *Con cara ganan los tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Furé Davis, Samuel. (mayo-2013). Entre la espada y la pared: un pasaje lingüístico-literario al Caribe insular colombiano. Ponencia presentada en el Coloquio internacional Diversidad cultural, Casa de las Américas, La Habana.
- Garcés González, José Luis. (2007). *Literatura del Caribe colombiano. Señales de un proceso*. vol. 1, Montería: Universidad de Córdoba. ("Hazel Robinson Abrahams", tomo 1, pp.434-437; "Lenito Robinson-Bent" tomo 2, pp.760-762)
- Glissant, Édouard. (1997) 2005. *El discurso antillano*. Caracas: Monteávila
- Gombaud, Stéphane. (2007). *Îles, insularité et îlité. Le relativisme dans l'étude des espaces archipélagiques*. Tesis de doctorado en Geografía, de Université de la Réunion
- Gordon Bull, Jimmy. (2001). *A oscuras pero encendido*. Bogotá: Tipográficas Ltda
- Gordon Bull, Jimmy. (2006). *Legado de piratas*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Gordon Bull, Jimmy. (2010). *Meridiano 82. La ruta de la langosta*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Grittani, Franco. (2004). *Immagini di San Andrés/Imágenes de San Andrés*. Nápoles: Accademia Partenopea.
- Grossberg, Lawrence. (ene/jun 2009). El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad, pp.13-48. En *Tábula rasa*, Bogotá
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1998). Literatura y política. En *Insistencias*, pp.69-283. Santa Fe de Bogotá: Editorial Ariel
- Guzmán, Diana Paola. (jul/dic 2009). Los dueños de la palabra: antologías poéticas en el siglo XIX. En *Estudios de Literatura Colombiana* No. 25, pp.91-106.
- Harris, Wilson. (1999). *The Unfinished Genesis of the Imagination. Selected Essays of Wilson Harris*. Bundy, Andrew (ed.). Nueva York: Routledge
- Henríquez Ureña, Pedro. (1928). Caminos de nuestra historia literaria. En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Editorial Babel. Disponible en Biblioteca digital de pensamiento dominicano, www.cielonaranja.com. Recuperado 16 de julio de 2010

- Howard Livingston, Keshia. (2014). *San Andres: A Herstory*. San Andrés: Casa Editorial Welcome.
- Instituto Agustín Codazzi. Mapa de regiones en Colombia. Recuperado el 1 octubre de 2013 de: http://geoportal.igac.gov.co/mapas_de_colombia/IGAC/Tematicos2012/RegionesGeograficas.pdf
- Kincaid, Jamaica. (1999). *My Garden (Book)*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Coloquio con Juan Ramón Jiménez. En *Analecta del reloj*, pp.31-46. La Habana: Letras cubanas.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Julián del Casal. En *Analecta del reloj*, pp.47-73. La Habana: Letras cubanas.
- Losada, Alejandro. (1976). Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina. En *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en América Latina y el Perú*, pp.179-213. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Loynaz, Dulce María. (1994). *Un verano en Tenerife*. La Habana: Letras cubanas.
- Marmolejo Sevilla, Nadim. (s.f.) *Todos los días no son iguales*. Bogotá: Ediciones Ántropos Ltda.
- McCusker, Maeve. (dic 2011). Escribiendo contra la marea. El imaginario de la isla y la tierra en Patrick Chamoiseau. En: *Cuadernos de literatura* vol. 15 No. 30, pp.279-298. Bogotá.
- McKeller Hudgson, Marqueta. (2012). *Memorias*. San Andrés: Acaribe Libros.
- Moyano, Juan Carlos. (nov 2007-ene 2008). Marilyn Biscaíno: la Big Mamma del archipiélago. En *Teatros* 7, pp.4-9.
- Muñoz, Jorge. (1974). *Guitarra de viento*. Medellín: s.e.
- Pacheco, Carlos. (1995). Sobre la construcción de lo rural y lo oral en la literatura hispanoamericana. En: *Revista de crítica literaria*. Año 21, No. 42, 2 semestre de 1995, pp.57-71.
- Parsons, James J. (1956/1985). *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe*. Bogotá: El Áncora editores.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. (2011). Lolía Pomare Myles. Puente entre la palabra antigua y la nueva. En Jaramillo, María Mercedes y Ortiz, Lucía (eds). *Hijas del Muntu. Biografías críticas de mujeres afrodescendientes en América Latina*, pp.121-133. Bogotá: Panamericana Editorial.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. [jul/dic 2014]. Las novelas de la Sanandresana Hazel Robinson Abrahams. En *Revista de estudios colombianos. Asociación de colombianistas*, pp.40-47. University of San Diego.

- Pedraza, Zandra. [1986]. Para una investigación sobre la nacionalización del archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Seminario Internacional Sobre la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas- (Jardín De Sueños)*, pp.131-141. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Colcultura.
- Pedraza, Zandra. [1988]. Soberanía y deterioro cultural en el Archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Colombia Sotavento. vol.1 fasc.2*, pp.8-23.
- Pedraza, Zandra. [1992]. San Andrés y Providencia: nuevos contactos, nueva identidad. En *La Diversidad es Riqueza—Ensayos Sobre la Realidad Colombiana*, pp.180-182. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura-Consejería Presidencial para los Derechos Humanos.
- Percival Newton, Arthur. [1985]. *Providencia. Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses*. Bogotá: Banco de la República.
- Petersen, Walwin G. [2002]. *The Province of Providence*. San Andrés: The Christian University of San Andrés, Providence and Catalina.
- Piñera, Virgilio. [1998]. *La isla en peso*. Arrufat, Antón (comp.). La Habana: Ediciones Unión.
- Pizarro, Ana. [2009]. *Amazonas. El río tiene voces. Imaginario y modernización*. Santiago de Chile: Fondo de cultura económica.
- Pizarro, Ana. [jul/sept 2009]. Al margen de la historia. *Casa de las Américas* 256, pp.94-103.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2000]. *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano. Birth, Life and Death of a Sanandresan*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2002]. *Vendaval de ilusiones*. Barranquilla: Ed. Antillas
- Putnam, Lara. [2012]. Rites of Power and Rumors of Race: The Circulation of Supernatural Knowledge in the Greater Caribbean [243-267]. En: *Obeah and Other Powers. The Politics of Caribbean Religion and Healing*, pp.243-267. Paton and Forde (eds.). Carolina del Norte: Duke University Press
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *The Soldiers dem de come, and the Mango Tree/ Ahí vienen los soldados, y el palo de mango*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *Naked Skin/ Piel desnuda*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Restrepo, Eduardo. [2013]. *Etnización de la negritud: la invención de las 'comunidades negras' como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rincón, Carlos. [1978]. El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica. En *El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, pp.13-45. Bogotá: Biblioteca colombiana de cultura.

- Rivera, Camila. (2004). Nuevas encrucijadas, nuevos retos para la construcción de la nación pluriétnica: el caso de Providencia y Santa Catalina. En *Conflictos e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, pp.301-329. Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (eds.). Universidad del Cauca
- Robinson Abrahams, Hazel. (2002). *No Give Up, Maan!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés
- Robinson Abrahams, Hazel. (2010). *No give up, Maan! / ¡No te rindas!* Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *Sail Ahoy! / ¡Vela a la vista!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *The Spirit of Persistence. Las goletas en la isla de San Andrés, Providencia & Santa Catalina*. San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés / Gobernación de San Andrés, Santa Catalina y Providencia.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2009). *El príncipe de St. Katherine*. San Andrés isla. Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Bent, Lenito. (2010). *Sobre nupcias y ausencias, y otros cuentos*. Bogotá: Ministerio de Cultura
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Island Anecdotes*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Anécdotas isleñas*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2011). *My Journey*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2013). *She shall be praised*. Estados Unidos: s.e.
- Rodríguez, Mariamatilde. (2007). *Los hijos del paisaje*. Bogotá: Luna con parasol
- Ruiz, María Margarita y O'Flin de Chaves, Carol. (1992). *San Andres y Providencia: una historia oral de las islas y su gente*. Bogotá: Banco de la República.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (jun 2013a). La isla que se descubre. Imágenes del Puerto Libre en el Meridiano 81. Ponencia en *la Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe*. Granada.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (2013b). *Combak, Combak: La memoria insular del teatro de mujeres en San Andrés*. Borrador de trabajo.
- Trouillot, Lyonel. (2009). *Éloge de la contemplation*. París: Riveneuve. Recuperado de: http://jacbayle.perso.neuf.fr/livres/Haiti/Trouillot_8.html [actualizado el 26 de diciembre de 2013]
- Walcott, Derek. (1998/2000). *La voz del crepúsculo*. Martínez Muñoz, Catalina (trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Williams Jessie, Alciano. (2011). *Dhe Smilin wavs fa Sound Bay* (The Smiling waves from Sound Bay/ Las olas sonrientes de Sound Bay). Santa Marta: Oraloteca.

Wilson, Peter J. (1973/2004). *Las travesuras del cangrejo. Un estudio de caso Caribe del conflicto entre reputación y respetabilidad*. Bogotá: Universidad Nacional, sede San Andrés

Wynter, Sylvia. (1969/2012). *We must learn to sit down together and talk a little culture: Decolonizing Essays 1967-1984*. Inglaterra: Peepal Tree.

Otras obras consultadas

Cabrera Ortiz, Wenceslao. (s.f.). *San Andrés y Providencia. Historia*. Bogotá: Editorial Cosmos.

Caicedo Licona, Carlos Arturo. (2002). *Complotados, ladrones y criminales*. Medellín: Lealón.

Gaviria Liévano, Enrique. (1984). *Nuestro archipiélago de San Andrés y la Mosquitia colombiana*. Volumen IX Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Academia colombiana de Historia. Bogotá: Plaza y Janés.

Turnage, Loren C. (1975). *Island Heritage. A Baptist View of the History of San Andrés and Providencia*. Cali: The historical Commission of the Colombia Baptist Mission.



Celebración del día internacional de eliminación de la violencia contra las mujeres. Aparecen de derecha a izquierda las conferencistas Ángela Rodríguez y Silvia Elena Torres. Evento promovido por la Corporación de mujeres Miss Nancy Land. San Andrés isla, 25 de noviembre de 2015

Autora: Shirley Cotrell Madarriaga

y de imaginarios que desbordan las *fronteras* regionales. Han concurrido en la revisión del concepto trabajos desde el ámbito teórico que desdican la homogeneidad y equidad del proyecto nacional (la colombianidad) y, por el contrario, muestran los cismas y las desigualdades a raíz de diseños en los que tienen preponderancia algunos focos capitalinos. En esta línea, y en pugna con una visión multiculturalista simple, numerosos estudios en Colombia —entre ellos *Historia doble de la costa* (Fals Borda, 2002), *Nación y diferencia* (Arias Vanegas, 2005), *Genealogías de la colombianidad...* (Castro-Gómez y Restrepo, 2008), *Etnización de la negritud...* (Restrepo, 2013)— se han unido a pesquisas similares en otras partes del continente (Briones, 2005). Como resultado, se han ido delineando otras escalas que ayudan a fracturar la continuidad de las correspondencias geográfico-político-culturales, con lo que paulatina y crecientemente se desdibujan los nítidos bordes del mapa regional.

En el caso de la historiografía de la literatura, varios grupos de trabajo e investigación (principalmente “Historia y Literatura” de la Universidad Nacional sede Bogotá; “Colombia, tradiciones de la palabra”, de la Universidad de Antioquia; “Centro de estudio e investigación literaria del Caribe —Ceilika— y el “Grupo de Investigación literaria del Caribe —Gilkarí—”, ambos de la Universidad del Atlántico) han venido construyendo otros referentes para la discusión de la literatura en Colombia. También en esta área la tendencia coincide con la de otros países del continente: se reconocen los fundamentos excluyentes del proyecto de país respaldado sobre una idea unificadora y sesgada de la lengua, la historia y la literatura nacionales (Guzmán, 2009); se ve la necesidad de trabajar otros frentes excluidos de esa triada letrada, y se empieza a pensar, por ejemplo, el papel de sucesos como la migración forzada o voluntaria de intelectuales y escritores a otros países, al pulso de las dictaduras⁵, entre otros factores. Otro elemento concomitante en estos reajustes de visión ha sido la muy reñida expansión de los temas pertinentes para el campo de los estudios literarios en Latinoamérica⁶, desde géneros como el testimonio y la producción oral hasta la relevancia de imaginar las

5 Con su característica lucidez lo planteó Rafael Gutiérrez Girardot al cierre de su ensayo *Literatura y política* en *Insistencias* (1998): “¿Y la literatura de los exiliados políticos hispanoamericanos? Quienes se exiliaron en países hispanoamericanos ¿fueron exiliados realmente? [...] Muchos de los exiliados latinoamericanos en Latinoamérica fueron ‘peregrinos en sus patrias’: descubrieron por experiencia propia la pluralidad de Hispanoamérica. Como en la fábula del burro al que le sonó la flauta por casualidad, *los dictadores militares hispanoamericanos lograron, con el exilio de quienes les incomodaban intelectualmente, una desprovincialización, una depotenciación del nacionalismo*. Pero es muy temprano para juzgar adecuadamente ese fenómeno” (283, énfasis añadido). El tema de la producción de la diáspora colombiana es un frente de trabajo todavía muy novedoso en el país, desde donde lo veo.

6 cfr. Adorno (1998), Fernández Retamar (1995), Rincón (1978), Pacheco (1995), Pizarro (2009b).

fronteras culturales⁷ de un modo más flexible y congruente histórica y culturalmente, por ejemplo con la sugerente noción de *zona cultural*⁸.

En el Gran Caribe, estos debates han tenido también un gran momento durante las últimas décadas, como parte de un proyecto por deshacer el mapa tremendamente fragmentado (en general y en casos extremos aún dentro del cuerpo de una misma isla: Saint Martin/Sint Martin, Haití/República Dominicana) heredado de un pasado colonial. En este plano, la conocida frase de Florencia Bonfiglio (2010) “la unión es submarina” —compartida de una u otra manera y tematizada de un modo u otro por escritores como Jamaica Kincaid (1999), José Lezama Lima (1953), Maryse Condé (1993), Derek Walcott (1998), Kamau Brathwaite (1971/81), Antonio Benítez Rojo (1989), Jean Bernabé, Raphaël Confiant y Patrick Chamoiseau (1989) o Édouard Glissant (1997)— sugiere dinámicas supranacionales, móviles, históricas, densas y contradictorias.

Con estas aclaraciones en mente, se comprende que la inserción del archipiélago de San Andrés, Providencia, Santa Catalina y los cayos Quitasueño, Roncador, Bolívar, Serrana y Serranilla en una idea de región es también una pugna donde intervienen múltiples intereses. En la medida en que “la ‘realidad’ es absolutamente social y las clasificaciones más ‘naturales’ se apoyan siempre en rasgos que no tienen nada de natural y que en parte son producto de una imposición arbitraria, es decir, de un estado anterior a la relación de fuerzas en el campo de las luchas para la delimitación legítima” (Bourdieu, 1985), el archipiélago entra y sale de mapas “regionales” diversos. En el Museo del Caribe⁹, y en otros proyectos intelectuales recientes en la costa norte colombiana como la Oraloteca¹⁰ y el Observatorio del Caribe¹¹ por ejemplo, hace parte de la llamada (no sin controversias) región Caribe colombiana; naturalmente, esta no es una posición unificada y hay quienes discrepan: el desencuentro entre

7 Una historización contrastada de los sentidos de la palabra “región” en la historiografía literaria, más allá del referente geográfico, quizás nos mostraría algunos desencuentros y especificidades de sentido. Es lógico que lo que un crítico entiende por región (en relación con una configuración histórica concreta que pauta sentidos sociales amarrados a lo geográfico) en un lugar latinoamericano (Rama, por ejemplo, desde Uruguay), difiera de lo que entiende, y siempre implícitamente, con la misma palabra otro crítico en otro lugar (Cándido, para poner como punto de comparación dos países tan distintos en todo respecto).

8 Pizarro la caracteriza, en su estudio particular sobre el Amazonas, como un área transnacional, con referentes geográfico-culturales comunes, donde los componentes “despliegan una común relación de intensidad con la naturaleza y el medioambiente, [y] participan de una comunidad del imaginario que sólo cambia las denominaciones” (Pizarro, 2009a, 15). Una noción que conviene explorar a fondo en contraste con los planteamientos de Glissant y Benítez Rojo en relación con el Caribe.

9 Ver en: http://www.culturacaribe.org/museo_del_caribe.html

10 Ver en: <http://oraloteca.unimagdalena.edu.co/>

11 Ver en: www.ocaribe.org

dos economistas locales¹² sobre el tema de la integración regional es un buen indicio al respecto. En el sumamente vigente trabajo de Parsons (1956) e incluso en el de Wilson (1973), el archipiélago y, más en concreto, las dos islas grandes, San Andrés y Providencia, se muestran como un compuesto dispar en lo geológico, lo político y lo social, que pese a su pertenencia política “después de casi dos siglos” a Colombia, tienen un lazo (también complejo y ambiguo) con otras latitudes caribeñas: “[aunque la posición de las islas de San Andrés y Providencia] indica que debieran pertenecer más bien a Nicaragua; sus afinidades culturales han sido históricamente con las Indias Occidentales inglesas y con Norteamérica” (Parsons, 1956). Este es también el sentir de numerosos habitantes del archipiélago.

En este trabajo, y consciente de las provisiones anteriores y de la consecuente arbitrariedad de este mapa que yo misma utilizaré, en lo que toca a la historiografía literaria considero la isla de San Andrés como un lugar con una formación social con pugnas por lo menos de cuatro frentes en lo intelectual; aprovecho la delimitación de lo insular como un cerco para separarla de Providencia y también de Colombia, así como del resto del Caribe, pero en concordancia con los planteamientos caribeñistas, reconozco a la vez como algo de grandes consecuencias para la isla vínculos pretéritos y presentes, incluso imaginados (aunque no serán mi foco de trabajo) con territorios aledaños. Así, la veo distinta aunque inserta en ese Gran Caribe, con lo que ella misma tiene mayor movilidad dentro de esa cartografía más amplia.

Aunque en este gesto de delimitación aprovecho la física función del mar y reconozco que la isla está, como bellamente escribió Parsons (1956), “aislada en la inmensidad del mar Caribe”, también reconozco que es preciso a la vez señalar, como dice Gombaudo (2007) en su extenso estudio sobre las ideas de isla, insularidad e islidad, que “la isla [es] un objeto incierto”, en cuya delimitación nosotros mismos podemos actuar sobre la base de privilegiar la tierra (si hablamos de islidad) o privilegiar el mar (si hablamos de insularidad) (Gombaudo, 2007). En el plano simbólico y literario gran Caribeño hay escritores en uno y otro lado y muy a menudo en vaivén entre uno y otro. Chamoiseau (McCusker, 2011), Virgilio Piñera (1998), Ramabai Espinet (1991), Dulce María Loynaz (1958), entre muchos otros, han abordado el significado de la isla. Podemos tomar las palabras del escritor haitiano contemporáneo Lyonel Trouillot (entreveradas con las del prólogo a su *Éloge de la contemplation*) como un croquis de ese espectro sentimental literario asociado a los dos polos y hablar del “equilibrio inestable entre deseo de evasión y el apego a una tierra y a quienes la habitan. En un inquietante juego de espejo una voz

12 Jairo de Jesús Parada Corrales y Adolfo Meisel Roca (agradezco a Clinton Ramírez haberme señalado este contraste).

parece denunciar el encierro insular ‘los barrotes son una frontera’; y más adelante, a modo de respuesta: ‘mis veintisiete kilómetros cuadrados me bastan’” (Trouillot, 2009).

Siendo la delimitación territorial un efecto de representación (Bourdieu, 1985), los textos y los discursos hacen parte importante de negociaciones y confrontaciones en la apropiación del territorio, trabajan vigorosamente en pro del posicionamiento de otro tipo de imaginarios. En coyunturas como la que vive actualmente el archipiélago tras el fallo de La Haya, discusiones como la que me ocupa aquí redoblan su pertinencia.

Aparejada a la complejidad de la delimitación de *lo regional* viene —lo sabemos— la dificultad de delimitar *lo literario* sanandresano. En este texto consideraré la isla simplemente como abstracción geopolítica (como departamento), sin ahondar sus relaciones literarias con la zona cultural en que la veo inscrita (en gran parte porque esta inscripción precisa un trabajo pendiente, mancomunado y atento a otros focos —Nicaragua, Panamá, Jamaica...). Me centraré por ahora sólo en su confrontación con Colombia; más adelante habría que agregar otros enlaces menos sesgados y unidireccionales como —intuyo— la curiosa relación de varios escritores caleños o barranquilleros con la isla y de escritores sanandresanos con otros centros del país.

En esta dirección que he privilegiado, aunque cada escritor, isleño o no, responde a impulsos distintos, podemos sostener sin errar que la necesidad de afirmar el suelo y situar a la vez la isla en comunicación con la tierra firme tiene que ver con el imperativo de mapear y fijar, estratégicamente en las relaciones de fuerza, una tierra que se escapa o sobre la que no se tiene ya propiedad, como resultas de la paulatina alienación que, de acuerdo con estos discursos, comienza en 1953 con el nombramiento de la isla como Puerto Libre. Sus textos se la apropian en recorridos imaginarios, mientras combaten en lo político para no perderla legalmente.

Los dos apartes siguientes van por rutas que se comportan como ejes reflejos y puntos simétricos de tensión políticos y escriturales: para empezar, un levantamiento sobre el estado de la producción escrita pensada como literaria en la isla, y luego, más brevemente, algunas anotaciones sobre la historiografía y la figura del puerto.

Pensar la literatura: algunas premisas de trabajo

Durante los años 60 y 70 se produjeron en Latinoamérica transformaciones sociales vertiginosas e imprevistas, y a menudo violentas, que no sólo alteraron la faz de estas sociedades en lo político y lo económico, sino también en lo cultural y —como en los años 20 y 30, cuando el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1928) perfiló algunos caminos que una historia de la literatura latinoamericana tendría que seguir para servir

plenamente a su contexto— estimularon una nueva ola de pensamiento crítico que reflexionando seriamente sobre su papel en el medio replanteó una vez más los marcos teóricos de comprensión del mundo a su alrededor. En el plano de la crítica literaria, este giro suscita preguntas como ¿qué funciones cumple la literatura en este medio y, así mismo, qué tipo de crítica y de historia literaria conviene a las producciones literarias alumbradas en el turbión social de esos años. Entre 1972 y 1975, Roberto Fernández Retamar resumía los acopios valiosos del trabajo crítico latinoamericano de cincuenta años, pero llamaba vivamente a circunscribir y corregir los fundamentos del mismo al ritmo de reflexiones acordes con la condición en principio colonial de estos territorios. Así, sostenía que si “toda teoría es una hipótesis de trabajo, sugerida por el interés en los hechos mismos” (Fernández Retamar, 1995, p.81), entonces “*una teoría de la literatura es la teoría de una literatura.*” (p.82) [Cursivas en el original], y en consecuencia “las teorías de la literatura hispanoamericana [...] no podrían forjarse trasladándose e imponiéndole en bloque criterios que fueron forjados en relación [...] con las literaturas metropolitanas” (p.81). Estos planteamientos habían sido apuntalados ya por el trabajo de escritores como Lezama Lima (1953b), y a partir de los años 80 y 90 reciben más sedimentos desde el Gran Caribe también, gracias a obras como las de Antonio Benítez Rojo, Édouard Glissant, Wilson Harris (1999) o Sylvia Wynter (2012) en los años 60 y 70. Desde estas proposiciones, una aproximación teórico-crítica que se adapte a las peculiaridades de la producción literaria de esta geopolítica implica sin excepción no definir lo literario de modo inmanente e inmutable, sino como un hecho dinámico y en función de necesidades sociales, de tal manera que “lo que es un ‘hecho literario’ para una época, será un fenómeno lingüístico perteneciente a la vida social para otra, e inversamente” (Tinianov, citado por Fernández Retamar, 1995, p.107). Esto no desecha los usos simbólicos del lenguaje con fines sensibles en esas producciones; más bien les reconoce adicionalmente la dimensión social en que el escritor está inmerso, y la admite como una dimensión determinante tanto en la producción como en la recepción del texto.

La noción de Latinoamérica (Hispanoamérica en ese autor) subyacente a las afirmaciones de Fernández Retamar no es esa noción vaga y polivalente que a menudo circula en los proyectos de políticas de la identidad de esos años. Muy concretamente, alude al territorio en tanto identificado por un factor común, de orden neocolonial; es decir, heredero de nociones, supuestos, comportamientos implantados durante la colonia y perpetuados por los dirigentes siguientes. Alejandro Losada, teórico literario contemporáneo de Fernández Retamar, lo enuncia en el marco de un proyecto de investigación de la historia social de la literatura en este lado del mundo. Buscando un acercamiento que explique los fenómenos literarios diacrónicos comunes al

continente y también la manifestación de fenómenos muy distintos entre sí aunque sincrónicos (como el indigenismo y el vanguardismo), subraya que es indispensable considerar en el caso de estas literaturas el tipo de relación que sostienen con el resto de los países del mundo, después de su independencia. Losada explica que “la perspectiva que controla la producción literaria latinoamericana no depende de la extracción de clase del sujeto social productor, sino del *proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura, frente a los requerimientos de la cultura de los países industrializados, frente a las demandas de la sociedad regional o nacional (Estado, clase, posibilidad de evolución histórica, dependencia económica) y frente al mercado popular de la cultura*” (Losada, 1976, pp.207-208). A este “modo de comportamiento de un grupo minoritario frente a los estímulos y demandas de un proceso social complejo” (p.208), Losada lo llama “praxis de un grupo social”; dicho en otras palabras: es “un modo de comportamiento, que establece *relaciones reales con su sociedad en el hecho mismo de su producción literaria*” (p.208)¹³.

Las directrices epistemológicas enunciadas por Fernández Retamar se vuelven lineamiento concreto de investigación en este modelo sumamente versátil que resuelve los típicos obstáculos organizativos y analíticos de época, generación y nacionalidad. Ambos marcos son propicios para situar mi objetivo de reflexionar sobre la literatura en la isla de San Andrés y el tipo de crítica que, bajo esta luz, exige.

Desde la isla (no así desde el continente) es una perogrullada decir que San Andrés tiene con Colombia una relación de amor-odio, por lo demás justificadísima. En el imaginario raizal, 1953, año en que San Andrés se convierte en Puerto Libre, es el momento del derrumbe del paraíso¹⁴. Así lo describe, verbigracia, Walwin Petersen (2007):

13 Énfasis añadido. Esta particular división me parece un aporte de Losada que permite seccionar con cierta delicadeza en el plano literario las relaciones de fuerza dentro de una formación social, cuando no se trata de tensiones dentro de un mismo discurso, como en el caso de las literaturas heterogéneas, y cuando la discusión se centra sobre obras y escritores concretos y no en grandes marcos, como sería el caso de anotaciones de Glissant en torno a la Historia y la literatura en el Caribe, de todo punto pertinentes para otros debates.

14 Esto no es una simple frase retórica, sino que se puede rastrear como tropo o locus tanto en textos históricos (como *The Province of Providence*, de Walwin Petersen), como literarios (abundan las imágenes de la isla como paraíso intocado en los poemas de *Naked Skin*, de Juan Ramírez Dawkins, e incluso, aunque sin asidero cronológico puntual, en algunos de los cuentos de Lenito Robinson. Es muy evidente en *No give up, Maan!*). Y ese paraíso que figura allí tiene un sustrato o un sentido bíblico: la religión precede la vida social, no existe la degradación que describen hoy en día los periódicos y que fustigan algunos autores como Eviston Forbes Bernard y Jimmy Gordon Bull. Esta semblanza del paraíso se opone fuertemente al paraíso como locusturístico que prima hoy en los catálogos de viaje a la isla y que sería el responsable de esa especie de contrapartida infernal que sería la vida del sanandresano nativo o de antaño hoy allí, como sostiene Petersen en el fragmento citado. Este tema ocupa varios trabajos para el Gran Caribe, entre ellos: Sun, Sex and Gold: Tourism and Sex Work in the Caribbean editado por Kemala Kempadoo. Un giro bien interesante de esta discusión recién sale en la canción “El fallo”, cantada a dúo por Jiggy Drama y Creole New Generation (cfr. http://www.elcolombiano.com/jiggy_drama_protesta_con_su_cancion_el_fallo_contra_el_gobierno_y_la_haya-AAEC_270617), y aquí el

Luego, grandes almacenes de San Luis e incluso del North End empezaron a desaparecer, obligados por la nueva competencia del comercio informal por parte de los nuevos inmigrantes [colombianos continentales]. Sumado al caos, los isleños empezaron a construir usando ladrillos de arena y de cemento, absolutamente sin ningún control, usando el trabajo barato de inmigrantes atraídos por el “nuevo paraíso de Colombia” –un “paraíso colombiano” que gradualmente estaba siendo convertido en un infierno para la mayoría de los isleños nativos. [p.257]¹⁵.

Se aplica aquí la popular expresión anglocaribeña que un poeta como Kamau Brathwaite (1973) usa precisamente para cuestionar la desigualdad mantenida por el turismo: “*some people doing well, while others are catching hell*”. Efectivamente, a raíz de ese estatuto de Puerto Libre, el poblamiento de la isla se saldrá de control con los enormes conflictos que acarrea en todos los planos, desde la imposibilidad para el autoabastecimiento hasta los daños ecológicos causados por el exceso de desechos y detritus, pasando por las rupturas en el tejido de la vida cotidiana (desde el silenciamiento del creol hasta el desequilibrio poblacional y laboral o los problemas como el narcotráfico y su ética del dinero fácil) (Petersen, 2002, pp.257 y siguientes). Por otro lado, esa apropiación económica y política del archipiélago por parte del país es responsable también de situaciones conflictivas de hoy en día como la incomunicación de la isla (y del archipiélago) con otros territorios que históricamente han sido más cercanos a la cultura y la historia suya que el continente (como las costas de Panamá, Costa Rica o Nicaragua e incluso Estados Unidos). Todo esto explica la desconfianza de los isleños hacia los “pañas” y da sentido al hecho de que los isleños reivindiquen sus derechos territoriales, lingüísticos y culturales raizales, incluso mediante posiciones abiertamente políticas, como las del partido AMEN-SD¹⁶.

Nada avala que este contexto se ignore al momento de pensar la literatura de la isla. Todo lo más: desde la perspectiva de este escrito, es preciso tener presentes las dinámicas neo(o intra)coloniales de Colombia hacia San Andrés, en el plano de la crítica literaria y, al tiempo, las reacciones de los grupos letrados en la isla respecto a esas dinámicas, si queremos entender el porqué de los temas y las formas de la producción de la isla, y las estrategias políticas (en sentido amplio) que las estructuran.

video: (<http://www.youtube.com/watch?v=hdwCcnVSWAM>). Creo que la iniciativa de estos músicos es significativa si pensamos en otras dinámicas de vocear cultura (es curioso, en este sentido, por ejemplo, que en la isla el cantante Shungo haya puesto en circulación en las papelerías cuadernos escolares cuya cubierta tenía a su grupo musical).

15 Énfasis añadido. Todas las versiones al español de textos en inglés son mías.

16 Sigla de Archipelago Movement for Ethnic Native Self-Determination for the Archipelago of San Andrés, Providence and Kethlena.

La isla se ha vuelto omnipresente en los ojos de los continentales (y de extranjeros de otras partes del mundo)¹⁷ a raíz de campañas publicitarias como “Colombia es pasión”¹⁸, más recientemente “Colombia es realismo mágico”¹⁹ y a paquetes turísticos donde figura con precios competitivos al lado de destinos populares como Cartagena. En cuanto a investigaciones, hasta ahora habían sido primordialmente hechas por parte de antropólogos (Pedraza, 1986, 1988, 1992), historiadores o politólogos (Rivera, 2004). Esto es apenas el principio, pues ahora San Andrés y Providencia han entrado al canon literario colombiano con la marca de lo afrocolombiano. Dos de los dieciocho tomos de la Biblioteca de literatura afrocolombiana, recién publicada por el Ministerio de Cultura (2010), corresponden a escritores del archipiélago (el 14 a Hazel Robinson, el 7 a Lenito Robinson). Así mismo, en el tomo 16, *Antología de mujeres poetas afrocolombianas*, se incluyen cinco poetas de las islas, con la novedad de algunos poemas en creol.

Cuando, a principios del 2010, formulé un proyecto de investigación sobre la literatura de la isla, mis objetivos eran absurdamente ambiciosos: quería explorar la literatura de los últimos cien años en San Andrés; iba también tras posibles nexos desde lo literario entre los chinos de la isla y los chinos de islas como Trinidad o como Cuba. Igualmente, quería mirar cómo aparecía el turismo en las producciones literarias de San Andrés y, como si eso fuera poco, me proponía rastrear el —para mí— ineludible problema de la relación isla/Colombia/Gran Caribe. Los tres primeros objetivos demostraron ser resultado de los a priori de quien estudiara la isla partiendo de temas y problemáticas más o menos comunes al Gran Caribe en general. Más importante aún, por peligroso, esos objetivos me parecen ahora fiel reflejo de la misma tendencia exotizante con que se acercan a la isla el turista y el “paña”: San Andrés era una especie de “paraíso literario”, sin especificidad suya propia²⁰. Conversé con varias personas de la isla,

17 Por ejemplo, en la revista *Temporada, High Season. La revista de San Andrés y Providencia* (una revista dedicada exclusivamente a la promoción turística de las islas), en el número de diciembre a junio de 2010, ed 44, p.6, se da cuenta de una especie de convenio mediante el cual empiezan a llegar turistas checos y canadienses al archipiélago, por primera vez, luego de 9 años en que no llegaban en grupos continuos turistas europeos allí.

18 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=ri0kovbKot4>

19 Ver en: <http://www.youtube.com/watch?v=BTcZB5q-9S4>

20 Esta actitud es algo generalizada entre la crítica: si bien los dos textos críticos existentes (hasta el momento en que empecé la pesquisa) sobre la obra de Hazel Robinson, escritos ambos por críticos de la costa colombiana, se dedican muy juiciosamente a la obra en sí, arrojando líneas de lectura sugerentes para el estudio futuro de la obra, ambos contemplan el texto (y la isla que lo produce) desde esa distancia que la hace parecer un terreno uniforme que ha producido en cuanto a literatura solo estas dos obras. Es un sesgo de la práctica crítica en general, que contrasta vivamente con los enfoques muy localizados y en consecuencia especificadores de los trabajos antropológicos o de ciencias políticas que le restituyen al archipiélago su dimensión caleidoscópica.

y con investigadores de otras disciplinas que le habían dedicado algún tiempo y estuve en la isla por unas semanas²¹. El resultado de ese viaje fue un choque que, felizmente, desestabilizó todos (menos uno de) mis supuestos de investigación.

Para empezar, el panorama literario de la isla es más variado de lo que desde el continente o de cualquier foco externo y abstracto se puede creer. Una caracterización rápida de la producción de San Andrés²² daría este croquis. Un primer grupo de escritores isleños conocidos fuera de la isla. En este grupo, Hazel Robinson Abrahams y Lenito Robinson Bent van ganando acelerado reconocimiento. Hazel Robinson Abrahams, con sus tres novelas escritas y publicadas en los últimos años (2002 [reimpreso en 2010]; 2004, 2009), y el segundo, Lenito, con esta reedición en la Biblioteca afrocolombiana de los cuentos que publicara en 1984 (pero escribiera tan temprano como en los años 70).

Un segundo grupo reuniría a escritores isleños y no isleños menos visibles por ahora, que viven (o vivieron) en la isla. Entre estos: Claudia Aguilera (1991, 2005), Nadim Marmolejo (s.f.), Lina Chow Wong (2008, 2014), Claudine Bancelin (2004), Mariamtilde Rodríguez (2007), Jorge Muñoz (1974), Franco Grittani (2004). Fanny Buitrago (1976, 1979, 2010) ocupa un lugar aparte, en la medida en que su trayectoria es más amplia y su difusión no está amarrada solamente a lo relativo al tema sanandresano. Libros como los de estos autores circulan por caminos inusuales (Se venden en un café, en una papelería o lo tiene alguien relacionado con la escritora o el escritor...).

Un tercer grupo estaría, desde mi perspectiva, conformado por intelectuales raizales en la isla, que despliegan proyectos con miras similares. Juan Ramírez Dawkins ha publicado los libros *The Soldier dem de come/Ahí vienen los soldados* y *The Mango Tree/El palo de mango* y el libro de poemas *Naked Skin/Piel desnuda* (ambos de 1996). Ramírez Dawkins, luego parte del movimiento independentista AMEN-SD, fue estimulado a

21 Aprovecho para manifestarle mis agradecimientos a Camila Rivera, que tocó a las puertas por mí, y a Javier Archbold, quien por muchos medios me facilitó enormemente el arribo. Sin la compañía de Dany Advíncula habría visto un panorama muy distinto y sin el beneficio de las conversaciones con Teresa Cadavid y con la familia Schonnewolf estas reflexiones estarían a medias. A Raquel Sanmiguel, su disposición ininterrumpida a conversar sobre este tema conmigo; a Mirta Díaz, en la Biblioteca del Banco de la República por una apertura sin ambages. Igualmente, mi gratitud para con Jimmy Archbold, músico de la isla, y Adriana Santos, profesora de la Universidad Nacional sede San Andrés.

22 El hecho de que a veces incluya a Lenito Robinson-Bento en las menciones de la literatura de San Andrés se debe a que en el centro de documentación del Banco de la República allí se encuentra algún material suyo y a que no hay por lo general en el imaginario de los letrados del archipiélago una diferencia tajante entre los escritores de las dos islas. Aunque conviene precisar que con los desarrollos del teatro en Providencia, entre otros, esto empieza a matizarse. Me centro exclusivamente aquí en San Andrés porque en vista de las diferencias culturales el sistema literario funciona ligeramente distinto en Providencia donde por ejemplo, a diferencia de San Andrés, ha habido talleres de Renata, con una publicación que la Cámara de Comercio de San Andrés distribuye gratuitamente. Es decir, también su modo de circulación y quizás la elección de la lengua es atípica para lo que describo a continuación sobre San Andrés.

escribir y publicar estos textos por dos intelectuales reconocidos de la isla y activamente involucrados en las reivindicaciones raizales por el lado lingüístico: Marcia Dittmann, quien tradujo los relatos de *The Soldier* para esa versión bilingüe y ha publicado en conjunción con Lolia Pomare-Myles o sola varios trabajos tendientes a recuperación de memoria histórica²³, y Oakley Forbes. Lolia Pomare-Myles, por su parte, muy reconocida en la isla, ha desarrollado un trabajo versátil (desde la escritura en periódicos hasta la realización de programas de televisión y un trabajo de memoria con la comunidad) (Patiño, 2011)²⁴. Ampliando el marco de visión de lo literario, habríamos de incluir a Marilyn Bizcaino Miller, creadora del Festival Internacional de Teatro Ethnic Roots, en 1999 (Moyano, 2007), quien con obras performáticas como *Combak* (Silva, 2013b, pp.121-139) está pensando la isla en su dimensión sociopolítica. En este grupo incluiría, por esta cercanía, las poetas que publicaron en algún momento en el periódico *Horizontes*, ahora incluidas en el tomo de la biblioteca afrocolombiana también. Estas poetas son Ofeilia Margarita Benet Robinson, Briceña Corpus Stephens, Emiliana Bernard Stephenson, Herminia Macariz Michell y Marqueta McKeller [que recién publicó por cuenta propia una compilación de sus poemas. Cfr. *Memorias*, 2012]. A este grupo pertenecen también escritores y escritoras muy jóvenes como Keisha Howard (*San Andrés: A Herstoy*, 2014), Alciano Williams (2011) y Adel Christopher (2011). Tanto la escritura de Juan Ramírez, como la narración de Lolia Pomare-Myles, las performances de Marilyn Bizcaino, la novela de Howard y poemas de Williams y de Christopher hacen eco de lazos con el Gran Caribe (a veces por la vía de imaginar el lazo con África), desde imágenes de la isla como paraíso hasta las historias de Anancy, desde la recuperación de tradiciones isleñas hasta la visita a imágenes simbólicas de lo isleño como el cangrejo, o la producción en creol.

Un cuarto grupo que vendría a sumar una faceta más de lo isleño a este sistema estaría conformado por los que no publican o publican textos híbridos (desde una perspectiva tradicional, por decirlo muy vagamente), y son reconocidos como “literarios” por población y medios locales, por ejemplo, varios poetas que publicaron en algún momento en periódicos de la isla como *Horizontes* (1999-2000) o incluso los que participan en algunos recitales organizados por la Casa de la Cultura y cuyos poemas quedan luego guardados en este lugar, en hojas sueltas.²⁵ De hecho, este es uno de los renglo-

23 Un ejemplo de este trabajo es Dittmann (2008), *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia [Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez]*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia.

24 Ana Mercedes Patiño da cuenta de su trayectoria y ámbito de movimiento con lujo de detalles.

25 En el número de *Horizontes* correspondiente a abril-mayo de 1999 hay por ejemplo poemas de Herminia Macariz Mitchell, Cecilia Francis, Rosa Victoria Brown y Marqueta McKeller Hudgson. También se mencionan como poetas o escritores (y de algunos hay uno o dos muestras en hojas sueltas en el Centro de

nes más intrigantes, pues gente diversa desde bibliotecarios hasta profesores universitarios y de colegio afirma sin ambages que estas personas u otras anónimas *hacen literatura*. Pero los textos no están agrupados ni circulan para el público en general. Pasan de manos del escritor o escritora a manos de sus amigos, y de ahí a manos de los conocidos de los amigos en una cadena que se puede alargar. Los que circulan como “literatura sanandresana” en las papelerías populares accesibles también a los turistas son los de dos autores que viven y trabajan en la isla, y que entre sí son bien distintos: *Las plagas humanas bestializadas* (s.f.) y *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas* (2011) y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos* (2012), entre otros, de Eviston Forbes Bernard, conocido como “Papalee”; y *A oscuras pero encendido* (2001), *Legado de piratas* (2006) y, en menor medida, *Meridiano 82, la ruta de la langosta* (2010), de Jimmy Gordon Bull.

El tema “literatura sanandresana” plantea entonces varios problemas. Algunos de ellos son parientes de los obstáculos consuetudinarios a la historiografía y la crítica de territorios que fueron colonia e implicarían preguntarse ¿desde qué punto en la historia hablaríamos de la existencia de esta literatura? y en relación con lo nacional y el canon, ¿a la escrita por quiénes llamaríamos tal? Para San Andrés, estas preguntas entrañarían un doble nivel en el plano cronológico y territorial (“nacional”). Por un lado, una historia previa que haría lícito pensar en la posibilidad de que existan textos escritos por habitantes de la isla (nacidos en ella o no) durante su período inglés, y que podrían estar dispersos en lugares como Puerto Limón, Colón o algún lugar de Inglaterra o Estados Unidos. Y por otro lado, su inflexión netamente colonial bajo égida colombiana. Y es lógico que así sea, si no perdemos de vista la gran movilidad que caracteriza, circum-atlánticamente, al Gran Caribe.

Las respuestas a interrogantes de ese corte suponen que el material de estudio existe. Pero también suponen que es homogéneo y correspondiente a formas previstas, más o menos fijas, como la novela, la poesía escrita, el cuento (escrito también), y el ensayo. Por el croquis que acabo de esbozar, me parece lícito sugerir que las preguntas guía de una crítica literaria sobre la literatura sanandresana tendrían que ser otras. Para empezar, ¿qué implicaciones tiene que ese material “literario” no adquiera las formas genéricas esperadas (poesía, novela, cuento)? O más aún, ¿que no esté publicado?, y por último, ¿que la expresión literaria sea algo subterránea, o tenga rasgos muy específicos debidos a la idiosincrasia cultural y política de San Andrés en relación con Colombia y con otros países que hacen parte de su historia?

documentación de la Casa de la Cultura) a Adel Christopher Livingstone, Ofelia Margarita Bent Robinson (animada por Oakley Forbes a escribir), Briceña Corpus Stephens, que luego serán parte de la Biblioteca Afrocolombiana, como ya he mencionado.

Detengámonos un poquito en las tres últimas preguntas, con el ánimo de brindarle algún espesor a ese panorama. Es posible sostener que:

Los isleños son (y se autodefinen como) poetas, hay muchos que escriben pero que no tienen visibilidad como la tendrán Lolía Pomare, Juan Ramírez, Hazel Robinson y Benito R. Escriben en español la mayoría, otros tímidamente en inglés, otros en Creole o en lengua mezclada. Los más jóvenes se van por la música, componen cantos de protesta en ritmos que llegan a la juventud... Los de mayor tradición usan el inglés y encuentran en ese inglés 'victoriano' que manejaban y en sonetos de la Biblia victoriana inspiración: estos últimos son como poetas... *pero como te digo, la mayoría no publica*. Incluso hay quienes han escrito cosas sobre la isla y *las tienen guardadas*, y a veces, por aquello de la confianza que se va construyendo, va uno teniendo acceso a algunos extractos. [...].²⁶

Este panorama tan heterogéneo —de escritores locales visibles en el continente, escritores locales o extranjeros con visibilidad en la isla pero no en el continente, intelectuales comprometidos con raíces y tradiciones, y escritores con textos híbridos— cobra cierto aire natural si, a la luz de los enunciados de Losada, se lo entiende como “producto de una actividad consciente de un sujeto social que, de alguna manera, tiene dominio de sus fines, escoge medios y estrategias para cumplirlos y que, precisamente en el cumplimiento de esa actividad, se constituye en un nuevo sujeto social, *sólo posible en esa forma de cultura*” (Losada, 1976, p.211). Así, estos rasgos harían parte de cierta especificidad del sistema literario en la isla: tanto la visibilidad de algunos escritores como la invisibilidad de otros, tanto la escritura en creol como la escritura en español, y la elección de uno u otro tipo discursivo, se aclaran en razón de esta doble articulación de San Andrés como isla con su vida propia y San Andrés como departamento de ultramar colombiano. Unos y otros se afilian a modos de prestigio contrapuestos, sustentados en pugnas políticas, pero materializados en la praxis literaria. Quien escribe en creol o en español o quienes rescatan relatos orales y los transmiten por escrito o en performances²⁷, evidentemente le asignan “una naturaleza, una función y unas tareas” anticolonialistas a su trabajo cultural; quien de otro lado busca

26 Raquel Sanmiguel, Comunicación personal, junio 17 de 2010. Énfasis añadido. Es claro que aquí Sanmiguel pone a contraluz la riqueza no escrita de este mundo cultural y, gracias a sus preocupaciones por la etnoeducación, da pistas por los caminos en los cuales se encontrarían algunas manifestaciones para un estudio sobre el tema que nos ocupa en la isla.

27 Pienso en Lolía Pomare-Myles, o en proyectos como el de Patricia Enciso (2004).

algún lugar de acuerdo o cuyas obras se prestan para una lectura ambigua de la isla, está igualmente respondiendo a una interpelación²⁸.

Desde mi perspectiva, el cuarto grupo (y en alguna medida el tercero), parafraseando de nuevo a Losada, “se constituye en un nuevo sujeto social [...] mediante el dominio de sus fines y la escogencia de medios y estrategias para cumplirlos” (Losada, 1976). El propósito de esa minoría es tan ambiguo (y tan socialmente interesado como el de las dos minorías anteriores: quieren, mínimamente, ser referentes culturales y literarios) en la isla. La diferencia es que estos escapan al control institucional literario y, así, en sus textos podemos rastrear y ubicar con mayor certeza la dinámica de resistencia (desde luego no exenta de contradicción) respecto a Colombia. En este diagrama se ve esa articulación en el hecho literario (pensado como hecho social) como un fenómeno donde se articulan “de manera inmediata los conjuntos literarios con la praxis social de los sujetos productores y, mediatemente, con la situación de la estructura social” (Losada, 1976). No es coincidencia que tanto Forbes Bernard como Gordon Bull estén involucrados de uno u otro modo en la política de la isla ni que Howard tenga tras de sí una tradición de intelectuales bautistas y que su novela sea resultado de un proyecto avalado por AMEN-SD.

Para 2010, en una carpeta del Centro de documentación de la biblioteca Luis Ángel Arango en San Andrés se reunían los personajes insignes del archipiélago. Era una lista variopinta: había portadas de libros (como los de Hazel Robinson), y notas de periódico sobre uno u otro deportista. Había también notas necrológicas, sobre políticos o personajes de la cultura de la isla. Esta carpeta se repetía en el Centro de documentación de la Casa de la Cultura. Ambas eran compilaciones hechas por la gente que trabajaba en cada lugar, su contenido y organización no estaban determinados por un ente gubernamental o un ente oficial común²⁹. Leo Umbasía, entonces directora del Centro de documentación de la Casa de la Cultura, en el momento en que realicé el trabajo de campo, por ejemplo, dijo llevar algunos años intentando a título personal un libro sobre escritores de la isla, que incluiría pinturas de los autores, hechas por un pintor local. Ahora bien, a la pregunta por *quién escribe literatura*, la reacción informal de gente de diferentes círculos en la isla asombra por la coincidencia. Personas de trasfondos muy

28 *No Give up, Maan*, por ejemplo, presenta la imagen de la isla como referente de identidad isleña, pero ya que el formato que usa es más tradicional (novela) la crítica nacional se la apropia con gran rapidez (no en vano, la mayoría de los trabajos de tesis en proceso de que tengo noticia están centrados en su obra) y la va reificando como exponente del exotismo de la exótica isla.

29 Esto ha cambiado radicalmente, y parte de los proyectos del Banco de la República en la isla, en la actualidad, son tremendamente concientes de la diferencia cultural, del formato marginal de las producciones en la isla, y de las necesidades particulares que plantea. Los proyectos de recopilación de memoria oral, y la dinámica de charlas y simposios que tiene actualmente la sede en la isla dan fe de estos cambios y prometen mucha intensidad y riqueza en el futuro cercano.

distintos (estudiantes, artistas, trabajadores oficiales) coincidían en identificar un solo nombre, Eviston Forbes Bernard, como *alguien que escribe literatura*. Los encuestados casuales decían que este escritor (y sus escritos) les gustaba porque “dice la verdad” (queriendo significar con esto que denunciaba el estado de cosas producido por la relación entre Colombia y San Andrés). Aunque aquí no habría que soslayar el hecho de que esta respuesta la estaban dando a una persona del continente, y por tanto, mis interlocutores podían estar situándose y situándome en lugares concretos de ese espectro político que la isla convoca.

Las plagas humanas bestializadas, de Forbes Bernard, un libro sin editorial ni fecha, publicado de propio bolsillo, no es un libro fácil de leer para un letrado: su ortografía no es ortodoxa, no parece tener un orden lógico previsto; aunque el tema es uno (las plagas de la colonización), está desarrollado en ramificaciones; el libro tampoco parece corresponder a ningún género único: su tono es de discurso político con invectivas contra Colombia y las “pestes” inoculadas por el país en la isla; tiene algo de apología personal (consecuente con la candidatura del autor en algún momento a un puesto público en la isla), y además hay poemas (alguno de los cuales ya había sido publicado en hoja suelta o periódico). Este formato es consistente en otros libros de Forbes Bernard en esta línea: *Meditamos con tristeza el abismo de nuestras tinieblas*, y *Con cara ganan los Tomatodo... con sello pierde el pueblo. Todo para ellos; todo para ellos*³⁰.

Por su parte, los temas de *A oscuras, pero encendido*, de Gordon Bull, recorren el mismo espectro: catilinaria, discurso moral... Esta compilación de crónicas bilingües publicadas originalmente por Gordon Bull en los periódicos *La noticia*, y el *Archipiélago Post* es pagada por el escritor, y se vende en las papelerías de la isla. En este libro encontramos pequeños relatos que ilustran el deterioro del tejido social en la isla, con un tono sutilmente distinto del de Forbes Bernard pero apuntando a los mismos ejes escriturales y argumentativos.

Pero si bien ambos autores tienen claras agendas políticas y personales, el proyecto no es sólo individual, sino que da voz a un sector intelectual de la isla. El hecho de que sean publicados autónomamente (no por mediación de una editorial o una institución oficial) me parece clave para comprender lo que dicen y la relación de la gente con esos textos que tratan temas que se escriben así como se conversan y que en su tono enérgico y de corte casi forense evocan mucho el sermón (no hay que olvidar el peso fuerte del protestantismo en la isla, y el hecho de que entre los intelectuales que

30 El libro más reciente de Forbes es una historia de San Andrés, donde este formato disperso, ajeno a las expectativas de una “historia escrita” se repite, y donde caben alabanzas al presidente de turno, fotos del autor con personajes de la isla, y relaciones de hechos sobre la isla, transmitidos oralmente o por escrito.

lideran reflexiones sobre la historia y la situación en la isla se encuentran líderes de estas iglesias. Es decir que estos textos pueden beber de tradiciones subterráneas o al menos no las más evidentes para los críticos del continente]. También me parece fundamental ese detalle de la publicación sin mediación de pares y todo el proceso editorial que implica ciertos controles lingüísticos y textuales, para debatir otro elemento de interpretación: ¿qué hace la crítica con un libro “mal escrito”? En este punto el libro de Forbes Bernard amerita un comentario. Es casi un lugar común entre quienes leen y discuten sobre la literatura del archipiélago decir que lo oral en ella es ineludible. En esta afirmación se entiende lo oral como lo relacionado con el creol y los cuentos y otras tradiciones asociadas a él, no necesariamente plasmados en textos impresos. Sin embargo, el texto de Forbes pone en escena otra cara de esa oralidad, relacionada por vía refleja con la colonización, como si fuera el negativo del creol: ¿por qué no pensar que la “mala ortografía” de este libro de Forbes Bernard surge del mismo lugar de donde surge el silenciamiento del creol como política de gobernabilidad? Creo que es una explicación plausible decir que ese español se plasma ahí con las dificultades todas de lo que es una segunda lengua, aprendida de oídas, y segunda lengua al fin. Durante todos estos años se ha producido, sin duda, un amarre cultural, que hace que sea pertinente pensar lo oral aquí a partir de otros indicios, como esta hibridez ortográfica, sintáctica y genérica, manifestación de fractura en sí, en la que se ve la lucha de los dos mundos. Esto es, repito, lo que veo en estos tres libros de Forbes Bernard y en el de Gordon Bull: su vacilar entre géneros, las curvaturas de su escritura, la particular combinación de formas que usan con dispar dominio, los códigos de prestigio que emplean (ambos autores incluyen fotos suyas en estas obras: Gordon Bull como el pirata en la portada de su libro *Legado...*, Forbes Bernard en eventos políticos en el suyo). Este camino de ver lo oral creol en otros indicadores me ha interesado más que el camino derecho de la transcripción de lo oral. De ahí el sesgo particular de esta investigación.

Veo rasgos que coinciden con esta tendencia y que entiendo como signos de “un proyecto básico con que un determinado grupo produce una determinada cultura” (siguiendo de nuevo a Losada [1976]) en uno de los libros de historiografía de la isla, como más adelante se verá.

Quizás se necesite aclarar que mi detenimiento en estos autores no apunta a su canonización (aunque sí me resulten más interesantes, como proyecto crítico personal, unos que otros), sino a señalar líneas de lectura que permitan cuestionar los moldes y modelos desde los elementos funcionales del contexto.

Las peculiaridades que he ido reuniendo aquí (el borde poroso entre géneros, el tipo especial de textos que resultan, los modos de autorización de la propia voz por

parte de los escritores) en el marco de una pregunta por la especificidad de lo literario en la isla, obligarían a un estudio detenido del periodismo (su historia, y principalmente su función) para los distintos grupos de esta formación social. Al ser un espacio de formación de conciencia, con cribas menos rígidas que las del impreso literario, sospecho que ha dado voz y presencia a temas y formas que todavía no hemos registrado. Por ejemplo, empezando en diciembre de 1998 se publicaron varios números de *Horizontes*, un periódico donde la agenda de recuperación de memoria cultural era muy clara por parte de los escritores regulares que allí publicaban, entre los cuales se incluían Ramírez Dawkins, el historiador Walwin Petersen, Lolia Pomare Myles, y el pintor Elario Fiquaire. Entre 1962-1963 y 1965 existió el semanario *San Andrés bilingüe*. Y una de las calles de San Andrés rinde homenaje al fundador del primer periódico de la isla *The Searchlight* (1912)³¹. Hoy en día la revista *Welcome*, dirigida por Eduardo Lunazzi, combina la línea dura del turismo, con relatos necesarios sobre la vida íntima de la isla (en el número 69 de junio de 2010, por ejemplo, hay un reportaje sobre uno de los cantantes de hip-hop más curiosos de la isla: Shungu). Ese estudio tendría que pensar en el periodismo como un sitio de circulación de proyectos intelectuales, como el espacio donde se pueden encontrar y manifestar géneros disímiles a los que la crítica literaria espera y que serían algún reflejo de las necesidades, la idiosincrasia y los modos propios de un sector de la isla.

La crítica

*Tú ves un fallo y algunos cayos
nosotros vemos un futuro amenazado*³²

Cronológicamente, la primera mención de historiografía literaria concerniente a la “literatura sanandresana” de que tengo noticia se registra en el libro *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna* de Antonio Benítez Rojo (1989). Es el capítulo seis, “*Los pañamanes* o la memoria de la piel”, dedicado a esa novela de Fanny Buitrago, publicada en 1979, y que transcurre en la isla.

Benítez Rojo intentaba mapear una cartografía disgregada donde “se repiten” algunos fenómenos macro, con diferencias según la vida de cada isla. Su mapa es en verdad, para el momento en que está escribiendo, bastante amplio, aunque naturalmente

31 Que he visto citado, a propósito de los casos de juicios contra afrocaribeños por prácticas de obeah, en el interesante trabajo de Lara Putnam (2012).

32 Jiggy Drama y Creole N.G., *El fallo*.

inabarcable. Puede, por tanto, afirmar: “en la actualidad, puede decirse que el lector dispone de un conjunto de obras que representan los fragmentos de mayor tamaño del vasto rompecabezas del Caribe. No obstante, aún hay vacíos importantes que llenar. [...] todavía faltan por encajar algunas islas, ciertas ciudades y puertos, tramos costeros, penínsulas y golfos cuya ausencia configura huecos de bordes irregulares en la superficie azul turquesa del Caribe” (Benítez Rojo, 1989, p.221). Tras este anuncio, Benítez Rojo introduce *Los pañamanes*, que viene a ubicar allí “una rara pieza del rompecabezas caribeño”, en forma de “un minúsculo archipiélago situado a unas cien millas al oriente de Nicaragua, y conocido con el nombre de San Andrés y Providencia” (Benítez Rojo, 1989, p.221).

El tema de este capítulo (curiosamente, es la única obra de autoría femenina incluida en *La isla que se repite*, al lado de autores como Wilson Harris, Alejo Carpentier, Edgardo Rodríguez Juliá o Nicolás Guillén...), es el encuentro entre tres temas: la tensión racial, la mitologización de la historia traumática y la exposición y conjuro de la violencia que está en la raíz de la colonización. Con estos tres elementos, sumados a la oralidad manifiesta en los cuentos de Anancy, Benítez Rojo sitúa entonces el archipiélago en la historia caribeña que ha venido rastreando.

En el 2007, José Luis Garcés González, en *Literatura en el Caribe colombiano. Señales de un proceso* incluye la novela de Hazel Robinson Abrahams *No give up, maan* (así como *Los cuentos de la ausencia* de Lenito Robinson Bent). Se trata de una reseña detallada de la obra, en su desarrollo y en sus valores. De este modo, Garcés González hace su parte del trabajo al incorporar estos textos, buscando contrarrestar la idea de que “somos una tierra plana y por ello de fácil comunicación física y cultural” mediante el “conocimiento de la literatura caribeña colombiana” (contraportada del libro). También, a propósito de la obra de Hazel Robinson, tenemos el prólogo a *No give up, maan* reimpresso como cuarto tomo de la Biblioteca de autores afrocolombianos por el Ministerio de Cultura de Colombia. En este prólogo, Ariel Castillo Mier, quien propuso la obra para la colección, redimensiona las crónicas de Robinson, como una especie de implícito antecedente de sus novelas. Luego, analiza el pasado escritural de Robinson Abrahams como prólogo a su obra narrativa.

Una continuación muy interesante de este trabajo de Castillo Mier la presentó Eduardo Silva en forma de ponencia en la conferencia de la Caribbean Studies Association (2013a), quien también publicó recientemente un trabajo sobre la obra teatral de Marilyn Bizcaino Miller (2013b). Respecto al proyecto total de Hazel Robinson, y por otro lado, a la problemática de la migración desde la isla y la de los capitanes de go-fast desaparecidos en alta mar hay artículos de Del Valle, 2011, 2014a y 2014b, respectivamente.

Marcia Dittmann participó en el XI encuentro de saberes, en Mompox y como resultado de esa participación está su revisión de la producción oral y escrita de las dos islas (2010). Como antes señalé, Ana Mercedes Patiño le dedicó al trabajo de Lolía Pomare Myles un artículo que la sitúa como intelectual en la confluencia de muchas ramificaciones; tiene también un texto sobre las novelas de Robinson Abrahams (Patiño, 2014, pp.40-47). El cubano Samuel Furé Davis (2013), recoge algunos apuntes de textos previos al suyo y agrega su percepción sobre la literatura de la isla, pero de este sólo tengo referencia. Estos son los trabajos publicados sobre la literatura de la isla, de que tengo noticia; actualmente hay varios trabajos de maestría en curso, en especial sobre la obra de Hazel Robinson Abrahams y la de las obras de tema isleño de Fanny Buitrago.

Me gustaría en este último apartado maniobrar entre tres imágenes de puerto, que se yuxtaponen, se complementan como mapas de la isla, en la historiografía, la historiografía literaria y las obras literarias en sí. Estos tres puertos son: el puerto antiguo y efervescente, el puerto en decadencia y ruina y el puerto imaginado y elusivo.

Puerto antiguo y efervescente

Parsons (1956) dibuja un portulano muy activo entre los siglos XVII y XIX, con eje en la isla: “La posición de San Andrés en el tráfico del Caribe occidental fue por un tiempo única. No era sólo el puerto donde se concedían licencias para el comercio costanero con Colombia, sino que proveía un cargamento de regreso y a la vez sus prósperos habitantes ofrecían un modesto mercado propio” (p.95). Durante los siglos XVII, XVIII y XIX, San Andrés cumplió distintas funciones: sirvió de base de operaciones: “en el siglo XVII, [...] la Compañía de Providencia tenía sus agencias establecidas a lo largo de la Bahía de Honduras y en Cabo Gracias a Dios. Más tarde, las islas sirvieron como base de tránsito para los aventureros ingleses, especialmente los de Jamaica, quienes por entonces se establecían a lo largo de la Costa de Miskitos y al sur hacia Panamá” (pp.114-115). Naturalmente, la fuerza económica subyacente a estos intercambios involucra no sólo la ida y venida de mercancías muy diversas, sino el intercambio humano con poblaciones distintas: “El primer viaje empezaba en *Nueva York* hacia San Andrés, en marzo o abril; era costumbre sacar licencia para efectuar el trueque de mercancía, *alhajas, licores, carne salada y harina* en puertos tales como *Corn Island, Pearl Lagoon, Bluefields, San Juan (Greytown), Salt Creek (Limón), Bocas del Toro, Chagres y Portobello*. Para el viaje de regreso abundaba en la costa *concha de carey, zarzaparrilla, cacao, goma copal, fustic, coco, mahogany y pieles*, y en las islas, *concha de carey, algodón y madera de cedro*. [...] Las embarcaciones atracaban en San Andrés tanto en su viaje

rumbo al sur como hacia el norte” (p.88)³³. Desde luego, en este ir y venir, también se ponen en circulación saberes concretos que hacen parte de la idiosincrasia lugareña: “Durante el siglo XIX los isleños continuaron comerciando especialmente con las costas de Centroamérica [...]. Eran expertos navegantes íntimamente familiarizados con la navegación en esta zona y muy solicitados como pilotos de las naves extranjeras” (p.117). En razón de estos contactos de larga data, no es de extrañar que haya asentamientos permanentes por parte de gente de las islas en otros lugares: “Las Islas Corn, por ejemplo, habían sido conquistadas por gentes de San Andrés antes de 1810. Algunos años más tarde otro grupo de San Andrés se estableció en Pearl Lagoon, al norte de Bluefields, y se dedicó al cultivo de algodón, café y caña de azúcar” (pp.114-115). Es lícito que los isleños sostengan entonces que “Las relaciones con los países del Caribe no fueron solamente comerciales, también fueron culturales, debido a [sus] raíces étnicas, [sus] experiencias históricas comunes y los lazos de parentesco” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.32). Tampoco ha de sorprender que ante el declive de su importancia económica, los isleños siguieran moviéndose: “Los proyectos de construcción de los ferrocarriles de Panamá y Costa Rica y años más tarde del fracasado canal iniciado por los franceses, aparecen como motivo de emigración de algunos isleños sin trabajo al continente [...] la construcción del Canal de Panamá [...] fue la obra que más empleó trabajadores de San Andrés y Providencia, así como de otras islas del Caribe, en escala sin precedentes”. Esto, naturalmente, incluye a las mujeres, que “han encontrado siempre trabajo como domésticas en Panamá” (Parsons, 1956, p.118). En voz de los habitantes de la isla: “Hacíamos cabotaje no sólo a las islas Mangle y a Centroamérica sino también a Jamaica, a las Islas Caimán y a Estados Unidos. Muchos hombres isleños han pasado buena parte de su vida navegando en los mares del mundo. Muchos han sido capitanes de grandes barcos de otros países” (Ruiz y O’Flin, 1992, p.21).

Con este panorama, hay que estar de acuerdo con Parsons cuando sostiene que: “La geografía e historia de estas islas de San Andrés y Providencia tiene una importancia que no corresponde a su población y extensión” (Parsons, 1956, p.121). Esta fama pretérita es recreada en varias de las obras producidas en la isla, sobresalientemente, las tres de Hazel Robinson, situadas precisamente en ese largo período de gran movimiento, y más recientemente, en *Meridiano 82, la ruta de la langosta*, de Jimmy Gordon Bull, y en pasajes de las narrativas autobiográficas de Riva Fidel Robinson (2010, 2011).

33 Énfasis añadido

Puerto en decadencia y ruina

Alguien que se familiarice con las voces sanandresanas encontrará que en los textos de la más diversa índole se repite, palabras más, palabras menos, esta queja: “El cambio de nuestras costumbres comenzó a partir del año 1953 cuando la isla de San Andrés fue declarada puerto libre” (Ruiz y O’Flin, p.32). Así lo dicen, verbigracia, los habitantes en *San Andrés y Providencia: una historia oral de las Islas y su gente*, uno de los dos trabajos historiográficos, bilingües, con foco isleño. “San Andres, a “Free Port”- the Great Experiment of the Century and Its Aftermath”, es el capítulo correspondiente a este período en el segundo de esos trabajos, el ambicioso y peculiar libro de Walwin Petersen, historiador miembro de la Academia de Historia de Colombia, *The Province of Providence*. Las comillas que ponen en duda el “libre”/ “free” adquieren sentido en ese capítulo, donde se describe y comenta la distancia cultural entre los continentales colombianos y los isleños en San Andrés. Petersen no sólo describe los efectos del puerto libre sobre la vida de la isla: el desastre urbanístico, el desastre ecológico, el desastre cultural. Igualmente (aunque reconociendo que en todo esto tuvieron su parte algunos isleños, como es de esperarse en toda formación social), evidencia, primero, la incomunicación entre unos y otros porque en los primeros contactos legales, los isleños no entendían la lengua en la que estaban firmando los contratos con los continentales, y segundo, la distancia cultural, o casi podríamos decir, el desprecio de los continentales comerciantes o gobernantes por la opinión de los isleños. Ese escenario en su conjunto —los daños irreversibles al medio (el relleno de manglares, la rectificación de costas), la borradura de la cultura local (la imposición del español y del catolicismo), el cambio de las dinámicas económicas, la toma de decisiones incongruentes con el medio inmediato en tanto surgen del foco capitalino— coincide con el panorama colonial en otros lugares del Gran Caribe. De ahí la tremenda resonancia que un concepto como el de Puerto de Plantación tiene para describir el Puerto Libre. Benítez Rojo (1989) entiende por Puerto de Plantación “ciudades como Kingston, Bridgetown, Georgetown, Cayena, Fort-de-France, Paramaribo” (p.43) que “respondían a los requerimientos de sociedades donde, como promedio, nueve de cada diez habitantes habían sido alguna vez esclavos, y esto hacía superfluo el adoptar medidas que contribuirían a elevar, más allá de lo estrictamente necesario, los niveles de urbanización, de institucionalización, de educación, de servicios públicos y de recreo” (p.43). Guardando las debidas proporciones, y teniendo presente que la plantación es, a la larga, un modelo de sociedad, el Puerto Libre ocasiona en San Andrés lo que en el Caribe anglófono se produjo en el siglo XIX (en vista del colonialismo subyacente no es de extrañar que las consecuencias sean las mismas): “un menor grado de diversificación económica,

un menos número de campesinos y artesanos, un mercado interno más restringido, un sistema de comunicaciones y transporte más pobre, una clase media más reducida, una vida institucional más débil, una educación más deficiente, un conflicto mayor con la lengua de la metrópoli y un surgimiento tardío de las artes y las letras” (p.42).

Es curioso que de las obras literarias que mencioné, pocas se ocupan de este hecho concreto. Quizás sea natural esquivar el hecho traumático y volver al momento anterior a él. Solamente se zambullen en este tema los dos libros de Forbes Bernard y *A oscuras pero encendido*, de Gordon Bull, precisamente los dos que no encajan en las expectativas de lo literario tradicional. Habría que anotar, a modo de glosa, sin embargo, en aras de seguir complejizando ese croquis de la producción literaria en la isla, que *The Province of Providence*, es un recuento histórico bastante peculiar, si lo pensamos desde las prácticas y los moldes de las historiografías avaladas por los centros académicos. Para citar un ejemplo: el libro no cuenta con bibliografía, ni menciones de archivo, si bien en este caso quizás valga señalar que el centro de gobierno (la casona intendencial) se quemó, junto con otros edificios aledaños, el 19 de enero de 1965 (lo que no obsta para que Parsons, aún no superado, use y cite documentación de archivo disponible en el continente). Esto llama más la atención cuando se lo pone lado a lado con una anotación del libro de Gordon Bull, quien figura como “miembro fundador de la academia de historia de San Andrés” en las páginas de créditos de su libro. Estos datos delimitan otras formas de autorización del saber en la isla. En este sentido, como decía al comienzo de este texto, veo en los textos historiográficos y en algunos textos literarios en la isla un mecanismo de reflejo que puede ser interesante estudiar más a fondo.

Puerto imaginado y elusivo

“Las historias de tesoros enterrados aún persisten y de vez en cuando se han descubierto pequeñas guacas. [...] Las visitas de buscadores de oro, norteamericanos e ingleses, fueron tan frecuentes en un tiempo, que se dictó un decreto en 1877 que prohibía a los nativos colaborar con las expediciones extranjeras que arribaban en busca de tesoros” (Parsons, 1959, p.99). Quizás la medida fuera efectiva contra esos buscadores de tesoros. Para los escritores, por el contrario, esos tesoros escondidos han sido un acicate constante. Precisamente esta es la lectura que escoge Benítez Rojo, en ese primer texto crítico sobre la literatura con foco en la isla, para hablar de *Los pañamanes*. Ese puerto se caracteriza por su peso mítico, por la recreación cartográfica en clave alegórica, y, siguiendo al cubano, por una pulsión de exorcizar la violencia fundacional colonial. El puerto fantasma —a veces con sus barcos fantasmas y sus habitantes

también fantasmales [San Andrés del pasado irrecuperable, San Andrés de historias perdidas, San Andrés destrozada entre la tradición y la modernidad...] — es el protagonista de varios textos literarios: *Legado de piratas*, de Gordon Bull; *Bahía Sonora*, de Fanny Buitrago; *Sail Ahoy*, de Hazel Robinson; en *Hijos del paisaje* de Mariamatilde Rodríguez. En ese recurso al fantasma, esos textos están construyendo territorialidades alternativas, a las que se les puede objetar que no tienen ya función, puesto que no se puede revertir el tiempo. Sin embargo, como apunté en un comienzo, en el juego de las representaciones, los textos (y para lo que nos compete, los textos literarios) construyen y adelantan visiones poderosas, cuyo fin no siempre podemos calcular ni predecir. *Los hijos del paisaje* es uno de esos textos invaluable en este renglón.

Me he preguntado mucho si un trabajo de investigación bibliográfica desde la biblioteca me habría permitido apreciar los matices que hoy veo en la producción de la isla. Mi conclusión es que difícilmente el trabajo crítico hecho desde los escritorios nos ayudaría a salir de los supuestos aprioristas, especialmente si el objeto es tan cercano, y lo tenemos tan introyectado como nuestro: creemos que conocemos a San Andrés porque hace parte de la comunidad imaginada colombiana. Pero si “sólo la concreta encarnación histórica, y no el abordaje apriorístico, puede revelarnos las verdaderas características y funciones de un hecho literario” (Fernández Retamar, 1995, p.114) es tan importante estar inmerso en esa encarnación histórica como lo es estar dispuesto a pensar lo literario como algo más que textos bellos. El caso de lo literario en San Andrés, tal como lo veo, es uno de esos ejemplos para repensar los criterios críticos que nos rigen y empezar a explorar modos *sui generis* en que la historia y la política de estas islas jóvenes y coloniales se plasman en formas que reclaman nuevos lentes, a riesgo de pasarnos inadvertidas y cumplen funciones incalculables.

En este sentido, creo que la crítica también tendría que ser llamada a una rendición de cuentas en relación con San Andrés, similar a la que exige Petersen: “el gobierno nacional debe [...] hacer una evaluación objetiva y consciente de todo su proceso de intervención en estas islas, incluyendo un análisis de los resultados finales obtenidos. Se debe establecer con claridad cómo los objetivos y los procedimientos del gobierno han afectado a fondo a los isleños” (Petersen, 2002, p.260). ¿Qué hemos estado contribuyendo con el trabajo que hacemos o no hacemos en lo relacionado con la isla y territorios colombianos en similares circunstancias?, es la pregunta que en esta dirección considero ineludible.

En el urgente contexto de las disputas actuales de la Haya y de la postura irresponsable con la que el gobierno colombiano ha procedido respecto a un territorio en el mar donde viven y del que viven cientos de personas, no hay que olvidar la advertencia de Wilson (2004) de que “mucho del peso de [la] identidad [de la cultura Caribe] estará en

la posesión de la tierra [y] cualquier alienación a la tierra del Caribe de la gente del Caribe, debe ser mirada como fundamental destructiva. [por ello] Parecería ser un imperativo político que los derechos de la gente del Caribe pertenezcan a su tierra, y que sean asegurados por la garantía de que su tierra les pertenece.” (p.225). En el caso de las islas, naturalmente, esa tierra no puede ser separada de su constitutivo entorno acuático.

En las obras que he rastreado, la isla amasa sus tesoros, los expone y los vuelve a ocultar, se imagina y se reimagina de múltiples maneras, rica y caleidoscópicamente. Esa es una forma de apropiación. Y tendría algún poder en la esfera política, en bien de los isleños, si la crítica la hiciera reverberar.

Obras citadas

- Adorno, Rolena. [1998]. Nuevas perspectivas en los estudios literarios coloniales hispanoamericanos. *Revista de crítica literaria latinoamericana* 28, 11-28
- Aguilera Neira, Claudia. [1991]. *Espejismo de arena*. Bogotá: Publicaciones Saint-Amour
- Aguilera Neira, Claudia. [2005]. *Trapezio al vacío*. Bogotá: Apidama Ediciones
- Arias Vanegas, Julio. [2005]. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Ediciones Uniandes/Ceso
- Bancelin, Claudine. [2004]. *Entre ráfagas de viento*. Barranquilla: Maremagnum
- Benítez Rojo, Antonio. 1989. *La isla que se repite. El Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover: Ediciones del Norte
- Bernabé, Jean; Confiant, Raphaël y Patrick Chamoiseau. [1989] 2010. *Elogio de la creatividad*. Mónica del Valle y Gertrude Martin Laprade (trad.). Bogotá: Editorial Javeriana
- Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). [2010]. *La unidad es submarina*. Buenos Aires: Katatay ediciones
- Bourdieu, Pierre. [1985]. La fuerza de la representación (87-95). En *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal
- Brathwaite, Kamau. [1971/1981] 2010. *La unidad es submarina*. Bonfiglio, Florencia (ed. y trad.). Buenos Aires: Katatay ediciones
- Brathwaite, Kamau. [1973]. *Calypso. The Arrivants. A New World Trilogy*. Oxford: Oxford University Press
- Briones, Claudia. [2005]. [Comp.] *Cartografías argentinas. Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Buitrago, Fanny. [1976]. *Bahía Sonora. Relatos de la Isla*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura
- Buitrago, Fanny. [1979]. *Los pañamanes*. Bogotá: Plaza y Janés

- Buitrago, Fanny. [2010]. *Canciones profanas*. Bogotá: Panamericana Editorial
- Castillo Mier, Ariel. [2010]. No Give Up, Maan!, una novela fundacional. *Biblioteca de literatura afrocolombianas* (11-31). Bogotá: Ministerio de Cultura
- Castro-Gómez, Santiago y Restrepo, Eduardo. [2008]. *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Instituto Pensar.
- Chow Wong, Lina. [2008]. *¿Adónde ha ido lo que no volverá?* Cali: Editora Feriva
- Chow Wong, Lina. [2014]. *¡Déjame que te cuente!* Cali: Editora Feriva.
- Condé, Maryse. [1993/1995]. *La colonia del Nuevo Mundo*. Porta I Arnau, Mireia (trad.). Barcelona: Editorial Juventud
- Christopher Livingston, Adel. [2011]. *Idiomas de mi tierra*. S.l.: Publicidad total.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [ene/jun 2011]. Escenario edénico y naturaleza prístina en *Sail Ahoy!!! ¡Vela a la vista!*, y *The Spirit of Persistence*, de Hazel Robinson Abrahams: dos formas de recuperar una isla colonizada. *Estudios de Literatura Colombiana*. 28, pp. 17-38.
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014a]. Casas desoladas: una imagen de San Andrés isla. En *Sombralarga*, Revista de Literatura Colombiana. (1). En línea: http://www.sombralarga.com/articulos/primerocasas_desoladas.html
- Del Valle Idárraga, Mónica María. [2014b]. Desaparecidos de la espuma. En *La Revista del Vigía*. Año 23, pp.32-33. Matanzas-Cuba.
- Dittmann, Marcia. [2008]. *Historias de Anansi y otras historias de la vieja Providencia (Naansi stuori an ada stuori tol bai Hildreth Bent, Delia Eden, Dionicia Gómez)*. Cuadernos culturales comunitarios 1, Ministerio de Cultura de Colombia
- Dittmann, Marcia. [2010]. Tradición oral y cultura letrada en la literatura de la comunidad raizal de San Andrés y Providencia Islas, Colombia. En *Memorias del XI Encuentro para la Promoción y difusión de la cultura, del patrimonio inmaterial de países iberoamericanos*, pp.230-259. s.c., s.e.
- Enciso Patiño, Patricia con narradores raizales. [2004]. *Los hilos que amarran nuestra historia. The Threads that tie our History*. Nafasd – GTZ. Bogotá: Impresol editores.
- Espinet, Ramabai. [1991]. Barred. Trinidad 1980. En Esteves, Carmen C. y Paravisini-Gebert, Lizabeth (eds.). *Green Cane and Juicy Flotsam. Short Stories by Caribbean Women*, pp.80-85. Newark: Rutgers The State University
- Fals Borda, Orlando. [2002]. *Historia doble de la Costa*. Maestros de la sede, 3. Universidad Nacional de Colombia. Banco de la República. Bogotá: El Áncora. ISBN 9583600873 – Disponible en: <http://www.bdigital.unal.edu.co/1401/#sthash.icRw-wfMX.dpuf>

- Fernández Retamar, Roberto. (1995). Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana. En: *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Instituto Caro y Cuervo, pp.89-134. Bogotá. (Originalmente publicado en 1975)
- Forbes Bernard, Eviston. (s.f.). *Las plagas humanas bestializadas*. s.e.
- Forbes Bernard, Eviston. (2011). *Meditamos en el abismo de nuestras tinieblas*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional sede Medellín
- Forbes Bernard, Eviston. (2012). *Con cara ganan los tomatodo... con sello pierde el pueblo... todo para ellos; todo para ellos*. Medellín. Imprenta Universidad Nacional de Colombia, Medellín.
- Furé Davis, Samuel. (mayo-2013). Entre la espada y la pared: un pasaje lingüístico-literario al Caribe insular colombiano. Ponencia presentada en el Coloquio internacional Diversidad cultural, Casa de las Américas, La Habana.
- Garcés González, José Luis. (2007). *Literatura del Caribe colombiano. Señales de un proceso*. vol. 1, Montería: Universidad de Córdoba. ("Hazel Robinson Abrahams", tomo 1, pp.434-437; "Lenito Robinson-Bent" tomo 2, pp.760-762)
- Glissant, Édouard. (1997) 2005. *El discurso antillano*. Caracas: Monteávil
- Gombaud, Stéphane. (2007). *Îles, insularité et îlité. Le relativisme dans l'étude des espaces archipélagiques*. Tesis de doctorado en Geografía, de Université de la Réunion
- Gordon Bull, Jimmy. (2001). *A oscuras pero encendido*. Bogotá: Tipográficas Ltda
- Gordon Bull, Jimmy. (2006). *Legado de piratas*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Gordon Bull, Jimmy. (2010). *Meridiano 82. La ruta de la langosta*. Medellín: L. Vieco e hijas.
- Grittani, Franco. (2004). *Immagini di San Andrés/Imágenes de San Andrés*. Nápoles: Accademia Partenopea.
- Grossberg, Lawrence. (ene/jun 2009). El corazón de los estudios culturales. Contextualidad, construccionismo y complejidad, pp.13-48. En *Tábula rasa*, Bogotá
- Gutiérrez Girardot, Rafael. (1998). Literatura y política. En *Insistencias*, pp.69-283. Santa Fe de Bogotá: Editorial Ariel
- Guzmán, Diana Paola. (jul/dic 2009). Los dueños de la palabra: antologías poéticas en el siglo XIX. En *Estudios de Literatura Colombiana* No. 25, pp.91-106.
- Harris, Wilson. (1999). *The Unfinished Genesis of the Imagination. Selected Essays of Wilson Harris*. Bundy, Andrew (ed.). Nueva York: Routledge
- Henríquez Ureña, Pedro. (1928). Caminos de nuestra historia literaria. En *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Editorial Babel. Disponible en Biblioteca digital de pensamiento dominicano, www.cielonaranja.com. Recuperado 16 de julio de 2010

- Howard Livingston, Keshia. (2014). *San Andres: A Herstory*. San Andrés: Casa Editorial Welcome.
- Instituto Agustín Codazzi. Mapa de regiones en Colombia. Recuperado el 1 octubre de 2013 de: http://geoportal.igac.gov.co/mapas_de_colombia/IGAC/Tematicos2012/RegionesGeograficas.pdf
- Kincaid, Jamaica. (1999). *My Garden (Book)*. Nueva York: Farrar, Strauss & Giroux.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Coloquio con Juan Ramón Jiménez. En *Analecta del reloj*, pp.31-46. La Habana: Letras cubanas.
- Lezama Lima, José. (1953) 2010. Julián del Casal. En *Analecta del reloj*, pp.47-73. La Habana: Letras cubanas.
- Losada, Alejandro. (1976). Los sistemas literarios como instituciones sociales en América Latina. En *Creación y praxis. La producción literaria como praxis social en América Latina y el Perú*, pp.179-213. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Loynaz, Dulce María. (1994). *Un verano en Tenerife*. La Habana: Letras cubanas.
- Marmolejo Sevilla, Nadim. (s.f.) *Todos los días no son iguales*. Bogotá: Ediciones Ántropos Ltda.
- McCusker, Maeve. (dic 2011). Escribiendo contra la marea. El imaginario de la isla y la tierra en Patrick Chamoiseau. En: *Cuadernos de literatura* vol. 15 No. 30, pp.279-298. Bogotá.
- McKeller Hudgson, Marqueta. (2012). *Memorias*. San Andrés: Acaribe Libros.
- Moyano, Juan Carlos. (nov 2007-ene 2008). Marilyn Biscaíno: la Big Mamma del archipiélago. En *Teatros* 7, pp.4-9.
- Muñoz, Jorge. (1974). *Guitarra de viento*. Medellín: s.e.
- Pacheco, Carlos. (1995). Sobre la construcción de lo rural y lo oral en la literatura hispanoamericana. En: *Revista de crítica literaria*. Año 21, No. 42, 2 semestre de 1995, pp.57-71.
- Parsons, James J. (1956/1985). *San Andrés y Providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe*. Bogotá: El Áncora editores.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. (2011). Lolia Pomare Myles. Puente entre la palabra antigua y la nueva. En Jaramillo, María Mercedes y Ortiz, Lucía (eds). *Hijas del Muntu. Biografías críticas de mujeres afrodescendientes en América Latina*, pp.121-133. Bogotá: Panamericana Editorial.
- Patiño Mejía, Ana Mercedes. [jul/dic 2014]. Las novelas de la Sanandresana Hazel Robinson Abrahams. En *Revista de estudios colombianos. Asociación de colombianistas*, pp.40-47. University of San Diego.

- Pedraza, Zandra. [1986]. Para una investigación sobre la nacionalización del archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Seminario Internacional Sobre la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas- (Jardín De Sueños)*, pp.131-141. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Colcultura.
- Pedraza, Zandra. [1988]. Soberanía y deterioro cultural en el Archipiélago de San Andrés y Providencia. En *Colombia Sotavento. vol.1 fasc.2*, pp.8-23.
- Pedraza, Zandra. [1992]. San Andrés y Providencia: nuevos contactos, nueva identidad. En *La Diversidad es Riqueza—Ensayos Sobre la Realidad Colombiana*, pp.180-182. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura-Consejería Presidencial para los Derechos Humanos.
- Percival Newton, Arthur. [1985]. *Providencia. Las actividades colonizadoras de los puritanos ingleses*. Bogotá: Banco de la República.
- Petersen, Walwin G. [2002]. *The Province of Providence*. San Andrés: The Christian University of San Andrés, Providence and Catalina.
- Piñera, Virgilio. [1998]. *La isla en peso*. Arrufat, Antón (comp.). La Habana: Ediciones Unión.
- Pizarro, Ana. [2009]. *Amazonas. El río tiene voces. Imaginario y modernización*. Santiago de Chile: Fondo de cultura económica.
- Pizarro, Ana. [jul/sept 2009]. Al margen de la historia. *Casa de las Américas* 256, pp.94-103.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2000]. *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano. Birth, Life and Death of a Sanandresan*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Pomare-Myles, Lolia y Dittmann, Marcia. [2002]. *Vendaval de ilusiones*. Barranquilla: Ed. Antillas
- Putnam, Lara. [2012]. Rites of Power and Rumors of Race: The Circulation of Supernatural Knowledge in the Greater Caribbean [243-267]. En: *Obeah and Other Powers. The Politics of Caribbean Religion and Healing*, pp.243-267. Paton and Forde (eds.). Carolina del Norte: Duke University Press
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *The Soldiers dem de come, and the Mango Tree/ Ahí vienen los soldados, y el palo de mango*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Ramírez Dawkins, Juan. [1996]. *Naked Skin/ Piel desnuda*. Santiago de Cali: Consorcio Artes Gráficas Univalle.
- Restrepo, Eduardo. [2013]. *Etnización de la negritud: la invención de las 'comunidades negras' como grupo étnico en Colombia*. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Rincón, Carlos. [1978]. El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica. En *El cambio actual de la noción de literatura en Latinoamérica y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, pp.13-45. Bogotá: Biblioteca colombiana de cultura.

- Rivera, Camila. (2004). Nuevas encrucijadas, nuevos retos para la construcción de la nación pluriétnica: el caso de Providencia y Santa Catalina. En *Conflictos e (in)visibilidad. Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*, pp.301-329. Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (eds.). Universidad del Cauca
- Robinson Abrahams, Hazel. (2002). *No Give Up, Maan!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés
- Robinson Abrahams, Hazel. (2010). *No give up, Maan! / ¡No te rindas!* Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *Sail Ahoy! / ¡Vela a la vista!* San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2004). *The Spirit of Persistence. Las goletas en la isla de San Andrés, Providencia & Santa Catalina*. San Andrés isla: Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés / Gobernación de San Andrés, Santa Catalina y Providencia.
- Robinson Abrahams, Hazel. (2009). *El príncipe de St. Katherine*. San Andrés isla. Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés.
- Robinson Bent, Lenito. (2010). *Sobre nupcias y ausencias, y otros cuentos*. Bogotá: Ministerio de Cultura
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Island Anecdotes*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2010). *Anécdotas isleñas*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2011). *My Journey*. Estados Unidos: s.e.
- Robinson, Riva Fidel. (2013). *She shall be praised*. Estados Unidos: s.e.
- Rodríguez, Mariamatilde. (2007). *Los hijos del paisaje*. Bogotá: Luna con parasol
- Ruiz, María Margarita y O'Flin de Chaves, Carol. (1992). *San Andres y Providencia: una historia oral de las islas y su gente*. Bogotá: Banco de la República.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (jun 2013a). La isla que se descubre. Imágenes del Puerto Libre en el Meridiano 81. Ponencia en *la Conferencia Anual de la Asociación de Estudios del Caribe*. Granada.
- Silva Peña, Eduardo Antonio. (2013b). *Combak, Combak: La memoria insular del teatro de mujeres en San Andrés*. Borrador de trabajo.
- Trouillot, Lyonel. (2009). *Éloge de la contemplation*. París: Riveneuve. Recuperado de: http://jacbayle.perso.neuf.fr/livres/Haiti/Trouillot_8.html [actualizado el 26 de diciembre de 2013]
- Walcott, Derek. (1998/2000). *La voz del crepúsculo*. Martínez Muñoz, Catalina (trad.). Madrid: Alianza Editorial.
- Williams Jessie, Alciano. (2011). *Dhe Smilin wavs fa Sound Bay* (The Smiling waves from Sound Bay/ Las olas sonrientes de Sound Bay). Santa Marta: Oraloteca.

Wilson, Peter J. (1973/2004). *Las travesuras del cangrejo. Un estudio de caso Caribe del conflicto entre reputación y respetabilidad*. Bogotá: Universidad Nacional, sede San Andrés

Wynter, Sylvia. (1969/2012). *We must learn to sit down together and talk a little culture: Decolonizing Essays 1967-1984*. Inglaterra: Peepal Tree.

Otras obras consultadas

Cabrera Ortiz, Wenceslao. (s.f.). *San Andrés y Providencia. Historia*. Bogotá: Editorial Cosmos.

Caicedo Licona, Carlos Arturo. (2002). *Complotados, ladrones y criminales*. Medellín: Lealón.

Gaviria Liévano, Enrique. (1984). *Nuestro archipiélago de San Andrés y la Mosquitia colombiana*. Volumen IX Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Academia colombiana de Historia. Bogotá: Plaza y Janés.

Turnage, Loren C. (1975). *Island Heritage. A Baptist View of the History of San Andrés and Providencia*. Cali: The historical Commission of the Colombia Baptist Mission.



Celebración del día internacional de eliminación de la violencia contra las mujeres. Aparecen de derecha a izquierda las conferencistas Ángela Rodríguez y Silvia Elena Torres. Evento promovido por la Corporación de mujeres Miss Nancy Land. San Andrés isla, 25 de noviembre de 2015

Autora: Shirley Cotrell Madarriaga